



IDAD
CIÓN

BERAULT

HISTORIA
ECCLESIASTICA

BX944

B4

V.2

C.1

135819

27

José Angel Benavides.

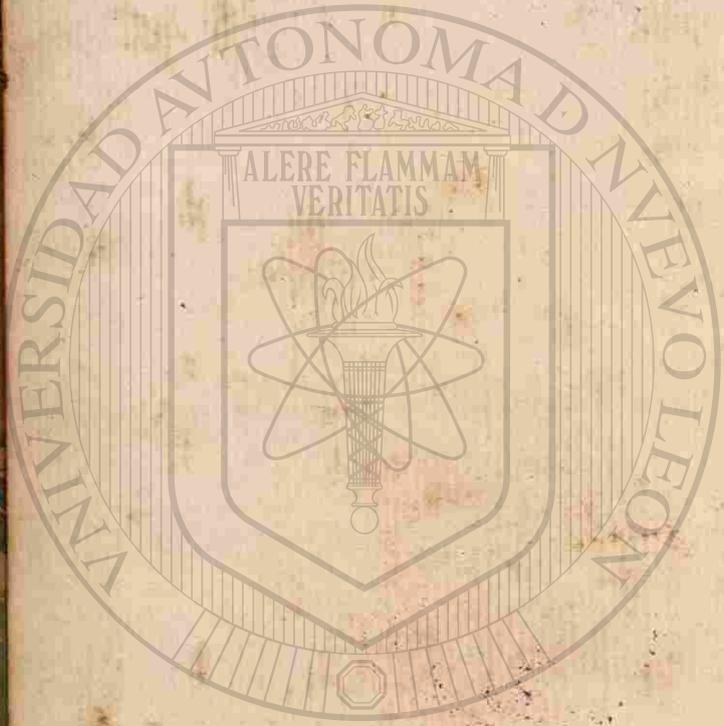


1080046087



E # 1-6 # 2

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE NUEVO LEON
CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
Rc/16-46 MICROFILMADO 14/3/83



HISTORIA ECLESIASTICA.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



HISTORIA
DE LA IGLESIA

ESCRITA EN FRANCÉS

POR

EL ABATE BERAULT-BERCASTEL,
CANÓNIGO DE NOYON:

traducida nuevamente al castellano, corregida,
anotada y continuada

HASTA EL PONTIFICADO DEL SS. P. LEON XII.

por los P.P. J. de M. y N. C. de V.

TOMO II.

Desde el año 174., hasta la paz general de la Iglesia dada por
Constantino el Grande, en 313.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Valencia: Imprenta de D. Benito Mousset: 1830.

18281

38365

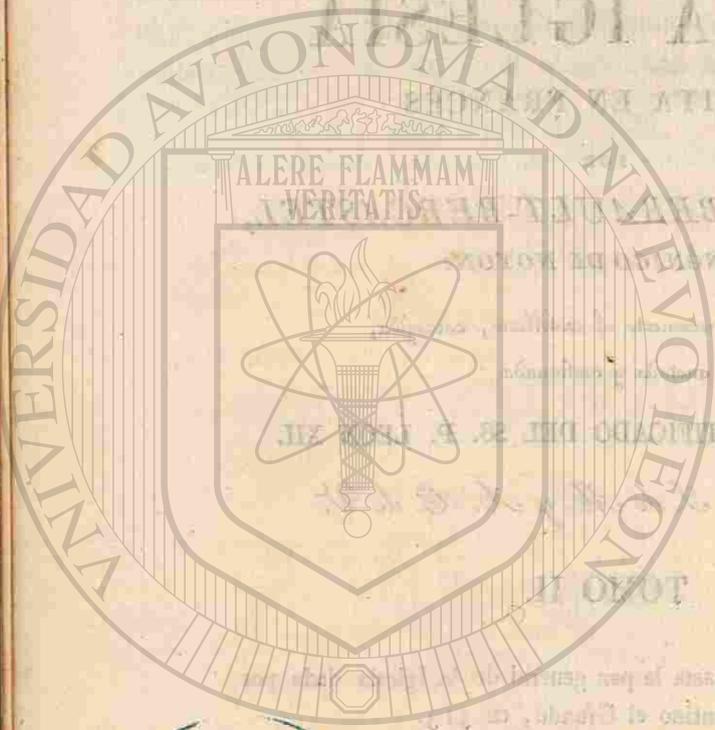
B x 944

B4

v. 2

HISTORIA

DE LA IGLESIA



FONDO BIBLIOTECA PÚBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN

135819

RESÚMEN

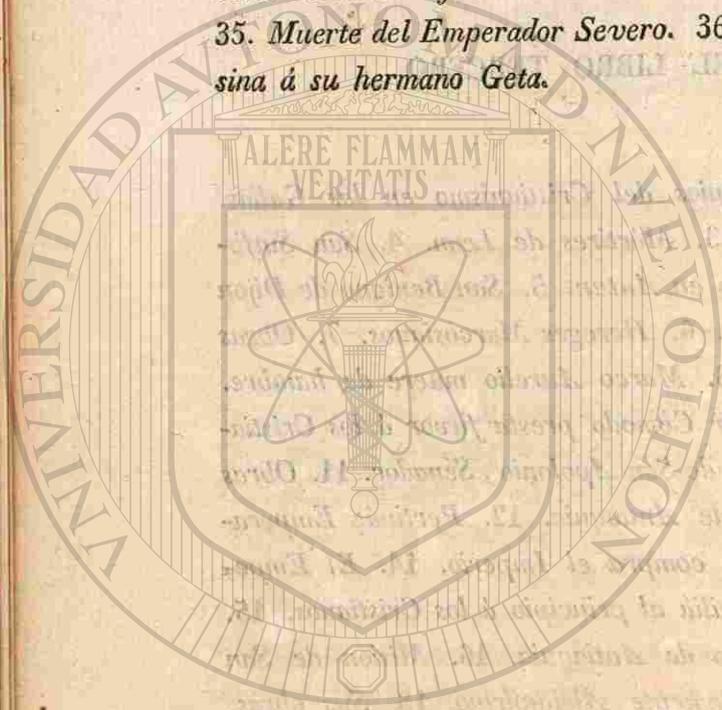
DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN LA SEGUNDA PARTE
DEL LIBRO TERCERO.

- N.º 1. *P*incipios del Cristianismo en las Galias. 2. San Fotino. 3. Mártires de Leon. 4. San Sinfiriano martirizado en Autun. 5. San Benigno de Dijon y otros Mártires. 6. Hereges Marcosianos. 7. Obras de San Ireneo. 8. Marco Aurelio muere de hambre. 9. El Emperador Cómodo presta favor a los Cristianos. 10. Martirio de San Apolonio, Senador. 11. Obras de San Teófilo de Antioquia. 12. Pertináz Emperador. 13. Juliano compra el Imperio. 14. El Emperador Severo ausilia al principio a los Cristianos. 15. Serapion, Obispo de Antioquia. 16. Mision de San Panteno. 17. Clemente Alejandrino. 18. Sus obras. 19. San Narciso, Obispo de Jerusalem. 20. Cuestion sobre la Pascua. 21. Polocrates de Éfeso. 22. Carta de San Ireneo al Papa San Víctor. 23. Persecucion de Severo. 24. Martirio de Leonidas. 25. Principios de Orígenes. 26. Martirio de Santa Potamiana. 27. Mártires Escilitanos. 28. Martirio de las Santas Perpétua y Felicitas y de sus compañeros. 29. San Ireneo es martirizado con muchos de sus fie-

TOM. II.

1

les. 30. Otros Mártires de las Galias. 31. Tiranias de Plauciano. 32. Tertuliano. 33. Su Apologético y otras obras en defensa del Cristianismo. 34. Su caída. 35. Muerte del Emperador Severo. 36. Caracala asesina á su hermano Geta.



HISTORIA DE LA IGLESIA.

SEGUNDA PARTE DEL LIBRO TERCERO.

Desde la suspension de la cuarta persecucion, en el año 174, hasta el fin de la quinta, en 211.

1. **E**l decreto de Marco Aurelio, en el que prohibió perseguir y delatar á los Cristianos por motivos de Religion, si bien fue causa de la paz, que gozó la Iglesia por espacio de tres años, sin embargo no pudo estorbar que en el 177 se levantasen contra los fieles varias conmociones populares en algunas provincias del Imperio, especialmente en las Galias, donde habia en aquel tiempo Iglesias muy florecientes. Los discípulos de los Apóstoles predicaron allí el Evangelio; y no es creible que unas regiones tan hermosas é inmediatas á la Italia, donde se habia establecido la Cátedra Pontificia, no hubiesen escitado el celo de Pedro, que enviaba operarios á todas partes. Debe presumirse lo mismo de la actividad del Doctor de las naciones que tan fielmente auxiliaba, al Príncipe de los Apóstoles. Por lo que asegura San

su episcopado, rigiendo sabiamente el pueblo fiel de Comana, hasta la persecucion de Decio, en la que logró la corona del martirio, siendo quemado vivo.

24. San Babilés gobernaba en la misma época la ilustre Iglesia de Antioquía; y coronó tambien con el martirio la mas santa y mas brillante carrera. San Juan Crisóstomo, ó hablando con mas seguridad, el autor de un discurso bastante elocuente para poderlo atribuir á este padre, habla siempre con entusiasmo de su brillante virtud, y de los continuos milagros que se obraban sobre su sepultura (1), y aplica á este santo Mártir un rasgo de firmeza pastoral de que no habia todavía egemplo, respecto de los señores del mundo. No permitió el santo Obispo, segun opina San Juan Crisóstomo, que entrase el Emperador Felipe en la Iglesia de Antioquía la víspera de la pascua, que pretendia entrar á participar de las oraciones de los fieles; prohibiéndole la entrada hasta que hiciese la penitencia que exigian sus pecados. Edificado Felipe, prometió hacerla y lo verificó é hizo buenas obras; pero no hay motivos para creer que fuese constantemente fiel hasta el fin.

25. Se habia encumbrado Felipe desde el mas bajo nacimiento á la dignidad imperial solo por una serie de ingraticudes que coronó con el parricidio de su bienhechor. Demás de esto no hay la menor prueba de que desde aquel tiempo hubiese abrazado el cristianismo, mas despues de haber usurpado todo el soberano poder; y mandado asesinar por los soldados

(1) *Disc. cont. gent. sup. San. Babyl.*

al jóven Gordiano, que habia dividido el Imperio con él, dictó muy buenas leyes. Bajo las mas severas penas vedó aquellas indecencias abominables, que siendo contrarias á la naturaleza, eran frecuentes y notorias. A los poetas que con sus versos lascivos y sus sátiras sensuales corrompian las costumbres y turbaban el órden de la sociedad, los castigó egemplarmente.

Celebráronse por otra parte los juegos seculares con la mas magnífica y mas profana pompa, por la novena y última vez el año cuarto del reinado de Felipe, el 247 de Jesucristo, y el milésimo de la fundacion de Roma; y duraron tres dias y tres noches, celebrándose en ellos un combate de doscientos gladiadores. Es verosimil que entonces mismo Felipe no era aun Cristiano; aunque no pueda razonablemente dudarse que este Emperador, al que no podemos justificar de otros muchos delitos, no hubiese abrazado en verdad nuestra santa Religion. No es una de aquellas consecuencias juiciosas que justamente causan admiracion del historiador que la produjo, la duda que se propone de que despues de su muerte fue puesto en el número de los dioses; bastando para desvanecerla recordar que la Apoteosis de los Césares era una ceremonia que practicaban los paganos sin excepcion, y sin examinar las acciones de los que habian sido sus Príncipes.

26. Contáronse muchos mártires en Alejandria en el año 258, á pesar de la constante proteccion del Emperador Felipe en favor de la Iglesia. Sublevóse

de una vez y con furor inesplicable contra los Cristianos todo el pueblo idólatra, movido por un sedicioso cuyo nombre ignoramos. Entraron en sus casas, lleváronse cuanto pudieron encontrar de precioso, arrojaron lo demás por las ventanas y entregáronlo al fuego; arrastraron por el suelo á los mas respetables personajes, cargáronlos de golpes, y les dieron la muerte con palos y con piedras.

27. Dió la virgen Santa Apolonia, de avanzada edad y de una virtud respetada universalmente, las mayores pruebas de su heróico valor. Lleváronla arrastrando al arrabal de la ciudad despues de haberla herido la quijada hasta hacerla caer todos los dientes, y encendieron una grande hoguera á su presencia, en la que la amenazaron arrojar si rehusaba por mas tiempo tomar parte en la pública idolatría. Pidió la Santa la concediesen algunos instantes, como para resolver lo que debia hacer, soltáronla y luego se precipitó ella misma en medio de la hoguera. Podia temerse egecutaran en su persona otros ultrajes mas temibles á su virtud, que la pérdida de la existencia; mas la particular inspiracion que se tiene por cierto dió motivo á la accion resuelta de la santa, la justifica mucho mejor que las razones mas convincentes que pudieran alegarse. Duraron mucho tiempo aquellas violencias impías, hasta que la guerra civil al fin del reinado de Felipe tornó contra ellos mismos la rabia de los infieles.

28. El célebre y desgraciado Tertuliano, del que no existe monumento alguno que nos mueva á afir-

mar el que volviese al camino verdadero de la virtud, habia muerto antes de esto en una edad avanzada y muy verosimilmente fuera de la Iglesia. Lo han mirado todos los antiguos como un hombre que murió cismático; y es un testigo contra él la obstinada secta de los Tertulianistas, que duraba aun en tiempo de San Agustin, que convirtió los que quedaban. De Tertuliano se ha hablado con mucha diversidad, aunque tambien con justicia por causa de las obras de este Padre, el mas antiguo de los Padres latinos cuyos escritos hayan llegado hasta nosotros. Era un hombre incontestablemente de una profunda erudicion, aunque él mismo habla de sus escritos de un modo nada ventajoso; de un espíritu ardiente y brillante, impetuoso y profundo, penetrante y sutil; pero por sus desvíos dió motivo á pensar que poseía mas viveza que rectitud, y mas imaginacion que ingenio. Llega hasta decir un observador juicioso (1), que en cierto sentido aquel fogoso Africano era visionario; esto es, que sin ver lo que no habia, veía las cosas diversamente de lo que eran. Mas esta nota no podia recaer sobre él sino desde el tiempo en que se acomodó á las visiones del Montanismo; entonces su imaginacion se mostró desarreglada y desenfrenada enteramente, como lo prueban su entusiasmo y su cólera hablando de los objetos mas despreciables. ¡Qué de sensaciones irregulares y violentas no se observan en sus duras transposiciones, ágrías ironías, y otras figuras que usa con violencia! ¡Cómo se notan razones pomposas y

(1) *Recherches sur la verité.*

vanas en el fondo, que no sirven mas que para escitar la sorpresa ó el aturdimiento! ¡Cuántas espresiones traídas de los cabellos, obscuras y casi ininteligibles! De modo que parece muchas veces que hace ostentacion de esta dureza y obscuridad en sus discursos. Absolutamente lleno de sí mismo en sus escritos heréticos, hay ocasiones en que únicamente se entiende él, y no se cuida de que le entiendan los demás. Otras veces dice cuanto le ocurre con tal que sus extraordinarios bosquejos le presenten un tono raro, y pueda revestirlos de algunas espresiones atrevidas, propias ó impropias, que hagan una impresion cualquiera. Mas no se dirá lo mismo de las obras que compuso estando en el seno de la Iglesia: generalmente hablando son escelentes producciones, no solo en cuanto al fondo de las cosas, sino por lo que toca á la fuerza de la energía y á la elocuencia, como igualmente á la abundancia y al rápido giro de sus pensamientos. Sirvió con mucho fruto á la Religion este genio extraordinario mientras se sostuvo, bajo la direccion del espíritu de Dios, en los límites de la humildad y de aquella sobriedad en la sabiduría tan recomendada á los fieles. Así á pesar de los motivos particulares que se han creído descubrir acerca de la caída de Tertuliano, en el fondo de su mismo espíritu vano y estéril, y aun se puede decir, mas hinchado y furioso que vasto y nervioso, cuando hace uso de sus chistes irónicos; hay sin embargo pocos egemplos mas propios que este para guardarnos de los desvíos del espíritu humano. Por grande que sea la fama del au-

tor, jamás debemos darle una confianza ilimitada; y en punto de dogmá y de creencia solo debemos suscribir á los principios generales é inmutables de la fe. Nos serán útiles hasta las mismas obras que compuso estando en el cisma, si leemos á Tertuliano con estas disposiciones. de los escritos heréticos con los de los ortodoxos
Escribió sus tratados sobre el bautismo, la penitencia, la oracion, la paciencia, el porte de las mugeres y el de los espectáculos, estando todavía en el seno de la Iglesia. Nos dice en términos espresos que al componer el de las prescripciones, estaba en comunion con todas las Iglesias apostólicas, particularmente con la de Roma, de la cual hace los mayores encomios. Y en efecto, ¿cómo se ha de conciliar con el espíritu de secta, una obra que las combate todas con armas invencibles, y que sin entrar en el riguroso análisis de los dogmas falsos y absurdos, sienta los principios luminosos que las destruyen de raíz? De aquí vino el título de prescripcion que se tomó de los Jurisconsultos; y significa que la Iglesia católica tiene prescripcion, por decirlo así, contra los hereges, y derecho de no escucharlos, por ser mucho mas antigua que ellos.

Fueron compuestas despues de su caída, la mayor parte de las demás obras de Tertuliano, de que no hemos todavía hablado: unas son enteramente malas y directamente contrarias á la Religion católica; otras están mezcladas de escelentes preservativos contra aquellas heregías que condenaba la de Montano. Contiene por egemplo el tratado contra Marcion co-

sas de un precio infinito, como igualmente el que escribió contra Praxeas, á quien Tertuliano arrancó en otro tiempo la máscara y obligó á retractarse, y posteriormente volvía á sembrar sus errores por lo tocante á las tres Divinas Personas. Los libros absolutamente heréticos son los de la Monogamia, que condena las segundas nupcias; el de la impudicia, en el que tiene á la impureza por pecado irremisible, y el del alma, que está lleno de paradojas tan falsos como extravagantes. Su libro burlesco intitulado de la Capa ó Manto, compuesto para dar cuenta de las razones que pretende haber tenido para vestir el manto filosófico, es una produccion que no puede entenderse sea parto del mismo autor del Apologético; y aunque nada tiene que sea contrario á la fe de la Iglesia, muestra bien á las claras lo que se degradó á sí mismo aquel doctor, y lo que habia perdido de su mérito y talentos, obligando, por decirlo así, al espíritu de Dios á que huyese de su corazón. En realidad ya no es en este tratado el mismo, y es imposible de todo punto reconocer en él al elocuente escritor de las obras en favor del cristianismo y de las que compuso contra el gentilismo.

29. Murió Orígenes en Tiro, algunos años después de Tertuliano, á la edad de setenta y un años, objeto tan famoso de vituperios como de elogios. Ninguno gozó de mas encomios ni de mas estimacion; ninguno fue mas atacado, ni perseguido con mas calor mientras su vida y aun después de su muerte; y ningun escritor mereció mas éstos tan contrarios tra-

tamientos, puesto que ningun otro; como queda dicho, habló ni mas dignamente, ni de un modo mas reprehensible sobre ciertos dogmas de la Religion. Ninguno tampoco escribió tantas obras sabias; pues el número de sus producciones pasa de seis mil, segun Rufino: siete escribientes se empleaban copiando lo que él dictaba, y lo menos otros tantos en poner en limpio lo que se escribia en borrador. Con la generosidad de un amigo ceñido en todo lo demás por el desinterés de aquel doctor virtuoso, Ambrosio era el que suplía para estos gastos. Nacieron de este prodigioso número de escritos, como se ha visto, ciertos errores harto groseros, así por la malignidad de los Hereges, como por la temeridad de los discípulos de Orígenes, y algunas veces por la inadvertencia de aquel doctor fecundo: pero estos vicios de su entendimiento, mas que de su corazón, no sirven de obstáculo para que se piense favorablemente de su suerte eterna, y se tenga menos motivo de compasion respecto de él que de Tertuliano. No permitiría Dios sin duda que se estraviase y fuese el objeto de las contradicciones y de los trabajos que estas le acarrearán, mas que para proporcionarle un antídoto poderoso contra el veneno del orgullo que podia escitarle su grande superioridad sobre la capacidad regular del talento humano. La confesion generosa que hizo de la fe en los últimos tiempos de su vida, de la que no dudó ninguno de los grandes hombres de su siglo, por mas que se haya dicho posteriormente, nos da las mayores esperanzas de que si él confesó

á Jesucristo delante de los hombres, este Dios misericordioso no le habrá desconocido ante su Padre.

30. La Providencia, que supo aplicar en utilidad de la Iglesia esta mezcla de buenas y malas cualidades, preparaba á la Religion hácia el fin de Tertuliano y Orígenes, un testigo cuya santidad no fuese dudosa, en la persona de Tascio Cipriano. Era natural de Cartago y de una familia Senatoria, tan visible por su riqueza como por su nobleza; de genio fácil y copioso, lleno de fuego, y lo que es mas de admirar en un Africano, ameno, claro y puro. Aplicóse con cuidado á las bellas letras y á las ciencias profundas, é hizo singulares progresos no solo en la elocuencia, sino en todo género de literatura. Así, para que fuese mas útil á su pueblo, Dios hizo de modo que se proveyese de todas las riquezas de Egipto, antes de salir del paganismo; porque nació y fue criado en las sombras y la corrupcion de la idolatría, la que no abandonó sino despues de mucha resistencia. Deliberó largo tiempo sobre los argumentos y la propuesta que le hizo Cecilio, el mismo que se convirtió en Roma por el celo de Minucio Felix, y á quien veneró siempre Cipriano, como á un padre que le habia engendrado en Jesucristo. Le representaban continuamente los sacrificios y todas las penosas mutaciones que tendria que hacer en su nuevo método de vida, la fogosidad de su ardiente imaginacion y sus pasiones fortificadas por el largo uso de la blandura y delicadeza. Escribiendo á uno de sus amigos llamado Donato, dice: „entonces surcando yo

el borrascoso mar del siglo, y no teniendo aun por guia la antorcha de la verdad, hallaba una extraordinaria dificultad en creer lo que se me prometia de la bondad de Dios para salvarme. De qué modo pudiese el hombre nacer segunda vez, no podia comprenderlo yo, y que lavándose en las aguas del bautismo, quedase despojado interiormente de lo que antes era, y le trocase enteramente el espíritu y las inclinaciones. ¿No es acaso una quimera, decia yo entre mí mismo, semejante transformacion? ¿Cómo podrá uno desprenderse de tantos afectos que tan profundas raices han echado en el fondo de nuestro mismo ser; bien porque la naturaleza las haya plantado y fructificado en él, ó bien porque un hábito inveterado las haya dado tal incremento y estabilidad? Esto es, continúa, lo que yo recapacitaba muchas veces dentro de mí mismo. Y preferia ceder á unos vicios arraigados, reconociéndome dominado de una infinidad de ellos, los que juzgaba que jamás podria sacudir, antes que intentar una penosa victoria; de este modo desesperado con gusto de llegar á ser mejor de lo que era, me acostumbé insensiblemente á la tiranía de las malas inclinaciones, que ya habian formado en mí otra naturaleza. Mas cuando la luz del cielo iluminó mis potencias, luego que las manchas de mi pasada vida se limpiaron con el agua saludable de la regeneracion, cuando recibí un espíritu celestial, y la adopcion divina me hubo transformado en un hombre nuevo, al punto se disiparon mis dudas sin saber cómo; mis dificultades desaparecie-

ron; mis tinieblas se aclararon; y lo que antes tenía por imposible, se me hizo no solo posible, sino suave y de ninguna dificultad" (1).

Triunfó en efecto aquella alma fuerte de todos los obstáculos, y despreció todos los artificios de la seducción. No fueron las ironías de los Paganos la prueba menor que se hizo de su vocación; echábanle en rostro que teniendo espíritu y talentos tan singulares, los degradase hasta el punto de alimentarse con esperanzas quiméricas y fábulas ridículas. Pero no por eso dejó de desprenderse de todos sus bienes que eran muchos; vendió sus tierras y hasta los jardines que tenía cerca de Cartago que eran todas sus delicias, y distribuyó su precio entre los pobres: abrazó la continencia perfecta, vivió retirado y con la mas modesta sencillez y parsimonia, continuamente ocupado en meditar ó estudiar las sagradas Escrituras y los autores eclesiásticos. De Tertuliano hacia singular aprecio, de cuyas obras leía todos los dias sin faltar uno algun pasage, llamándole el maestro por excelencia; pero puede asegurarse que el discípulo pasó delante al maestro, y que sin cederle en la viveza y fecundidad de la imaginacion, le escedia en gusto y solidez. De todos los padres latinos se tiene casi generalmente por el orador mas completo; y posee segun Lactancio tanta gracia para adornar lo que dice, tanta claridad para darlo á entender, tanta energía para inculcarlo, que no es fácil juzgar en cuál de estas cosas fue mas aventajado. Algun tanto de du-

(1) *Cyprian. epist. 1.*

reza en la espresion es lo único que se le puede tachar; la cual resultaria, ó de la mucha lectura de los libros de Tertuliano, ó del mismo vicio del suelo Africano en que nació y le educaron.

No podian menos de eximirle de las reglas comunes para su adelantamiento en la gerarquía tanto mérito y tanta virtud; y fue promovido, siendo todavía neófito, al orden sacerdotal. Poco despues, habiendo acontecido la muerte de Donato, Obispo de la capital de Africa, fue ensalzado Cipriano á aquella silla eminente, á pesar de toda su resistencia, con aplauso general del pueblo y de los Obispos de la provincia. Se opusieron únicamente cinco Sacerdotes á la eleccion, con una especie de conjura que les acarreó la indignacion de toda Cartago y verosíblemente la pena de deposicion. Fue una cadena de virtudes, de piedad, de celo, un peso de caridad y de vigor eclesiástico digno de servir de tipo á toda la posteridad, el Episcopado comenzado con tan felices auspicios. Nada emprendia aquel Prelado tan humilde como prudente, aunque fuese de poca consideracion, sin el consejo del Clero, ni la participacion de los fieles. Se miró siempre como formado para el público, no teniendo cosa en su exterior que pudiese causar escándalo ó desanimar; y evitando con igual solicitud lo que no se conformaba con una modesta decencia, y lo que tenia visos de afectacion y vanagloria. Con un aire de dignidad en toda su persona estaba pintada la santidad: mas procuraba evitar tanto los excesos de una sencillez baja y basta,

como los de un fausto secular; era agradable sin lisonjear nunca, reservado sin violentarse, modesto sin apariencia, serio sin afectar tristeza, grave y alegre á un tiempo; cualidades con las que adquirió no menos el amor que la reverencia de todos, y se aprovechó de las felices disposiciones de los espíritus para fomentar la fe bajo el gobierno benéfico de Felipe.

31. Mas eran sobrado odiosos los medios de que este Emperador se habia valido para ascender al trono, para que quedase en paz por mucho tiempo, y no era poco que se hubiese podido mantener en él por espacio de mas de cinco años. Turbaron al fin las rebeliones de tal modo las provincias, que no bastó él solo para sosegar tantos desórdenes. Envió á Decio á la Panonia, en donde este General habia nacido de una antigua familia, y en cuya provincia se hallaban las tropas en la mayor relajacion de disciplina. Decio tenia mucho talento, rectitud, y era muy amante del buen orden: imaginaron los soldados para evitar el castigo debido á su insubordinacion, que no habia medio mas seguro que el de conciliarse su benevolencia, confiriéndole el Imperio, y le ensalzaron en efecto á este supremo lugar, volviendo despues bajo sus órdenes hácia la Italia. Presentóle batalla Felipe; mas fue vencido y muerto por sus propias tropas el año 249: lo que no sirvió de óbice, como tampoco la Religion que profesaba para que se le colocase segun costumbre en la escala de los dioses.

32. Quiso poco antes de esta revolucion el Papa San Fabian, que se experimentasen en la Iglesia los efectos de una paz de treinta y ocho años, la mas larga que habia logrado hasta entonces. Consagró siete Obispos, á los cuales asoció mayor número de ministros inferiores que los envió á las hermosas provincias de la Gaula, así para el auxilio de las antiguas Iglesias, como para el establecimiento de otras nuevas. Fueron estos siete Obispos, segun Gregorio Turonense, Trófimo de Arlés, diferente del antiguo Trófimo discípulo de San Pablo, pero sucesor del Obispo Marciano, ya infestado con el Novacianismo; Paulo de Narbona, diferente tambien del famoso Sergio Paulo, discípulo del Apóstol de las Naciones; Dionisio de París; Gaciano de Tours; Saturnino de Tolosa; Marcial de Limoges; y Austremonio de Auvernia.

33. Detúvose Paulo desde luego en Beziers, en donde hizo grandes progresos la verdad que predicaba: mas la fama de sus virtudes y milagros hizo que lo llamasen para sí los habitantes de la ciudad metropolitana de Narbona; aunque antes de acceder á sus instancias, dejó á Afrodisio por Obispo de Beziers. Fundó tambien poco tiempo despues la Iglesia de Aviñon, dándola á San Rufino por primer Obispo; y al fin coronó su largo Episcopado con una muerte santa y tranquila.

Se estableció San Austremonio ó Estremonio en la ciudad de Auvernia, que así se llamaba hasta por el siglo nono la capital de esta provincia; en la cual

Clermont era solo la ciudadela. Se sabe al menos que el Santo se hizo recomendable allí por sus trabajos, que fueron los mas felices; pero carecemos de conocimientos mas circunstanciados de ellos. Padebió martirio por el odio de los Judíos, segun se dice, y los fieles lo enterraron en Isoira. Dánle por compañeros á los Santos Sirenato, Marino, Moumeto, Antonino y Nectario; y en efecto los rápidos progresos que hizo la piedad en aquella provincia, dan motivo para creer que fue cultivada por un gran número de operarios. Pretenden algunos autores que la Iglesia de Nevers debe tambien su fundacion á San Austremonio.

34. Escogió San Marcial á Limóges para teatro de su mision, y tuvo el consuelo de ver antes del fin de su vida destruidos los ídolos, y la ciudad casi toda cristiana. Ayudáronle en sus faenas piadosas los Santos Altiniano y Austricliniano, que fueron enterados con él, aunque en diversos féretros. Se hizo este hombre Apostólico de los mas célebres por toda la Galia, y se puso su nombre en las Letanías con los de los Apóstoles: distincion merecida por sus trabajos verdaderamente Apostólicos, y no por haber sido uno de los primeros discípulos del Verbo hecho carne, como creyeron algunos equivocadamente.

Fundó San Gaciano la Iglesia de Tours, ciudad del todo entregada á la idolatría, y sus habitantes célebres ya desde entonces por su carácter suave, modesto y muy humano, eran intratables sobre el punto de sus supersticiones. Así los frutos mas preciosos que recogió el Santo en sus trabajos fueron las afrentas y

persecuciones: veíase obligado á celebrar los divinos Misterios en profundos subterráneos; y aun se ve en el dia cerca de Mamoutier una caverna en una roca escarpada, en donde ofreció largo tiempo el santo Sacrificio. Trabajó por espacio de cincuenta años con un celo cada vez mas ardiente en el cultivo de esta tierra ingrata, que por la perseverancia de sus tareas llegó despues á ser un campo muy fértil.

35. Llegó hasta París San Dionisio, Apóstol de Francia, á quien ya nadie confunde con el Areopagita, donde fundó una floreciente Iglesia, entretanto que muchos de sus compañeros en el apostolado se esparcieron en virtud de sus órdenes, por las ciudades circunvecinas, y penetraron hasta la Bélgica. Muestra cuan brillante fue su mision el gran número de operarios que se le asociaron: cuéntanse entre ellos San Francisco de Evreux, San Rículo de Senlis, San Santin, á quien las Iglesias de Meaux y Verdun reconocen por sus fundadores, San Luciano de Beauvais, San Quintin, Apóstol de Amiens y del Vermandois, los Santos Fusciano y Victorico, Apóstoles de Teruana, y los Santos Crispin y Crispiniano, Apóstoles de Soissons. Mas si todos estos ilustres misioneros fueron discípulos de San Dionisio, la mayor parte de ellos no vendrian hasta despues de muchos años á ayudarle en sus grandes empresas; pues padecieron el martirio en el imperio de Maximiano, cerca de cuarenta años despues de la llegada de San Dionisio á las Galias.

36. Fue ilustrada Tolosa con las luces del Evan-

gelio el año 250, durante el Consulado de Decio y Grato. Era esta ciudad como la silla de la superstición de los galos, y tenía á imitación de Roma, un templo llamado el Capitolio, en el cual había su oráculo, que de todas partes iban á consultar. Impuso silencio á los demonios la llegada de San Saturnino, el que no tardó en convertir un número considerable de infieles para formar una Iglesia. Establecieron el lugar de su asamblea muy cerca del Capitolio; de suerte que para ir á él Saturnino desde su casa, tenía que pasar precisamente por delante del templo profano; y como le observaban con atención los pasos, notaron sus enemigos que el oráculo enmudecía cuando él pasaba. Declararon un día al pueblo congregado los sacerdotes idólatras, que además de sufrir esta humillación recibían notable perjuicio en sus intereses, que la cabeza de la nueva secta que se formaba en Tolosa, encendía la cólera de los dioses contra esta ciudad hasta entonces tan favorecida del cielo, y que no podía reconciliarse con ellos de otro modo que vertiendo la sangre del delincuente. Era la hora del sacrificio, y ya se acercaba el toro que se había de inmolar, coronado de flores y cintas, cuando un fanático idólatra dijo viendo de lejos á Saturnino: „este es el enemigo de nuestros dioses, que dice se deben arruinar sus templos, y se opone á sus oráculos: pues viene tan á propósito, ó mitigue la cólera de nuestros poderosos protectores, teniendo parte en los homenajes que les rendimos, ó sea él mismo la víctima que se les ofrezca en sacrificio.”

Cargó á estas palabras sobre el santo Obispo una multitud furiosa, que lo llevó al Capitolio, é instándole á que sacrificase, les dijo: *yo no adoro sino al Ser Supremo, al único Dios verdadero; vuestros dioses no son otra cosa que unos demonios impotentes, ya que temen á Saturnino que no es mas que hombre.*

Estaban los idólatras muy acalorados para escuchar razones. Ataron pues al Santo por los pies á la cola del toro destinado al sacrificio, y enfurecieron al animal antes de soltarle. En las gradas mismas del Capitolio se estrelló la cabeza de Saturnino, y el toro continuó arrastrándole hasta que se quebró la cuerda. Tal fue el fin del martirio de este generoso Confesor, mas despues de haber establecido suficientemente la fe en aquellos pueblos para que se perpetuase despues de su existencia; porque su misión duró diez años, y se necesita reducir la época de su muerte, como la de San Dionisio, al tiempo de la persecucion de Valeriano. Recogieron dos mugeres Cristianas su cuerpo hecho pedazos, y le sepultaron en secreto. Edificó una capilla sobre su sepulcro San Hilario, tercer Obispo de los Tolosanos; y en lo sucesivo San Eusebio trasladó las reliquias á una hermosa Iglesia llamada de San Sernin, nombre abreviado de Saturnino. El inmediato sucesor de este Apóstol de Tolosa fue San Honorato. A San Honesto, que predicó en Pamplona, y á San Papoul martirizado en el lugar de su nombre que llegó á ser bastante considerable para que se estableciese despues en él una Silla Episcopal, se les cuenta en el número de sus discípulos.

Fue á predicar á la ciudad de Burges un discípulo de los siete Obispos que componian la celebrada mision de Fabian, y se cree que fue San Ursino, primer Obispo de ella, mas bien que San Seniciano, que es tenido por el segundo. Convirtió Ursino una parte numerosa de los habitantes, pero de los del pueblo bajo; de manera que ninguno de ellos tenia casa á propósito para servir de Iglesia. Acudieron á un ciudadano poderoso llamado Leocado, del que tenian formada la mejor opinion, porque aunque pagano era de la familia del santo mártir Epagato. Correspondió él enteramente á sus esperanzas, y cedió su casa sin mas interés que un corto reconocimiento de su propiedad; cuya generosa accion mereció la mas preciosa recompensa, pues abrió los ojos á la verdad juntamente con su hijo Lusas, que murió poco después de haberse bautizado, y es tenido en grande veneracion en el Berri, bajo el nombre de San Lustró. La Iglesia en que fue convertida la casa de Leocado es la de San Estévan, que desde el tiempo de Gregorio Turonense pasaba por una de las mas hermosas de la Galia. Se venera igualmente en el Berri á otros dos Apóstoles llamados Silvano y Silvestre, que se cree son mas antiguos que San Ursino; pero es muy difícil, por no decir imposible, penetrar las tinieblas de una antigüedad tan remota.

37. Solo á los operarios apostólicos del siglo tercero puede referirse con seguridad lo que se dice de las diferentes Sillas Episcopales de la Francia, pues por esta época se ve difundida copiosamente la luz

del Evangelio en todas sus provincias. Fundáronse entonces las Iglesias de Saintes, de Sens, de Chartres, de Mans, de Perigueux, del Velai, de Lodeva, de Apt y del Gevaudan. Se tiene comunmente á San Nicasio por primer Obispo de Ruan; pero es mas probable que no era sino Sacerdote, que predicó en efecto en una parte de la Diócesis de Ruan, y que su primer Obispo fue San Melon, enviado por el Papa San Estévan. Reconocen cada una de las Iglesias de Nantes y Albi por su fundador á un San Clario; sin que conste nada de cierto sobre la época de sus Episcopados.

Gloriase con razon la parte de las Galias vecina de la Alemania, aunque mas distante de la de Italia de tener las mas antiguas Iglesias. Establece la autoridad de San Ireneo las pretensiones de Maguncia y Colonia, Metrópolis de las dos provincias germánicas, donde nos dice el santo Doctor que en su tiempo ya existian Iglesias; aunque no por esto se ha de dar entero crédito á los que han pretendido adelantar después acerca de la serie y obras de los primeros Obispos de aquellas ciudades. Puede decirse lo mismo de Tréveris, Metrópoli de la primera Bélgica, de la que consta solo la fundacion y gobierno sucesivo por los Santos Eucario, Valerio y Materno. Pretende la Iglesia de Strasburgo que recibió la fe de San Materno, mas no se hallan Obispos de esta Iglesia antes del siglo cuarto. Fue fundada la de Metz por San Clemente, que llegó allí durante la persecucion; de modo que se vió en la precision de celebrar los santos mis-

terios fuera de la ciudad en unas cavernas antiguas del anfiteatro. Estableció San Mansui ó Mansueto el cristianismo en Toul; y hay motivos para presumir que esto no pasó hasta que la Iglesia gozó de la paz que tanto se apetecía.

38. No vivió mucho tiempo despues de haber esparcido las luces Evangélicas por las provincias menos distantes de la Galia el Papa San Fabian. Habíale ya llegado el tiempo de recibir la corona que habia merecido por esta grande obra; y él añadió la del martirio, habiendo sido una de las principales víctimas del furor de Decio el año 250, despues de catorce de Pontificado. Estuvo esta dignidad vacante cerca de año y medio, y en el entretanto cuidó el clero de Roma de esta Iglesia. De lo que puede colegirse cual seria la crueldad de la séptima persecucion. Dice San Cipriano que hubo en ella invenciones tan bárbaras, que pasaban la esfera de la malignidad humana, y no se podian atribuir sino al influjo de las potestades infernales. No faltaban medios de hacer durar mucho tiempo los suplicios, por mas crueles que fuesen; pues se proponian no tanto quitar la vida á los acusados, sino apurar su paciencia y arrancarles el tesoro de la fe. Mas el Señor tenia sus miras cuando permitia esto al enemigo de su Cristo: no bastaba á este Hijo muy amado una Esposa ó una Iglesia dotada de virtudes comunes; era necesario que estuviese libre de toda flaqueza, y fuese purísima y santísima sin la menor mancha ni deformidad (*). Empero el vigor

(*) Es decir, adornada de todas las virtudes y heroismo de

de los miembros disminuía al parecer en su acrescentamiento, y los fieles al mismo tiempo que se aumentaban en extremo dejaron perder bastante la regularidad y fervor primitivo.

39. Segun San Cipriano muchos de ellos habian olvidado enteramente lo que se practicaba bajo la direccion de los Apóstoles; aplicábanse á acumular bienes temporales con una ansiedad enteramente profana, al paso que no tenian en mucho las riquezas del alma y las obras de misericordia. Principió á verse pocos santos entre los Sacerdotes y Obispos, que todos sin escepcion debieran haberlo sido: empero muchos de ellos olvidándose de sus deberes tan llevaderos y tan esenciales, corrian con una inquietud ociosa de provincia en provincia, en vez de cultivar la tierra en donde debian residir, y en la que era muy abundante la cosecha. En cuanto á los demás fieles el lujo y la corrupcion de costumbres los tenia generalmente dominados: los hombres cuidaban de su afeite y compostura lo mismo que las mugeres: los miembros de Jesucristo se deshonoraban á sí mismos, contrayendo alianzas con los Paganos: ya no les inspiraban horror las palabras vergonzosas y profanas, ni los juramentos sus hijos, y enriquecida con el tesoro inmenso de méritos, que aquellos adquirieran con su santidad. Así es como deben entenderse las palabras del autor, y las que se leen parecidas á estas en la santa Escritura y en las obras de algunos Padres y Doctores Católicos; y no en el sentido erróneo de los Protestantes, que soñaron una Iglesia tan pura, que solo contase entre sus miembros á los fieles perfectos en la virtud, y de ningun modo á los débiles é imperfectos.

tos, ni las imprecaciones, ni el perjurio: se escandalizaban los unos á los otros, se insultaban, se despreciaban mutuamente y tenían públicamente entre sí odios y rencores interminables. Fue tan rigurosa la prueba que hizo el Señor, queriendo separar á sus verdaderos siervos de los que afectaban serlo, que conforme á la prediccion del Evangelio, hubiera pervertido á los mismos escogidos, si posible fuese; y así creyeron muchos que habia venido el reino del Anti-Cristo.

40. Se envió el edicto de persecucion á todos los Gobernadores de las provincias; y aunque era horroroso en un todo, lo egecutaron de un modo todavía mas espantoso; disputándose entre sí quien haria mejor la corte al tirano por su celo impío, y con las invenciones mas esquisitas de crueldad (*). De esta

(*) La séptima persecucion general tuvo por autor á Decio, quien por oponerse en todo á su predecesor, que no sintió mal de los Cristianos, puso esta sola nota á su gobierno. No quedó nuestra España esenta del furor de este tirano, y entre otras la Iglesia de Vique, llamada Ausonense en lo antiguo, se gloria con los triunfos de dos jóvenes, Luciano y Marciano, que despues de haber apurado todos los recursos y miserables secretos del arte mágica, para atraer á su impuro deseo á una doncella cristiana, viendo que todos sus esfuerzos eran inútiles renunciaron á la superstición y se hicieron Cristianos. Despues de un largo interrogatorio que les hizo el Procónsul Sabino, y en que dieron razon de su creencia, los mandó arrojar á las llamas. Vique tiene razones y fundamentos sobrados para venerar á estos Mártires, no solo como atormentados y muertos en ella, sino tambien como hijos suyos. Ferrari en el catálogo de los Mártires que añade al Martirologio Romano, los refiere á Vique, no por ser hijos de ella sino por haber padecido allí. Fundado el

furiosa persecucion se refiere, que teniendo un Mártir todo el cuerpo hecho una llaga, despues de haberle hecho padecer los tormentos de las uñas de hierro y de las planchas hechas ascua, mandó el juez que le untasen todo su cuerpo con miel, y luego le pusieron, atadas las manos detrás, á un sol fuerte y á las picaduras y molestias insoportables de las moscas y demás insectos. Llevaron á otro en la flor de sus dias á un delicioso jardín, y lo aprisionaron con ataduras de seda sobre un lecho voluptuoso sembrado de varias flores, colocado á la márgen de un riachuelo que se deslizaba mansamente por entre la yerba; en tal estado le dejaron solo, y despues le enviaron una jóven hermosa y agraciada que poseía en sumo grado el arte de la seducción, de suerte que el santo Mártir para poder resistir á tan poderosos ataques se cortó la lengua con los dientes y se la arrojó al rostro.

41. Polieucto, varon ilustre en Armenia por sus bienes y nobleza, se señaló en Melitina aun mas por su valor y constancia; pues ni todas las comodidades de la vida, ni la esposa que tenia que era digna de todo su afecto, bastaron para separarle de su firme resolucion; antes bien sin dar oidos á súplicas ni á quejas, venció tanto las debilidades de la humanidad, que él mismo animó á que sufriese el martirio á

Martirologio Romano en las actas de Ferrari, los hace naturales de Nicomedia. Tillemont advirtió que acostumbraron los antiguos á confundir á Nicomedia con Numidia de Africa. Pero mientras no haya mas graves y fundadas razones, podemos gloriarnos del triunfo de estos dos Mártires como naturales de Vique. ®

Nearco, su amigo y su primer maestro en la fe. Confesó de nuevo á Jesucristo San Alejandro, aquel Obispo de Capadocia que fue nombrado coadjutor y despues sucesor de San Narciso de Jerusalem; el cual habia adquirido ya el mérito de la confesion cuarenta años antes en su primera Iglesia, y murió en la cárcel cargado de años y de tormentos. Tambien el gran Babilés, Obispo de Antioquia, finó en aquel tiempo sus dias del mismo modo, y con él murieron los tres niños heróicos que estaban á su cargo. Consumó tambien su martirio en aquella misma época Ambrosio, aquel célebre amigo de Orígenes.

42. Ninguno empero fue mas illustre entre tantos generosos atletas que San Pionio, Sacerdote de la Iglesia de Esmirna; habiendo querido la Providencia resarcir con el egeemplo de su constancia el escándalo que acababa de dar á aquella Iglesia la apostasia de su Obispo Eudemon. Tuvo revelacion de que seria preso el dia siguiente aquel celoso Sacerdote, mientras pasaba la vispera de San Policarpo en el ayuno y oracion en compañía de algunas buenas almas (1). Se puso inmediatamente una cadena al cuello, y mandó hacer lo mismo á Sabina y á Asclepiades, dos fervorosas Cristianas que se encontraban en la Iglesia con él; para que cuando el pueblo les viese que se dirigian al templo de los falsos dioses, conociese que iban llevados por fuerza, y no con el designio de sacrificar como los apóstatas. Al dia inmediato fueron en efecto presos por Polemon, guarda del templo y au-

(1) *Act. sincer. Martyr.*

torizado para esto por los Magistrados: y oyendo el pueblo el ruido de las cadenas acudieron á verlos todos indistintamente Judíos y Paganos; de suerte que se reunió en la plaza un gentío inmenso. Estendió la mano entonces Pionio, que era elocuente, y con un semblante animado comenzó á decir: „Ciudadanos de Esmirna, que haceis alarde de habitar el mas hermoso sitio del universo, y de ser compatriotas del mayor ingenio que produjo el mundo, en Homero; vosotros tambien hijos de Israel, que aquí os hallais presentes, escuchadme. Yo sé que mirais con el mayor desprecio á los Cristianos que se presentan para sacrificar, ó que resisten débilmente cuando se les quiere obligar á que lo egecuten. Teneis razon en verdad de menospreciar á los cobardes, siguiendo á vuestro compatriota y maestro. Mas él os dice tambien por otra parte que es cosa indigna hacer un juguete de la vida de los hombres. Y vosotros, Judíos, ignorais acaso la admirable sentencia del mas sabio y mas grande de vuestros Reyes, que si vuestro enemigo ha caido no se debe triunfar de su caída? Mas quiero en cuanto á mí padecer la muerte, y la muerte mas cruel, que contravenir á las máximas santas que profeso.”

El pueblo y el mismo Polemon respondieron: „no deseamos tu muerte; tu probidad y sabiduria nos inclinan mas bien á hacerte feliz: sigue los consejos de los que te aman, y sacrifica á los dioses; porque fuera gran imprudencia perder sin motivo y voluntariamente la vida con todas sus comodidades. El santo Confesor respondió: la vida es un bien muy ape-

tecible sin duda alguna; y el Cristiano por un desprecio ó disgusto estúpido no desecha este presente del autor de la naturaleza: pero lo que antepone á ella se debe anteponer en verdad. Si vuestro encargo, dijo despues volviéndose á Polemon, es el de convencer ó castigar, castigad desde luego porque no nos convencereis: regios al menos por vuestras propias leyes, que no os mandan violentar ó corromper á los que resisten, sino castigarlos."

Luego quisieron concertar con él, y le propusieron que sacrificase tan solo al Emperador, y por fin que no hiciese mas que entrar en el templo sin sacrificar. Hiciéronle sufrir despues tres interrogatorios en forma; y en los intervalos se le volvia á encerrar, como asimismo á sus compañeros, en una cárcel horrorosa por su lobreguez é infeccion; mas siempre manifestó el santo Atleta la misma constancia. El Procónsul Quintiliano que habia estado ausente mientras los dos primeros interrogatorios, quedó tan admirado en el tercero de la elocuente é inalterable firmeza de aquellos Confesores, que largo tiempo estuvo vacilando con su consejo sobre lo que debia hacer. Pero volviendo despues á preguntarles, y dirigiéndose al sabio Pionio, á quien se miraba como á principal y maestro de los demás, le dijo: „¿insistes con la misma terquedad en tu primera resolucion? ¿No das á lo menos alguna esperanza de que te arrepentirás con el tiempo? Pionio contestó con un tono determinado, que no. El Procónsul le dijo: con todo te doy aun tiempo para consultar contigo mis-

mo. Pionio respondió: es escusado, porque todos estamos resueltos á permanecer firmes en nuestro propósito. Pues de nada menos se trata, replicó el Procónsul, que de ser quemado vivo;" y como se mostrase el Santo cada vez mas constante, se pronunció la sentencia que le condenaba al fuego. Pionio entonces camina con paso acelerado hácia la hoguera, y despues de haber llegado, sin aguardar que se lo mandasen, despójase de sus vestidos exteriores, se tiende encima de la leña y se entrega á un verdugo para ser clavado como se acostumbraba. Le dijeron todos en alta voz cuando se encontraba en esta situacion, que aun era tiempo de renegar, y que se le quitarian los clavos, cuyas heridas dolorosas no eran mas que las primicias de un tormento mucho mas cruel. El Santo respondió: „he sentido vivamente estos primeros dolores, pero cuanto mas padezca, me acercaré mas al término á que aspiro." Cerró los ojos para orar con mas recogimiento despues de decir estas palabras; y concluida su oracion miró con rostro placentero las llamas que le rodeaban, dijo: *amen*; y espiró dulcemente algunos momentos despues al acabar de proferir estas palabras: *Señor, recibid mi alma*. Hallaron los fieles su cuerpo, apagado ya el fuego, tan entero como si estuviera vivo. Acaeció este glorioso martirio el dia 5 de Marzo del año 250. Ignórase qué género de muerte sufrieron Sabina y Asclepiades, con los demás compañeros de San Pionio, que parece fueron muchos.

43. Ejerció el Procónsul Óptimo su cruel impie-

dad en toda el Asia. Interrogó él mismo á un mercader llamado Máximo, y quiso presenciar la tortura. Despues que Máximo sufrió por algun tiempo el tormento del caballete, le dijo el Procónsul: „reconoce ahora la locura de tu obstinacion, y sacrifica á lo menos para librarte de la última desgracia. El Mártir respondió: ya me libro de ella no sacrificando, y si lo hiciera me condenaba á la suerte mas atróz; ni vuestras uñas de hierro, ni vuestras planchas ardientes son capaces de ofender al que anima la gracia de Jesucristo.” Óptimo entonces le condenó á ser apedreado; é inmediatamente se egecutó la sentencia. Mandó el mismo Procónsul quitar la vida del modo mas bárbaro á un jóven de Lampsaco, llamado Pedro, tan recomendable por su buen talento como por su raro ingenio; de cuyas prerogativas únicamente se valió el admirable Confesor para confundir con mas fervor al tirano, que le instaba sacrificase á la diosa Venus. Apretáronle de tal modo el cuerpo con tablas de madera y lazos de hierro, que todos sus huesos quedaron rotos y cuasi molidos.

Óptimo pasó despues á Troade, donde le presentaron otros tres Cristianos llamados Andrés, Pablo y Nicómaco, que confesaron intrépidamente el nombre de Jesucristo; y aun Nicómaco lo egecutó con un ardor imprudente y contrarió á las reglas del Evangelio. Hizole atormentar el Procónsul con el mayor rigor, hasta reducirle al extremo de perder cuasi la vida. Pero entonces perdió la paciencia el desgraciado Nicómaco, y apostató vergonzosamente gritando: no

fui jamás Cristiano, voy al punto á sacrificar. Mandáronle desatar; mas apenas sacrificó cuando le acometió un violento frenesí, revolcóse por el suelo, se golpeó furiosamente la cabeza, se cortó la lengua con los dientes, y despues espiró dejando horrorizados á todos los que presentes estaban.

44. Al verle morir de esta suerte una jóven Cristiana de solos diez y seis años llamada Dionisia, exclamó: *¿ó miserable, que por un instante de alivio te precipitas en el infierno!* Óptimo ordenó que la trajesen ante él, y la amenazó con que la mandaria quemar viva y la haria padecer otros tratamientos mas terribles para una virgen Cristiana, si no sacrificaba igualmente. Dionisia respondió: „mi Dios me dará fuerzas para vencer vuestros artificios y violencias; y así no temo vuestras amenazas.” Mandóla el Procónsul entregar á dos jóvenes disolutos, que la llevaron consigo; pero el mismo Señor fue el vigía de su honor, de tal modo que los que habian pretendido desflorarla se vieron precisados á recurrir á sus ruegos é intercesion. Fueron abandonados al dia siguiente Andrés y Pablo al furor del populacho, que los apedreó; y oyendo Dionisia el ruido se escapó de entre sus guardias, corrió al lugar en donde estaban los Mártires, y habiendo llegado á noticia del Procónsul la mandó cortar la cabeza.

La causa de que se sacrificasen en diversos lugares del Asia otras muchas víctimas, fueron la supersticion y la adulacion. A San Cuadrato despues de hacerle sufrir esquisitos tormentos le cortaron la cabeza

en Nicomedia : á los Santos Trifon y Respicio en Nicea : al ilustre mártir San Cristóval en Licia : á San Mercurio , oficial muy adelantado en el servicio militar , en Cesaréa de Capadocia ; y en Éfeso á los siete hermanos durmientes , llamados así porque en odio de su espontánea confesion los encerraron vivos y privaron de todo socorro humano en una caverna inmediata á la ciudad , donde durmieron en el Señor ; segun su leyenda , esto es , murieron. A estos se les dió el nombre de los siete durmientes cuando se hallaron sus cuerpos cerca de doscientos años despues ; y algunos autores griegos amigos de todo lo extraordinario , pretenden que despertaron entonces delante de un gentío numeroso , y que habiéndose arrodillado todos juntos dieron de nuevo el espíritu al Criador.

45. El triunfo de Santa Águeda en Catania de Sicilia no fue menos glorioso ; la que se distinguió tanto por su amor á la virginidad , como por la viveza de su fe. Las particularidades que se refieren en sus actas , seria de desear que estuviesen mejor comprobadas ; pero los monumentos mas famosos de su culto , entre otros un himno compuesto en alabanza suya por el Papa San Dámaso , y un prefacio por San Gregorio , prueban hasta la evidencia cuán digna es de la nombradía que se ha adquirido en la Iglesia. En Toscana triunfó Santa Victória (*).

(*) En la persecucion misma de Decio padeció el martirio Santa Marta Virgen y Mártir de Astorga. De ella habla el Maestro Florez en el tomo 16 de la España Sagrada , tratado 56 , ca-

46. Hubo tambien en Alejandría una multitud de Mártires , los primeros de los cuales fueron Juliano y Euno. Juliano era un viejo achacoso , y se veía tan afligido de la gota que ni podia andar , ni tenerse en pie. Pusieronle con Euno sobre un camello á cada uno , y se les paseó por toda la ciudad azotándolos cruelmente , y despues de esto fueron arrojados en una grande hoguera cercada de la multitud de pueblo , que asistia á este espectáculo con una bárbara alegría. Asociáronles otros muchos Cristianos que se encontraban presentes , sin mas motivo que porque no aplaudian esta inhumanidad ; y entre otros cuatro mugeres llamadas Melania , Dionisia , y otras dos que tenian el mismo nombre de Amonaria , todas las que merecen los mayores elogios por la fortaleza que mostraron infinitamente superior á su sexo.

Fue tomando pábulo la persecucion del mismo modo en la provincia de África , en donde por la llegada del Procónsul se hizo mucho mas cruel de lo que habia sido bajo los Magistrados ordinarios de Car-

pitulo 8 , y fija su martirio en 23 de Febrero , en el mismo que hoy se celebra y en que le puso Baronio despues de su primera edición : y el Breviario antiguo de Astorga manuscrito en virela , que parece puede atribuirse al siglo 13 , tambien pone su martirio en dicho día. Yo no tengo documento fijo , dice este sabio escritor , para decir que padeció en España. Pero los Bolandos admiten que padeció en Astorga , refiriéndose sin duda alguna á las actas de Tamayo , que sacó de un antiguo manuscrito de la Biblioteca de D. Diego de Arce Reynosa , Obispo de Plasencia. *Quia vero in actis dicitur hæc sub Paterno in Hispaniis , eo quo Decius mortuus est anno , percutio extitisse , martyrium S. Martha referendum est ad annum 251 Sc.*

tago que la comenzaron. Púsose aquí el mayor cuidado en variar y prolongar los tormentos, repitiéndolos tantas veces que no quedaba miembro alguno entero á los Mártires, ni se podia ya herir sino en las mismas heridas. Las prisiones por fin no bastaban para contener la multitud de Confesores que condenaban en ellas á morir de hambre y de sed.

47. Mas no hubo en parte alguna confesion mas célebra que la de Acacio, Obispo de una ciudad de Antioquia, distinta de la de Antioquia de Siria, aunque se ignora en qué provincia de Oriente estaba situada (1). No pudo menos de quedar admirado el Emperador, á quien el Consular Marciano creyó debia hacer la relacion que sigue respecto de este Santo. Ofrece esta relacion que está revestida de todos los caracteres de la autenticidad, y sacada sin duda de los registros públicos, una de las pruebas mas convincentes del cumplimiento de aquella promesa divina, que el Espíritu Santo hablaría por boca de los que fuesen acusados ante los tribunales por el nombre de Jesucristo, y les inspiraria una sabiduría á la que no podrian resistir sus contrarios.

El Consular empezó diciendo á este admirable Confesor: „vosotros debeis amar nuestros Príncipes, ya que vivís bajo las leyes romanas. ¿Quién, respondió Acacio, los ama mas que nosotros? Sin cesar pedimos á Dios por ellos, por la prosperidad de su reinado, por la gloria de sus armas, y generalmente por todo lo que les interesa. Marciano dijo: sacrificad

(1) *Act. sincer. Martyr. ann. 250.*

pues al Emperador para que tenga esta prueba mas de vuestro afecto y respeto. Respondió Acacio: nosotros damos de corazon al Emperador todo lo que le debemos, pero ningun derecho tiene para exigir de nosotros sacrificios: porque ¿quién sacrificará á un hombre mortal, reflexionando que hoy manda y mañana recibirá tal vez el golpe de la muerte? El Emperador está como nosotros sujeto á Dios, y no es permitido tributar honores divinos sino al Señor inmutable y soberano del cielo y tierra, ante el cual deben temblar todos los demás potentados.

Marciano que gustaba de racionar y buscaba una ocasion de combatir ventajosamente los principios del cristianismo, preguntó: „¿quién era ese Dios? pues deseaba conocerle. Ojalá, dijo Acacio, que le conocierais en efecto, pero de modo que os fuese provechoso y saludable! Marciano respondió: ¿decid pues quién es? El hijo de Abraham, Isaac y Jacob, replicó Acacio. ¿Son tambien dioses esos que nombráis, dijo Marciano? No, respondió Acacio; mas el que se dignó mostrarse á estos santos varones es el verdadero Dios á quien debemos temer. ¿Cuál es pues su nombre? prosiguió Marciano. Acacio conforme á la regla enseñada por Orígenes, citó tan solo los nombres que Dios toma en las sagradas Escrituras. Entonces, replicó Marciano, ¿qué quimeras os tienen preocupado? Dejad las cosas invisibles y honrad mas bien á los dioses que podeis ver con vuestros ojos. ¿Qué dioses son los que me proponéis, dijo Acacio? Sacrificad, respondió Marciano, á Apolo que nos guar-

da de las epidemias y de la hambre, y gobierna todo el mundo. ¿A quién, replicó Acacio, á ese Apolo que abrasado en un amor impuro persiguió al tímido objeto de su pasión, sin preveer que al cabo quedarían frustrados sus intentos? ¿Adoraria yo á los que tendria vergüenza de imitar, y á cuyos imitadores castigariais vos mismo? Marciano dijo: todos los Cristianos acostumbran á responder lo mismo; pero es necesario venir conmigo á sacrificar al grande Júpiter y á la divina Juno, para celebrar despues alegre y jovialmente el solemne convite. ¿Por qué he de honrar como dios, respondió Acacio, á aquel cuyo sepulcro está constantemente en Creta? ¿Ha resucitado por ventura? Cesad de hablar, dijo entonces Marciano, es preciso sacrificar ó morir. Este es, replicó Acacio, el argumento mas convincente; los bandidos de Dalmacia no discurren mejor cuando en la espesura de un bosque exigen del miserable que cae en sus manos el dinero ó la vida. Hasta ahora no habiais mostrado tan poca equidad y razon. Mas poco me importa; podeis, sí, matarme, mas no convencerme ni aterrarme: las leyes condenan el adulterio, el latrocinio y el asesinato; si he cometido alguno de estos delitos yo soy el primero que me condeno; pero si se me castiga porque amo al verdadero Dios, la voluntad absoluta del Juez, no la ley, es la que me condena: y mirad que haciendo esto os haceis indisculpable, porque cada uno será juzgado segun juzgare á los otros." De este modo hacia Acacio el papel de Juez por la fortaleza de su espíritu, ó por mejor

decir, del espíritu de Dios que le inspiraba, y el que se titulaba Juez hacia el de reo. Respondió pues Marciano muy perplejo: „yo no tengo orden para examinar tantas cosas, sino solo de reduciros á la obediencia ó castigaros. Y yo, dijo Acacio, no puedo, y me causa horror renegar de mi Dios. Si vos os creeis ciegamente obligado á seguir de todo en todo la voluntad de un hombre que presto morirá como todos los demás, y como todos será alimento de gusanos; ¿cuánta mas razon debo obedecer yo al Dios Todopoderoso é infinitamente sabio, que amenaza á los que le niegan delante de los hombres con desconocerlos en la corte celestial, cuando venga con toda la magestad y terribleza de su gloria á juzgar á los vivos y á los muertos."

Creyó el Consular, que se suponía con talento suficiente para argumentar, y con bastante conocimiento de la doctrina de los Cristianos para convencerla de errónea y extravagante, sacar mejor partido de lo que acababa de decir Acacio. „Tales son, replicó, las ideas insensatas de vuestra secta, y yo deseaba oirlas de vuestra boca. ¿Conque Dios tiene un hijo, segun vosotros? Sí, respondió Acacio. ¿Quién es, preguntó Marciano? El Verbo de verdad, la palabra de gracia, respondió Acacio. ¿Es ese su nombre, replicó Marciano? Hasta ahora no me lo habiais preguntado, dijo Acacio. Nombradle pues, prosiguió Marciano. Llámase Jesucristo, dijo Acacio. ¿De qué muger lo tuvo Dios, añadió Marciano? No debemos discurrir de Dios como de los viles mortales: formó el cuerpo del pri-

mer hombre, y despues le dió la vida y el espíritu: así engendró á su Hijo de una manera en un todo espiritual, pero necesaria, produciéndole de su propio corazón, como lo enseñan nuestras divinas Escrituras. ¿Luego Dios es corpóreo, replicó Marciano? ¿De dónde lo inferís, dijo Acacio, pues nosotros le reconocemos invisible? Él solo se conoce con toda perfección: pero nosotros no por eso estamos menos seguros de su virtud y poder. Marciano dijo: si carece de cuerpo, tampoco tiene corazón ni inteligencia, porque esta y el pensamiento no pueden hallarse donde no hay sentidos. La inteligencia, respondió Acacio, no toma su origen en nuestros miembros, Dios es quien nos la da; y el cuerpo y el espíritu nada tienen de comun sino por la voluntad omnipotente del Criador.

Volved, dijo Marciano entonces, abandonando un medio que le era tan poco feliz, volved los ojos á los Catafrigos que eran Cristianos, y hoy sacrifican con nosotros; imitadles pues, juntad á todos los Cristianos de la ley Católica, y haced que abracen la religion del Emperador. Acacio respondió: yo no soy su dueño, es Dios: ellos me escuchan y dan crédito cuando los dirijo á la virtud, pero si los indujera al pecado me despreciarian con razon. Decidme todos sus nombres, dijo Marciano. Están escritos, respondió Acacio, en el libro celestial. ¿Dónde están, prosiguió Marciano hablando de los Sacerdotes, vuestros compañeros los Magos y los Doctores de este error tan artificioso? Otras faltas tenemos, dijo Acacio, de

que acusarnos delante de Dios; más por lo que toca á las evocaciones infernales y á las observancias ridiculas de la magia, las hemos considerado siempre como despreciables: de Dios solo alcanzamos estas maravillas de gracia y beneficencia que nos veis obrar. Preciso es, dijo Marciano, que seais unos Magos muy hábiles, pues habeis logrado infestar todo el Imperio con esta Religion loca y perniciosa. Nosotros, respondió Acacio, desengañamos á los hombres acerca de estos fantasmas de divinidades, á quienes teneis la debilidad de reverenciar y temer, despues de haberlas hecho vosotros mismos. Decid los nombres que os he preguntado, dijo Marciano, si quereis libertaros del castigo. Acacio le respondió: esperais vencerme si somos muchos, cuando no podeis vencerme á mí solo? Si es mi nombre el que quereis saber no tengo dificultad en decíroslo: comunmente me llaman Acacio, pero mi nombre propio es Agatangio, y mis compañeros que veis aquí son Pison, Obispo de Troya, y el Sacerdote Menandro: no me preguntéis mas, y haced lo que mas fuere de vuestro agrado. Al fin terminó Marciano su interrogatorio diciendo: daré noticia de todo al Emperador, y mientras decide os quedareis en la cárcel."

Remitió pues el proceso al Emperador Decio, quien no pudo leerle sin admirar las respuestas del Santo, como lo dió á entender sonriéndose repetidas veces durante la lectura: y mandó que se le diese libertad, trasladando á Marciano al gobierno de Pamfilia. Convirtió á muchos infieles el generoso prisionero, des-

pues de haber salido de la prision, señalándose tanto por su santidad y milagros como por su doctrina y sabiduría; y finalmente murió en paz. Honra la Iglesia la memoria de este ilustre Confesor el dia treinta y uno de Marzo.

Otro Confesor hay, si no debemos mas bien apellidarle Mártir, cuyo nombre merece igualmente ser distinguido entre los otros. Se llamaba Numidico, y habia animado con sus fervorosas exhortaciones á un gran número de fieles encarcelados por la fe. Fue testigo de la heróica firmeza con que su esposa, á la que amaba tiernamente, habia padecido el suplicio del fuego por una causa tan justa; y él mismo habia sido apedreado y medio quemado hasta que le dejaron por muerto. Halló su hija yendo á recoger sus reliquias que estaba todavía con vida, le llevó á casa y reanimó sus espíritus, de modo que recobró las perdidas fuerzas. Colocóle algun tiempo despues San Cipriano en el número de los Sacerdotes de Cartago, donde manifestó constantemente su celo y las eminentes virtudes que le habian elevado á Sacerdote.

48. San Dionisio sentado en la Silla Episcopal de Alejandria, mostró igual valor. Esperó cuatro dias el aviso en su habitacion ordinaria, habiendo sabido de antemano que el Prefecto Sabino le habia de citar; pero le buscaron por otras partes, creyendo que no tendria valor para permanecer en su casa en un peligro tan inminente. Retiróse al fin el santo Pastor, temiendo tentar á Dios, y le acompañaron sus domésticos y muchos Cristianos; pero el mismo dia ca-

yeron en manos de los soldados y ministros de la justicia (1). Quiso ir á la casa Episcopal sin saber lo que pasaba, el Sacerdote Timoteo, que no se habia hallado con los demás: hallóla toda ocupada por los soldados, juzgó que Dionisio habia sido preso y huyó con precipitacion. Llevó corriendo la noticia á su casa vecina, en donde se celebraba á la sazón una boda, un Cristiano del campo que le encontró y supo el motivo de su terror: levantáronse de la mesa todos los convidados, fueron al sitio en donde estaba San Dionisio con sus compañeros y entraron gritando é intimidando á los soldados que huyeron sin oponer la menor resistencia. Como era de noche y el Obispo estaba ya acostado pacíficamente, creyó que sus libertadores eran otros tantos ladrones, y les presentó sus vestidos. *Diferente es nuestro intento*, le dijeron, *levantáos pronto y venid con nosotros*. Comprendiendo entonces su designio y acabándolos de conocer, les respondió: *retiráos si quereis darmé gusto, ó si pretendéis hacer alguna violencia, quitadme la vida, y dejad en paz á los que nos llevan*. Hiciéronle sin embargo levantar por fuerza, y como se asia de cuanto hallaba, lo cogieron por los pies y las manos, y á pesar de sus razones lo llevaron consigo; pusieronle luego sobre un asno, y le escoltaron hasta que estuvo fuera de todo peligro. El santo Prelado retiróse á un lugar solitario de la Marmarica, donde se quedó tan solo con dos Cristianos.

49. San Cipriano vióse precisado á ceder á las
(1) *Euseb. lib. 7. hist. cap. 11.*

circunstancias del tiempo, como uno de los mas ilustres Doctores de los Cristianos, y por consiguiente de los mas odiosos á los celadores del paganismo, los que conservaban interiormente un secreto y rabioso odio contra él; porque habiendo nacido Pagano como ellos y dádoles su ingenio las esperanzas mas lisongeras, los habia defraudado de estas ventajas en favor del cristianismo. Subió de punto este odio por la actividad del celo del Santo, que se mostró tan eficaz mientras la persecucion. Con sus palabras y con sus continuas cartas animaba al numeroso rebaño que regia. Por las sendas de la penitencia y del fervor guiaba todo su pueblo, y les mostraba los designios y la voluntad del cielo, que queria distinguir con pruebas muy dificiles el buen grano de la zizaña, y hacer revivir el espíritu de desinterés y santidad en la Iglesia. Irritó muy presto á los infieles este porte tan propio de un buen Pastor: repetidas veces se habia ya conmovido el pueblo idólatra estando reunido en el circo, y en el anfiteatro se habian oido con mucha frecuencia estos clamores y amenazas: *Cipriano á los leones, á los leones Cipriano.*

50. Al santo Obispo le importaba muy poco su seguridad, pero el interés de su Iglesia le determinó á retirarse, por no exasperar mas á los idólatras, si seguia presentándose siempre con la misma intrepidez. No estuvo tampoco ocioso en su retiro, pues unas veces escribia á sus Sacerdotes, y otras á los Confesores presos en las cárceles. „Os ruego, decia al clero de Cartago, que redobleis vuestro celo, para que que-

den cumplidos mis deberes con los vuestros, pues se me precisa á estar en esta soledad. No sean las presentes turbulencias causa de que sufra menoscabo la regularidad de la disciplina, ni se falte en lo mas mínimo á los miembros indigentes de Jesucristo, no solo los que padecen en las prisiones, sino tambien todos los que permanecen constantes en la fe. Con mas especialidad todavia cuidad de las viudas, de los enfermos y de los forasteros: repartidles lo que deposité en poder del Sacerdote Rogaciano, que yo, por si acaso la primera cantidad se hubiese ya consumido, he puesto otra en sus manos por medio del acólito Narico. Nuestro principal cuidado debe ser el de desarmar la cólera divina con nuestros humildes ruegos, ya que nuestros pecados han sido causa de esta tempestad; no es suficiente la oracion, es menester tambien el ayuno y las lágrimas con todo género de penitencias. Tened valor por algun poco de tiempo, que la paz volverá á reinar bien pronto entre nosotros: no lo pongais en duda, y afirmadlo así á los hermanos, porque el Señor se ha dignado revelarlo al mas indigno de sus siervos. Lo que la detiene un poco es que quedan todavia algunos que probar: entretanto que nos la concede el Señor, decid á los hermanos que usen de precaucion en sus visitas de caridad á los Confesores, y que no vayan muchos juntos á las cárceles. Cuidad tambien de que los Sacerdotes que ofrecen en aquel lugar el angusto Sacrificio, no concurren sino por turno y con un solo Diácono, con el fin de que la mudanza de personas

escite menos las sospechas. Y si muere allí algun Confesor, aunque no haya padecido tormento alguno, rendid á su cuerpo una veneracion religiosa, y ponedle en el número de los Santos, notando con exactitud el dia de su muerte, para celebrar despues su memoria con la de los antiguos Mártires. Nosotros luego que llega aquí semejante noticia ofrecemos el santo Sacrificio, que esperamos ofrecerlo pronto en vuestra compañía."

Manifestábales el cuidadoso Obispo escribiendo á los Confesores, quanto ansiaba disfrutar de su presencia, si posible fuera. „¿Qué puede haber para mí mas grato, dice, que besar esas manos puras cargadas de cadenas, solo por haberse negado á rendir un homenaje impío; y esas bocas consagradas con una confesion gloriosa del nombre amoroso de Cristo? Las ricas coronas que descansan ya, por decirlo así, sobre vuestras cabezas, no las perdais ni un momento de vista. ¡Dichosas tambien y mil veces dichosas las constantes mugeres que están con vosotros, y que con un valor tan varonil han superado la esfera de la debilidad de su sexo! Y para que nada faltase á la gloria de vuestra confesion, el Dios de las victorias os ha dado tambien por compañeros algunos niños."

51. San Gregorio el Taumaturgo, Obispo de Neocesárea, se retiró tambien con el objeto de dar un egeemplo mas de prudencia Cristiana; porque como habia engendrado á todos los de su grey en Jesucristo, y todos por consiguiente eran nuevos en la fe,

temia el sabio y tierno Pastor verlos empeñados, sin una disposicion bien marcada de la Providencia, en un combate superior á sus fuerzas. Mas Dios bendijo de tal modo sus tareas, que por una escepcion única y enteramente asombrosa en la formidable persecucion de Decio, ni un solo apóstata se vió en Neocesarea; y aun quiso el Señor mostrar con un particular milagro que aprobaba el retiro del santo Obispo (1). Habíase refugiado á los montes á donde le persiguieron un crecido número de emisarios de la tiranía, de los que unos guardaban los pasos, otros recorrían los parages mas solitarios, y le buscaban con el mayor cuidado por los desfiladeros, en todos los parages ocultos, y registraban hasta los mas pequeños agujeros de las rocas. Parecia imposible en lo natural que dejasen de hallarlo; pero en verdad pasaron veinte veces por delante de él y jamás le vieron. El principal vigía de la tropa admirado de una cosa tan estraña, volvió solo á recorrer los mismos parages, y halló al Santo orando con su Diácono, los dos inmóviles, en un lugar por donde el Oficial acababa de pasar con su escuadra, y en el cual todos ellos no habian visto sino dos árboles. Hizose Cristiano echándose á los pies del Taumaturgo, y nunca quiso separarse despues de su compañía.

Desahogaron los Paganos toda su rabia en las ovejas de Gregorio, á muchas de las que sorprendieron en sus mismos rediles; mas las fervorosas oraciones del Obispo las sostuvieron y evitaron su ruina. Ad-

(1) *Greg. Nyss. in vit. Thaum.*

virtieron un dia que mudaba de semblante de repente en la oracion, y que pasado un momento se volvió á tranquilizar bendiciendo al Señor. Le preguntaron la causa de aquellas súbitas mutaciones; respondió, que en la hora misma en que estaba hablando habia sido presentado al Gobernador un jóven distinguido llamado Troadio, el cual despues de padecer muchos tormentos habia alcanzado la palma del martirio. Tuvo la curiosidad su Diácono que era el antiguo Sacerdote convertido de los ídolos, como queda dicho, de informarse de todas las circunstancias de aquel hecho, y halló que eran enteramente como el Santo las habia contado.

Retiráronse muchos fieles de todos países á parages solitarios, y aun muchos huyeron hasta los inmensos desiertos de la Arabia, en donde murieron infinitos de hambre y de miseria; de cuyo número fue Quere-mon, Obispo de Nicópolis, con toda su familia. Penetraron hasta lo mas escondido de la Tebaida algunos habitantes de Alejandría y de todo el Egipto; y el Señor que volvia en bien de su Iglesia la malignidad misma de sus enemigos, dió así el origen á la vida eremítica, que en los lugares mas incultos formó pueblos enteros de Santos.

52. Pablo, natural de la baja Tebaida, en donde vivia ya muy cristianamente, fue el primero de estos ilustres solitarios; de modo que ni su juventud, ni sus riquezas, ni su nacimiento distinguido fueron suficiente causa para que se precipitase en el desorden; antes por el contrario no respiraba sino virtud; mas

su humildad misma le infundió miedo de esponerse á los tormentos. Ocultóse al principio en una alquería, desde donde supo que su cuñado queria entregarlo á sus enemigos, para apoderarse de sus bienes, por cuya causa se internó mucho más en el desierto; y allí, bajo la inmediata direccion del Espíritu Santo, halló en la meditacion de las cosas eternas cierta dulzura que todas las posesiones de la tierra no hubieran podido ofrecerle. Hizo Dios, que era el que le guiaba, que encontrase una roca en cuyas entrañas la naturaleza habia formado una especie de sala, á la que daba luz muy agradablemente una abertura que se advertia en la parte superior. Servia para apagar la sed al Solitario una fuente pura y copiosa que brotaba en la misma montaña, y formaba en el valle cercano un hermoso arroyuelo; y una palma grande cubria la entrada de su gruta, dándole alimento con su fruto; hasta que el Señor le mandó llevar por un cuervo un alimento mas conveniente á su avanzada edad. Esta es la habitacion en que Pablo, sin mas compañía que la de los mónstruos de África, habitó noventa y dos años, ageno de pesares y de inquietud. Sentia muchas veces despues de haber pasado toda la noche en oracion, que la aurora viniese tan pronto á interrumpir sus dulces coloquios con el Señor. Representábase otras desde aquel puerto tranquilo la mar de las pasiones que agitan á las gentes del siglo; se lamentaba de la ceguedad de los mortales que le hacia tanto mas grata la dicha de su estado; tenia á gran fortuna vivir desconocido de todo el mun-

do, y disfrutaba con una humilde gratitud de los favores divinos y de su inocencia. Al gran San Antonio lo dió Dios á conocer únicamente, pero fue despues de haber pasado mucho tiempo en aquella ignorada soledad, y solo poco antes de morir en el año ciento y trece de su edad.

53. Empero si la persecucion causó tantas ventajas á la Iglesia, tampoco podemos disimular que en diferentes lugares la llenó de dolor y confusion. Entre los Cristianos de la afeminada y voluptuosa Alejandria viéronse muchos apóstatas, especialmente entre las personas distinguidas y acomodadas: acudieron muchos de ellos espontáneamente á sacrificar á los ídolos, protestando que nunca habian sido Cristianos; y algunos efectivamente nunca habian tenido el espíritu del cristianismo. Pero lo peor era que su egemplo seducia á otros muchos, de los que la mayor parte se acercaban al altar pálidos y trémulos, dando mas muestra de víctimas que de sacrificadores; de modo que el mismo pueblo idólatra insultaba á su cobardía, porque veía patentemente que tenian á un mismo tiempo miedo de sacrificar y de perecer. Dejábanse otros llevar á la cárcel, y aun llegaban á sufrir con denuedo los primeros tormentos, mas renegaban luego sacrilegamente.

El escándalo fue mucho mayor en Cartago, y siempre entre los ricos, de los que hubo tantos que querian de una vez renunciar al cristianismo, que los Magistrados se veían en la precision de dejar una parte de ellos para el dia siguiente; mas los infames sacri-

legos pedian como un don el ser admitidos los primeros; y aun se vió á varios traer á sus hijos, sin pedirselos, y presentarlos al ídolo para borrar en ellos el carácter de Jesucristo. Pero la mayor parte de los delinquentes fue la de aquellos que para evitar la vergüenza de una pública apostasia, recibieron de los Magistrados unos libelos ó cédulas para que no se les buscasse; lo que les dió el nombre de *Libeláticos*: práctica que se juzgó de una profesion indirecta de la idolatría.

54. No tanto estas caidas ocasionadas por el miedo, quanto las relajaciones y verdaderos desórdenes en que incurrieron los Confesores mas constantes é intrépidos, son lo mas extraño y aun lo mas incomprendible para cualquiera que no reflexione las inconsecuencias del corazon humano en sus procederes. San Cipriano escribia á algunos de ellos: „¡qué vergüenza para la causa que defendeis! ¡qué desdoro contar entre vosotros á este intemperante y entregado á la embriaguéz; á aquel locamente enamorado de su pais, y muy imprudente para volver á él despues de haber sido desterrado; de modo que se espone á morir, no como Cristiano, sino como refractario y contumáz! Hay otros que están hinchados de orgullo y vanidad. Es lo mas escandaloso que estando recientemente santificados por una generosa confesion, olvidan las leyes sagradas de la decencia, y profanan ó se esponen á profanar en sus personas los miembros de Jesucristo, y los templos del Espíritu Santo. Y aun cuándo su conciencia no les remordiese de incontinencia real,

¿no es ya un crimen mayor el escándalo? ¿Y no es tambien otro la amargura de corazon y la envidia en las cuestiones, las palabras injuriosas, y los arrebatos que tan frecuentemente se notan en vuestras asambleas?"

55. Un abuso que se dirigia nada menos que á arruinar enteramente uno de los puntos mas capitales de la disciplina, afligió mucho mas todavía á este santo y fervoroso Prelado. La penitencia se hallaba á la sazón en el mayor vigor; siempre se la habia considerado como indispensable y necesaria en su substancia, mas su ejercicio público ó particular habia pendido enteramente de los Obispos en los tiempos primitivos; y solos pasados dos siglos, ó despues de la heregia de Montano, se observaron en esta materia algunas leyes determinadas y uniformes. En tiempo de San Cipriano, estas se hallaban en toda su fuerza; y el celo de este Santo por una policia tan gloriosa á la Iglesia y tan útil á los mismos fieles, no pudo ver sin penetrarse de dolor que el respeto que se tenia á los Mártires ocasionase la mas arriesgada decadencia en este punto: pues no solo se disminuía por su empeño la satisfaccion impuesta á los Libeláticos, sino que hasta los cobardes que habian idolatrado alta y espontáneamente, querian ser admitidos á la comunión ó reconciliación solemne por medio de ciertas cédulas de recomendación que sacaban por fuerza de los Mártires y Confesores. Cuando los conducian al suplicio, esperábanlos al tránsito ó iban á buscarles á las cárceles, y con súplicas im-

portunas y lágrimas las mas veces fingidas obligábanles á concederles lo que llamaban una cédula de paz que decia: „que N. comunique con los suyos." Tan grande era la veneración que se rendia á las santas víctimas de Jesucristo, que se miraba su dictámen como si hubiese sido fallado por Jesucristo mismo: pero estas religiosas disposiciones cedian en menoscabo de la Religion, porque muchas veces los Confesores concedian la paz con poco discernimiento de las personas; y de aquí dimanaba que el uso de la penitencia se abolia poco á poco de una manera muy rápida y visible.

56. Habia un cierto Luciano entre los fieles presos en Cartago, que tenia correspondencia epistolar con un Cristiano de Roma llamado Celerino, y como este hubiese salido de la prision despues de haber confesado la fe ante el Emperador, escribió al Confesor de Cartago Luciano, su antiguo amigo, pidiéndole la gracia de la reconciliación para dos mugeres que habian idolatrado. Y logró mas de lo que pedia, porque Luciano respondió en términos espresos que queria que tuviesen la paz; y no solo estas dos personas, añadia, sino tambien aquellas á quienes sabeis se aplica nuestra intencion. Se dejó llevar Luciano de la fogosidad de su espíritu ardiente y poco ilustrado despues de esto: daba cédulas de paz á todos los apóstatas sin distinción; y viniendo á ser como una cabeza de facción, las dictaba á nombre de los demás Confesores, y con especialidad con el de un mártir llamado Pablo, aunque ya hacia tiem-

po que habia muerto; porque habia mediado entre los dos una íntima amistad, y Pablo le habia parecido muy inclinado á este género de indulgencia.

57. Sabedor San Cipriano en su retiro de un proceder tan extraño echó de ver desde luego los desórdenes que indispensablemente ocasionaria; y así se dió traza inmediatamente á poner remedio á tan grave mal, escribiendo á los Confesores, á su Clero y á su pueblo, y pidiéndoles á todos eficazmente, que no otorgasen la paz ó la comunión, sin considerar á lo menos la diferencia de las caídas, y el tiempo que por ellas se hizo penitencia. Y juzgando este negocio de suma importancia, y mayor de lo que parece á los que han perdido la idea de la disciplina antigua; quiere que se espere hasta su vuelta para examinar por sí mismo todos los casos particulares en una junta de Obispos, y en presencia de los Confesores. Mas usó de cierta condescendencia viendo despues que aun no le era posible presentarse en Cartago; y ordenó que los Sacerdotes pudiesen reconciliar á los enfermos que se hallasen en riesgo de muerte.

No dejó de ser censurado el celo del Pastor, del que se hizo una infiel relacion al Clero de Roma, por hallarse todavía vacante la Santa Sede desde el martirio del Papa San Fabian. No se desdenó el Primado de Africa de justificarse, ó mas bien pidió una regla segura para conducirse en estas circunstancias: pues como no habia hecho jamás cosa alguna sin el consejo de su propio Clero, costaba poco á su humildad ponerse de acuerdo con la primera de todas las Igle-

sias. La obstinacion de Luciano se sostenia por otra parte contra los reglamentos del Primado; el que viendo que no era bastante su autoridad, creyó que lograria calmar mas felizmente los disturbios de su Iglesia, mostrando la conformidad de sus principios con los de la Silla Apostólica.

Nada halló Roma que no fuese digno de loa en la conducta de Cipriano luego que se hubo informado bien de este negocio, y respondió elogiando su sabia severidad: que usar de la dulzura de que él se quejaba, no seria sanar sino matar al enfermo, privándole, despues de la herida del pecado, del remedio indispensable de la penitencia; que nadie estaba tan obligado á mantener el santo rigor del Evangelio, como los Mártires, los que por su defensa se esponian á los tormentos; y que era una especie de apostasia el deshonorar la moral del Verbo hecho hombre, aunque se confesase su fe: que los penitentes debian suplicar con un ardor modesto, con un respetuoso y dócil deseo, y con una constante humildad: que podian llamar á las puertas de la Iglesia, mas no quebrantarlas; presentarse en el vestíbulo, sin osar temerariamente pasar adelante; velar á la entrada del campo, mas sin olvidarse de su desercion, y dispuestos á pasar por todas las pruebas capaces de reparar el escándalo. Concluía la epístola acordada con algunos Obispos llamados de las inmediaciones, y con los de las provincias distantes que se refugiaron á Roma por causa de la persecucion, arreglando provisionalmente que se siguiese la antigua disciplina en los ca-

esos ordinarios, mientras se obtenia la paz de la Iglesia y la eleccion de un Soberano Pontífice, para profundizar este negocio; pero que eu riesgo de muerte se tuviese como ya lo habia dado á entender la Iglesia Romana, que era una obligacion otorgar la reconciliacion á los penitentes, y el bautismo á los catecúmenos, como tambien asistir á los perseguidos por la Religion. Fue esta epístola un decreto de reglamento tanto para Cartago como para todas las Iglesias, á las que se envió inmediatamente. Fue parto del Sacerdote Novaciano, que da á conocer los talentos de que presto le veremos hacer abuso para formar un cisma; y todos los demás Sacerdotes de la Iglesia Romana la habian corroborado con sus firmas.

58. Mas ni aun despues de este decreto cedieron los Cristianos caidos; antes bien pretendieron que se les debia en rigor la paz por la concesion de los Mártires, y que no se les podia disputar sin notoria injusticia. Escribieron á San Cipriano imbuidos de tales ideas, tomando el nombre de la Iglesia, á la que osadamente ponian de su parte. El Santo les respondió: „que Dios habia edificado su Iglesia sobre el cimiento del Episcopado, diciendo á su cabeza: *tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia*; cuyas palabras, aunque establezcan principalmente la primacia de Pedro y de su Silla, eran concernientes tambien á los demás Obispos, por razon de la unidad del Episcopado: que la Iglesia Católica es una, y que los Obispos juntos forman constantemente el vínculo de su union: que no permita ni quiera Dios se dé el

nombre de Iglesia á una tropa ó junta de refractarios: que si algunos indóciles hacen partido aparte, no por eso se separa el cuerpo de la Iglesia de su adorable cabeza Jesucristo; y que el rebaño fiel, el redil legítimo y verdadero lo forman aquellos que permanecen unidos al Obispo.” Esto es lo que decia aquel ilustre Doctor en unas circunstancias en que parecia tan útil el contemporizar; pero era porque para él no habia cosa peor que hacer el mas leve detrimento, bien sea á la pureza de la fe, ó bien á la observancia de la disciplina. Tal era el espíritu de la Iglesia en una de las crueles persecuciones; la que pasada, arregló Cipriano en un Concilio, como tenia propósito, los casos particulares que presentaban alguna dificultad, y tomó eficaces medidas para la puntual egecucion de todos los reglamentos que se formaron.

59. Antoniano, Obispo de Numidia, hallábase vacilante sobre el modo de conducirse con los que habiéndose reconciliado estando en peligro de muerte, sanasen despues. Respondió el Prelado tan prudente como celoso, que no por esto no se les debia socorrer en el riesgo, como se habia deliberado. Y añadia: „mas despues que les hemos dado de este modo la paz, no podemos obligarles á morir en efecto, porque solo son recibidos como moribundos;” é inspirando luego aquel espíritu de dulzura y caridad de que estaba penetrado; „sí, sigue, es necesario recibir los pecadores á penitencia, no sea que se precipiten en la desesperacion; y no temais que por esta

condescendencia se disminuía el número de los Mártires. ¿Por ventura no hay vírgenes, sin embargo que se concede la penitencia á los adúlteros?"

60. Mas apenas habia vencido San Cipriano esta dificultad, cuando se le ocurrió otra nueva. Habia mucho tiempo que Felicísimo se empeñaba en causar todos los disgustos que le eran posibles á su Obispo; y con esta mira habia puesto en obra lo que su espíritu artificioso le dictaba con el fin de embrollar mas y mas el asunto de los Libeláticos. Formó un cisma declarado, viendo que tomaba un aspecto enteramente contrario á sus esperanzas, levantó altar contra altar, é hizo una Iglesia y un rebaño aparte, que reunió en una montaña fuera de la ciudad, desde donde echó excomuniones contra todos los que no eran sus secuaces. Se vió precisado el Santo Obispo á valerse de las mismas armas, con el intento de evitar mayor desercion. Mas tan vanos é impotentes como fueron los anatemas despedidos desde la montaña, otro tanto mas eficaces eran los de la Cátedra legítima; y Felicísimo no tenía la ventaja bastante comun en los cabezas de partido, de ser ó parecer irreprehensible en sus costumbres, porque se le habia convenido de fraudes manifiestos, así como de haberse apropiado una cantidad de dinero que tenia en depósito, y de haber corrompido algunas vírgenes; y Cristianos dignos de toda fe le acusaban hasta de adulterio, ofreciendo la prueba de su acusacion.

Separando á Felicísimo el Sacerdote Nevato, que habia sido el primero que causó el mal, de su Pre-

lado, y haciéndole ordenar clandestinamente de Diácono, era todavía peor que el malaventurado Felicísimo; pues á los vicios del espíritu reunia la avaricia y las violencias mas execrables. Acusábanle de haber despojado á los huérfanos, á las viudas, y hasta las mismas Iglesias; y de haber dejado perecer de hambre á su propio padre, sin dar tan solo disposicion para sepultarle. Tanta atencion habia llamado este primer escándalo, que siendo casado ninguno ignoraba que habia maltratado tan ferózmente á su esposa en un embarazo, que la criatura habia perecido en el seno de su madre. Se levantaba en una palabra de todas partes la voz general contra él: los fieles pedían unánimemente un castigo egemplar por delitos tan execrables en un Sacerdote; é iba á ser depuesto ó quizás escomulgado, cuando los disturbios de la persecucion le dieron treguas, y se anticipó á su condenacion, que solo se habia diferido, separándose é incitando á los demás á separarse del legítimo Pastor. Partió despues para Roma, en donde no tardó en adquirir conocimientos y amistades, no contento con haber turbado el sosiego de la Iglesia de África; pues como no tenia mas objeto que hacerse estimar, todos los medios le eran indiferentes. Habia sostenido la faccion de Felicísimo en Cartago, que concedia la comunión á los apóstatas sin obligarlos á ninguna penitencia. Defendía en Roma á Novaciano, que los desechara á todos con una dureza capaz de desesperarlos. Este fue el origen del primer cisma que alzó osadamente la cabeza contra la unidad de la Iglesia Romana.

Mas no olvidemos, antes de hablar de esta escandalosa division, que durante el siglo tercero estaban los Judíos dispersos por toda la redondéz de la tierra, y por eso los Cristianos hallaron por do quiera terribles contradicciones y formidables enemigos. Fueron favorables á la nacion Judía los reinados de Severo y de Caracala, y consiguió varios privilegios. Toleraron á los Judíos Heliogábalo, Alejandro, y otros muchos Emperadores; aquellos se multiplicaron, y la tranquilidad de que habian gozado les permitió establecer algunas escuelas y cultivar las ciencias: la mas famosa de estas escuelas fue la de Tiburias, y tambien en Babilonia tuvieron algunos célebres doctores. Mas por otra parte el cristianismo no estaba limitado al Imperio Romano, porque muchos Cristianos celosos lo esparcieron por las naciones bárbaras, con las que el Imperio Romano habia abierto su comercio: y algunas veces los egércitos enemigos apresaron varios esclavos, entre los que se encontraron muchos Cristianos, que á pesar de los innumerables Novatores que infestaban la Iglesia, llevaron á lo interior de aquellos pueblos el egemplo de las virtudes mas altas y la brillante luz del Evangelio.

RESUMEN

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS

EN EL LIBRO QUINTO.

N. 1.º *San Cornelio es elegido Papa.* 2. *Cisma de Novaciano.* 3. *Epistolas de San Dionisio de Alejandria á Novaciano.* 4. *Concilio de Cartago.* 5. *Excomunion contra Novaciano y Felicisimo.* 6. *Cánones penitenciales.* 7. *Concilio de Roma contra Novaciano y reconciliacion de los Confesores.* 8. *Penitencia concedida á los moribundos y convencimiento de Antoniano contra el cisma.* 9. *Tratados de San Cipriano acerca de la unidad de la Iglesia y los Lapsos.* 10. *Concilio perentorio sobre la penitencia de los moribundos y cisma de Fortunato.* 11. *Carta de San Cipriano al Papa.* 12. *Muerte de Decio: Persecucion de Galo y Volusiano.* 13. *Martirio de los Papas Cornelio y Lucio.* 14. *San Hipólito Mártir y los estragos de la peste.* 15. *Conversion de todos los habitantes de Neocesaréa.* 16. *Muerte de San Gregorio el Taumaturgo y sus escritos.* 17. *Irrupciones de bárbaros.* 18. *Emiliano proclamado Emperador.* 19. *Valeriano despoja del mando del Imperio á Emiliano.* 20. *Acuarios condenados por el segundo Concilio de Cartago.* 21. *Concilio tercero de Cartago.* 22. *Marciano de Arlés cae en el Novacianismo.* 23. *Cuestion acerca del bautismo de los hereges.* 24. *Firmiliano de Cesaréa.* 25. *Resultado de la cuestion sobre los Rebaptizantes.* 26. *Martirio del Papa San Estévan.* 27. *Misioneros del Papa San Sixto á las provincias de la Galia.* 28. *Persecucion cruel de Valeriano.* 29. *San Dionisio de Alejandria desterrado y sus escritos.* 30. *Historia de Serapion.* 31. *San Cipriano desterrado.* 32. *Tormentos de los Confesores.* 33. *Toma incremento la persecucion.* 34. *Retiro de San Cipriano y su martirio.* 35.

Mártires llamados *la masa blanca*. 36. *Mártires de Lambesa*. 37. *Generosidad de Arcadio*. 38. *El martirio del Papa San Sixto*; queda la Santa Sede vacante. 39. *Catacumbas*. 40. *El martirio de San Lorenzo*. 41. *San Fructuoso de Tarragona y Mártires de las Galias*. 42. *San Patroclo de Troas y San Cirilo de Capadocia*. 43. *Historia de Saprício y de Nicéforo*. 44. *San Felix de Nola Confesor*; socorros que da al Obispo Máximo. 45. *Suerte funesta de Valeriano*. 46. *Asesinato de Macrino*. 47. *Rescripto de Galieno para contener la persecucion*. 48. *San Marin Mártir*. 49. *Confunde el Patricio Asturo á los idólatras en el nacimiento del Jordán*. 50. *Caridad de los fieles de Alejandria mientras la epidemia*. 51. *Infortunios y desgracias en todo el Imperio*. 52. *Destruccion de Galieno con toda le estirpe de Valeriano*. 53. *Claudio II. Emperador*. 54. *Aureliano Emperador*. 55. *San Dionisio es elegido Papa*. 56. *Sabelio y Pablo de Samosata son condenados*. 57. *Odenato y Cenobia*. 58. *Vida escandalosa de Pablo de Samosata, que fue arrojado de su Silla por Aureliano*. 59. *Aureliano publica la nona persecucion*. 60. *Asesinato de Aureliano*. 61. *San Prisco, Santa Coloma, San Eutropio, el Papa San Felix y otros Mártires*. 62. *Memorable martirio de San Conon*. 63. *Principios de San Antonio*. 64. *Tácito Emperador*. 65. *Pronóstico falso de los Agoreros*. 66. *El Emperador Probo*. 67. *Imposturas y castigo de Manés*. 68. *Errores de los Maniqueos*. 69. *Cayo sucede al Papa Eutiquiano*. 70. *Sucesion de Emperadores*.

HISTORIA DE LA IGLESIA.

LIBRO QUINTO.

Desde el principio del cisma de los Novacianos, en el año 254, hasta el Imperio de Diocleciano, en el de 284.

1. Componiase el Clero de la Iglesia Romana, privado de Pontífice desde el año 250, de cuarenta y seis Sacerdotes, siete Diáconos y siete Subdiáconos, cuarenta y dos acólitos, y cincuenta y dos entre exorcistas, lectores, y ostiarios ó porteros. Con el intento de minorar el fuego de la persecucion se tardó cerca de año y medio en proveer la primera dignidad de la Iglesia. Mas no obstante esta multitud de subalternos, todos ó casi todos de conocido y verdadero mérito, se observó sin embargo que el inconveniente mayor y el inminente peligro consistia en estar por mas tiempo sin una Cabeza que gobernase. Por lo que se deliberó pasar á la eleccion; y en el día 4 de Junio del año 251 el pueblo y el Clero con diez y seis Obispos que se hallaban en Roma, dos de ellos Africanos, eligieron á Cornelio, que fue consagrado al momento. La virtud y la ciencia fueron los únicos es-

Mártires llamados *la masa blanca*. 36. *Mártires de Lambesa*. 37. *Generosidad de Arcadio*. 38. *El martirio del Papa San Sixto*; queda la Santa Sede vacante. 39. *Catacumbas*. 40. *El martirio de San Lorenzo*. 41. *San Fructuoso de Tarragona y Mártires de las Galias*. 42. *San Patroclo de Troas y San Cirilo de Capadocia*. 43. *Historia de Saprício y de Nicéforo*. 44. *San Felix de Nola Confesor*; socorros que da al Obispo Máximo. 45. *Suerte funesta de Valeriano*. 46. *Asesinato de Macrino*. 47. *Rescripto de Galieno para contener la persecucion*. 48. *San Marin Mártir*. 49. *Confunde el Patricio Asturo á los idólatras en el nacimiento del Jordán*. 50. *Caridad de los fieles de Alejandria mientras la epidemia*. 51. *Infortunios y desgracias en todo el Imperio*. 52. *Destruccion de Galieno con toda le estirpe de Valeriano*. 53. *Claudio II. Emperador*. 54. *Aureliano Emperador*. 55. *San Dionisio es elegido Papa*. 56. *Sabelio y Pablo de Samosata son condenados*. 57. *Odenato y Cenobia*. 58. *Vida escandalosa de Pablo de Samosata, que fue arrojado de su Silla por Aureliano*. 59. *Aureliano publica la nona persecucion*. 60. *Asesinato de Aureliano*. 61. *San Prisco, Santa Coloma, San Eutropio, el Papa San Felix y otros Mártires*. 62. *Memorable martirio de San Conon*. 63. *Principios de San Antonio*. 64. *Tácito Emperador*. 65. *Pronóstico falso de los Agoreros*. 66. *El Emperador Probo*. 67. *Imposturas y castigo de Manés*. 68. *Errores de los Maniqueos*. 69. *Cayo sucede al Papa Eutiquiano*. 70. *Sucesion de Emperadores*.

HISTORIA DE LA IGLESIA.

LIBRO QUINTO.

Desde el principio del cisma de los Novacianos, en el año 254, hasta el Imperio de Diocleciano, en el de 284.

1. Componiase el Clero de la Iglesia Romana, privado de Pontífice desde el año 250, de cuarenta y seis Sacerdotes, siete Diáconos y siete Subdiáconos, cuarenta y dos acólitos, y cincuenta y dos entre exorcistas, lectores, y ostiarios ó porteros. Con el intento de minorar el fuego de la persecucion se tardó cerca de año y medio en proveer la primera dignidad de la Iglesia. Mas no obstante esta multitud de subalternos, todos ó casi todos de conocido y verdadero mérito, se observó sin embargo que el inconveniente mayor y el inminente peligro consistia en estar por mas tiempo sin una Cabeza que gobernase. Por lo que se deliberó pasar á la eleccion; y en el día 4 de Junio del año 251 el pueblo y el Clero con diez y seis Obispos que se hallaban en Roma, dos de ellos Africanos, eligieron á Cornelio, que fue consagrado al momento. La virtud y la ciencia fueron los únicos es-

calones por donde ascendió á aquel alto lugar; y aun practicó las mayores diligencias para no ocuparlo, creyéndose por una modestia y un desprendimiento egemplar incapáz de tener una carga tan pesada. Mas cuanto mayor fue su resistencia, tanto mas digno se le juzgó de lo que no apetecía; y como era nacido en Roma y pasó sucesivamente por todos los puestos de la Iglesia le conocian perfectamente los que le habian elegido.

2. Novaciano fue el único que se declaró contra la eleccion, movido de una ambicion que no tenia límites, aunque la sabía ocultar con destreza, y escitado por las sugeriones del turbulento Novato. Disfrutaba justamente el ambicioso Novaciano de una grande reputacion de elocuente y de docto, y fue fácil á su adulator persuadirle, que era manifesta injusticia no haberle tenido presente al tiempo de la eleccion; hasta que al fin juntándose estos dos malos Sacerdotes, comenzaron á sembrar las mas atroces calumnias contra Cornelio, para hacerle odioso á todo el mundo; y las colorearon con tal artificio que sorprendieron á un gran número de Confesores, cuya autoridad era como sagrada entre los Cristianos. Enviaron á Roma á la primera noticia que hubo de estas disensiones, San Cipriano y los Obispos de África, dos de sus compañeros llamados Caldoneo y Fortunato, con encargo de si no podian componer tan triste desavenencia, que tomasen un exacto conocimiento de ella, y se instruyesen á fondo en el derecho respectivo de las partes, para que segun su informe re-

cayese la resolucion mas conveniente. Hicieron á pesar de esto ilusorias todas las tentativas la ambicion y los artificios de Novaciano; habia protestado siempre, y aun con juramento, que huía del Episcopado; mas habia por otra parte poderosos motivos para no dudar que aquellas fingidas declaraciones encubrian, como es comun, mayores deseos de llegar á él. Debia no obstante por todas razones ser escludido de tan eminente dignidad; pues aunque le habian ordenado Sacerdote, únicamente merecia esta distincion por las repetidas instancias de un Obispo que le estimaba ciegamente, porque era neófito cuando le ordenaron, y tambien habia estado endemoniado, permaneciendo mucho tiempo en el estado de catecúmeno, y siempre habia mostrado pocos deseos de recibir el bautismo. Era antes de convertirse un filósofo encaprichado en los errores de los estóicos, de los que jamás abjuró enteramente. No se le vió hacer obra alguna buena cuando sobrevino la persecucion; y como en una ocasion le instasen á que fuese á socorrer á los Confesores, contestó de un modo insensato y escandaloso, que no queria ser Sacerdote, y que tenia en mas el estado de filósofo. Tal era el rival de San Cornelio, y el primero de los Antipapas: sigámosle en su carrera.

Mandó venir á Roma tres Obispos Italianos, hombres sencillos y sin manejo, asegurándoles que solo ellos podian acabar las divisiones de la Iglesia. Tuviéronse por necesarios estos hombres, de menos que mediano talento, y demostraron como otros muchos,

que aquellos que mas fácilmente se dejan seducir por los elogios lisongeros, son los que menos los merecen. Novaciano, así que llegaron, con el pretesto de recibirlos debidamente los alojó en una casa en donde los tuvieron como prisioneros, instáronles á que se sentasen inmediatamente á la mesa, se les sirvió una gran comida, y los celadores que les habian puesto tenian encargo particular de hacerles beber cuanto pudiesen. El intento llegó á efecto sin dificultad como se apetecia; y cuando Novaciano supo que estaban embriagados, presentándose á ellos á las cuatro de la tarde les persuadió que la Silla Pontifical estaba vacante, á pesar de la eleccion de Cornelio, la que tenia por defectuosa, é hizo que le ordenasen á él en su puesto. Arrepintióse luego de su pecado uno de aquellos Obispos, y lo confesó anegado en lágrimas, por lo que el legítimo Pontífice le otorgó la comunión á ruegos del pueblo, mas únicamente la comunión lega; y se puso otro Obispo en su Silla. Fueron depuestos de un modo mas vergonzoso los otros dos.

Usó de su dignidad el Antipapa del mismo modo que la habia adquirido. Todo fue impiedades y violencias, ya para atraerse partidarios, ya para conservar los que adquiria. Les obligaba á que le jurasen fidelidad por la sagrada Eucaristía en el acto mismo de distribuirla, y les decia tomádoles á cada uno ambas manos en lugar de las oraciones de costumbre: *prometedme por el cuerpo y sangre de Jesucristo, que nunca me dejareis para volveros de parte de Cornelio;* y no les soltaba las manos ni les daba el sagrado pan

hasta que decian en vez de *amen: no volveré á Cornelio*. Esta era la fórmula sacrilega de aquella reclusa cismática. Escribió sin embargo Novaciano á los Obispos de las Sillas principales, para participarles su exaltacion, sin olvidarse de divulgar que se le habia hecho violencia en ensalzarle á la santa Sede, y denigró con las mas atroces calumnias al legítimo Pontífice.

Imposible parece que una trama tan grosera fuese capaz de seducir el espíritu de algunos: mas lo que sorprendia la conciencia y recto modo de pensar de los fieles, era el testimonio de los Confesores de la fe, á los que hacia que escribiesen con él aquel diestro usurpador; y por otra parte nadie creía poder errar bajo la palabra de los Mártires. Cundia el mal por todas las Iglesias, y fue necesario que los Doctores de primer orden manifestasen el engaño con la superioridad de sus conocimientos.

3. Respondió San Dionisio de Alejandría al intruso (1), que de ningun modo mejor podia hacer creer á todos que habia sido elegido á pesar suyo, que abdicando, por el bien de la paz, la Silla Pontificia; que por un motivo tan noble como lo era la unidad de la Iglesia, debiera haber resistido la violencia de sus partidarios, esponiéndose á cualquier cosa antes que multiplicar la Cátedra Apostólica; y que el martirio que se sufriese por esta causa hubiera sido tan meritorio en sí mismo y de mayor momento en lo sucesivo, que si se sufriese por no sacrificar á los ido-

(1) Hieron. de Script. Eccles. in Dionys.

los. Exhortábale por fin á cercenar el escándalo, ó por lo menos á salvar su alma, si no podía ya enderezar las otras por el camino verdadero.

4. Había dejado su soledad San Cipriano así que recibió las cartas de Novaciano; y como había tenido la precaucion de enviar por sí á Roma á quien le instruyese en el particular, negó la comunión, de acuerdo con los Obispos de su provincia, á los enviados del Antipapa. Para restablecer el vigor de la disciplina, que no pudo menos de decaer en las postreras persecuciones, se celebraba á la sazón en Cartago un Concilio. Querían los enviados cismáticos ser oídos á la fuerza, y subían de punto los capítulos de acusacion contra el Papa Cornelio, obligándose á probarlos: mas los Prelados juzgaron todos unánimes, que era injusto y denigrativo al Episcopado dar oídos á lo que no podía ya tenerse sino por un libelo infamatorio y escandaloso, despues de una eleccion tan legitimamente confirmada.

5. Lo concerniente al cisma de Felicísimo y de sus adherentes, que fueron escomulgados, se examinó en este mismo Concilio. La reconciliacion de los apóstatas tratóse de nuevo; y sobre este punto fueron diversas las opiniones de los Padres, pues unos querían la indulgencia y otros el rigor, y todos alegaban á favor suyo las Escrituras sagradas. Por fin determinóse no sujetarse precisamente á los términos generales de la cuestion, sino profundizar el pormenor y exámen de las causas y de todas las circunstancias de las varias caídas, de los grados de volun-

tad y de escándalo que en ellas se descubriesen, como tambien de las disposiciones y necesidades de cada uno de los delinquentes.

6. Se formaron varios artículos ó cánones, que se enviaron á Roma: y tales son aquellos cánones confirmados por la Santa Sede, llamados despues penitenciales, que sirvieron largo tiempo de tipo en la Iglesia para la reconciliacion de los pecadores. Escribió últimamente San Cipriano en su nombre y en secreto al Papa San Cornelio, y á los Confesores que se habian dejado seducir por Novaciano; dió orden al conductor de estas últimas cartas de no ponerlas en manos de los sugetos á quienes se dirigian hasta que las hubiese leído el soberano Pontífice; y diese su permiso para entregarlas.

7. Juntó Cornelio sin la menor dilacion sesenta Obispos, y mayor número de Sacerdotes y de Diáconos: y los reglamentos de Cartago por lo respectivo á la penitencia de los apóstatas, fueron confirmados por dictámen de esta asamblea, especialmente el cánón que mandaba se volviesen á recibir los Obispos luego que hubiesen hecho penitencia, pero en la clase de legos solamente. Novaciano, su cisma, y sus heréticas pretensiones y procedimientos fueron tambien condenados; pues sostenia generalmente que la Iglesia no tenia facultad de conceder la paz á los que habian caído mientras las persecuciones, y que no podían permitirse las segundas nupcias. Escribió el Papa á las Iglesias, comunicándolas lo que se habia resuelto en su Concilio; y en su epístola á Fabian,

Obispo de Antioquía que denotaba cierta propension al partido cismático, se detenía en hacer ver que todas las Iglesias de Italia y de Africa eran de una misma opinion; cuya pastoral vigilancia preservó de la seducción al Patriarca y á toda la Iglesia del Oriente. Y aun llegó á celebrarse en Antioquía, en tiempo del sucesor de Fabian, un Concilio compuesto de varios Obispos de Capadocia y Asia, además de los de Siria, en el que se condenó á los Novacianistas.

Dionisio, Obispo de Alejandría, á quien hizo saber el soberano Pontífice las decisiones de su Concilio Romano, publicó una excelente instruccion sobre la penitencia, en la que penetrado enteramente del espíritu del Concilio, no se contentó con cimentar á su pueblo en los principios Católicos, sino que prescribió ciertas reglas de perfeccion para las almas mas fervorosas; y en general su celo contra el cisma sirvió de mucho á otras varias Iglesias, particularmente á la de Antioquía.

Hizo Novaciano en Africa otra nueva tentativa cuando se vió tan humillado por parte de Roma, enviando allá al famoso Novato, acompañado de otros cismáticos; pero San Cornelio avisó al punto á San Cipriano esta novedad. Los alborotos estaban de parte solamente del perturbador, porque salieron de Roma con él, ó por lo menos cesó inmediatamente el escándalo en la ciudad. Volvieron los Confesores á entrar en el seno de la unidad; y se observó que el calumniador los habia comprometido fraudulentamente, y que ignoraban todo el contenido de las cartas

denigrativas divulgadas bajo sus nombres contra el santo Papa Cornelio. Recibióseles con una sincera alegría, y los Sacerdotes fueron restituidos á sus puestos; todo lo que el soberano Pontífice notició inmediatamente al Obispo de Cartago.

Mas ínterin que todo era júbilo y alegría por ver asegurada en la Iglesia una porcion tan distinguida del rebaño de Jesucristo, el santo Primado de Africa tuvo ocasion de egercitar su celo con motivo de la débil credulidad de Antoniano, aquel Obispo de Numidia, de quien ya hemos hecho mencion, y al que faltó poco para que lo metiese en el cisma una artificiosa carta de Novaciano. Daba á entender á aquel Prelado que el soberano Pontífice comunicaba con los apóstatas, porque habia concedido la paz al Obispo Trófimo, convencido, segun decian con verdad, de haber ofrecido incienso á los ídolos: pero no se añadía que Trófimo quedaba privado de la dignidad Episcopal, aunque por medio de una penitencia de las mas rigurosas, hubiese juntado á la Iglesia el rebaño que antes habia descarriado con su escándalo. Hízole ver sobre todo el santo Doctor, para mas persuadir á Antoniano, que si se daba la paz á los que habian manifestado arrepentimiento antes de la enfermedad, no era por un espíritu de relajacion ó demasiada condescendencia, ya que se observaba tan diversa conducta con los pecadores que comenzaban á pedir la paz en el discurso de la misma enfermedad, y era factible que lo hacian mas por temor de la muerte que por dolor de sus culpas. En aquellas

tan delicadas coyunturas era necesario caminar con esta reserva.

8. Con el tiempo se disminuyó el riesgo escandaloso, y no debiendo ya ser igual el rigor en reprimirlo, la disciplina mudó de aspecto sobre este punto por las circunstancias. Por esta razón el Concilio cuarto de Cartago prescribió otros cánones aun mas suaves, y mandó formalmente se admitiese á la penitencia al pecador bien dispuesto que lo pidiese en caso de enfermedad; y si hubiese temor de que muriese al punto, se le reconciliase por medio de la imposición de las manos, y se le administrase la Eucaristía; y el Concilio dice sobre esto estableciendo un cánón conforme con la práctica: *lo dicho tendrá lugar respecto á la reconciliacion, aunque aquel que ha pedido la penitencia perdiese el uso de la lengua por la enfermedad, ó quedase demente antes de llegar el Sacerdote, con tal que haya testimonios de la buena disposicion del enfermo.*

Convenció al fin al Obispo Antoniano su ilustre Primado, de que la dureza de Novaciano para con los pecadores, á los que privaba de toda esperanza, rayaba en heregia é impiedad, y que el dictámen de aquel sofista mal convertido era un rastro de la filosofía pagana, ó de aquella perniciosa máxima estóica, segun la cual todos los pecados son iguales, y el sabio incapáz de arrepentimiento.

9. Compuso San Cipriano por esta causa sus tratados sobre la Unidad de la Iglesia, y el de los Lapsos ó caídos, esto es, de los fieles que habian apos-

tado por la persecucion; sobre lo que nos enseña que la confesion de los pecados internos estaba ya en uso en su tiempo, y aun antes del ejemplo de los que se confesaban de solo el pensamiento que habian tenido de sacrificar á los ídolos ó de tomar cédulas de seguridad. Ambos tratados los remitió á los Confesores de Roma que habian dejado el partido de Novaciano, como un medio el mas á propósito para quitar de raíz enteramente todas sus preocupaciones; en especial el tratado de la Unidad de la Iglesia, en el que se hallan unidos y muy ensalzados por el Obispo de una de las mayores Sillas, los privilegios y las pruebas de la primacia de la Silla Apostólica. No deja de horrorizarse el santo Obispo de la apostasia y de la injuria que con ella se hace al Misterio de la Redencion, cuando en el tratado de los caídos manifiesta tanta dulzura é indulgencia para con los pecadores; y con este motivo cuenta un gran número de castigos milagrosos de que tenia particular conocimiento.

10. Inclinábase sin embargo la balanza cada dia mas al lado de la condescendencia; temíase otra nueva persecucion; los Obispos que llegaban á Cartago para celebrar un segundo Concilio, hablaban mucho de las revelaciones y visiones concernientes al nuevo asalto que amagaba á la Iglesia, y lo hacian con aquel carácter de autoridad que una alta virtud daba á la prediccion. Creyóse pues á propósito fortificar y precaver con todas las armas espirituales, y sostener sin pérdida de tiempo con la Eucaristía á los fieles ver-

daderamente penitentes, que hasta entonces no se habian reconciliado. Se habia dictado en el primer Concilio un reglamento provisional, que no permitia darles la paz sino en riesgo de muerte: este otro que llamaron *Perentorio*, mandó que se les diese ó inmediatamente ó luego despues de cierto término fijado con prudente indulgencia, sobre lo que se escribió al soberano Pontífice una epístola sinodal, que firmaron cuarenta y dos Obispos.

Vino á presentarse á este Concilio Privato, Obispo depuesto, con el intento de justificarse, llevando en su compañía algunos otros Prelados condenados por causa de apostasía ú otros delitos, mas no se les quiso admitir, y en despique ordenaron un falso Obispo de Cartago, esto es, á Fortunato, uno de los fautores de Felicísimo, condenado ya con él y con Novato. Púsose en camino para Roma Felicísimo inmediatamente despues de la ordenacion, con designio de alcanzar por sorpresa la comunión del Papa y la condenacion de Cipriano. Despidióle la Iglesia Romana con indignacion, y no quiso oirle, esperando recibir de un instante á otro noticias del Obispo de Cartago. Mas como Cipriano miraba con el mayor desprecio aquella trama tan mal medida, no juzgó oportuno noticiarla á la Santa Sede. Insistian entretanto los cismáticos en sus pretensiones, echaban furiosas amenazas, y se gloriaban con una insultante audacia de que veinticinco Obispos habian asistido á la ordenacion de Fortunato: de manera que cansado de tantos clamores el Papa, se quejó ágramente á San Ci-

priano de que nada le decia concerniente á aquella ordenacion.

11. Respondió el Obispo con tanta firmeza como respeto que si se principiaba á temer á los perversos, y si estos esperaban por medio de las amenazas cubrirse de la indignacion que merecian sus atentados, no habia que contar con el buen orden ni con el santo régimen de la Iglesia; que él no necesitaba de justificacion ni de defensa en favor de su propia ordenacion despues de la eleccion unánime del pueblo y del Clero y cuatro años de Episcopado pasados en perfecta tranquilidad: que cuando un Obispo querido de su rebaño, y el blanco de los enemigos de la fe, hasta el extremo de ser amenazado con las fieras en público circo, se veía atacado por unos hombres arrojados de la Iglesia, no quedaba duda en que la persecucion dimanaba inmediatamente del agresor infernal, que despues de causar la perdicion del piloto intentaba perder tambien la nave. Despues se queja de la apelacion de aquellos cismáticos, que no eran mas que una porcion de malvados, ya conocidos por sus desvarios, tanto en Italia como en África, y procedian visiblemente de mala fe, con tanta mayor causa, cuanto no habiendo faltado requisito alguno á su condenacion, así respecto de la regularidad como de la celebridad, sus instancias mas merecian el nombre de sublevacion que de apelacion. Procediendo despues segun aquel principio, que con la posesion ha fundado el derecho seguido aun en nuestros dias en la Iglesia Galicana, de no juzgar á los Obispos en otra parte

que en su misma patria (*), „como queda establecido por todos nosotros, añade el santo Doctor, no admitir apelaciones en punto de conducta y malversacion, como asimismo que cada uno defenderia su causa en el puesto en donde se hubiese cometido el delito, no debe tolerarse que aquellos que están bajo nuestro mando, corran por do quiera á sembrar la confusion y el escándalo; sino antes bien debe obligárseles á que se defiendan en los lugares en donde se hallan los acusadores y los testigos.”

12. Moderó estas divisiones intestinas la persecucion que volvió á encenderse. Apenas habia reinado veinticuatro ó veinticinco meses el Emperador Decio, cuando murió de la manera mas funesta; cuyo fin redujo al último apuro á los bárbaros que infestaban el pais del Danubio. Envió al General Galo con una parte del ejército para cogerlos á discrecion cortándoles el paso del rio, y con la otra se adelantó él para atacarlos y obligarlos á cuanto quisiera. Estaban los enemigos acampados á la otra parte de un pantano, en el que se entró inconsideradamente aquel Príncipe prudente y advertido, y murió con su hijo en medio de sus victorias. A Galo le acusaron de inteligencia con los enemigos, y esta sospecha pareció volverse certidumbre cuando se vió al General proclamado Emperador, y á su hijo Volusiano declarado César: á pesar de esto Galo hizo los mayores es-

(*) Este principio debe entenderse de modo que no destruya el derecho de apelacion al Romano Pontífice, como al Juez Soberano de todos los fieles, así Prelados como súbditos.

fuerzos para disculparse, casó con Volusiano la hija de Decio, y Hostiliano, hijo de aquel desgraciado Príncipe, tuvo el título de Augusto: mas murió poco despues, ó de peste, segun se dijo, ó por los artificios de su aparente bienhechor.

No fueron mas favorables al cristianismo que lo habia sido su antecesor los nuevos dueños de Roma; y siguieron de tal modo sus huellas en este punto, que se confunde no pocas veces la persecucion de Galo y Volusiano con la de Decio, bajo el nombre comun de la séptima persecucion. Abrazáronse aunque en la apariencia las preocupaciones vulgares, con motivo de la peste que desoló una gran parte del Imperio: imputóse este azote á los Cristianos, y se les quiso forzar á que sacrificasen á los dioses para mitigar su cólera.

13. El Papa San Cornelio fue el primer objeto de esta persecucion en Roma, en calidad de gefe de todos los fieles: pero al ver acometido al Pastor, acudieron en tropas sus ovejas, lejos de dispersarse; y aun muchos de los que habian caido en el precedente reinado vinieron á reparar aquel escándalo, y confesaron intrépidamente la fe. Fue desterrado el santo Papa, junto con muchas personas de su Clero: pero los perseguidores, que nunca lo eran de los enemigos del catolicismo, dejaron tranquilo á Novaciano. Murió San Cornelio en su destierro el mes de Setiembre del año 252, habiendo ocupado la Santa Sede por espacio de quince ó diez y seis meses. Fue puesto en su lugar, y sufrió el martirio pocos meses despues,

el Sacerdote Lucio, uno de los Confesores desterrados con él.

14. Empero una de las víctimas mas illustres de esta persecucion fue el Sacerdote Hipólito, partidario de Novato y de Novaciano, cuya fama de virtud rayaba hasta el punto de ser tenido por incapáz de errar, en el sentir de aquellos que no profundizaban las cosas, siendo además de esto respetable por su edad y por sus luces. Siguióle en tropel, cuando le llevaban al suplicio, el pueblo, á quien instruía por largo tiempo. Preguntáronle ¿cuál era el camino de la verdad y de la salvacion? *Huid*, exclamó entonces en tono de profeta y como un hombre verdaderamente inspirado, *huid del infeliz Novato, y volved á la Iglesia Católica: en el momento mismo de tener que responder á la Verdad Increada, el velo cae últimamente de mis ojos, y siento un arrepentimiento el mas amargo por lo que os enseñé en otro tiempo.* Lleváronlo á Ostia, en donde residia el Prefecto de Roma ocupado en la pesquisa de los fieles; y habiendo llegado el Confesor compareció el Prefecto sentado en su tribunal, y rodeado de verdugos é instrumentos de muerte de todas clases. Veíase junto á él una multitud de Cristianos, cuyo semblante macilento, y exterior sucio y descompuesto, indicaban las incomodidades horribles que por largo tiempo habian padecido en las prisiones. Mas no fue bastante todo aquel espantoso aparato de suplicios á intimidar siquiera á uno de los fieles, y el desnaturalizado Juez mandó que los matasen á todos de distintos modos: cortaron

la cabeza á los unos; otros fueron crucificados, y el mayor número fue hacinado en un navío todo podrido, que echaron al punto á pique.

Sin la menor conmocion veía Hipólito todo esto; é irritada la muchedumbre de su heróico valor pidió se le hiciese padecer un extraordinario suplicio, como que era el corifeo de los Cristianos. El Prefecto oyendo que le llamaban con el nombre de Hipólito, dijo: *que se le trate como á aquel cuyo nombre tiene;* aludiendo á Hipólito, hijo de Teseo, tan celebrado entre los poetas. Buscaron al punto dos indomables caballos, uniéronlos á la fuerza con un tirante, del cual dejaron colgando una cuerda larga, y á esta ataron por los pies al Santo anciano. Luego soltaron aquellos fogosos caballos despues de haberlos irritado con repetidos golpes, y aun los espantaban sin cesar con sus gritos, para fomentar y animar su natural ímpetu. Quedó bien pronto el cuerpo del Mártir hecho trozos, y sus miembros esparcidos por todas partes: mas los fieles recogieron como pudieron todas aquellas preciosas reliquias, sin desperdiciar ni aun los pedazos de los vestidos y de las carnes que habian quedado pegadas á las zarzas, y empaparon esponjas en su sangre. Diferente es este Santo de otro San Hipólito, tambien Mártir, pero Obispo en el Oriente, sin que se sepa de qué Silla.

Entretanto la peste que los idólatras pretendian cortar sacrificando de este modo los Cristianos, se esparcia por todas las provincias, y crecian sus estragos con una violencia y una tenacidad nunca vistas.

Duró este azote diez años, y arrebató infinitamente mayor número de infieles, que Cristianos habian perecido á impulsos de su ciega venganza. Lejos de temer el contagio estos últimos daban socorros con heroica caridad, no solamente á sus hermanos, sino tambien á los idólatras que los perseguian con tanto encarnizamiento.

15. Señalaron en Cartago los Ministros de la Iglesia á cada uno de los fieles sus funciones particulares, para que suministrados con método los ausilios, fuesen mas eficaces. El ilustre Gregorio en Neocesaréa del Ponto sacó partido del azote de la peste para la conversion de los Paganos que quedaban. Habia principiado la enfermedad entre ellos, en una fiesta que celebraban en honor de sus falsas divinidades con una pompa y solemnidad extraordinarias. Prodigiosa era la afluencia de los ciudadanos y pueblos cercanos; y como no cupiesen todos en el lugar destinado á los espectáculos, gritaron á una voz en el esceso de su loco entusiasmo pidiendo á los dioses ensanchasen el sitio. San Gregorio lo supo, y dijo penetrado de dolor, que no tardarian en quedar mas anchos de lo que quisieran: y en el mismo instante se declaró la peste con tanta malignidad, que aquella multitud que no tenia número la contrajo casi toda á un mismo tiempo (1). No bastó ningun remedio humano á contener sus rápidos progresos, por todos los barrios de la ciudad reinaba la mas horrible desolacion: no solamente las casas particulares, sino tambien los edi-

(1) *Gregor. Nyss. in vit. Thaum.*

ficios públicos y los templos estaban llenos de muertos y de moribundos, y las calles se veían ostruidas con ellos. Abandonados los enfermos á ellos mismos, y destituidos de todo socorro, salian de sus casas trémulos y titubeando para ir á las fuentes á mitigar los ardores internos que los consumian. Otros habiendo perdido la esperanza de sanar, y temiendo no tanto la pérdida de un resto desdichado de vida, quanto la privacion de la sepultura, se iban arrastrando todavía vivos á los sepulcros para espirar en ellos: y en este duelo universal se veían ó creían ver entrar espectros en las casas, que iban siempre acompañados de la muerte.

Dieron al fin motivo tantas y tan crueles circunstancias para pensar que aquello podia ser un castigo del Dios de los Cristianos, mas que de las divinidades del paganismo que tan destituidas de poder se mostraban. Corrió al punto á buscar al Obispo el pueblo idólatra, cuya única presencia habia arrojado la enfermedad de algunas casas en que habia entrado, y prometiéndole todos seguir el Evangelio si por sus oraciones conseguia libertarlos de tan horrorosa calamidad. Oró el Santo y los libró; pero ellos cumplieron tan generalmente su palabra, que no habiendo hallado Gregorio sino diez y siete Cristianos en la ciudad cuando le nombraron Obispo, tuvo el consuelo á su muerte de no dejar en ella mas que otro tanto número de idólatras.

16. Previó mucho antes el gran Gregorio el tiempo de su feliz tránsito, el que acaeció á principios

del Imperio de Aureliano. Los santos Padres, especialmente San Basilio (1), hablan de él como de un hombre prodigioso y singular aun entre los mismos Santos; comparable á los Patriarcas mas esclarecidos, á los Apóstoles y á los Profetas, tanto por sus milagros cuanto por sus virtudes. Mas no se distinguia menos por su condicion y la claridad de su talento; y su panegirico de Orígenes es uno de los trozos mejores de elocuencia de la antigüedad Eclesiástica. Tenemos á mas de esta pieza y el simbolo que escribió, su carta Canónica, dirigida á un Obispo que le consultaba sobre los diversos grados de penitencia, que el Santo distinguia ya desde entonces.

17. Desolaban el Imperio en todas las partes del mundo la peste, las guerras sangrientas, y las irrupciones de bárbaros. Entraron en Europa los Godos, los Borgoñones y los Carpos; y en Asia los Escitas y los Persas. Penetraron estos últimos hasta Antioquia, y la tomaron y entregaron al saco. Fueron saqueadas en África muchas ciudades de Numidia por aquellos Numidas vagamundos que moraban en lo interior del pais, á donde nunca habia arribado el yugo Romano. Se llevaron cautivos á muchos Cristianos de ambos sexos; y San Cipriano supo con horror el peligro en que estaban principalmente las doncellas Cristianas, y remitió de acuerdo con su pueblo una cantidad muy considerable para rescatar aquellos cautivos.

18. Durante estas desgracias pasaban torpemente la vida dados á los placeres Galo y su hijo Volusia-

(1) *Basil. lib. de Spirit. S. ad Amphiloct. cap. 23.*

no, encontrando mayor gusto y menor peligro en derramar la sangre cristiana, que la de los enemigos del Imperio. Marchó contra los Godos Emiliano, que comandaba el ejército de Panonia, sin haber recibido ninguna orden, y los derrotó. Mas la victoria sirvió de cebo á su ambicion, y haciéndose proclamar Emperador, se volvió en derechura á Italia. Fue muerto Galo despreciado de todos juntamente con su hijo por sus mismas tropas, que reconocieron pronto á Emiliano. Entretanto Valeriano, á quien Galo habia enviado á las Galias para conducir allá las legiones con los de Germania, supo el atentado de Emiliano; y como tenia á su mando fuerzas respetables, se hizo aclamar Emperador, y volvió á entrar en Italia.

19. No estaba Emiliano menos dispuesto á defender el interés grande que le animaba, aunque no tenia tanta gente; mas sus soldados que no tenian tan robusto motivo, compraron la paz á precio de su cabeza, y le degollaron á fines del mes de Agosto del año 253. Así quedó Valeriano único señor del Imperio, asociándose despues á Galieno su hijo. Era Valeriano muy estimado y querido de todos los buenos; y como el Emperador Decio quisiese restablecer el cargo de Censor, y encargase al Senado el elegir el sugeto mas á propósito para una dignidad tan crítica; los Senadores eligieron unánimemente á Valeriano, como el mas irrepreensible de todos los ciudadanos de Roma. Empero pronto se conoció que las cualidades mas eminentes de los empleados subalternos no son siempre las que se requieren para el trono. No tenia

el Censor Valeriano para ser Emperador ni suficiente grandeza de ánimo, ni bastante vigor en su carácter. Y como era de natural recto y benéfico trató con la mayor benignidad á los Cristianos en el principio de su reinado, mas que ninguno de los Emperadores precedentes; pues les conferia casi todos los empleos de confianza, y la mayor parte de las gentes de su casa seguia la doctrina del Evangelio. Aprovecharon los Obispos este favor pasajero para las sólidas ventajas de la Iglesia.

20. No habia esperado este tiempo el de Cartago para condenar la ignorancia ó el temor sacrilego de los Acuorios ó Acuarianos, que por la mañana usaban solo del agua en el santo Sacrificio, de miedo que el olor del vino les diese á conocer por Cristianos, mas no eran tan escrupulosos en el Sacrificio de la tarde, porque se acostumbraba entonces celebrar dos veces al dia; bien que el pueblo no solia acudir á este segundo, que era mucho menos solemne. Observó sin embargo el santo Pastor, que era necesario no ofrecer solo el vino, sino que era preciso mezclar un poco de agua en el cáliz, para manifestar la union del pueblo fiel con Jesucristo. Y hablando como pudiéramos hablar nosotros desde la condenacion de los últimos sacramentarios, dice: *el Sacerdote ofrece en la Iglesia un verdadero Sacrificio, cuando imita á Jesucristo que ofreció el Sacrificio de su cuerpo y de su sangre á Dios su Padre.* El Prelado se aplicó á la correccion de otros abusos, á proporcion que la Iglesia fue recobrando su quietud.

24. Celebróse el tercer Concilio de Cartago, al que asistieron sesenta y seis Obispos; y en él se confirmó la prohibicion hecha ya á todo fiel de nombrar en el testamento por tutor ó curador á un Clérigo; y se añadió la de celebrar los santos misterios en la muerte del que hubiese contravenido á esta sabia disposicion. Intentaron hacerse rehabilitar los Obispos y Sacerdotes que cayeron en la apostasia durante el curso de las persecuciones; pero hallaron la mas vigorosa oposicion, singularmente Basíldes y Marcial, Obispos de Leon y Astorga (*). Determinóse asimismo que era indispensable suministrar el bautismo á los niños, y la razon que se alegó para ello, y que

(*) Basíldes y Marcial, el uno Obispo de Mérida, y el otro de Leon y Astorga, turbaron por algun tiempo la quietud de las Iglesias de España. Ambos eran reos de gravísimos delitos; Marcial fue depuesto de su Obispado, y Basíldes lo renunció voluntariamente, aunque despues se arrepintió, y sorprendió al Sumo Pontífice San Estévan, con cuya autoridad pretendia se le restituyese á su Obispado. Los Prelados de España que los habian condenado por sus crímenes, y singularmente por haber sido del número de los Libeláticos, acudieron á San Cipriano y demás Obispos de Africa para que apoyaran su sentencia; y en el Concilio cuarto de Cartago de treinta y seis Obispos á quienes presidió San Cipriano, se declaró que Basíldes y Marcial habian sido justamente depuestos, y que las Ordenaciones de Salino y Felix colocados en su lugar debian tenerse por válidas. Desecháronse asimismo las cartas de Basíldes, que obrepticamente obtuvo del Papa San Estévan y presentó en dicho Concilio para ser absuelto. San Cipriano le hace mas criminal por haber engañado al Sumo Pontífice. Esta causa impulsó al gran Primado de Africa á escribir su bellísima carta á los Obispos de España; que es la 67 (alias 68) entre las suyas.

establece claramente la doctrina del pecado original, es, que si se concede á los grandes pecadores la remision de sus culpas por medio del primer Sacramento, mucho mejor debe concederse esta gracia á un niño que únicamente pecó en Adán segun la carne.

22. No ponía por su parte límites á su celo San Cipriano; escribió al Papa Estévan, sucesor de Lucio, que aunque habia diferentes Pastores en la Iglesia de Dios, cuidaban no obstante á un mismo rebaño, el que debia serles generalmente amado; y que ninguno de ellos podia mostrarse indiferente á aquello que los Obispos de las Galias escribian de la Iglesia de Arlés: que por lo tanto le pedia por el nombre de Jesucristo, de quien era Vicario, tomase las medidas mas eficaces para recoger y congregar las ovejas que el cisma habia dispersado, escómulgar á Marciano, su Obispo, y nombrar otro en su lugar. Tuvo la crueldad este Marciano, adicto á la secta novaciana, de permitir que muriesen sin reconciliacion unos renegados sinceramente convertidos, que pedian con lágrimas volver á ser admitidos en el seno de la Iglesia; y aun hacia alarde de haberse separado de la comunión de sus hermanos. Causó esta carta de mano de un Prelado extranjero, la mas viva impresion; y reunida á las peticiones de los Obispos de la Galia, contuvo en ella los progresos del novicianismo. Se ignora casi de todo punto lo que se determinó contra Marciano; pero como no se encuentra su nombre en los Dipticos de la Iglesia de Arlés, se cree fue borrado á causa de su cisma.

23. No fue de larga duracion esta buena inteligencia entre el Papa y el Primado de África á pesar de esto. Movióse entre los dos una viva y larga cuestion sobre el bautismo conferido por los hereges, que conmovió toda la Iglesia. Cipriano pretendia que el bautismo recibido de mano de los sectarios no era válido, y que era necesario rebautizar al que volvía despues al gremio de la Iglesia. Era antigua en Cartago la simiente de este mal: habia desechado ya en su tiempo Tertuliano esta clase de bautismos, y Agripino, uno de los Obispos predecesores de Cipriano, se ignora de cierto en que tiempo habia derogado la costumbre de tener por válido el bautismo de los hereges, que no alteraban la forma del Sacramento, y substituyó la de rebautizar. No parece con todo que este método fuese estable y uniforme desde su Pontificado hasta el de San Cipriano. Mas como el santo Doctor hallase razones á su parecer muy fundadas, para no tener por válidos los Sacramentos administrados fuera de la Iglesia, juzgó que debia seguir en la práctica otro partido mas seguro. Y siendo la materia de la mayor importancia, y teniendo Cipriano contra sí la costumbre mas generalmente recibida, reunió los Obispos de la provincia proconsular de África, en número de treinta y uno: todos opinaron lo mismo que su cabeza, y se dió cuenta de ello al Papa, como igualmente de las razones que les movian á pensar de este modo. Esta determinacion causó pesar al soberano Pontífice; por lo que el Obispo de Cartago juntó otro Concilio de setenta y un Obispos,

entre los que se hallaban los de Numidia. Convocó posteriormente á todos los Prelados de las tres provincias de África, esto es, de la África propiamente dicha, de la Numidia y de la Mauritania: se reunieron en número de ochenta y cinco, de los que quince habian confesado la fe en diferentes tribunales, y algunos con el tiempo lograron la corona del martirio; y todos unánimemente confirmaron las decisiones anteriores.

24. El Obispo de Cartago quiso además saber de positivo lo que sentian en la materia varios Obispos del Oriente, á los que sabia que el Papa habia escrito sobre el particular. Dirigióse á Firmiliano de Cesaréa en Capadocia, y este Prelado que era uno de los mas célebres de su tiempo, dejó escapar en su contestacion sin miramiento algunas espresiones fogosas contra el Vicario de Jesucristo. Mas reunia Firmiliano á sus muchas virtudes y rara piedad, uno de aquellos genios ardientes, que con dificultad guardan moderacion cuando creen que padecen persecucion por la verdad; y el Papa le amenazó privarle de su comunión con todos sus secuaces. Seguian la misma opinion que los de Capadocia los Obispos de Cilicia, de Galacia, y de los paises inmediatos; y en un Concilio que acababa de celebrarse en Iconio, se resolvió no desistir ni aflojar en este punto. Estuvieron muy lejos de condenar esta opinion San Dionisio de Alejandría, y aun San Gregorio el Taumaturgo, que vivia todavía en aquel tiempo, aunque no la seguian del todo. Tenia á su favor el Oriente mas poderosas

razones que la África, en donde no era muy antigua la costumbre de rebautizar, ó por lo menos no se habia observado invariablemente. Pretendia por el contrario Firmiliano con sus orientales, que esta doctrina les venia de Jesucristo y de los Apóstoles; y que á lo menos tenia en su favor la posesion inmemorial. Mas no notaba que como los hereges de aquel distrito habian desde luego combatido el dogma de la Trinidad, mudaban por consiguiente la forma del bautismo instituida por el Salvador, y transmitida por sus discípulos; con lo que la hacian nula. Así la verdad defendida por San Estévan se fundaba en la verdadera tradicion, y en el uso y costumbre del mayor número de Iglesias, no obstante tantas contradicciones.

25. Entonces el soberano Pontífice circuló un decreto concebido en estos términos: *Si alguno viniere á nosotros de cualquiera heregia, no se innove nada de lo que se ha seguido por tradicion, que es imponerle las manos para que reciba la penitencia.* Aflijó en extremo esta determinacion á San Cipriano; y Firmiliano, reconocido tambien por Santo á lo menos en la Iglesia Griega, se mostró mas ardiente de lo que permitia su sabiduría y su virtud. Tan evidente es que las personas, aun las mas piadosas, no dejan de ser hombres, y que el mismo celo puede ser principio de muchos desaciertos.

Aunque no nos ha quedado prueba alguna segura que nos induzca á creer que el santo Obispo de Cartago mudó de opinion, se puede pensar con razon

que lo hizo, y que aquellos que mucho tiempo despues de él sostuvieron su dictámen con cismática tenacidad, tuvieron gran cuidado de ocultar una retractacion que tanto daño causara á su partido. No porque en su tiempo no pudiese seguirse aquella opinion sin quebrantar del todo el vínculo de la unidad, y sin pecar contra la fe; pues un número tan considerable de santos y sabios Prelados podia hacerla plausible, y mas poniendo para apoyarla varias razones y autoridades de la Escritura, que interpretaban en verdad mas moral que literal y concluyentemente, pero que no dejaban de producir una preocupacion no fácil de vencer en los principios.

Además de esto no parecia una deliberacion concerniente á los dogmas el decreto de Roma si se atendia á su contenido, sino un reglamento sencillo acerca de un punto de disciplina no recibido generalmente, y el que tenian libertad para no seguir las Iglesias mas distinguidas; aun dado caso que la deliberacion fuese mas terminante. Tal es la mas fuerte defensa de San Cipriano; porque en vida de aquel santo Mártir no estaba aceptado el decreto Pontificio de un modo espreso y notorio por la mayor parte de los Obispos del mundo cristiano; ni tampoco podia suponerse una aceptacion tácita sobre todo en las primeras turbulencias, y cuando reclamaba por otra parte tanto número de Obispos. Disculpan al grande Obispo de Cartago todas estas consideraciones, que en el fondo no era reprehensible de otra cosa que de un error relativo á hechos meramente históricos, es-

to es, de haberse falsamente persuadido que la mayor parte de las Iglesias seguia su opinion, ó no dejaría de declararse á su favor luego que la disputa llegase á su noticia. Por eso dice San Agustin en diversos pasages de sus obras (1) que el santo Obispo ó se retractó antes de su muerte, ó que expió con su martirio esta especie de falta, que no tenía otro origen que la debilidad del espíritu humano, pero que no dejaba de echar una mancha en una alma tan cándida (*).

(1) *August. epist. 4. et lib. de Baptism. cont. Donatist.*

(*) No es tan cierto como se supone lo que aquí refiere el autor acerca de la disputa entre San Cipriano y San Estévan sobre el bautismo dado por los hereges. Todo esto lo reputan por apócrifo no solo algunos modernos sino tambien varios antiguos como dice San Agustin en su Carta xciii. de la edicion de los Maurinos dirigida á Rogaciano Donatista en el número 38, por estas palabras: *Quamquam non desint, qui hoc Cyprianum prorsus non sensisse contendant, sed sub ejus nomine á præsumptoribus, atque mendacibus fuisse confictum.* Prosigue el glorioso Santo en el número 39 manifestando su opinion, y fundado en la semejanza del estilo propio de San Cipriano está por la legitimidad de estos escritos. Cierto que la uniformidad en el estilo es indicio, mas no prueba concluyente de la identidad del autor. Y creo que en este mismo concepto estuvo el mismo San Agustin por lo que dice en el número 40 que es el siguiente. Abusaban muchos de la autoridad de San Cipriano, á los que responde el glorioso Santo no dando por indubitables estos escritos sino por el contrario diciendo: *Porro autem Cyprianus aut non sensit omnino quod eum sensisse recitatis: aut hoc postea correxit in regula veritatis: aut hoc quasi nævum sui candidissimi pectoris cooperuit ubere charitatis, dum unitatem Ecclesie toto orbe crescentis et copiosissime defendit, et perseverantissime tenuit vinculum pacis.* Una de tres cosas sucedieron preci-

26. De todas maneras el Soberano Pontífice no llevó las cosas al último extremo, ni menos usó de censuras contra los rebaptizantes. No se sabe la época

samente. Primera: ó el Santo no estuvo en este error, y es una impostura lo que se interpuso en sus escritos. Segunda: ó si son legítimos estos escritos, San Cipriano despues se retractó, y los corrigió y se conformó con la regla de la verdad. Tercera: ó no llegó á tanto que por esto se rompiese el vínculo de la paz y unidad eclesiástica: luego la mantuvo con el centro de la unidad que es el sucesor de San Pedro: luego con San Estévan Sumo Pontífice. Si esto no se hubiera verificado, mil muertes que hubiera padecido de nada le hubieran aprovechado para entrar en el reino de los cielos, se hubiera condenado; luego de lo sucedido en San Cipriano con ocasion de los rebaptizantes, nada se puede deducir contra la autoridad de la Silla Apostólica tan venerada y reconocida por San Cipriano en sus legítimos y ciertos escritos. La Iglesia colocó á San Cipriano en el número de los Santos, luego cuando murió era miembro unido y no cortado del tronco de la unidad, como rayo derivado y no separado del sol, como riachuelo continuado y no interceptado con la fuente; murió en fin del mismo modo que el Santo requiere para morir en la unidad de la Iglesia. La Iglesia venera á San Cipriano como Santo y como Doctor; luego su santidad final no es otra que la fundada en la fe. Segun este santo Doctor en el libro de la unidad de la Iglesia, el origen de la verdad y la prueba de la fe se ha de buscar en lo que Jesucristo dijo á San Pedro: *Tu es Petrus &c.*, y, *pasce oves meas*; luego no se apartó del origen de la verdad, ni se desvió de la prueba de la fe. En fin, el hecho de San Cipriano tanto en sí como en sus consecuencias es muy incierto, la doctrina muy clara; atengámonos pues á lo que enseña y dejemos lo que en esto obró; en lo primero es recibido por la Iglesia, en lo segundo desechado. De lo incierto nunca se argüirá bien contra lo cierto, y de lo contrario se nos dirá:

¿*Siccine legitimus Logices pervertitur ordo?*

¿*Siccine per tenebras optatum lumen aditur?*

ca fija en que concluyeron estas cuestiones: pero al fin prevaleció el parecer de San Estévan, como el mas antiguo y mas general. Reformaron los Africanos su costumbre y sus decretos; retractáronse los Orientales igualmente, y el uso de rebautizar fue universalmente abolido en la Iglesia Católica por el Concilio de Arlés, cincuenta años despues de San Cipriano, ó lo mas tarde, por el primer Concilio Ecuménico de Nicea. Sea como fuese, el santo Papa Estévan no tuvo el consuelo de ver el fin de estos disturbios. Cayó sobre él antes de este tiempo la persecucion que sobrevino, y alcanzó la corona del martirio el año 257, despues de un Pontificado de mas de cuatro años. Fue elegido Sixto 2.º de este nombre para sucederle, pasados veintidos dias despues de su muerte; pero no ocupó la Silla un año entero.

27. Hizo mucho bien sin embargo en este corto tiempo á las provincias de la Galia, por medio de los nuevos operarios Evangélicos que envió á ellas. Forman solo una porcion de esta Apostólica y ferviente colonia, San Peregrino, primer Obispo de Auxerre, y mártir, San Memio de Chalons del Marne, llamado vulgarmente San Menge, San Sixto de Reims, y su discípulo San Sinicio, que predicó en Soissons; haciéndose recomendable cada miembro de esta colonia por las mas felices y bien aprovechadas tareas. Fue hallado entero é incorrupto el cuerpo de San Memio, en el séptimo siglo, y su culto se estendió milagrosamente. Fue desde su origen la Iglesia de Reims fundada por San Sixto, una de las mas ilus-

tres de las Galias, y la madre de otras muchas: y en verdad no podia menos de ser fecunda habiendo sido regada con la sangre del santo Mártir Timoteo, y la de mas de cincuenta personas convertidas por él, entre las que se cuenta á Apolinar, su verdugo: de manera que hubo un gran número de Mártires en las Galias, como en todo lo restante del Imperio.

28. Empero pensaba ya Valeriano de un modo diverso que antes de los Cristianos; dejábase gobernar despóticamente por Macrino, hombre obscuro y sin honor, intrigante, astuto, capaz de probar todos los medios para conseguir su intento, sin exceptuar las horribilas atrocidades de la magia; y lo peor que todo esto, enemigo acérrimo del cristianismo. Ganó este malvado de tal modo el inconstante espíritu del Emperador, que la guerra que por incitacion suya declaró á la Iglesia, fue tal vez la mas sangrienta que sufrió nunca, y duró consecutivamente tres años y medio: mas al principio de ella, se contentaban los Gobernadores de las provincias con desterrar á los que no querian adorar á los dioses.

29. Fue confinado despues de una espontánea confesion el santo Obispo de Alejandria, Dionisio, á un lugar incómodo y casi desierto. Le fue preciso ponerse en marcha al punto, á pesar de sus achaques; mas el destierro lo transformó su celo en nuevo teatro de predicacion, y triunfó Jesucristo en los desiertos donde nunca se habia anunciado. Y no por esto juzgaba el celoso Pastor que estaba libre de los cuidados de la Silla, de la que estaba despedido:

informábase con ahinco de lo que pasaba en ella; daba á sus ovejas instrucciones y consejos conformes á sus necesidades; procuraba tener cerca de sí ya una ya otra parte del rebaño, convencido de que el ministerio Episcopal nunca se suple por otro completamente, y que exceptuando la mas completa imposibilidad, no hay causa que dispense de la tarea personal en este punto.

Empleó los instantes que le quedaban de descanso en componer aquellas sabias epístolas acerca de varios puntos de la Religion, que con tanta razon nos pesa que se hayan perdido, segun los encomios que de ellas hace la antigüedad: porque de todos sus escritos no nos queda completo mas que su epístola canónica, dirigida al Obispo Basilides, sobre algunos puntos de disciplina, y cuya autoridad es tal, que la Iglesia de Oriente ha contado siempre entre los cánones las reglas que en ella ordenó. Contienen sus demás obras, aunque incompletas, una variedad de máximas tan instructivas como interesantes; de las que es un buen ejemplo la historia del anciano Serapion, referida en la epístola que escribió á Fabian de Antioquia, con el objeto de animarle á que dejase el orgulloso rigorismo de Novaciano.

30. „Contábamos entre nosotros, dice, á Serapion, Cristiano viejo, que siempre habia observado en su vida la mas irrepreensible conducta, y á pesar de esto por el horroroso miedo á los perseguidores, ofreció al fin incienso á los falsos dioses; pero conociendo luego su debilidad y arrepintiéndose de ella,

pidió el perdon con las mas fervorosas súplicas , el que ninguno le concedió. Una enfermedad grave le acometió que le tuvo impedido el uso del habla por tres dias , y al cuarto recobrándose un poco y llamando á un nieto pequeñito que estaba con él , le dijo inundado en lágrimas : *¿hasta cuándo quieren tenerme de este modo? Que me den pronto , pronto el Vítico conveniente para salir prevenido de este mundo : corre , hijo mio , y tráeme un Sacerdote.* Sobrevinole un segundo letargo acabadas estas palabras , y volvió á perder el uso del habla. Fue corriendo el muchacho á buscar el Sacerdote , mas era de noche entonces , y casualmente el Ministro sagrado estaba tambien gravemente enfermo : no obstante , dió al niño una parte de la Eucaristía , encomendándole la humedeciese para que mas fácilmente pudiera tragarla el anciano. El jóven emisario se volvió , y antes que entrase en el aposento de Serapion , este , que acababa de salir otra vez de su letargo , le dijo : *¿vienes solo , hijo mio? ¿El Sacerdote no ha podido acompañarte? Haz prontamente lo que él te ha dicho y consuélame.* Humedeció el niño el sagrado Pan , y lo puso en la boca del anciano que espiró al momento despues de haberlo recibido. San Dionisio añade : parece que Dios quiso conservar la vida hasta el momento en que por haber alcanzado el perdon de su pecado pudiese de nuevo contarse en el número de los fieles ; y recibiendo la reconciliacion fuese á gozar de la recompensa prometida á sus buenas obras anteriores." Prueba hasta la evidencia esta narracion , que se

daba á lo menos alguna vez la absolucion sacramental y secreta á los penitentes al principio ó en el discurso de su penitencia , en tanto que recibian la absolucion pública y solemne , que únicamente se daba al fin de ella. Se ha de confesar en consecuencia de esto , ó que respecto de Serapion no se trataba ya sino de esta última absolucion , y no de la absolucion sacramental , ó que la antigüedad suministra algun egeemplo de esta absolucion administrada á los ausentes , lo que seria en pro de una práctica reprobada por la Iglesia.

El destierro de San Dionisio de Alejandría duró dos años , esto es , hasta que cesando la persecucion por órden de Galieno en el año 260 , se permitió á los Obispos volver á ocupar sus Sillas ; y vivió cuatro años mas despues de su regreso. Escribió contra la heregía de Sabelio , que confundia las divinas Personas , y de las tres hacia una sola bajo tres distintas denominaciones. Mas acusaron al santo Doctor de que incurria en la heregía directamente opuesta , haciendo al Hijo de Dios de diferente naturaleza que su Padre. La Silla Apostólica se enteró de esta causa , y el soberano Pontífice reunió un Concilio en Roma para juzgarla ; condenóse la doctrina efectivamente contraria á la Trinidad de Personas , sin declarar reo á San Dionisio , antes bien le escribió el Papa pidiéndole se esplicase ; lo que hizo por medio de una obra dividida en tres libros , en la que muestra estar tan lejos de los errores de Sabelio , como de los que Arrio sostuvo algun tiempo despues. Reconoce formalmente en este escrito al Hijo consubstantial con el Padre , y fue

el primero que usó de esta enérgica espresion, consagrada despues por el primer Concilio general.

31. Los perseguidores idólatras turbaban el sosiego así del Obispo de Alejandría como del de Cartago; y Cipriano fue desterrado lo mismo que Dionisio. Hizole saber, comparecido en la sala del Consejo por orden del Procónsul Paterno, que los rescriptos de los Emperadores Valeriano y Galieno mandaban á todos los que no seguian la Religion Romana, que la observasen en lo sucesivo. „¿Y vos, añadió el Procónsul, qué pensais hacer? Ya sabeis, dijo Cipriano, que no solamente soy Cristiano, sino Obispo: yo no conozco á otro Dios que al verdadero que fabricó el cielo y la tierra, con todo lo que contienen. ¿Pero es esta vuestra última resolucion? replicó con indiferencia el Procónsul, que adivinaba habia de ser inútil cuanto dijese. Repondió el Confesor: la voluntad que está fundada en el conocimiento de la verdad, debe ser invariable. El Procónsul le instó entonces á que dijese cuantos y quienes eran los Sacerdotes Cristianos de Cartago. Cipriano respondió: no podeis obligarme á que contravenga á vuestras mismas leyes, las que condenan á los delatores; pero hallareis fácilmente á los que buscáis; si nos está prohibido que nosotros mismos nos entregemos, no somos por eso unos cobardes á quienes el temor hace dejar sus puestos y el cuidado de sus obligaciones.”

Mandó entonces el Procónsul que San Cipriano saliese desterrado á Curuba, ciudad pequeña situada en la costa de África, enfrente de Sicilia, y á cin-

cuenta millas de Cartago. Consolado en extremo quedó el Santo al ver á los fieles que allí estaban y que llegaban de todas partes en gran número. Anunció no obstante á sus compañeros de destierro, á los primeros días de su arribo, que al fin del año consumaría su martirio, y con este fin se dió traza á perfeccionar sus escelentes disposiciones con toda suerte de obras de caridad.

32. Fueron dispersados por los desiertos otros muchos Obispos de África, é innumerables Sacerdotes desterrados al mismo tiempo que Cipriano, donde sufrieron mil incomodidades. Este les escribió una epístola consolatoria, que es la setenta y siete de la coleccion de sus obras, y que no puede leerse sin prenderse de alguna chispa de aquel divino fuego que le hacia encontrar toda su felicidad en sufrir trabajos por Jesucristo. Esta exhortacion la acompañó con abundantes socorros que pudo dirigir á los diferentes parages en donde estaban; pues se encontraban divididos en tres diversos distritos, pero todos aplicados á las minas ó presos en las cárceles, y tan maltratados que muchos de ellos consumaron su martirio en estas penalidades insufribles. Los tenian de continuo con grillos en los pies, y por la noche les ponian trabas, sin mas cama que el duro suelo, y su desnudéz era tal que estando en un país caloroso en extremo, experimentaban los rigores del frio. Todo su alimento se reducía á un poco de pan, pero el aire infecto de las cárceles y la inmundicia que las llenaba era para ellos la pena mas insufrible.

33. San Cipriano estuvo cerca de once meses en Curuba, en cuyo tiempo ordenó los muchos negocios de su Iglesia. Mandóle volver á Cartago, pasado este tiempo, Máximo, sucesor del Procónsul Paterno, y el Santo se retiró á los jardines que tenia en esta ciudad, á esperar el cumplimiento de su prediccion. Habia empezado de nuevo la persecucion con mayor violencia; y Valeriano, para que le fuesen favorables los dioses en la guerra que iba á hacer á los Persas, publicaba las órdenes mas severas contra los Cristianos. Mandaban estas, en suma, ajusticiar inmediatamente á todos los Obispos, Presbíteros y Diáconos; privar desde luego de sus dignidades á los Senadores y Caballeros Romanos, y decapitarlos si permanecian firmes en la creencia; desterrar á las damas nobles, y esclavizar á los Cesáreos, ú oficiales y criados del Emperador. El santo Obispo de Cartago comunicó esta nueva á los demás Obispos, para que ellos y sus rebaños estuviesen dispuestos; y él por su parte no pensó en otro que en prepararse á cuanto pudiera sucederle. Aunque iban á visitarle y le rogaban pusiese en salvo su vida, mudando de retiro, muchas personas de carácter, y aun de la clase de los Senadores, el Santo pospuso su vida al cumplimiento de la solicitud Pastoral, tan precisa en iguales circunstancias, y no perdió de vista los designios que el Señor tenia formados sobre su persona.

34. A pesar de esto como el Procónsul hubiese despachado soldados para que le prendiesen y le condujesen á Útica, donde residia entonces, cedió Ci-

priano á las instancias de sus amigos, y se retiró desde sus jardines á otro parage mas oculto, no con ánimo de evitar una muerte que sabia de cierto cuando habia de suceder, sino para no morir fuera de Cartago, y para que la confesion del Pastor sirviese de egemplo á las ovejas. Luego que el Procónsul se restituyó á Cartago, el santo Doctor volvió á sus jardines, en los que le prendieron poco despues, y lo llevaron ante el Procónsul á una casa de campo cerca de la ciudad. Mas el que prendió al Santo lo detuvo en su casa aquella primera noche, y no tardó en reunirse al rededor de ella una multitud de personas de todas edades y clases, ansiosas de saber la suerte que se preparaba á su comun padre. A sus amigos se les permitió que le hablasen y aun que cenasen con él; y los demás fieles pasaron toda la noche en la calle en una continua conmocion por lo que pudiera sucederle. Merecióle al santo Obispo mayor cuidado sus ovejas que su persona, atendiendo principalmente á precaver los riesgos á que quedaban espuestas las doncellas que estaban confundidas entre la muchedumbre y eran las que mas sentimiento manifestaban de la pública desolacion. Lleváronle á la mañana siguiente á la presencia del Procónsul, el que sin gastar tiempo en preámbulos y solicitudes, que sabia serian infructuosas, le interrogó, le halló inmutable en su opinion, y le condenó á morir degollado. El Santo dijo, luego que oyó la sentencia; *os doy gracias, ó mi Dios, porque os dignais librarme de la prision de este cuerpo; y al mismo*

tiempo exclamaron los fieles que le acompañaban: *vamos todos á ser degollados con nuestro Padre.*

Los guardas le condujeron al campo, y escogieron para la ejecución un parage sombrío por los muchos árboles que le circundaban, el que en un instante se llenó de un pueblo innumerable. Postróse el Santo á hacer oracion, y al levantarse mostró el mayor contento en su rostro; desnudóse el manto, despues la dalmática (llamada así del nombre del pais en que habia principiado á usarse esta vestidura); y manifestó así en su aspecto como en sus acciones una grandeza y serenidad extraordinarias, de suerte que el verdugo titubeó y empezó á temblar. El Santo le animó mandándole dar veinticinco piezas de oro, tapóse él mismo los ojos, y no pudiéndose atar por sí las manos, rogó á algunos de los circunstantes que lo hiciesen, y entretanto lo restante de los fieles extendia lienzos por el suelo para recoger la sangre. Cortáronle la cabeza en este estado el dia 14 de Setiembre del año 258, cabalmente el mismo dia que en el 257 habia anunciado que dentro de un año consumaria su martirio. Su pérdida fue sensible á los mismos Paganos, que aunque se irritaban contra él cuando les cegaba su fanatismo, no tardaron en acordarse bañados en lágrimas, que siempre el santo Pastor los habia hecho iguales en sus caritativas liberalidades con las ovejas escogidas de su grey. Los fieles le hicieron las exequias de un modo enteramente religioso; encendieron al rededor de su cadáver crecido número de cirios, dirigieron sus oraciones, y le ca-

nonizaron, por decirlo así, por aclamacion, ensalzando sus virtudes y ansiando cada uno acompañarle en la muerte.

Además de sus epístolas nos han quedado muchas obras de este santo Doctor; pero en general lo que caracteriza á todos los escritos de San Cipriano, mas dignamente que el acendrado talento que se nota en ellos y su admirable elocuencia, son aquellos vivos y santos ardores de la caridad primitiva que respiran, y no pudiéndose realmente decir que contienen una doctrina tan profunda de nuestros misterios, como las obras de los Padres del siguiente siglo; á pesar de esto, si se exceptuan los tratados de la reiteracion del bautismo, los restantes son en todo conformes al espíritu y doctrina de la Iglesia Católica.

35. Pronto fueron benignamente oidas las plegarias de los fieles mas afectos de San Cipriano, que aspiraban á seguirle en el martirio. Por toda la África se extendió este ardor de unos en otros; y principalmente en Utica hubo tantos Confesores, que no habiendo bastantes verdugos para ejecutar los suplicios, se mandó llenar un hoyo profundo de cal viva; y dirigiendo la palabra el Gobernador á los Cristianos que estaban presos, les dijo: *escoged, ó rendir homenaje á estos idolos, ó ser enterrados en este hoyo.* Apenas habia concluido cuando todos se arrojaron en él á un mismo tiempo, y quedaron consumidos. Los fieles sacaron despues sus huesos; y como formaban con la cal una especie de masa, les llamaron los Mártires de la masa blanca. Se ignora á punto fijo cuántos

fueron; pero los autores mas exactos dicen que escedia su número de ciento y cincuenta. Pretenden otros que su martirio fue en la época de la persecucion de Decio: otros afirman que se les dió el nombre de masa blanca, porque eran tantos, y porque padecieron por sostener la pureza de la fe; mas todos convienen en su grande fortaleza y escesivo número.

Murió poco tiempo despues el Procónsul Máximo, que condenó á San Cipriano, mas con todo la persecucion no dejó de continuar, y prosiguieron sacrificando á muchos Mártires, aun del sexo y de la edad mas delicada. Querian quemar vivos á Lucio, Montano, Flaviano, Primolo y Victor, pero se contentaron despues con encerrarlos en una mazmorra por espacio de seis semanas, donde estuvieron cerca de morir de hambre y de sed, y pasado este tiempo fueron degollados.

36. El encarnizamiento con que trataron á los Cristianos, fue mayor en Numidia. Hicieron una horrosa mortandad de ellos á orillas del rio cerca de Lambesa, y en un sitio dominado por dos colinas, que parecia dispuesto á propósito para un espectáculo tan horrible. Era tal el número de los pacientes, que para evitar la confusion y para que bastase la gente que destinaban para egecutar tan espantoso trabajo, formaron de los Mártires una larga fila, la que recorrian rápidamente los verdugos, cortándoles las cabezas de los cuerpos. Los historiadores dicen, que los muertos fueron tantos que hubiesen impedido el curso del rio, si se hubiesen tirado en un mismo

parage todos los cadáveres. Santiago y San Mariano, éste lector y el otro diácono, fueron los mas esclarecidos entre estos Mártires, y sufrieron antes de morir los tormentos mas abominables: colgáronle á San Mariano por los dedos pulgares, con un enorme peso en cada pie.

37. Mucho tiempo que buscaban á un tal Arcadio en Cesaréa de Mauritania, uno de los sugetos mas principales de la ciudad, así por su religion como por su nobleza; y no pudiéndole hallar los encargados de prenderle, entraron en su casa, se apoderaron de uno de sus mas íntimos amigos, y le juraron que no se veria libre hasta que descubriese donde estaba escondido Arcadio. Lo supo el Confesor, y vino él mismo á entregarse á los que le perseguian, manifestándoles con esto, que no era el miedo el que le habia precisado á ocultarse. Le llevaron ante el Gobernador, al que confundió Arcadio de tal suerte con la eficacia de sus razones, que arrebatado de un furor ciego y del deseo de venganza, le condenó al suplicio mas cruel y mas pausado. Mandó que le dividiesen todo su cuerpo en menudos trozos, y en varias ocasiones, y sin tocar á ninguna de las partes esenciales que constituyen el principio de la existencia: cortáronle primeramente los dedos uno despues de otro, y articulacion por articulacion, luego los brazos por la juntura de la muñeca, luego por el codo, y concluyeron por el hombro. Lo mismo hicieron parte por parte con los pies, las piernas y los muslos, sin que en medio de tan crueles dolores

se le oyese lamentar tan sola una vez: antes por el contrario, al mirar con un semblante satisfecho todos sus miembros esparcidos á su alrededor, decia que de este modo era necesario perder el cuerpo para encontrarle mas ciertamente en la vida eterna.

38. Fue degollado el Papa San Sixto, segundo de este nombre, que solo habia gobernado la Iglesia el poco tiempo de once meses y dias, en el discurso de esta persecucion, el dia 6 de Agosto del año 258, y la Santa Sede estuvo vacante cerca de un año: lo cual añade otra prueba de la espantosa violencia de la persecucion de Valeriano.

39. Los cuerpos de los Apóstoles San Pedro y San Pablo los habia trasladado San Sixto, en 29 de Junio próximo anterior, á las catacumbas, que eran unos subterráneos muy espaciosos, que habia tanto dentro como fuera de Roma, en donde los primeros Cristianos, como queda dicho, sepultaban á los Mártires, y se ocultaban ellos mismos cuando tenian por conveniente huir de las pesquisas de los tiranos. Se opondria cualquiera al dictámen de los autores de mas nota, si confundiese estos santos lugares con los cementerios que hacian los idólatras para sus esclavos: solo el rencor al culto de las reliquias ó el espíritu de irreligion fue capaz de maquinar esta falsedad que carece de pruebas y de fundamento; cuando por otra parte confunden claramente esta impostura las señales esculpidas en los sepuleros antiguos, como son la cruz y la palma, y las redomas tintas de sangre de los Mártires enterrados en ellas; cuyos testimonios sagrados

y permanentes se encuentran en estas sepulturas todos los dias.

40. San Lorenzo, Español benemérito (*), el primero de los siete Diáconos, ó como le apellida San Agustin, el Archidiácono de la Iglesia Romana, siguió llorando al Papa San Sixto cuando le llevaban al martirio. Y pronosticándole este Santo que dentro de tres dias alcanzaria igual felicidad, distribuyó Lorenzo inmediatamente entre los pobres todos los tesoros de la Iglesia, incluso los sagrados vasos, teniendo que fuesen profanados. Quiso el Prefecto de Roma tener parte en estas riquezas, y esperando alcanzarlo de un hombre tan desprendido como Lorenzo, comenzó á tratarle con distincion y dulzura. El santo Levita le ofreció descubrirle los tesoros de la Iglesia, y señalando dia fijo para esto reunió en él la multitud inmensa de pobres que vivia á costa de la Igle-

(*) Mucho se ha controvertido la cuestion acerca de la patria de San Lorenzo. Unos quieren que sea de Córdoba, otros de Valencia, otros de Tarragona, y el P. Fr. Lamberto de Zaragoza dice espresamente que fue de esta ciudad, aunque sus padres eran de Huesca. Los antiguos Padres que celebraron su fortaleza se contentaron con llamarle Diácono ó Levita Español, y eso debía ser bastante para que segun dice San Leon de Roma por haber allí padecido, pudiéramos nosotros decir, que nuestra España se ilustró con el martirio de San Lorenzo no menos que Jerusalem con el triunfo de San Estévan. El Erudito é Ilustrísimo Señor Perez Bayer se contentó con demostrar que era Español y tambien San Dámaso Papa, sobre cuya patria escribió un tratado. En el dia parece indudable que tuvo este santo Diácono su cuna en Huesca, ciudad antiquísima y célebre del Reino de Aragon. Véase Dormer.

sia Romana, cuyo número pasaba de mil y quinientos en aquel año, sin entrar en cuenta las vírgenes sagradas y las viudas; y manifestándolos al Prefecto le dijo: *estos son los depositarios de nuestros tesoros, á quienes yo he encargado que los transportasen al cielo, para tenerlos mas seguros.* Incapáz de recibir el avaro Prefecto la importante lección que el Santo quería darle, arrebatado entonces de cólera mandó lo estendiesen sobre unas parrillas hechas ascua. Lorenzo se mostró insensible al dolor que le causaba tal tormento, y después de un corto rato le dijo al Prefecto: *manda que me vuelvan del otro lado, que ya estoy asado de este.* El tirano lo hizo así, y el Santo siguió diciéndole: *con efecto ya está en disposición de que puedas empezar á comer de él.* Hízose tan célebre en toda la Iglesia esta firmeza, que tuvo hasta el postrar suspiro, y Dios manifestó de tal modo el principio que la producía, que aun hoy día se celebra la fiesta de este ilustre Diácono con mas solemnidad que la de algunos Apóstoles.

41. La España cuenta otros varios Mártires del mismo reinado; entre ellos á San Fructuoso, Obispo de Tarragona, quemado vivo, junto con los dos Diáconos Augurio y Eulogio. Ofreciéronles los fieles que les acompañaban al suplicio un licor espirituoso para confortarlos; y siendo viernes aquel día, dijo el santo Obispo: *no han dado aun las tres, todavía no es hora de quebrantar el ayuno; y antes que sea, confío estar con los Profetas y los santos Mártires (*).*

(*) Dependiendo el fijar el año de la muerte y triunfo de

Tuvieron tambien las Galias un grande número de ilustres victimas de la fe; y no se duda en el día

San Lorenzo, de saber el año fijo de la del Pontífice San Sixto, que unos contraen al año 258, otros al 259, y otros en fin al 260, no sabemos si la de San Fructuoso, Obispo de Tarragona, y la de sus Diáconos Augurio y Eulogio precedió ó siguió á la de dicho Diácono glorioso. Parece que todos sufrieron el martirio bajo el Imperio de Valeriano: pues aunque en las lecciones no se espresa el nombre del tirano, en la de San Sixto leemos: *in persecutione Valeriani accusatus, &c.*

La fama de estos Mártires era tal, que su fiesta se celebraba en muchos pueblos de Africa, y se leían públicamente en sus Iglesias las actas, que todavía conservamos, y extractaremos por contener admirables egemplos de perfeccion y caridad cristiana.

De órden de Emiliano fueron llevados el santo Obispo con sus Diáconos á las cárceles públicas, en día de Domingo. Permanecieron allí por seis días, y durante esto los fieles iban á visitarlos y encomendábanse á sus oraciones: y el santo Obispo bautizó á un catecúmeno, y celebró el ayuno del miércoles, no tomando nada hasta las tres de la tarde, segun era de costumbre. El viernes mandó el Gobernador de la provincia que los llevaran á su presencia, y después de un interrogatorio en que manifestaron su firmeza los Diáconos y el santo Obispo, y en que preguntado Eulogio si adoraba á Fructuoso, respondió, que no, sino al mismo Dios que él adoraba; los condenó á ser quemados vivos. Compadecióse la multitud de los fieles viéndolos llevar al suplicio estremo, y uno de entre muchos compadeciéndose de la ancianidad del Obispo, habiéndole presentado una bebida para que se confortase, respondió Fructuoso que no era todavía hora de romper el ayuno; porque esto sucedía en viernes, y lo mismo que el miércoles no tomaban nada hasta las tres de la tarde.

Habiendo llegado al anfiteatro que era el lugar del suplicio, uno de los fieles se empeñó en que le había de quitar los zapatos, pero el santo Obispo no lo consintió y se descalzó él mismo. Otro soldado Cristiano le suplicó tambien que se acordara

que en esta época acaeció el martirio de San Saturnino de Tolosa, de San Dionisio de París, y de otros muchos Ministros del Evangelio, sacrificados con una porcion grande de fieles.

42. Era entonces Gobernador de las Galias Aureliano, uno de los capitanes mas famosos de su tiempo, y que fue despues Emperador; y puede formarse una idea del trato que daria á los Cristianos, por el odio implacable que tenia contra la Religion, reunido á su dureza feróz, ó por mejor decir, soldadesca, que las mas veces degeneraba en crueldad. Delataron una vez ante él en Troas á un sugeto de distincion, llamado Patroclo, el que cerró generosamente los oidos á cuantas sugeriones y demás medios usó Aureliano para trastornar su fe; y no pudiéndole reducir le mandó atar las manos con cadenas hechas aseua, y que le encerrasen asi en una tenebrosa prision. Hizolo conducir tres dias despues á su presencia, y como el Mártir se manifestase mas animoso y resuelto que antes, mandó que le cortasen la cabeza.

de él; á quien contestó en voz alta: *Preciso es que me acuerde de toda la Iglesia estendida desde Levante á Poniente.* Sobre cuya respuesta, digna de tan santo Obispo, discurre admirablemente San Agustín en uno de los elogios que pronunció de los Santos. Antes de morir exhortó el Santo á los fieles á no temer un dolor momentáneo, y á que esperasen que no les faltaria Pastor despues de su muerte. Habiendo atado á todos tres á otros tantos maderos y cercádolos de leña seca, el fuego que aplicaron se retiraba y no les causaba daño. Pero los Santos hicieron fervorosa oracion á Dios para que no les difriese el sacrificio de su vida; y oidas sus súplicas fueron consumidos por las llamas.

El Oriente no acreditó menos firmeza en la fe que habia recibido. Dió el jóven Cirilo el mayor egemplo de edificacion á sus conciudadanos en Cesaréa de Capadocia, glorificando en público el nombre de Jesucristo, y despreciando, así las chufletas de los jóvenes compañeros suyos, como los duros tratamientos de sus parientes. Prefirió ser arrojado de la casa de su padre, y verse privado de todo humano socorro, antes que desmayar un punto en la fe y el fervor Cristiano. Formó el Juez el proyecto de intimidarle con amenazas, á pesar de estas buenas disposiciones, y este fue un nuevo incentivo para hacer su confesion mas intrépida: probó á reducirle por el camino de la dulzura, acariciándole y haciéndose medianero entre el jóven Cirilo y su padre, le prometió le volveria á establecer en su casa y en la posesion de sus bienes. Entonces Cirilo respondió: „gozo la mas sincera alegría en verme abatido y despreciado; me alegro de verme despedido de la casa paterna; otra mucho mas apreciable me está reservada, y la muerte que tú miras como la última desgracia, es el camino que me guia á aquella suprema felicidad.” Entonces le maniataron públicamente como para llevarle al suplicio; mas el Juez tenia dada orden reservada para que únicamente le hiciesen miedo: sin embargo el jóven héroe no derramó ni una lágrima, ni mudó de color, y se daba traza á caminar apresuradamente hácia la hoguera, donde fingian quererle arrojar. Y habiéndole separado de aquel sitio y presentándole de nuevo al Juez, le dijo con un tono inspirado: „tira-

no, acabas de injuriarme en revocar la sentencia de mi muerte, el hierro y el fuego son los únicos favores que te pido; las riquezas á que aspiro no me las puede dar tu corto poder, y no me prives por mas tiempo de ellas con tus juegos y astucias." Anegábanse en lágrimas todos los circunstantes oyendo al mancebo, mas él les dijo: „vosotros en vez de llorar, debierais alegraros é interesaros en mi triunfo; no sabeis cual es el reino cuyas puertas tengo abiertas, y la dicha inefable que en él me espera." Recibió el golpe de la muerte el jóven Cirilo con tan portentosas disposiciones.

43. Tres sugetos de distincion llamados Prisco, Mateo y Alejandro, fueron condenados á ser depojo de las fieras en Cesaréa de Palestina. Hallábanse el sacerdote Saprício y su amigo Nicéforo, los dos Cristianos, en Antioquía, los que despues de quererse como hermanos, se aborrecieron tanto quanto antes se amaban, y escandalizaban á los fieles poco acostumbrados á tales disensiones. Fue Nicéforo el primero, aunque lego, que reflexionando con detencion quiso acabarlas, y se valió muchas veces de los amigos comunes á ambos para reconciliarse con Saprício; pero todo fue inútil, y no cesó hasta postrarse al Sacerdote pidiéndole perdon, sin que nada pudiese alcanzar. Saprício fue prendido en este intermedio por causa de Religion, y confesó espontáneamente no solo que era Cristiano sino tambien Sacerdote. El Gobernador mandó lo arrojasen en una especie de prensa, en donde padeció los mas horrosos y di-

latados tormentos; y como perseverase en su confesion, se le condenó á muerte. Nicéforo lo supo y fue de nuevo llorando á echarse á los pies del Sacerdote, diciéndole: *perdonadme, Mártir de Jesucristo, perdonadme, así como él perdonó á los que le crucificaban*; pero Saprício volvió la vista á otra parte y no respondió palabra. Nicéforo repitió sus instancias y suplicó tan vehementemente, que los Paganos se burlaron de él como de un loco, no conociendo la causa poderosa que le movia á solicitar con tanto empeño el reconciliarse con un hombre que iba á ser degollado: El instante de la egecucion llegó por fin, y el verdugo dijo á Saprício que se arrodillase para recibir el golpe; y entonces el desventurado renegó de Jesucristo y ofreció que sacrificaría á los ídolos: *no, hermano mio, le gritó Nicéforo, no te desprendas de ese modo de la corona ya teñida con tu sangre, y que te es debida en compensacion de los tormentos que has padecido, ni niegues así al Salvador que va á dejarla caer sobre tu cabeza.* Y no haciendo estas palabras la menor impresion en el ánimo ya pervertido de Saprício, el inconsolable Nicéforo alzó la voz y dijo: *yo tambien soy Cristiano y confieso lo que el Sacerdote Saprício acaba de abjurar; permitaseme reparar el escándalo que está dando y morir en su puesto.* Sin noticia del Gobernador no osaron resolver, y fueron corriendo á decirle lo que pasaba, y este respondió, que diesen libertad al momento al renegado y degollasen á Nicéforo. La corona del martirio fue arrebatada de este modo de la

cabeza del indigno y malaventurado Sacerdote, para ser conferida al humilde y caritativo lego.

44. Tambien volvió por el honor del estado eclesiástico que habia recibido tan fea mancha con el egemplar de Saprício, otro Sacerdote llamado Felix, y restituyó á su antiguo esplendor la caridad cristiana ofendida con un agravio tan señalado. Consumióse la mayor parte de la vida de este nuevo Confesor en los tormentos que padeció por el nombre de Jesucristo, tan dilatados y frecuentes, que no es posible designar sus distintas épocas, y solo puede decirse que terminaron en la persecucion de Valeriano. Felix era un Sacerdote de la ciudad de Nola en Campania, lugar de su nacimiento: amábale el anciano Máximo, su Obispo, como á hijo suyo que le tenia destinado para su sucesor. Mas la persecucion de Decio ó de Galo obligó á Máximo á que huyese á lugares desconocidos ó retirados. Como á Ministro principal de los Cristianos despues del Obispo, prendieron á Felix y le encarcelaron; cargáronle de cadenas, y bien atado de pies y manos le estendieron sobre los cascotes de mil vasijas hechas trozos.

Estaba entretanto cerca de morir de hambre y de frio el anciano Obispo, falto de todo lo necesario, oculto en un monte, en cuya aspereza se habia refugiado. Apareciósele un ángel á Felix por la noche, y le mandó fuese pronto á socorrer á su Pastor. Felix, á quien la prision parece que oponia un obstáculo invencible á su obediencia, graduó aquel mandato de un efecto de la imaginacion exal-

tada mientras el sueño con los pensamientos que la ocupaban de dia. Pero el ángel insistió y le mandó que se alzase, y al punto cayeron las cadenas de las manos del preso, sus pies se soltaron, abriéronse las puertas de la prision y salió por entre los guardas que dormian, caminando como á la ventura, aunque guiado invisiblemente por caminos que le eran desconocidos. Arribó al monte en donde el Obispo, sin haber tomado alimento hacia algunos dias, se hallaba del todo sin fuerzas, y en un estado de desfallecimiento muy parecido á la muerte. Púsose en oracion Felix que nada llevaba consigo para confortarle, y viendo cerca de sí un racimo de uvas pendiente de unos abrojos, lo esprimió entre sus manos y destiló el zumo en la boca del anciano, el que con este socorro comenzó á volver en sí. Cargóle inmediatamente Felix sobre sus hombros y le llevó á su Iglesia, como el santo Obispo se lo rogaba: cuando hubo llegado á la casa del anciano, llamó á la puerta, y una muger vieja que era la única persona que tenia para su asistencia, abrió despavorida, conoció y recibió á su amo, á quien Felix dejó poco despues con el fin de ocultarse en su misma casa, colmado de las bendiciones del santo Pastor.

Verosíblemente bajo el Imperio de Valeriano despues de algun tiempo de paz, volvieron á buscar á Felix. Aunque lo conocian los guardas perfectamente, pasaron estos por su lado sin verle un dia en que le perseguian; pero habiendo reparado en él despues uno de ellos, avisó á los otros y volvieron atrás para

prenderle. Ocultóse Felix prontamente en una casa arruinada que estaba á la orilla del camino, en la que ciertamente iba á ser preso, porque los guardas sabian que acababa de entrar en ella: pero una abertura por la cual habia pasado para ocultarse se vió cubierta súbitamente con telas de araña muy espesas, de manera que los guardas no pudieron pensar que un hombre fuese capáz de entrar por allí sin romper las telas, ni que hubieran podido tejerse en tan poco tiempo, y pasaron adelante. Retiróse el Confesor así que se alejaron á una vieja cisterna, donde por espacio de seis meses le suministró el alimento una muger Cristiana. Mas volvió á presentarse en la ciudad de Nola, restituida la tranquilidad á la Iglesia, cuyos habitantes le recibieron como á un hombre venido de la otra vida. Todos pretendian despues de la muerte de Máximo, darle á Felix por sucesor, y él hizo de suerte que se confriese la dignidad Episcopal á Quinto, que habia recibido anteriormente las órdenes sagradas: la antigüedad era solo de siete dias, pero bastaba para servir de pretesto á la modestia de un Santo. Era Felix antes de la persecucion señor de muchos bienes, á cuya posesion no le era difícil volver entonces que ya estaba acabada; pero mas quiso perderlos que instaurar un pleito, aunque justo y fácil de concluir, y arrendando un trozo de tierra y cultivándolo laboriosamente con sus propias manos, á mas de sacar para su subsistencia asistia á la de muchos necesitados. Así finalizó su gloriosa carrera procurando ante todo mantener ileso durante la paz el

esplendor de la corona que se habia labrado en tiempo de la persecucion.

45. El Emperador Galieno restituyó la paz á la Iglesia, revocando todos los edictos promulgados contra los fieles, así que se vió único señor del Imperio, que fue en el año 260. Cayó en manos de Sapor, Rey de los Persas, su padre Valeriano, el que despues de la pérdida de una batalla, se habia entretenido imprudentemente en cierta conferencia; y es de notar que el mismo Macrino que le habia inducido á que tiranizase á los Cristianos, fue tambien causa, por malicia ó por imprudencia, de que cayese en poder de su contrario. Mandó cargar de cadenas al Emperador el Persa orgulloso, por mas que le representaron los Reyes sus vecinos, dejándole los vestidos de su dignidad para mayor humillacion. Obligábase Sapor á que se le arrodillase cuando montaba á caballo, y le ponía el pie al cuello en lugar de servirse de estribo. Mandó por fin que lo desollasen vivo, y que salasen su cuerpo, y conservó el pellejo tinto en sangre para eterno monumento del oprobio de los Romanos.

46. Apenas podian creer los vasallos idólatras de Valeriano su infortunio, porque lo contaban en el número de sus mejores Señores; pero los Cristianos conocieron visiblemente el brazo de Dios que descargaba el golpe de su cólera sobre la cabeza de aquel Príncipe, con tanta mayor justicia, cuanto se habia hecho su perseguidor contra sus propias luces y naturales inclinaciones. A su seductor Macrino que se

había hecho aclamar Emperador, junto con sus dos hijos, también le llegó el castigo, y fue derrotado y muerto por el ejército de Iliria. Puede mirarse este como uno de los mas señalados reveses de la fortuna, por recaer en el hombre mas favorito suyo. que quizás hubo nunca, y en quien se observaron reunidos con la mayor parte de los talentos, los sucesos mas prósperos en las empresas, el valor mas noble, la mayor opulencia, la política mas refinada, la experiencia mas acabada en los negocios, y en una palabra, cuantas cualidades pueden adornar á un hombre. Estinguióse poco despues de su muerte toda la estirpe de este malvado, que llegó á la alta dignidad de Emperador desde la baja clase de Mago Egipcio.

47. Vióse entonces el Imperio impelido de las mas borrascosas agitaciones: llamábanse casi á un mismo tiempo Emperadores de los Romanos mas de treinta tiranos: y al fin prevaleció Galieno, é inmediatamente espidió un rescripto dirigido á los Obispos de Egipto, para remediar en algo los daños de la persecucion, y en especial para posesionar nuevamente á los fieles de todos los lugares sagrados que habian pertenecido á la Iglesia. El rescripto decia así: „El Emperador y César Publio-Licinio-Galieno, Pio, Feliz, Augusto, á Dionisio, á Pinos, á Demetrio y á los demás Obispos: quiero que se os dejen libres y espeditos los lugares consagrados á la Religion, y que sin recelo de ser perturbados, volvais á entrar en posesion de ellos, en virtud del don que tengo concedido tiempo hace. El Intendente general Aurelio-Cire-

nio cumplirá puntualmente este rescripto. También he mandado, añade el Emperador, que los efectos de mi benevolencia se extiendan por todo el universo.”

48. Sin embargo en este Reinado se encuentra en Cesaréa de Palestina un Mártir muy esclarecido así por su nacimiento como por su riqueza. Llamábase Marin, y segun el orden regular debia subir á un empleo muy distinguido que habia vacado en la milicia: el Oficial que se seguia á él y pretendia el mismo destino, alegó que Marin era Cristiano, y por lo mismo debia ser escluido de todo cargo de honor y confianza. Interrogó el Gobernador á Marin; confesó este francamente, y le dieron tres horas de término para que dijese su última resolucion. El Obispo Teóctenes le visitó en este intermedio, y enseñándole el libro de los Evangelios por una parte y una espada por otra: *escoge*, le dijo, *entre estas dos cosas tan diversas*. Puso Marin sin dudar un momento su mano derecha sobre los Evangelios; y vista esta determinacion, prosiguió el Obispo y le dijo: *mantente firme, que Dios te dará fortaleza y nadie será capaz de quitarte lo que has elegido*. El Confesor animado con estas palabras, volvió intrépidamente al tribunal y recibió con el mayor contento el golpe de la muerte á vista del Patricio Asturo.

49. Era este Patricio mucho mas visible por su fe y su piedad que por el crédito y reputacion que disfrutaba con los Príncipes, y por las demás cualidades que en tanto tienen los hombres. Cargó el ilus-

tre Asturo aunque vestido magníficamente el cadáver de Marin sobre sus hombros, y le dió sepultura apenas hubo espirado el santo Mártir. Fue este mismo Patricio el que por medio de un milagro desterró la supersticion tan envejecida en el lugar en donde nace el Jordán, al que los infieles arrojaban varias víctimas, que segun ellos no volvian á parecer, porque la divinidad del rio se apoderaba al instante de aquellas oblacones. Hallóse Asturo por casualidad en una de estas ceremonias, y pidió en alta voz al Dios Todopoderoso, en nombre de su Hijo Jesucristo, que se dignase manifestar la impostura de los demonios: vióse la víctima al instante sobre la superficie del agua, y el fingido milagro quedó sepultado en el olvido. Citanse otros varios egemplares de la proteccion que concedió el cielo á la maravillosa santidad de este Cristiano benemérito.

50. Por esta misma época añadieron otra prueba mas de la caridad mas franca y sencilla los Cristianos de Alejandría. Viéndose precisado el Prefecto de Egipto Emiliano en una sedicion, á tomar el título de Emperador, se movieron tan grandes turbulencias en la ciudad, que se cortó enteramente el comercio de un barrio á otro; de manera que hubiera sido menos peligrosa la comunicacion del Oriente con el centro del Occidente. Se podian temer mas peligros en las calles que en medio de los desiertos y de las fieras de la Libia; y no pocas veces se vieron las aguas del mar tintas con la sangre en el mismo puerto. Completó Emiliano la desgracia apoderándose de los grane-

rós públicos, con lo que añadió la carestía al asesinato, y á la hambre no tardó en añadirse la peste. Fue general el duelo entonces; no habia una casa que no estuviese llena de muertos ó moribundos: los idólatras abandonaban á sus mayores amigos, se ausentaban de la ciudad, ó tiraban los cadáveres á las calles, y muchas veces los que aun alentaban. Únicamente en los Cristianos se notaban afectos de humanidad, mirándose como obligados á egercer los piadosos oficios que el terror no permitia á los Paganos. Asistian con efecto sin distincion á todos los infelices contagiados, fuesen fieles ó infieles; los consolaban con la mayor ternura, los servian en los ministerios mas humillantes y asquerosos, recogian los enfermos desamparados y sepultaban los muertos. Muchos de entre ellos se hallaron heridos del contagio, y su muerte tan preciosa segun los principios de la fe, fue un nuevo estímulo para los demás, y la Iglesia tributaba los honores de Mártires á los que murieron en estos egercicios caritativos. La epidemia no se limitó á solo el Egipto, propagóse por todo el Imperio y por las mas hermosas provincias de la Grecia.

Fue la peste tan espantosa en Roma y en la Acaja, que habia dia que morian cinco mil personas. No causaron menos estrago en Italia, en África, y especialmente en Asia los uracanes, las inundaciones y los terremotos: gran número de mugeres perecieron de espanto en un temblor de tierra, que duró sin cesar muchos dias; con continuas tinieblas y crueldes bramidos que salian de las entrañas de la tierra;

abierta por diferentes partes : y el mar , despues de romper sus límites ordinarios , se tragó ciudades enteras.

51. Vióse espuesto el Imperio por todas partes á las incursiones de los bárbaros , á mas de estas plagas y de los resultados de una guerra civil , en que cada provincia tuvo , por decirlo así , su tirano. Un diluvio de gentes que no tenian de hombres mas que la figura , pasó desde Germania á la Italia , y penetró hasta Ravena : el mismo torrente inundó las Galias ; la mayor parte de las ciudades quedó abandonada , y las que quisieron resistir experimentaron toda la crueldad de la barbarie. Derramáronse estos Germanos por España ; en Sicilia hubo una guerra de ladrones mas perniciosos que los bárbaros : los Cuados y los Sármatas talaron la Panonia ; los Godos juntos con los Escitas desolaron la Grecia y la Asia , en particular la Bitinia , cuyas ciudades fueron todas sin escepcion arruidas hasta los cimientos. Llegaron los Partos hasta la Siria ; en una palabra el Imperio anunciaba su total decadencia , y la Iglesia se alzaba sobre las ruinas de la idolatría. Llevaban los bárbaros cautivos á muchos Cristianos fervorosos , y á algunos santos Obispos , cuyas raras virtudes y sabias máximas no podian menos de mover su admiracion ; de modo que pasando desde esclavos á señores , hacian innumerables reclutas á Jesucristo , á quien publicaban mas con las obras que con las palabras ; y así de todas partes les buscaban para recibir el bautismo de sus manos.

52. Yacía entretanto como adormecido en medio

de los placeres el Emperador Galieno , aunque no le faltaba ingenio. Si le decian que estaba cerca de perder el Egipto ó las Galias , respondia : *¿pues qué no podremos vivir sin los paños de la Bélgica , ó los linos de Pelusio ?* Nunca estaba mas contento que cuando veía su habitacion llena de rosas en medio del invierno , ó cuando comia fresas y melones fuera del tiempo regular. Bebia siempre en copas de oro y piedras preciosas , y nunca dos veces seguidas de un mismo vino ; no siendo menos espléndido en los baños , que tomaba cinco ó seis veces cada dia. Oblíganos la vergüenza á correr un velo á todos los pormenores de su delicada vida , como igualmente á ocultar las personas que en ella le acompañaban ; pero bastará decir que se adquirió el desprecio y la execracion general. Por fin en el año 268 el Prefecto del Pretorio , de acuerdo con el General Claudio , acabó con el afeminado Emperador , y fue puesto en su lugar el mencionado Claudio. Arrojaron despues de lo alto del Capitolio al hijo y al hermano de Galieno , los únicos que quedaban de la raza de Valeriano , que fue así toda esterminada.

53. Apenas poseyó Claudio , segundo de este nombre , dos años el Imperio , aunque era digno de él , si no lo hubiese adquirido por un delito. Era el hombre mas hábil para ordenar los negocios ; grangeóse el amor y la estimacion general , aun de los Cristianos , mientras los primeros años de su reinado : mas luego vertió la sangre de los fieles , menos por odio que les tenia , que por paracerse en algo á su antecesor.

sor, y por fin murió de peste en Panonia, despues de haber terminado felizmente la guerra contra los Godos. Fue ensalzado su hermano Quintilo á la dignidad de Emperador por los soldados; y ellos mismos á causa de su escesiva severidad, le obligaron á abrirse las venas quince dias despues.

54. A fines del mismo año 270 pasó el Imperio á Aureliano, natural de Panonia, y de familia obscura, pero de sobresaliente mérito, por el que habia subido de grado en grado hasta los primeros destinos de la milicia.

55. El Pontífice Dionisio habia sucedido al Mártir San Sixto, despues del año que estuvo vacante la Silla Apostólica. Estendiéronse su caridad y su vigilancia por todo el mundo Cristiano: envió copiosas limosnas á los fieles de Asia, que habian sido despojados por los bárbaros, y se dió traza á egercer su liberalidad hasta con los que habian llevado cautivos. Han dicho algunos que habia distribuido las Iglesias y los Oratorios de Roma entre los Presbíteros de esta ciudad, y que él fue quien estableció las Parroquias y aun las diócesis de su inmediata dependencia. Mas lo que hizo fue proveer de Pastores á las Iglesias que los habian perdido en el discurso de los tiempos calamitosos, y arreglar los límites de su jurisdiccion con mas exactitud que antes estaban.

56. Murió este santo Papa, pasados diez años de un Pontificado que honró con la condenacion de Sabelio y de los principios de Pablo de Samosata, el dia 26 de Diciembre del año 269, y fue reemplaza-

do por Felix, dos dias despues. La heregía del Samosateno además de contener todo el veneno de la de Sabelio, ponía con refinada malignidad los fundamentos del Arrianismo, al que parecia tan opuesta. Sostenía Pablo por una parte con Sabelio, que no habia otra distincion que la de los nombres en las tres divinas Personas, y que en el fondo habia la misma unidad entre ellas que en la divina Esencia. Digan lo que quieran algunos autores que no penetraron bien sus sutilezas, negaba la consustancialidad del Hijo con el Padre, tomando este término en un sentido grosero y corporal, y acusando á los santos Doctores de que dividian la Divinidad como un cuerpo en varios trozos. Por tanto queria este Heresiarca, que Jesucristo era un puro hombre por su naturaleza, que no existía antes de Maria, su Madre, de la que habia adquirido el principio de todo su ser, pero que sus méritos le habian encumbrado á la dignidad de Hijo de Dios.

57. Quiso por fin Pablo correr el velo á nuestros misterios mas principales, y sustituirles varios artículos del Judaismo, con el fin de fomentar el gran crédito que se habia grangeado con la Reina Cenobia, Judía de Religion, y muy poderosa en Oriente, desde que Odenato su esposo, de un Príncipe pequeño de algunos Sarracenos, habia llegado á ser el azote de los Persas, el apoyo del Imperio, y por fin Emperador. Justificó Cenobia despues de la muerte de su marido, la opinion de los que creían que habia tenido no poca parte en las brillantes empresas de

aquel Príncipe, á las que acumuló la conquista del Egipto y de la Bitinia. Aquella muger extraordinaria, en quien parece que la naturaleza quiso reunir todas las cualidades mas recomendables, mostró vivos deseos de instruirse en las verdades del cristianismo, pero cayó desgraciadamente en malas manos.

Observaba una conducta poco conforme á los principios de la fe Pablo de Samosata, sucesor de Demetrio, Obispo de Antioquia, á quien se dirigió para aquel objeto; y este Prelado cortesano, que se figuraba que á una Reina tan poderosa y de un talento sagáz, le seria fácil el tolerar que se abusase de su dócil disposicion, nada le dijo de Jesucristo que no fuese muy fácil de creer á la comprension mas corta.

58. Mas la vida que llevaba el Prelado estaba muy lejos del espíritu de santidad que caracterizaba las acciones de los demás Obispos. Abrazó un partido mas cómodo, lejos de aparentar reformas, como la mayor parte de los Heresiarcas, y vivia adormecido en las delicias y con una opulencia que no tenia ejemplo en las personas de su clase. Presentábase en público rodeado de un numeroso y magnífico acompañamiento; y hasta en el pie de los altares hacia alarde de su profana vanidad, mandando entonar cánticos en su alabanza, en lugar de los sagrados himnos. Era mucho mas escandalosa su conducta respecto á las costumbres, pues tenia en su casa mugeres jóvenes, que le acompañaban por do quiera, sin exceptuar los lugares consagrados á Dios, y queria que sus Sacerdotes viviesen con una licencia que autorizase la suya.

No podian menos de horrorizarse los Obispos realmente celosos del bien de la Iglesia (que eran muchos en aquellos siglos felices) al contemplar los perjuicios que podía causar tal ejemplo: y dispuestos á remediar el mal, tomaron sus medidas para la egecucion, sin que les detuviese el favor que tan claramente dispensaba la Reina Cenobia al delincuente. Reuniéronse en la misma ciudad de Antioquia, donde era mas necesaria la reparacion del escándalo, y tuvieron el santo valor de citar al Obispo. Era el presidente de este Concilio el inflexible y piadoso Firmiliano de Cesaréa, y los mas de los Padres que lo componian eran ó Confesores impávidos, ó célebres y santos Doctores, ó hombres que habian obrado milagrosamente.

Tembló el Obispo de Antioquia, á pesar de todo su valimiento, á vista de tales jueces; compareció, sometióse aparentemente y prometió cuanto le exigieron. Creyendo que se enmendaria usaron con él de indulgencia, y porque habia motivos para temer una persecucion, si se valian de medios violentos: mas pronto recibieron el desengaño de que Pablo no habia variado ni de costumbres ni de doctrina. Reuniéronse de nuevo los Prelados, y en el mismo lugar en que se daba el escándalo; contaban tambien con Firmiliano, pero supieron que habia muerto en el camino. Y no por eso dejó de ser confundido y condenado Pablo; un sugeto particular de Antioquia, llamado Malquion, hombre de razon y muy versado en los asuntos de Religion, aunque no era Sacerdote, descubrió los artificios del impostor, y le obligó á

que declarase su verdadera opinion. Fue escomulgado y depuesto entonces el herege; y como era fecundo en sutilezas y equívocos, y usaba la palabra *consubstancial* en el sentido material y grosero que hemos dicho, los Padres de Antioquia desecharon este término que en el discurso de esta obra le veremos empleado con el mayor provecho por los Padres del Concilio Niceno, pero en un sentido muy distinto; porque el buen ó mal uso de las palabras pende cuasi siempre de las circunstancias y de los tiempos. Así que Pablo se vió escomulgado quitóse la mascarilla de la hipocresía: lejos de someterse á la sentencia de sus respetables jueces, se obstinó en permanecer en su Silla, y continuó morando en el palacio Episcopal. No le fue difícil sostenerse mientras Cenobia gobernó el Imperio de Oriente; pero luego que la política de Aureliano dió á entender á los Romanos que la magestad del Imperio estaba degradada en manos de una muger y de una estrangera, aquel Emperador tomó sus medidas, aguardó una ocasion oportuna, derrotó las tropas de Cenobia, y la hizo prisionera. Dirigieron estos sus quejas contra el Obispo depuesto de Antioquia, á Aureliano, que no se habia mostrado contrario á los Cristianos desde que reinaba; y el Príncipe mandó que se diese la casa Episcopal al sugeto que reconociese el Obispo de Roma y los demás de Italia; lo que demuestra claramente que no habia entonces mejor prueba del verdadero cristianismo, que la union con la Iglesia Romana. Fue vergonzosamente depuesto Pablo de Samosata, y Domno promovi-

do á su Silla. Emperó Aureliano no siguió en mostrarse propicio á los Cristianos, porque se habia propuesto ganar la estimacion del Senado y del pueblo, atormentando á los enemigos de sus dioses. Siendo naturalmente supersticioso, creía en agüeros y adivinaciones, y se quejaba de que muchos de los grandes á egemplo de los Cristianos no creían enteramente los libros de las Sibilas. Eran estos libros los escritos de ciertas mugeres singulares, que se tenian por oráculos, sin contener nada de maravilloso, fuera de su estilo enfático, enteramente incomprendible, propio parto del espíritu exaltado de sus autores. No prescribían otro que las observancias mas pueriles, como celebrar en las fiestas públicas tales ó tales juegos de este ó del otro modo, ó clavar algun clavo en las paredes del Capitolio. Respecto á los ocho libros que se conservan en el dia con el nombre de las Sibilas, y cuyo contenido es todo vaticinios ó instrucciones concernientes al cristianismo, se hace palpable á la sana crítica, á pesar de citarlos algunos antiguos Padres, mientras otros los tenian por sospechosos, que fueron supuestos en el segundo siglo, á escepcion de algunas partes citadas en los tiempos mas antiguos.

59. El Emperador Aureliano iba á fulminar una terrible sentencia contra los Cristianos, cuando le detuvo la mano un rayo que cayó á sus mismos pies: mas este acontecimiento no le mudó la voluntad, y solo sirvió para diferir por algun tiempo la proscripción. Habiéndole Dios abandonado á la corrupcion de su espíritu, publicó contra nosotros, dice Lactancio,

varios edictos sangrientos que dieron lugar á la nona persecucion: pero esto acaeció, por dicha de todos, á fines de su reinado; de modo que no habian llegado los edictos á las provincias remotas, cuando permitió la Providencia que fuese asesinado por intrigas de su secretario.

60. Así mostró el Señor que el poder que da á las potestades del siglo para perseguir á sus siervos, es tan solo en cuanto contribuye al cumplimiento de los designios de su justicia ó misericordia con respecto de ellos, y en las ocasiones propias para recordarles sus deberes ó proporcionarles causas de mayor mérito. Con todo aunque los edictos de Aureliano tuvieron poco efecto, como las inclinaciones conocidas de los Soberanos tienen casi la misma suerte que sus órdenes, el odio implacable al nombre Cristiano en un Príncipe de carácter violento y naturalmente cruel, como él era, no dejó de aumentar el número de los Mártires.

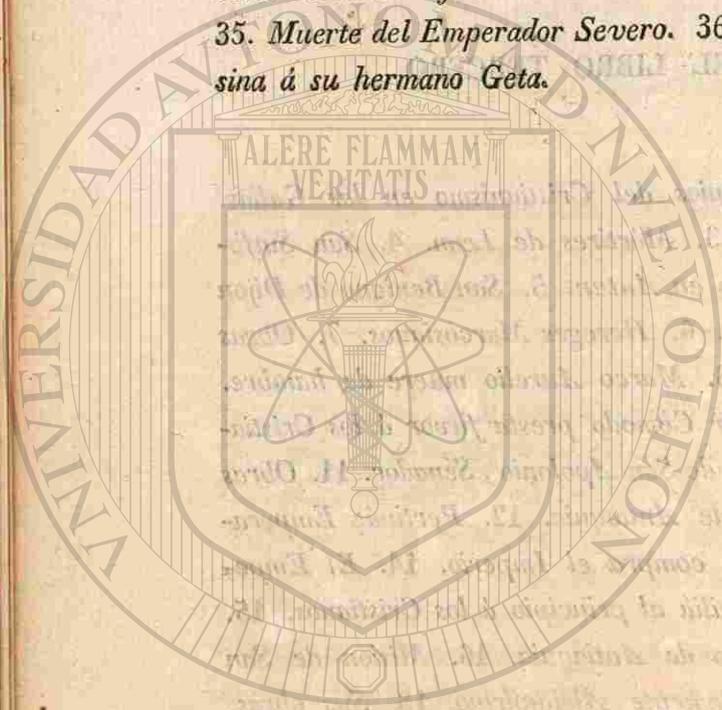
61. Pertenece al tiempo de Aureliano, antes ó despues de subir al trono, el nombrado martirio de San Prisco, sacrificado con una muchedumbre de Cristianos en los bosques del distrito de Auxerre, á donde se habian refugiado, además de los de la Galia, de que ya hemos hablado: el de la ilustre virgen Santa Coloma, venerada particularmente en Sens, en donde dicen algunos que lo padeció: el de los Santos Eutropio, Zosimo y Bonoso, con cincuenta soldados convertidos por estos últimos, y condenados á muerte cerca de Roma. Tuvo parte con ellos en los tormen-

tos y en el triunfo, el Papa San Felix que los habia exhortado; y quince dias despues, á saber, el dia 5 ó 6 de Enero del año 275 fue nombrado Eutiquiano para sucederle.

62. Fue muy famoso en Licaonia el martirio de Conon y de su hijo. La vida austera del primero era tan conocida de todos, que el ministro de la persecucion hizo de toda ella una impía mofa en el interrogatorio. Pero el fervoroso Cristiano le respondió: *sí, la cruz es toda mi delicia; no pienses espantarme con la variedad de tormentos que me preparas, porque conozco todo el valor que tienen en el cielo; los mas crueles y los mas dilatados son todo el objeto de mis deseos.* Entonces el tirano para ver si le haria mudar de opinion, le preguntó con artificio si tenia hijos. Conon respondió: *uno tengo, y celebraria lograrse parte en mi felicidad:* condujéronlo al momento, y le pusieron con su padre en una cama de hierro hecho ascua, y desde ella los trasladaron á una caldera de aceite hirviendo; cortáronles las manos con una sierra de madera, y en medio de tan execrables tormentos perdieron la vida alabando con cantos al Señor. Padeció tambien el martirio en Cesaréa el Pastor Mamés, con la resignacion y valor de un héroe, y su culto se estendió tanto que los Doctores mas elocuentes de la Iglesia griega, San Gregorio Nazianzeno, y San Basilio, hicieron su elogio como á porfía.

63. Segun los varios movimientos de la gracia, obraba la fe de distinta manera en los Cristianos.

les. 30. Otros Mártires de las Galias. 31. Tiranias de Plauciano. 32. Tertuliano. 33. Su Apologético y otras obras en defensa del Cristianismo. 34. Su caída. 35. Muerte del Emperador Severo. 36. Caracala asesina á su hermano Geta.



HISTORIA DE LA IGLESIA.

SEGUNDA PARTE DEL LIBRO TERCERO.

*Desde la suspension de la cuarta persecucion, en el año
174, hasta el fin de la quinta, en 211.*

1. **E**l decreto de Marco Aurelio, en el que prohibió perseguir y delatar á los Cristianos por motivos de Religion, si bien fue causa de la paz, que gozó la Iglesia por espacio de tres años, sin embargo no pudo estorbar que en el 177 se levantasen contra los fieles varias conmociones populares en algunas provincias del Imperio, especialmente en las Galias, donde habia en aquel tiempo Iglesias muy florecientes. Los discípulos de los Apóstoles predicaron allí el Evangelio; y no es creible que unas regiones tan hermosas é inmediatas á la Italia, donde se habia establecido la Cátedra Pontificia, no hubiesen escitado el celo de Pedro, que enviaba operarios á todas partes. Debe presumirse lo mismo de la actividad del Doctor de las naciones que tan fielmente auxiliaba, al Príncipe de los Apóstoles. Por lo que asegura San

Epifanio en propios términos, que los discípulos de San Pablo, y entre otros Crescencio y Lucas esparcieron la divina semilla por el país de los Galos: lo que no puede entenderse de la Galia Cisalpina que ya carecia de este nombre en el siglo cuarto, ni de las Colonias Asiáticas de los Galos; y lo mismo asegura Teodoreto.

Segun la respetable tradicion de esta Iglesia, en la que no se notan anacronismos, ni contradicciones, ni hechos desmentidos por los monumentos mas seguros, ni contiene cosa alguna increíble, y que no lleve consigo el carácter de la venerable antigüedad, fue San Crescencio el primer Obispo de Viena. No hay tampoco motivo para dudar de la mision de San Trófimo á las Galias donde le envió San Pedro, y donde fundó la Iglesia de Arlés aun antes que la de Viena. „Sabe toda la Galia, decian los Obispos sufragáneos de esta primera Silla escribiendo al Papa San Leon, y no lo ignora la Iglesia Romana, que Arlés mereció recibir del Príncipe de los Apóstoles á San Trófimo por su Obispo, y que de esta illustre ciudad se difundió el don de la fe á las demás provincias.”

He aquí todo lo que consta con certidumbre sobre la primitiva antigüedad del cristianismo en las Galias: aunque no por esto se quiere afirmar que predicaron el Evangelio en el primer siglo solo en las dos provincias de Arlés y de Viena. Hizo en esta primera edad, dicen los mejores autores, unos progresos muy lentos entre los Galos; lo cual quie-

re decir que á lo menos lo anunciaron. Habia ya muchas Iglesias edificadas entre los Celtas y en las dos provincias Bélgicas en tiempo de San Ireneo, segun asegura este illustre Doctor; pero antes del tercer siglo hay muy pocas cosas que merezcan la atencion del lector juicioso, y solo puede seguirse el hilo de la historia en la Iglesia de Leon.

2. La santa Sede envió, hácia la mitad del siglo segundo, una tropa illustre de operarios evangélicos. Iba á su frente San Fotino, discípulo de San Policarpo, á quien sin duda acompañó en el viage que este Doctor apostólico hizo á Roma el año 158; y desde Italia pasó á las Galias, estableciéndose en Leon, que ya era entonces una de las mas considerables ciudades. Anunció allí á Jesucristo con mucho fruto, y formó en breve tiempo una Iglesia numerosa, de la cual fue el primer Obispo. Predicaban al mismo tiempo en Viena sus compañeros, donde San Crescencio habia fundado una Iglesia que reclamaba á la sazón eficaces auxilios. Los Idólatras que solamente ansiaban ocasion oportuna para comenzar una nueva persecucion contra los fieles, salieron primeramente de su patria al observar los progresos que hacia la divina palabra, y despues pusieron en movimiento su furor, tomando ocasion para desfogar su rabia devoradora en los juegos que se celebraban en Leon cada cinco años.

3. Comenzaron por hacer á los Cristianos odiosos é imputarles los crímenes mas execrables (1); y en

(1) *Epist. Martyr. Vienens. et Ludug. Euseb. lib. 4. hist.*

consecuencia de esto se les prohibió la entrada en los edificios públicos, y aun en las casas particulares, como no fuesen las suyas. Sangrientos ultrages acompañaron á estas vejaciones, pues por todas partes insultaban á los fieles dándoles golpes con brutalidad grosera, y robándoles sus bienes. Mas como ellos solo oponian la dulzura y la paciencia, hallaron sus enemigos poco gusto en provocar á unas gentes que no se defendian, y juzgaron poder satisfacer mejor su malignidad acusándolos en los tribunales. Confesaron generosamente su Religion los que fueron interrogados, y estuvieron encerrados en estrechas prisiones hasta la llegada del Presidente de la provincia, que se hallaba ausente. Hizolos atormentar luego que se los presentaron por la sola sospecha de los crímenes que se les atribuían.

Probó á defenderlos un Cristiano jóven llamado Epagato, lleno de fervor y sabiduría; pero la multitud que rodeaba el tribunal dió furiosos gritos y el Presidente le preguntó si era tambien Cristiano. No dudó en confesarlo con la mayor intrepidez, y se le condenó con los demás Confesores con el título dado por ignominia de Abogado de los Cristianos. No faltaron sin embargo algunos hermanos imperfectos y tímidos, que con su caida escandalizaron y afligieron en extremo á aquella santa cohorte; pero esta pérdida la recompensaron con usura los nuevos atletas, que cada dia se alistaban para la pelea.

Cayó el furor del pueblo y del magistrado con mas rabia contra el Diácono Santo, el neófito Ma-

turo, Átalo, y una esclava de pocos años llamada Blandina. Los fieles temian la caida de esta muger dotada en sumo grado de los dones de la naturaleza, y de unos sentimientos muy superiores á su condicion. Su señora que era del número de los Mártires, y conocia las pocas fuerzas y delicada complexion de Blandina, parecia haberse olvidado de sí misma por atender solo á la perseverancia de su esclava. Mas admiró á todo el mundo esta generosa doncella, y agotó las fuerzas de sus verdugos, que se disputaron el atormentarla desde la mañana hasta la tarde. Pretendian arrancar de su boca alguna declaracion que infamase las costumbres de los fieles, pero solo respondia á todo: *Cristiana soy, y entre nosotros no se comete ningun crimen.*

Igual constancia manifestó el Diácono Santo. No quiso declarar su nombre, su estado y su patria; y únicamente respondia á todas las preguntas indistinta é invariablemente: *yo soy Cristiano.* Irritó su fortaleza al Presidente y á los verdugos; y despues de haberle hecho sufrir todas las torturas ordinarias, le aplicaron planchas de cobre encendidas á las partes mas sensibles de su cuerpo; pero el santo Mártir sentia abrazarse su carne sin hacer el menor movimiento, ni dar la mas leve muestra de dolor. Los verdugos apuraron sus fuerzas, cuando ya su cuerpo no era mas que una sola llama, y no obstante, viendo algunos dias despues los infieles que la inflamacion de las llagas le causaba los mas crueles dolores, le condenaron á nuevas torturas, con la es-

peranza de que al fin quedaria vencido, ó que á lo menos con su muerte pondria pavor á sus compañeros. Mas estos nuevos tormentos sirvieron de remedio á los primeros, y quedó enteramente sano por un milagro patente de la divina Omnipotencia. Á vista de esto convirtieron su crueldad en otros mas fáciles de vencer.

Habia una muger llamada Biblis entre los que renunciaron la fe, y no se dudaba que los dolores del tormento la obligasen á acusar á los fieles de los crímenes de que se les queria hacer cómplices; pero estos dolores sirvieron por el contrario para recordarla las penas eternas, y exclamó: „¿cómo es posible que los Cristianos devoren á sus propios hijos, cuando el grande horror que tienen á toda crueldad no les permite comer la sangre de los animales?” Y habiendo afirmado despues que solo el temor habia causado su caida, y que de allí adelante no cesaría nunca de confesarse Cristiana, fue reunida á los otros Mártires; y todos fueron arrojados en un espantoso calabozo, cuyo tormento igualaba á todo cuanto habian padecido hasta entonces, porque perecieron en él los que no estaban endurecidos con el sufrimiento.

Prendieron entretanto al santo Obispo Fotino, que tenia mas de ochenta años, y se hallaba enfermo. Era tan grande su debilidad que fue necesario conducirle en brazos al tribunal. El Presidente le preguntó ¿quién era el Dios de los Cristianos? y le respondió el venerable viejo: *si sois digno ya lo conocereis*. Llenáronle de injurias y de golpes, y sa-

cándole medio muerto de las manos de aquellos furiosos, lo condujeron á la prision, donde espiró á los dos dias.

Fueron condenados á las fieras Maturó, Santo, Átalo, y Blandina; y para esto se ofreció espresamente al público un espectáculo, sirviendo los dos primeros de diversion á los espectadores por espacio de un dia entero. Hiciéronlos sufrir sucesivamente todo género de torturas, los azotaron con varas, y los espusieron despues á las bestias; pero como estas se mostraron poco furiosas, fueron abandonados al populacho feróz que los obligó á sentarse en una silla de hierro hecha ascua, y á pasar por todos los juegos bárbaros que inventaba su caprichosa crueldad; mas viendo despues de esto que todavía respiraban los degollaron en el anfiteatro. Colgaron á Blandina en un palo, y la espusieron así á la voracidad de las fieras; pero como ninguna de ellas la hubiese dañado, la reservaron para otro dia. Supo el Presidente al tiempo que Átalo iba á padecer su suplicio, que era ciudadano Romano, por lo cual le mandó volver á la prision; y escribió á Marco Aurelio acerca del destino de los Confesores, pintando las cosas del modo que juzgó mas á propósito para sus detestables fines.

Aprovecháronse de este intervalo los Santos prisioneros para convertir á los apóstatas, y lo consiguieron de casi todos. Pero no se concretó á esto su celo, sino que escribieron á los Cristianos de Asia, de donde muchos de ellos eran originarios, para ins-

pirarles el horror estremo que profesaban los fieles de las Galias á la heresia del hipócrita Montano, que en aquella region hacia considerables progresos. Escribieron tambien al Papa San Eleuterio para moverle mas eficazmente á que pacificase las provincias Asiáticas. Fue el portador de estas cartas el presbítero Ireneo, que ya se habia adquirido el mayor crédito. Recibió entretanto el Gobernador ó Presidente la contestacion del Emperador acerca de los presos por causa de religion, en la que le mandaba poner en libertad á los que renunciasen la fe, é hiciese morir á los que persistiesen en confesarla. Interrogó nuevamente á los acusados á consecuencia de esto, y habiéndose mantenido constantes pronunció contra ellos la sentencia. Condenó á los unos como ciudadanos de Roma á cortarles la cabeza, y los otros á ser espuestos á las fieras. Un médico llamado Alejandro, que estaba cerca del tribunal, durante el interrogatorio animaba por señas á los Confesores; y advirtiéndolo el pueblo, le delató. Preguntóle el Presidente ¿qué religion profesaba? respondió que era Cristiano, y al instante fue condenado á las fieras. Condujéronle la mañana siguiente al anfiteatro en compañía de Átalo, á quien el Juez inicuo por adular al pueblo impuso la misma pena, aunque le constaba que era ciudadano Romano. Mas le obligó á infringir todas las formalidades legales el odio que profesaba al cristianismo, faltando de este modo á la orden que acababa de recibir del César. Padeció Átalo tambien con Alejandro los tormentos que precedian al martirio en

semejantes ocasiones; nada se le perdonó aunque antes habia sido tan atormentado, y por fin degollaron á ambos.

Condujeron al anfiteatro á la jóven Blandina con un Cristiano llamado Póntico, que solo contaba quince años, todos los dias que duró la egecucion á fin de intimidarlos; y el último dia fueron el objeto del espectáculo. Primeramente los estrecharon á que nombrasen con veneracion á los dioses de los Paganos, pero lo rehusaron con desprecio. Despues les hicieron sufrir todo género de torturas, proponiéndoles de nuevo que confesasen ó invocasen el nombre de los dioses. Su constancia permaneció invencible, y Póntico consumó el primero su sacrificio oyendo hasta el último aliento las exhortaciones de su heroica compañera. Encerraron á esta en una red despues que sufrió los azotes y la silla de hierro ardiendo, y la entregaron á un furioso toro, que la levantó en el ayre muchas veces; pero al fin como permaneciese insensible á tantas crueldades, la mandaron degollar, afirmando los Idólatras que jamás habian visto una muger que padeciese con tanta constancia. Con la muerte de tantas víctimas no se satisfizo aun su odio, sino que distribuyeron sus miembros á los perros y guardaron los restos noche y dia para que no los enterrasen. Quemáronlos por fin y arrojaron sus cenizas en el Ródano, para quitarles, segun dicen, hasta la esperanza de la resurreccion. Subia á 48 el número de estos Mártires.

Ruinas quedan en Leon todavia del anfiteatro

don le pelearon sobre la montaña de Forviere, derivada del latín *forum vetus*; en cuyo sitio estuvo situada la antigua ciudad de Leon. Se les dió tambien el nombre de los Mártires de Aisnay porque sus cenizas fueron arrojadas en el Ródano, cerca de un lugar que entonces se llamaba *Atenéo*, á causa de los egercicios literarios que allí se tenian.

Eligió por su Obispo la Iglesia de Leon despues de la muerte de San Fotino al presbítero Irenéo, que habia nacido en Asia hácia el 120 de Cristo. Destináronle en la niñez sus padres á la enseñanza de San Policarpo; y tambien oyó las lecciones de Papias, otro maestro santo y célebre, aunque uno de los principales autores de la opinion de los Milenarios, que enseñó á su discípulo. Irenéo cultivó sus grandes talentos con el estudio de los autores profanos, indispensable entonces, ya para vencer á los Gentiles con sus propias armas, y ya para confundir á los hereges que abusaban de los conocimientos filosóficos. No debe causarnos admiracion tanta aplicacion, y que un espíritu naturalmente vivo y penetrante, lleno de fuerza y de sagacidad le haya adquirido el aprecio de los mas grandes Doctores de la Iglesia, y particularmente de San Agustin, que cita sus escritos con frecuencia contra las heregias. Correspondia al nombre de pacífico que tenia la moderacion de su carácter; aunque no por esto dejó de hacerse Irenéo muy formidable á los enemigos de la fe, tanto con sus discursos como con sus libros. Mas no existió nunca Pastor alguno que necesitase mas de tan grandes talentos y

de tan sublimes virtudes; pues la persecucion que habia desolado la grey que tomaba á su cargo, apenas se disminuyó algun tanto, cuando tornó á tomar nuevo incremento.

Ilustraron tambien la Iglesia de Leon con su martirio Epipodio, natural de la misma ciudad, y Alejandro, griego de nacion, ambos jóvenes de distinguido nacimiento. Desde su infancia habian contraido una amistad estrecha, fundada siempre en la semejanza de sus virtudes; y se consagraban de comun acuerdo á alentar á los Confesores. Les llegó al fin la vez de ser denunciados, y por su humildad evangélica se resolvieron á ponerse en fuga y ocultarse en la cabaña de una pobre viuda, cerca del lugar llamado entonces Piedra-partida. A costa de muchas diligencias fueron encontrados y conducidos con las manos atadas delante del Presidente. Confesaron á porfia el nombre de Jesucristo, y el Juez mandó separarlos, intentando primero vencer á Epipodio, que era el mas jóven y en la apariencia mas fácil de ser vencido. Quedó tan confuso el Magistrado idólatra con las respuestas del jóven Cristiano, que dejándose arrebatado de una indigna cólera mandó darle de golpes en la boca; mas Epipodio escupiendo los dientes con su misma sangre, no cesaba de pronunciar estas palabras: *yo confieso que Jesucristo es Dios con el Padre y el Espíritu Santo. ¡Qué cosa mas justa que consagrar mi vida á aquel que va á darme otra mas feliz!* Puesto en el caballete ó ecúleo le despedazaron los costados con uñas de hierro; pero el populacho malvado no

satisfecho de la crueldad de los verdugos por parecerle muy leve pidió á grandes voces que le entregasen el santo Mártir para despedazarle; y el Presidente ordenó que le cortasen la cabeza.

Mandó salir de la prision á Alejandro despues de un dia, y procuró en vano aterrarle con la memoria de lo que habia visto padecer á otros Mártires. Pusieronle tambien en el caballete, y fue atormentado por tres verdugos, en lugar de los cuales entraban otros cuando los primeros se cansaban; operacion que duró por largo tiempo sin que mostrara la menor flaqueza. Condenáronle por fin á muerte de cruz, y tardó poco en exhalar el último aliento. Los tormentos despedazaron su cuerpo de tal suerte, que se le veían las entrañas por entre las costillas descarnadas. Padecieron el martirio en Viena por el mismo tiempo los Santos Severino, Exuperio y Feliciano.

Habíanse libertado como por milagro de los calabozos de Leon, Marcelo y Valeriano. Conservóse el primero oculto por algun tiempo, sin tener ocioso su celo que egercitaba en secreto; pero hallando una ocasion de hacerlo en público, y prometiéndose un gran fruto, juzgó que debia olvidar las reglas de la circunspeccion ordinaria. Presentóse pues al Presidente Prisco, á quien halló cerca de Chalons del Saona, y le habló fuertemente en favor del Cristianismo. Prendieronle al momento, y atado á unas ramas de árboles distintos, las doblaban por fuerza y las soltaban despues para que al tiempo de volver á su natural estado le despedazasen los miembros. No habiendo

producido esta invencion bárbara todo el efecto que esperaban, le enterraron vivo hasta la cintura, y en este estado espiró al tercero dia. Sus continuos milagros solemnizaron su culto en Chalons, en donde posteriormente mandó edificar el Rey Gontran un monasterio en honor de este santo Mártir. Prendieron á Valeriano en Tournus, donde despues de sufrir las uñas de hierro y otras torturas le cortaron la cabeza.

4. Ningun martirio tuvo tanta celebridad como el de un jóven de Autun llamado Sinforiano: era de una ilustre y cristiana familia que le habia dado una educacion digna de su nacimiento. Manifestó con libertad su aversion al culto sacrilego de los ídolos, un dia que sus conciudadanos estaban congregados para celebrar la fiesta de Cibeles. Al instante le pusieron preso, y fue conducido al Consular Heraclio, que tenia la autoridad judicial en aquel distrito, quien le preguntó en primer lugar su nombre y calidad, segun se acostumbraba. „Yo me llamo Sinforiano, le respondió, y soy Cristiano. ¿Tú eres Cristiano? ¿pues cómo, le replicó el Juez, has podido hasta ahora evitar mis pesquisas tan eficaces que debieran haber acabado con esa secta impía? ¿Pero por qué faltas tú al respeto á la madre de los dioses? Sinforiano le respondió: ya os he dicho que soy Cristiano, y solo adoro al verdadero Dios que reyna en los cielos. En cuanto á ese ídolo del demonio, si vos me lo permitierais, yo lo reduciria á cenizas. No le basta á este, esclamó Heraclio, el crimen de impiedad, sino que añade el de rebelion.” Ordenó al notario que registrase si era ciu-

dadano, y le respondió este que efectivamente lo era, y de una de las mas nobles familias. Entonces añadió el Juez: mucho confías en el esplendor de tu nacimiento, porque sin duda no sabes lo que prescriben los edictos de nuestros Príncipes. En seguida mandó al notario que los pusiese de manifiesto, y este leyó el rescripto siguiente. „El Emperador Marco Aurelio á todos sus Magistrados y Gobernadores. Hemos sabido que los que en nuestros días se llaman Cristianos, desprecian de todo punto las leyes. Por tanto los mandareis prender, y si no sacrifican á nuestros dioses, los condenareis á diversas torturas; de suerte que sean inescusables si por su obstinacion se les impone el último castigo, para que con ellos se corte el mal en su raíz.” Despues añadió el Juez: „¿qué te parece Sinforiano? ¿podemos aunque quisiéramos faltar á unas órdenes tan terminantes? Tu arrogancia te hace á un mismo tiempo culpable con los dioses y con el Emperador. Si no tomas el partido de obedecerle será preciso que laves este crimen con tu sangre. Respondióle Sinforiano: nunca dejaré de mirar esa estatua como un simulacro diabólico, y como un instrumento del infierno para perder á los hombres. Vuestras amenazas no me harán variar de dictámen, porque conozco bien que un Cristiano que niega su fe se precipita en el mas funesto abismo; y si nuestro Dios castiga con tan terribles penas semejante cobardía, tambien tiene preparada una recompensa infinita á la perseverancia y á la virtud. Por tanto es sin comparacion mucho mas ventajoso para mí luchar algunos

momentos contra esta borrasca, que naufragar como me persuadís á la vista del puerto.” Viendo el Juez la constancia del jóven Confesor, mandó á sus lictores que le azotasen, y despues le envió á la prision.

Lleváronle de nuevo á la presencia de Heraclio pasados algunos dias, y le dijo este: „si quieres hoy adorar la estatua de Cibeles, y ofrecer incienso al grande Apolo y á Diana, recibirás, con una gratificacion del tesoro público, un grado militar digno de tu nacimiento: ea pues, resuélvete á lo que conviene. ¿Quieres que se adorne el altar para el sacrificio? Respondióle Sinforiano: perdeis el tiempo en hacerme esas promesas frívolas, y el tiempo debe ser muy precioso á un Magistrado que tiene á su cargo los negocios públicos. Insistió el Juez sin darse por ofendido, y le dijo: con una condicion tan fácil y tan justa como la de sacrificar á los dioses obtendrás los honores del palacio; y Sinforiano le replicó: ¡cuán indigno es de un gefe de la justicia, el servirse para corromper la virtud de una autoridad que las leyes ponen en su mano para castigar el crimen! Todos debemos restituir tarde ó temprano nuestra vida al autor de ella, y ¿por qué no ofreceremos como un don á Dios y á su hijo Jesucristo lo que algun dia será preciso que le paguemos como deuda? Son vuestros favores un veneno oculto en un pérfido medicamento; el tiempo arrebatá vuestros bienes como un torrente rápido; pero nuestra felicidad por el contrario es tan segura é inmutable como el mismo Dios Supremo que es su origen.

Apartóse San Antonio, Egipcio de nacimiento, de un mundo perverso y tumultuoso, para aprender un nuevo arte de crucificarse á sí mismo y transmitirlo á una infinidad de Mártires voluntarios, en tanto que los otros apetecían una muerte violenta. Era del alto Egipto, de padres distinguidos por su nobleza y riquezas, y aun mas por sus máximas sinceras de la mas sólida Religion. Diéronle una educacion tan cristiana, que desde sus tiernos años dió pruebas de la piedad mas sobresaliente; y tuvieron tanto cuidado de precaverle contra los malos egemplos, que ni aun quisieron que acudiese á las escuelas frecuentadas por los demás jóvenes de su edad: y así la ciencia de la salvacion fue el solo adorno de aquella alma llena de las bendiciones celestiales.

Así aunque estaba dotado de una penetracion rara y un discernimiento singular, no supo leer ni escribir, ni otro idioma que el Egipcio, del que usaban los naturales del pais aun despues de su sujecion á los Romanos. Pero era tan asistente á las asambleas de Religion, y oía con tal ansia las lecciones del Evangelio que igualó en esta ciencia á los mas consumados Doctores; porque á su grande reputacion se reunia una prodigiosa memoria que retenia constantemente lo que una vez habia aprendido. Ocupado su espíritu, un dia en que segun acostumbraba se dirigia al lugar santo donde se congregaban los fieles, de lo que anteriormente habia oido leer de los Apóstoles, que se desprendieron de todo por seguir á Jesucristo, la casualidad, ó mejor la Providencia, dispuso que

al entrar oyese aquel pasage del Evangelio en el que el Salvador dice á un rico que venda todos sus bienes, si quiere ser perfecto, y divida el producto entre los necesitados. Antonio persuadióse á que el Señor hablaba aquel dia con él, y deshaciéndose de cuanto tenia, practicó al pie de la letra el consejo del Evangelio.

Seis meses poco mas ó menos que habian muerto sus padres, dejándole una herencia muy cuantiosa á la edad de diez y ocho años, con una hermana muy jóven, de cuyo cuidado se encargó, segun lo exigian los vínculos de la sangre y la prudencia cristiana, confiándola á unas piadosas doncellas que le guiaron por el camino de la virtud. Él dejó la ciudad y se fue á un retiro en donde vivia un anciano egercitado desde su juventud en la vida eremítica, con una piedad poco conocida aun en aquellos tiempos de fervor. Hasta entonces las almas privilegiadas á quienes el Señor llamaba á la práctica mas perfecta del Evangelio, habian habitado solas en parages separados del comercio humano, pero no muy lejos de las poblaciones, sin osar internarse en lo recóndito de los desiertos.

Pero el Espíritu Santo que claramente guiaba las operaciones de Antonio, hizo que no se contentase con imitar al anciano en cuya compañía vivia; porque encendido de una piadosa emulacion, apenas oía el discípulo de tan grande maestro celebrar las virtudes de algun Santo, cuando todas sus ansias se dirigian á recibir de él algun egemplo ó leccion que

practicar. Con curiosidad religiosa observaba las buenas prendas de cada uno; la mortificación de aquel, la frecuencia en la oración de este, el genio apacible y la paciencia del otro; y llevando á su soledad esculpidas en la memoria todas estas santas imágenes, meditando sobre ellas muy despacio, y orando y llorando enriquecía su alma con los tesoros de la gracia y de la virtud. Se esmeraba sobre todo en ser el mas humilde de todos los retirados; de manera que los ancianos le llamaban con el dulce nombre de hijo, los demás su hermano muy amado; y era igualmente querido de Dios y de los hombres. No podia considerar el enemigo del género humano, sin roerle la mas devoradora rabia, los frutos que prometían unos principios tan felices. Acometió pues á Antonio con toda manera de tentaciones, poniéndole por delante los bienes de que se desprendía, el lustre de su nacimiento, con las esperanzas que le ofrecía en el mundo, y el cuidado que debía tener de su jóven hermana. Llenóle el espíritu con las imágenes de cuanto podia avivar las pasiones, é hizo los mayores esfuerzos para encender en su pecho el fuego sensual. Pero el jóven solitario venció todas estas tentaciones con la oración y la penitencia.

Era su lecho una simple estera, y aun por parecerle demasiado blanda se acostaba las mas veces sobre el suelo desnudo, cuando no pasaba las noches cabales rezando: comia solo una vez al dia un poco de pan con sal, y esto despues de ponerse el sol, y no bebia mas que agua; porque generalmente todos

los solitarios no bebían vino ni comían carnes. Adelantando Antonio cada dia mas en la virtud, le pareció muy cómoda la vida que llevaba; y buscando otro mayor retiro, le halló por fin en un sepulcro muy distante de toda comunicacion y comercio humano. Entre los Egipcios eran estos sepulcros unos edificios muy capaces que contenían varios subterráneos, donde sepultaban y conservaban los muertos de su familia: y penetrado Antonio del solo temor de Dios, que le hacia superior á los miedos pueriles de difuntos y fantasmas, eligió entre aquellos monumentos ó sepulcros el mas distante, y se encerró en él despues de haber suplicado á uno de sus amigos que le asistiese con un poco de pan de cuando en cuando.

Previendo los malignos espíritus los males que podria ocasionarles aquel varon insigne, no tanto con su propia virtud, quanto con el ejemplo que daba á otros, estaban confundidos, y así le hicieron la guerra mas cruel, tanto con estratagemas y ardidés como procurando por todos medios apurar su constante paciencia. Vió un dia este solitario, segun dice San Atanasio que lo oyó al mismo San Antonio, que se abrian las cuatro paredes de su habitacion, y que una porcion de leones, dragones y fieras de todas calidades iban á arrojarse sobre él: púsose el Santo en oración y no hizo caso de tales ilusiones, y un momento despues se dejó ver un rayo luminoso que ahuyentó todos aquellos fantasmas. Señor, exclamó entonces Antonio, ¿en dónde estabais hace un ins-

tante? Una voz celestial respondió: aquí mismo, pero quise ser testigo de tu valor y fortaleza. Despues de esta victoria sintióse el Santo con mas fuerzas que nunca, y se puso en viage al otro dia dirigiéndose al gran desierto de la Tebaida; quince años habia pasado en la primera soledad, y se mantuvo veinte en esta otra, sin mas abrigo que los escombros de un castillo antiguo, en donde enteramente separado de toda comunicacion con los hombres, recibia dos veces cada año solamente algunos panes que le echaban por encima de las paredes; y aquí fue donde empezó á poner los primeros cimientos de la vida cenobítica.

64. Recibió en esta época el Emperador Aureliano el castigo debido á sus crueldades, y perdió la vida y la diadema que habia ceñido el primero de todos los Emperadores. Arrojáronse sobre él su propio Secretario y algunos Oficiales del primer orden que le temian, y le asesinaron á principios del año 275 estando en camino para Tracia. El ejército y el Senado, despues de su muerte, por una diferencia muy estraña, pasaron mas de siete meses pidiéndose uno á otro que diese un sucesor á Aureliano; hasta que en 25 de Setiembre del mismo año nombró el Senado á Tácito. Pasados seis meses de su eleccion fue muerto en Oriente por sus soldados, con sentimiento general de todo el Imperio, que en un Reinado tan corto, concibió las mas altas esperanzas de su nuevo Señor.

65. Sin duda alguna escitó á los Agoreros á que

diesen de la grandeza venidera de un Príncipe descendiente de Tácito, un oráculo memorable que pareció claro y bien articulado, contra lo regular, para que su impostura fuese mas palpable. Pero aquellos falsos profetas tuvieron la precaucion de fijar el cumplimiento de su vaticinio á un tiempo tan lejano que ya no tuviesen que temer la vergüenza debida á su falsedad.

66. Eligieron las tropas de Oriente con general aplauso del Senado y del pueblo, un mes despues de la muerte de Tácito, á Probo, natural de Panonia, é hijo de un Tribuno militar. Empezó Manés á esparcir, en el segundo año del Reinado de aquel Emperador, las primeras simientes de la heregia mas duradera y monstruosa que habia afligido hasta entonces, y quizá afligió jamás á la Iglesia. Aquel infame heresiarca era natural de Persia, nacido en la esclavitud, de la que le sacó una viuda que no teniendo sucesion le adoptó, le hizo criar y educar como á su propio hijo, y al fin le hizo Señor de todos sus bienes. Cambió su verdadero nombre que era *Cubric*, para borrar la memoria de su primer estado, por el de Manés, el que espresaron los Griegos con el vocablo Maniquéo, haciendo un juego de palabras propio de su lengua y con el objeto de notar un necio discurrir.

Manés no obstante tenia una gran facilidad para producirse y estaba versado en todas las ciencias de los Persas: mas habia aprendido otras cosas mas estraordinarias en los libros de cierto Árabe nombrado

Ercitiano, que habian llegado á sus manos con lo demás de la herencia de su madre adoptiva. Túvose por un hombre divino con las noticias que en ellos adquirió, apellidóse el Paráclito ó la luz del mundo, y no tuvo reparo en aspirar al don de hacer milagros. Tuvo tambien este insensato la osadía de afirmar que curaria al hijo de su Rey que estaba gravemente enfermo: pero el niño murió y al impostor le pusieron preso. A pesar de todo logró fugarse de la cárcel y salir del Reino, burlando la vigilancia de sus guardas que fueron castigados con pena de la vida. Refugióse en Mesopotamia, donde procuró hacerse discípulos, y no hablaba de Jesucristo sino con la mayor veneracion, para sorprender con mas facilidad á los Cristianos; siendo esto casi lo único en que su secta convenia con el cristianismo.

67. Manés tuvo una conferencia pública con Arquelao, Obispo de Cesaréa, y otra con un santo Sacerdote que se llamaba Trifon; y en ambas quedó cubierto de oprobio, pero no se arrepintió; de modo que irritado el pueblo con sus blasfemias, intentó apedrearle; por lo que se vió precisado á huir, y volviendo á Persia cayó en las manos de su Rey, que le hizo desollar vivo; fue arrojado su cuerpo á las fieras, y el pellejo se puso en una de las puertas de la capital. No se descuidaron sus discípulos en esparcir su escandalosa doctrina, la que reunia en sí no solo la ponzoña de las heregias antiguas, sino tambien, como dijo el Papa San Leon, lo mas duro de la obstinacion judaica, lo mas profano del paga-

nismo, lo mas despreciable de la mágica, en una palabra, todas las impiedades y estravagancias de que puede ser capáz el hombre.

Han perseguido las potestades de la tierra, en todas épocas y á veces con el mayor rigor, á estos sectarios enemigos del buen orden; y cuando amenazaban á los hereges en general, entendian por esta palabra con especialidad á los Maniqueos. Mas esto no impidió que se multiplicasen extraordinariamente; y aun los Albigenes adoptaron muchos de sus errores en el siglo duodécimo, como tambien otros espíritus altivos que no pudiendo ostentar por su ignorancia una nueva doctrina imaginada por ellos, no se avergonzaron de recurrir á tales autores.

68. La falsa persuasion en que estaba esta secta ignorante, de que el mal es un ente real, y no la privacion del bien, era el fundamento del maniqueismo: y como se necesita una causa real para producir un efecto real, y Dios no puede ser causa de lo malo, establecian aquellos sofistas impíos dos dioses, ó dos principios, al uno de los cuales suponian autor del bien y al otro autor del mal. Pretendian tambien que el hombre tenia dos almas, una buena y otra mala, negaban el libre albedrío, y no se creían culpables de sus acciones, aun las mas desordenadas é infames, las que achacaban á la alma mala. Todos los artículos de fe que eran incompatibles con sus máximas los desechaban tambien, como el pecado original, la necesidad de las buenas obras, y el misterio de la Redencion. Nada bueno, segun ellos, podia

hacerse con la carne y la materia, que era obra del principio malo; así condenaban el matrimonio y la generacion, sin abstenerse del trato con las mugeres; clamaban sediciosamente contra la administracion civil, y contra toda potestad exterior; atribuían la antigua ley al mismo principio; daban el nombre de idolatria al culto de las reliquias y de las santas imágenes; juzgaban como fingidas, pero en el fondo indignas de Jesucristo, su Encarnacion y su Pasion; aunque la idea que tenian de este Dios-Hombre y de las demás divinas Personas no era la mas sublime, pues unas veces confesaban una sola bajo tres nombres diferentes; otras, como idólatras verdaderos, las incorporaban con el aire, la luz, ó con el sol y la luna, á quienes rendian adoracion como los Persas. Admitian tambien á semejanza de estos y de los Indios, la transmigracion de los espíritus á diversos cuerpos de animales; y otras mil quimeras de igual género, tanto en las observancias, como en la creencia. Sostenian por egemplo, que el que mataba á un animal ó arrancaba una planta, se transformaria en aquella planta ó en aquel animal; y con esta aprension se juzgaban obligados á usar de ciertas fórmulas y protestas antes de tomar alimento. Arrojabán al aire el pan que iban á comer, maldecían al que lo habia fabricado, y ansiaban fuese molido, amasado, cocido y tratado en todo como aquel ente desdichado. Componian los Maniqueos dos clases; una que llamaban de oyentes, los que debian abstenerse de vino, carne, y de todo lo que provenia de la carne; y la

otra de los escogidos, que además de la misma abstinencia profesaban la pobreza y un total desprendimiento. Mas en recompensa de su privacion los escogidos eran los únicos que tenian el secreto de todos los misterios de la secta; es decir, que en sus conventículos se entregaban con entera libertad á unas infamias que movian el horror y la indignacion de los mismos Paganos. Conservaban un bautismo, pero enteramente desfigurado y profanado con horribles sacrilegios; y celebraban la Eucaristía de un modo tan despreciable que causa rubor contarle. Habia doce entre los escogidos que llamaban maestros, y además otro que en calidad de sucesor directo de Manés, se daba á respetar como gefe de los demás, y á imitacion de aquel tomaba el nombre de Paráclito: y habia setenta y dos Obispos inferiores á estos, ordenados por los maestros, cuyos Obispos tenian tambien facultad de ordenar sus Presbíteros y Diáconos. Consiguió esta detestable secta ganar un número grande de partidarios, ó por mejor decir de víctimas, con este simulacro de cristianismo, un lenguaje extraordinario, y un tono de espiritualidad y rigorismo; hasta que en un Concilio celebrado en Mesopotamia el año de 277, fue condenado el maniqueísmo.

69. En Occidente, donde San Eutiquiano seguia ocupando dignamente la Cátedra de San Pedro, no hacia aun muchos progresos esta heregía. Murió este Santo Pontífice en Roma el dia 7 ú 8 de Diciembre del año 283; y en 17 del mismo mes le sucedió Cayo, el que se mantuvo por mas de doce años en la

Silla Pontificia. Hacia cerca de uno que el Ejército de Iliria había asesinado al Emperador Probo. Durante su reinado que fue de seis años, y el de su antecesor Tácito, no hubo persecucion declarada contra la Iglesia; solo tuvo que padecer por parte de ciertos Magistrados, que escudados con los antiguos edictos, satisfacian en los Cristianos su rencor ó celo mal entendido. Así sucedió el martirio de Sabacio, acusado ante Heliodoro, juez de Antioquia: confesó con valor á Jesucristo; pero como la violencia de los tormentos le arrancase las lágrimas de los ojos, el Juez, con una crueldad impía, hizo escarnio de su sensibilidad. „Sí, le dijo entonces el Mártir, muy grandes son los dolores que siento, pero los padezco gustoso por mi Dios: ¡ojalá sirvan mis lágrimas para hacerte comprender hasta qué punto yo le amo, y cómo debe ser amado!”

70. Eligieron las tropas en puesto de Probo á Caro, Prefecto del Pretorio, el que creó Césares á sus hijos Carino y Numeriano: era natural de Narbona, y solo reinó el tiempo de diez y seis á diez y ocho meses, porque murió herido de un rayo, haciendo la guerra á los Persas; y sus dos hijos siguieron reinando. Fue asesinado Numeriano pasados pocos meses por orden de Aper, suegro suyo, que tenia pretensiones al trono: é indignadas las tropas con este funesto suceso, eligieron en 17 de Setiembre del año 281 á Diocles, el que tomó el nombre de Diocleciano, y protestó en el momento de su eleccion, con el alfange desnudo en la mano, que no había tenido la

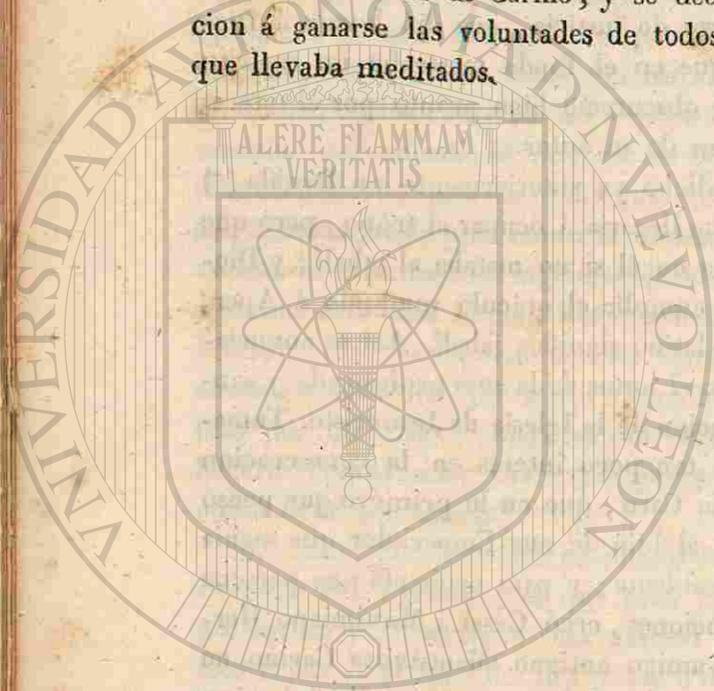
menor parte en la muerte de su Señor. *El cruel Aper, siguió diciendo, es quien ha vertido la sangre de su propia familia; y yo he de vengarla:* al acabar de decir estas palabras le atravesó el alfange por el corazón. Este rasgo de justicia, que dió honor á Diocleciano, aunque en el fondo mostraba un espíritu sanguinario, se obscureció bien pronto por el interés y la supersticion de su autor.

Hábale predicho ya anteriormente un Druida (*) en las Galias que llegaria á ocupar el trono, pero que no se aseguraria en él si no mataba al jabali; y Diocleciano creyó cumplir el oráculo matando á Aper, que en idioma latino significa jabali. Así se anunciaba en el mundo el autor de la mas prolongada y sangrienta persecucion de la Iglesia de Jesucristo. Tomaba Diocleciano tan poco interés en la conservacion de la familia de Caro, que en lo primero que pensó fue en oprimir al hijo de este Emperador que seguia reinando en Occidente; y para oponerle una persona segun sus intenciones, creó César á Maximiano Hercúleo (**), su amigo antiguo. Mantúvose Carino no obstante esto por algun tiempo; y aun llegó á ganar una batalla contra Diocleciano; pero cuando seguia el alcance fue muerto por un Tribuno, cuya muger había robado. Reuniéronse inmediatamente los dos egér-

(*) Druidas eran los principales Sacerdotes de los antiguos Galos, cuyas palabras las oían como si fueran proferidas por el mismo dios Teutates. ®

(**) Llamóse Hercúleo por la fanática devocion con que veneraba á Hércules.

bitos y reconocieron unánimemente por su señor á Diocleciano, el que como sabia sujetar todos sus movimientos á la política, confirmó en sus empleos á todos los oficiales de Carino, y se dedicó con atención á ganarse las voluntades de todos para los fines que llevaba meditados.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

RESUMEN

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS

EN EL LIBRO SEXTO.

N. 1.º *Carácter de Diocleciano y Maximiano.* 2. *Claudio, Astero y Neon, con Domnina y Teonila Mártires.* 3. *San Cosme y San Damian.* 4. *El martirio de San Tiburcio.* 5. *San Mauricio y la legion Tebea.* 6. *San Donaciano y San Rogaciano, San Caprés de Agen, Santa Florencia, San Ferreolo, San Julian de Brinda, Santa Regina, y otros Mártires de la Galia.* 7. *San Crispin y San Crispiniano, y el martirio de San Quintin.* 8. *San Fermin y otros Mártires de Amiens.* 9. *San Victor de Marsella.* 10. *San Maximiliano y San Marcelo Centurion.* 11. *Epistola de Teonas de Alejandria al Chambelan Luciano.* 12. *Edicto de Diocleciano contra los Maniqueos.* 13. *Constancio Cloro y Maximiano Galerio son creados Césares.* 14. *Persecucion escitada por las instigaciones de la madre de Galerio.* 15. *Destrucion de la Iglesia de Nicomedia.* 16. *Manda Galerio incendiar el palacio, y lo achaca á los Cristianos.* 17. *Flaqueza de las Emperatrices Prisca y Valeria.* 18. *Martirio de San Antimo, Obispo de Nicomedia, y de un gran número de Cristianos.* 19. *Inúndase todo el Imperio con la sangre de los Cristianos, á escepcion de los estados de Constancio.* 20. *San Sebastian.* 21. *Santa Inés Virgen y Mártir, y Santa Lucia.* 22. *San Vicente*

®

de Zaragoza y Santa Afra. 23. San Ginés. 24. Tra-
ditores. 25. Fidelidad de Mensurio de Cartago. 26.
Concilios de Cirta y Elvira. 27. Celibato del Clero.
28. Impia crueldad de Maximiano Galerio. 29. Mar-
tiro de los Santos Taraco, Probo y Andrónico. 30.
San Ciro y Santa Julita Mártires. 31. Valor estra-
ordinario de San Barlaam. 32. Conversion de Boni-
facio y de Aglae. 33. San Genaro de Benevento.
34. Los Santos Cayo Papa, Gabinio y Susana. 35.
Historia del Papa Marcelino. 36. Diocleciano abatido.
37. Constantino huye de Galerio. 38. Sucede á su
padre Constancio. 39. Calamidades del Imperio. 40.
Muerte funesta de los tiranos Diocleciano, Maximia-
no-Hercúleo y Galerio. 41. Moderacion afectada de
Maximino. 42. Maximino torna de nuevo á perseguir
á los Cristianos. 43. Santa Catalina y otros varios
Mártires. 44. Carta canónica de San Pedro de Ale-
jandria. 45. San Antonio pasa á Alejandria á defen-
der la fe. 46. Martirio y doctrina de San Luciano.
47. Apología de Arnobio. 48. Obra de Hierocles con-
tra la Religion. 49. El filósofo Porfirio. 50. Tirania
de Majencio. 51. Castidad de una Dama Romana.
52. Guerra de Majencio y Constantino. 53. Apari-
cion de la santa Cruz á Constantino. 54. Derrota de
Majencio. 55. Muerte de Majencio. 56. Edicto de
Constantino y de Licinio en favor del cristianismo.

HISTORIA DE LA IGLESIA.

LIBRO SESTO.

*Desde el principio del reinado de Diocleciano en el año
284 hasta la paz que dió Constantino á la Iglesia
en el de 313.*

1. Luego que se vió Diocleciano único y pacífi-
co poseedor del trono del Imperio, elevó á la digni-
dad de Augusto al César Maximiano Hercúleo, que
era un aventurero, pero amigo suyo desde la niñez.
No era mejor que él Diocleciano en cuanto al naci-
miento; pues venia de una familia baja de Dalmacia,
y fue liberto del Senador Anulino. Mantúvose á pe-
sar de esto el Imperio del mundo, por espacio de
veinte años, en poder de estos soldados afortunados,
que se manejaban reciprocamente con muy buena in-
teligencia; y en realidad parecia que el uno era na-
cido para el otro, pues los dos tenian el carácter
cruel. Maximiano era fogoso y colérico, y seguia bru-
talmente sus viciosas pasiones; no tenia atenciones
con nadie, efecto de su mala educacion, y su du-
reza y grosería se echaban de ver hasta en su este-

de Zaragoza y Santa Afra. 23. San Ginés. 24. Tra-
ditores. 25. Fidelidad de Mensurio de Cartago. 26.
Concilios de Cirta y Elvira. 27. Celibato del Clero.
28. Impia crueldad de Maximiano Galerio. 29. Mar-
tiro de los Santos Taraco, Probo y Andrónico. 30.
San Ciro y Santa Julita Mártires. 31. Valor estra-
ordinario de San Barlaam. 32. Conversion de Boni-
facio y de Aglae. 33. San Genaro de Benevento.
34. Los Santos Cayo Papa, Gabinio y Susana. 35.
Historia del Papa Marcelino. 36. Diocleciano abatido.
37. Constantino huye de Galerio. 38. Sucede á su
padre Constancio. 39. Calamidades del Imperio. 40.
Muerte funesta de los tiranos Diocleciano, Maximia-
no-Hercúleo y Galerio. 41. Moderacion afectada de
Maximino. 42. Maximino torna de nuevo á perseguir
á los Cristianos. 43. Santa Catalina y otros varios
Mártires. 44. Carta canónica de San Pedro de Ale-
jandria. 45. San Antonio pasa á Alejandria á defen-
der la fe. 46. Martirio y doctrina de San Luciano.
47. Apología de Arnobio. 48. Obra de Hierocles con-
tra la Religion. 49. El filósofo Porfirio. 50. Tirania
de Majencio. 51. Castidad de una Dama Romana.
52. Guerra de Majencio y Constantino. 53. Apari-
cion de la santa Cruz á Constantino. 54. Derrota de
Majencio. 55. Muerte de Majencio. 56. Edicto de
Constantino y de Licinio en favor del cristianismo.

HISTORIA DE LA IGLESIA.

LIBRO SESTO.

*Desde el principio del reinado de Diocleciano en el año
284 hasta la paz que dió Constantino á la Iglesia
en el de 313.*

1. Luego que se vió Diocleciano único y pacífi-
co poseedor del trono del Imperio, elevó á la digni-
dad de Augusto al César Maximiano Hercúleo, que
era un aventurero, pero amigo suyo desde la niñez.
No era mejor que él Diocleciano en cuanto al naci-
miento; pues venia de una familia baja de Dalmacia,
y fue liberto del Senador Anulino. Mantúvose á pe-
sar de esto el Imperio del mundo, por espacio de
veinte años, en poder de estos soldados afortunados,
que se manejaban reciprocamente con muy buena in-
teligencia; y en realidad parecia que el uno era na-
cido para el otro, pues los dos tenian el carácter
cruel. Maximiano era fogoso y colérico, y seguia bru-
talmente sus viciosas pasiones; no tenia atenciones
con nadie, efecto de su mala educacion, y su du-
reza y grosería se echaban de ver hasta en su este-

rrior y en su rostro. Era por el contrario Diocleciano vano, artificioso, celoso de su autoridad, cediendo de ella solamente lo que no podia guardar, y haciendo valer mucho lo poco de que parecia desprenderse. Llegó su ambicion hasta pretender que le amasen sus súbditos, y por el carácter de su compañero le fue fácil hasta cierto punto; porque él era quien tomaba las resoluciones violentas, pero hacia que Maximiano las egecutase, y hallaba por este medio el secreto de satisfacer á un mismo tiempo su passion por la gloria y su natural perverso. Tales Soberanos no podian amar con sinceridad á sus vasallos Cristianos. Dejaronlos sin embargo quietos al principio, solo por política, á causa de su grande número, y aun se sirvieron de ellos por necesidad y por interés; porque interiormente les hacian justicia, y los tenian como á los ciudadanos mas virtuosos y de mejor trato; por lo que habia muchos de ellos empleados en el palacio en los cargos de mas confianza: pues que la esperiencia de mucho tiempo habia persuadido á los Emperadores de que la custodia y servicio de sus personas no podian estar en mejores manos. Así se manejaron en lo mejor de sus años de dominacion Diocleciano y Maximiano, y no se declararon contra el cristianismo hasta los últimos tiempos de su reinado; bien que sus subalternos podian comportarse de otro modo, sin peligro de desagradarles; y los Gobernadores de las provincias obraban segun sus caprichos ú odios particulares, dando fuerza, cuando les parecia, á los edictos antiguos.

2. Fue el mas distinguido en esta clase, Lisias, Gobernador de Cilicia: incitóle su celo impío á que interrogase por sí á los tres hermanos Claudio, Astero y Neon, y á dos mugeres llamadas Domnina y Teonil, á quienes habia hecho prender por causa de Religion el Magistrado municipal de Egea. El primero que presentaron al interrogatorio fue Claudio, que permaneció firme en la confesion de la fe: mandóle el Procónsul colgar en el caballete, hizo que le aplicasen fuego á los pies, le cortasen trozos de carne de los talones y se los pusiesen ante los ojos. El Mártir dijo al verlos: *no hay tormento que intimide á los que de corazon aman á Dios, y estos males aparentes son la garantía de los bienes eternos.* Dió orden el tirano entones para que despedazasen sus carnes con uñas de hierro, frotasen las heridas con cascos de ollas quebradas, y les aplicasen hachas encendidas; pero todo fue inútil, y tuvieron que volver á Claudio á la cárcel. Fue tratado Astero del mismo modo y se portó con igual fortaleza.

Esperaba el Procónsul poder vencer á Neon, atendida su poca edad; pero la fuerza de la gracia se mostró en él de una manera mas visible; de modo que sirviendo los tormentos para el descrédito y vergüenza de Lisias, condujeron á los tres hermanos fuera de la ciudad á ser crucificados; y despues pusieron delante de ellos á las dos Cristianas, que creyeron estarian amedrentadas con los tormentos que habian presenciado.

Hizo primero la confesion de la fe Domnina, y

fue azotada con tal crueldad que espiró á la fuerza de los golpes. Teonila despreció altamente todos los esfuerzos que hacia el Procónsul para reducirla; hasta que montado en cólera mandó á los verdugos que la abofeteasen, la arrastrasen por el suelo atados los pies, é inventasen nuevos tormentos. Entonces Teonila le dijo: *¿así observas las leyes, sin tener presente que no te es lícito tratar de este modo á una estrangera de condicion libre?* La respuesta de Lisias fue mandarla colgar por los cabellos, despojarla de los vestidos enteramente, y encargar de nuevo á los verdugos que atormentasen una por una todas las partes de su cuerpo. Teonila le replicó; *¿no tienes vergüenza de ponerme en este estado, ó acaso ignoras que en mi sexo estás ultrajando á tu madre y á tu esposa?* Entonces hizo el tirano que le cortaran el cabello, para que no la tapase el rostro y quedase enteramente espuesta á la vergüenza que tan sensible le habia de ser: mandó asimismo que cercasen su cuerpo de un ceñidor de espinas, la tendiesen sobre cuatro estacas, y la azotasen con correas, así en las espaldas como tambien en todo su cuerpo; y por fin que la pusieran carbones encendidos debajo del vientre. Vinieron á decir al Procónsul poco despues de la egecucion de estas órdenes bárbaras, que Teonila habia espirado; y él mas cruel que los verdugos no satisfecha todavía su venganza, mandó que cosiesen en un saco el cuerpo de la Mártir y lo tiraran al agua, lo que se egecutó al momento.

3. San Cosme y San Damian, hermanos, hijos de

Arabia y Médicos de profesion, lograron por medio de este mismo tirano la palma del martirio. Durante su vida irrepreensible parece que mas se cuidaban de la propagacion de la fe, que de la curacion de los cuerpos, y que su arte solo era para ellos un medio de mirar mas fácilmente por la salvacion de las almas. Era tan notorio su desinterés, que les daban comunmente el nombre de *Anargiras*, ú hombres sin dinero. Padecieron toda clase de tormentos; pero parece que el Señor se esforzaba en hacer milagros para mayor confusion del tirano; y al fin se hizo tan famoso el nombre de estos Mártires orientales, que la Iglesia del Occidente lo insertó en el cánon de la Misa; y el séptimo Concilio general celebra las maravillas que sin cesar hacia Dios por su intercesion.

4. Fue presentado otro mártir famoso nombrado Tiburcio al Prefecto Fabiano, el que mandó preparar un gran brasero con incienso, y le dijo que escogiese, ó quemar aquel incienso en honor de los dioses, ó andar por encima del brasero. Paseóse Tiburcio, despues de hacer la señal de la cruz, con los pies desnudos sobre las ascuas sin percibir el menor dolor, y desde allí le dijo á Fabiano: *adorador de Júpiter, osa tan solo meter la mano en agua hirviendo, en nombre del mayor de tus dioses.* Ya sé, dijo entonces el Prefecto, *que tu Cristo es un maestro acreditado en la mágia.* Calla insolente, replicó Tiburcio, *y no blasfemes de lo que ignoras.* Ahorró esta santa entereza todas las demás pruebas, y cortaron al punto la cabeza al santo Mártir. A otros

varios fieles les atravesaron los pies con clavos, y luego los niataron á lanzadas.

5. En las Galias, adonde habia pasado Maximiano á los principios de su exaltacion, con el fin de domar la faccion de los bagaudos, ó gentes del campo tumultuadas, se dejó ver tambien un grande número de Mártires. El Emperador habia traído consigo á la legion Tebea, que toda era de Cristianos, porque Zambdas, Obispo celoso de Jerusalem, se aprovechó de la ocasion de haber invernado dicha Legion en la provincia de Palestina, para convertir una parte de aquellos guerreros, animar la virtud de los que ya eran Cristianos, y consolidar á unos y á otros en la fe. Respiraban así todos ellos generalmente la virtud y el vigor evangélico, despreciando los peligros de toda clase; y efectivamente no tardó en presentárseles ocasion de practicar todas sus escelentes disposiciones. No obstante habia mucho tiempo que estaban muy bien quistos los soldados cristianos en los egércitos Romanos, en los que se habian multiplicado prodigiosamente y adquirido mucho crédito de valor, tanto por los mismos principios del cristianismo, quanto por el desprecio que infunde de la muerte. Tenian estos una fórmula particular de juramento á las banderas, que satisfacía á sus gefes, sin herir su propia conciencia; mas el feroz Maximiano que no era capáz de tantas atenciones, quiso que todas sus tropas jurasen indistintamente en el altar de sus dioses que pelearian con valor. Estaba el egército en el canton de los Alpes, llamado hoy Valés, y la legion

Cristiana que no queria tomar parte en la general idolatría se ordenó con separacion á la falda del monte llamado San Bernardo el Grande. Maximiano entonces mandó que la diezmasen; y este mandato se cumplió sin la menor resistencia de los pacientes, pues ninguno de ellos quiso defender la vida contra su Emperador que se hacia su verdugo. Mas cuando dió la órden de diezmarlos por segunda vez, viendo todos los soldados de la legion que se intentaba intimidarlos con el miedo de aquellas repetidas egecuciones, gritaron á una voz que estaban dispuestos á sufrir mil muertes antes que hacer traicion á la fe de Jesucristo; lo que no impidió que los diezmasen tercera vez tan fácilmente como las dos primeras.

Unos á otros se exhortaban á manifestar por el Rey de los Reyes la misma constancia y valor con que otras veces se habian señalado por menores motivos: dábanles sus principales oficiales Mauricio, Exuperio y Cándido, el egemplo de la sumision, no menos que de la constancia en la fe, y les señalaban á sus compañeros ya coronados con palmas inmortales; de modo que no pudiendo vencer Maximiano esta firmeza sobre humana, tomó la cruel resolucion de acuchillar la legion completa. Hizo que todo el egército la rodease y acometiese atrozmente hasta no dejar uno de cerca de seis mil seiscientos hombres que la componian (1). Rindieron entonces aquellos valientes Atletas á un mismo tiempo las armas, y se presentaron para ser degollados, quedando todo el

(1) *Ruinart. Act. sincer. Martyr.*

valle cubierto en un punto de cadáveres, por medio de los que corria un arroyo de sangre. Habíase comunicado la ferocidad desde el corazon de Maximiano al de todos los Romanos idólatras, y ya no conocieron la humanidad ni el patriotismo, alegrándose y embriagándose en medio de sus hermanos moribundos, como si hubiesen conseguido una gloriosa victoria sobre los enemigos del Imperio. Mas llegó entonces un soldado veterano llamado Víctor, que no se habia encontrado al destrozo de sus compañeros, y los idólatras le convidaron á que comiese y se alegrase con ellos: pero Víctor era Cristiano, y horrorizado de aquel espectáculo respondió con indignacion al convite que le hacian. Esto solo bastó para que se arrojasen sobre él y añadiesen esta victima al número de los otros Mártires.

6. Así encendido el furor de Maximiano, fue causa de que recibiesen la corona una multitud de héroes Cristianos en las diversas provincias de las Galias. Padecieron el martirio en Nantes de Bretaña los Santos hermanos Donaciano y Rogaciano, de distinguido nacimiento. Donaciano que era el menor, se habia convertido primero y ya estaba bautizado. Rogaciano no era mas que catecúmeno; pero los dos mostraron igual valor y padecieron el mismo suplicio; hasta que por último les cortaron la cabeza, despues de haberles hecho padecer todos los tormentos del ecúleo, y ejercido con ellos el nuevo género de crueldad de atravesarles la cabeza con lanzas. Ocultóse al principio San Caprés de Agen y mostró algun temor;

pero una doncella le dió el ejemplo del valor mas esforzado, y presentándose él mismo á sus verdugos alcanzó la corona del martirio.

Sufrieron igualmente junto á Agda, Tiberio, Modesto y la generosa Florencia; en Viena, el tribuno Ferreolo; y en Briuda en Auvernia, Juliano, uno de los soldados de Ferreolo. No pudiéndose resolver en Arlés el Notario Denés, que no era mas que catecúmeno y jóven, á estender una orden dada contra los Cristianos, arrojó á los pies del Juez todos los papeles y se fugó; pero aunque pudo pasar á nado el Ródano, le prendieron en la orilla opuesta y le cortaron la cabeza. Cuéntanse otros muchos Mártires de quienes no hay mas noticia cierta que la de su martirio, entre los que ocupa un lugar distinguido Santa Regina Virgen, de la Diócesis de Autun. La mejor prueba de su triunfo glorioso es la extraordinaria devocion de los pueblos sostenida constantemente por espacio de tantos siglos; y hoy dia hay una aldea del mismo nombre situada al rededor de su sepulcro. Pero mayor fue el número de los Mártires en la Galia Bélgica, en la que hizo mas larga mansion Maximiano, y halló un Ministro mas conforme á sus intenciones. Denunciaron ante este terrible Presidente, tan conocido bajo el nombre de Riccio-Varo cuando estaba en Fiumes, corta poblacion entre Reims y Soisons, á una doncella nombrada Macra que habló al Juez con un valor digno de elogio aun en los hombres mas animosos, y sufrió el doble suplicio del hierro y del fuego con una firmeza in-

alterable. Ya la habian desnudado para ser quemada viva, cuando mudando de parecer el tirano mandó que la cortasen los pechos y la volvieran á la cárcel: y poco despues hizo que la pusiesen sobre carbones encendidos y cascós de vasijas quebradas, en cuyo tormento espiró.

Cerca del lugar en donde fue martirizada se la sepultó; y los milagros que sin cesar obraba el Señor en su sepulcro fueron causa de que se edificase allí una Iglesia en tiempo de Carlo Magno. En los mismos parages prendieron tambien á otros dos Cristianos de ilustre nacimiento, llamados Rufino y Valerio, á los que despues de despedazarles el cuerpo á fuerza de azotes y hacerles padecer el tormento del potro, les mandaron inmediatamente que siguiesen á pie el acompañamiento del duro Juez por mas de tres leguas de distancia, las cuales fueron regando con su sangre, hasta que llegando al término del viage fueron decapitados, atendida su calidad de ciudadanos Romanos.

7. Padecieron el propio martirio los Santos hermanos Crispin y Crispiniano, presos en Soisons, donde esparcian la simiente Evangélica con un celo tan constante como industrioso. Eran nacidos en Roma de una familia ilustre; y aunque todo egercicio podia ser ennoblecido con los fines que estos santos Mártires se habian propuesto, no hay pruebas constantes de que se egercitasen en el oficio de zapateros. Sepultáronlos en una gruta, de la que sacó mas adelante sus cuerpos San Eloy, Obispo de Noyon, para alzarles un suntuoso sepulcro. Halló este mismo san-

to Obispo las reliquias del mártir San Píato que habia predicado la fe en Turnay, y con ellas unos grandes clavos que el tirano le habia hecho atravesar por diversas partes de su cuerpo. No era San Píato mas que Sacerdote, y tuvo por compañero en el martirio al Obispo San Crisol.

Fue preso San Quintin en Amiens, en donde predicaba con una libertad correspondiente al alto nacimiento que habia recibido de Cenon, el que era ilustre aun entre los Senadores Romanos. Llegó desde luego á Amiens en compañía de Luciano, que con el tiempo pasó á Beauvais y fue su Apóstol. Hizo los mayores esfuerzos Varo, ó Riccio-Varo, como mas comunmente le llaman los martirologios, para seducir á San Quintin; pero no pudiendo conseguirlo, le trató con un cruel resentimiento. Principió por hacerle dislocar los miembros por todas las junturas, y despues mandó que le azotasen con cadenas y derramasen sobre las heridas pez y aceite hirviendo. Sabiendo luego que la prision en que estaba el Confesor se habia abierto milagrosamente, y que sus guardas y una infinidad de espectadores se habian convertido á la fe, puso por obra cuanto su bárbaro carácter le dictaba para detener los progresos del Evangelio. Pero como todos los suplicios no eran suficientes á impedir que el Confesor alabase y predicase á Dios, hizo llenarle la boca de cal y de vinagre y despues le mandó marchar delante de él á la capital del Vermandois, ciudad entonces no muy antigua, pero á la que habia de dar San Quintin con su nombre una

fama mucho mas honorífica que la de la antigüedad. Antes de llegar intentó segunda vez Riccio-Varo apartarle de la fe que con tanta fortaleza habia confesado, fundando sus nuevas esperanzas en el desfallecimiento en que veía al santo Mártir, tanto por el viage como por los tormentos que anteriormente habia sufrido. Pero como todas las tentativas no sirviesen mas que para acrecentar la constancia y valor de Quintin, dejándose llevar el Presidente de su rabiosa cólera, á pesar de lo dispuesto por las leyes, despues de mandarle atravesar transversalmente con dos barras de hierro desde el cuello hasta los muslos, y clavarle gruesas espinas por bajo de las uñas, viendo que todavía respiraba, hizo cortarle la cabeza y arrojarla con el cuerpo en el rio Soma. Mas no permitió Dios que se extraviasen tan estimables reliquias, y se encontraron en tiempo de Constantino el jóven, segun la relacion de esta invencion maravillosa que nos dejó escrita un autor que la presenció.

8. Fueron martirizados en el distrito de Amiens, pasados mes y medio despues de la muerte de San Quintin, los Santos Victórico, Fusciano y Genciano, en el sitio nombrado despues *Santos*, en reverencia de estos santos Mártires; y hoy se ve su sepulcro en el Monasterio de San Fusciano. San Fermin, natural de Pamplona y de familia Senatoria, sufrió el martirio mientras esta misma persecucion, tambien en Amiens de cuya ciudad se le reconoce por primer Obispo. Habíanle grangeado de tal modo la veneracion del pueblo los milagros que hacia, que el Pre-

sidente Valerio, mas reportado que Varo, no osó mandar que le atormentasen en público, y le cortaron la cabeza dentro de la cárcel. Le mandó enterrar el Senador Faustino, á quien habia convertido el santo Obispo, y quiso que su hijo que con el tiempo llegó á ser tambien Obispo de Amiens, tuviese el mismo nombre, y fue llamado San Fermin el Confesor.

9. Si nos propusiéramos hacer una exacta enumeracion de todos los Cristianos que sufrieron martirio en las Galias, tanto por órdenes de Maximiano quanto por las de sus Lugar-Tenientes, no finalizaríamos jamás; pues solo la ciudad de Marsella, teatro principal de la supersticion romana en aquella region, nos presenta un número demasiado escetivo para la brevedad que nos hemos propuesto. Mas no podemos menos de hacer notable mencion del ilustre San Víctor, aquel soldado tan célebre por su nobleza como por su valor; pero que no apreciaba estas prendas sino en cuanto le proporcionaban dar favor á los Cristianos. Así que supo la persecucion, visitó á cuantos fieles pudo con el objeto de in ispirarles mas con el egeemplo que con sus vivas exhortaciones el desprecio de una vida percedera: pero no tardó en caer en manos de los Prefectos, que no pudiendo superar la fuerza divina de su elocuencia, pretestaron la dignidad del puesto que ocupaba para remitirlo al Emperador.

Maximiano creyó que un militar de la reputacion de Víctor sentiria mas la ignominia que el dolor; y

mandó que le paseasen por toda la ciudad, dando licencia á todos para que le insultasen y maltratasen. El populacho efectivamente le tiñó con sangre todo el cuerpo; y viéndole así los Jueces se valieron de todos los artificios que les sujeria su sabiduría infernal, para amortiguar su fe y atraerlo á su partido. Al oírlos blasfemar del Dios de los Cristianos, nacido, como ellos decian, en una vergonzosa indigencia, y muerto en un suplicio afrentoso; San Víctor les echó en cara la vida verdaderamente obscura y sórdida de los dioses que mas veneraban, las maldades y adulterios de Júpiter, el incesto de su hermana y esposa Juno, la fiereza sangrienta de Marte, y las liviandades de Venus. „¿Creeis obrar mejor que yo, añadió el santo Mártir, adorando á las calenturas erigidas por vosotros en divinidades, ó reverenciando como á dioses al espanto y al furor? Me avergüenzo de hablar de vuestro Priapo y de otros dioses de esta naturaleza, á los que vuestra culpable ceguedad está de contino alzando altares y ofreciendo holocaustos. ¡Cuánto mas gloriosa es la voluntaria indigencia de Jesucristo, que la orgullosa é impura opulencia de tales divinidades! Cuando él quiso sustentó á quinientas personas con solos cinco panes. ¡Qué fuerza tiene su humildad, puesto que sanó todas las enfermedades del cuerpo y del alma de sus discípulos, y aun de sus contrarios! ¡Qué triunfante es la muerte de aquel que da vida á los muertos y se la restituye á sí mismo! Por fin, ¿qué cosa mas santa que la vida de este Hombre-Dios de cuyo nombre blasfemais?

¿Qué cosa mas justa y mas sencilla que sus preceptos, y mas apreciable que sus promesas, y mas terrible que sus amenazas?”

Los jueces á todas estas persuasivas razones no respondieron con otras que con la fuerza y el poder, y le propusieron la alternativa de sacrificar á los Dioses, ó de ser sacrificado á ellos. Víctor respondió entonces: *puesto que dejais á mi arbitrio el elegir, voy á confirmar con las obras las palabras que habeis oido de mi boca: detesto á vuestros Dioses, y adoro á Jesucristo; tal es mi postrera resolucion: cumplid ahora con vuestro ministerio.* Inmediatamente pusieron al intrépido Confesor en el ecúleo, y le atormentaron por mucho tiempo, sin que él dejase de mirar al cielo é implorar su socorro. Entonces se le apareció el Salvador cargado con su cruz, y le dijo: *ten buen ánimo, Víctor, yo soy quien padezco en mis Santos; yo soy quien sostengo tu valor, y yo quien te dará la debida recompensa.* Un manantial de alegría inundó toda el alma del santo Atleta al oír estas palabras, y parece que le hizo insensible al dolor; porque causados los verdugos de martirizarle, tuvieron que volverlo segunda vez á la cárcel.

Estuvo iluminado toda la noche el calabozo del Santo con una brillante luz, y tres soldados que lo vigilaban, al ver este milagro, se echaron á sus pies y le pidieron el bautismo. Noticiaron al punto este suceso á Maximiano, y mandó atormentar de nuevo á San Víctor y matar á los soldados si persistiesen en alistarse en las banderas del Evangelio; cuya sen-

tencia se ejecutó al momento, porque ninguno de los tres desistió de su resolución. Respecto á San Víctor, quiso el Emperador oírle y juzgarle por sí mismo; y á este fin mandó alzar un altar y le propuso que ofreciese holocaustos á sus dioses, prometiéndole toda suerte de favores y recompensas, si le obedecía. Y acercándose el Santo como si quisiese complacer al tirano, tiró de un puntapié el altar y todo lo que estaba dispuesto para el sacrificio: acción á la verdad vituperable, si la consideramos por las reglas ordinarias; pues debe tenerse el respeto debido á las potestades temporales, aun cuando mande la voluntad del Supremo Señor de todas las cosas no obedecerlas. Empero á mas de que los impulsos del espíritu de Dios no siempre están sujetos á las leyes comunes, se ocultan á las veces á nuestro limitado entendimiento muchas circunstancias capaces de justificar lo que á primera vista nos parece irregular en la conducta de muchos Mártires.

Querían las mas veces los tiranos sorprender á sus víctimas con artificios, para convencer al público, por una equívoca apariencia de que habian abjurado su fe; y no les quedaba mas recurso para precaver el escándalo, que aquellas determinaciones ó respuestas llenas de una osadía que en cualquier otro caso mereceria el nombre de arrogancia ó de furor. Mandó Maximiano que cortasen un pie á San Víctor, y que moliesen todo su cuerpo en un molino que se movia á brazo; pero se quebró la máquina, y viendo el tirano que todavía respiraba, hizo que le

cortasen la cabeza: y en el mismo instante se oyó una voz del cielo que decía; *venciste, Víctor, venciste*. Mandó el Emperador arrojar al mar su cuerpo y los de sus compañeros en el martirio: pero las olas los condujeron á la orilla, y los fieles los enterraron en una gruta, donde se obró una multitud de milagros. Edificó el Abad Casiano posteriormente en Marsella, en honor de San Víctor, un célebre monasterio, del que dependió el que habia en París bajo la misma denominacion.

10. La persecucion se estendió hasta las provincias mas lejanas del Imperio. Degollaron en Numidia á un jóven Cristiano, con el pretexto de que rehusaba alistarse en la milicia: llamábase Maximiliano, y su edad no pasaba de veinte y cuatro años, y era de gentil continente, por lo que queria absolutamente el Procónsul Dion, que entrase á servir de soldado; pues entre los Romanos todos los jóvenes debian serlo un cierto tiempo, y Maximiliano lo diferia por el peligro tan urgente á la sazón entre las tropas, de contravenir á la observancia de la verdadera Religion; porque se practicaban mil ceremonias muy contrarias á su santidad, con las que no podia cumplirse sin caer en la idolatría. Mostróse Maximiliano inflexible en el propósito de mantener la fe, aun á costa de su propia vida, y en efecto fue condenado á perderla. Volviéndose entonces hácia su padre, que estaba allí, le rogó diese al verdugo un vestido nuevo que le guardada; y el padre cuyos sentimientos no eran menos apreciables, en vez de estremecerse, salió dando

gracias á Dios por la feliz muerte de su hijo , de la que participó tambien pasado poco tiempo.

El dia del cumple años del Emperador abandonó el servicio en España Marcelo , que era Centurion en la legion de Trajano ; cuyo hecho nos descubre claramente el motivo que obligaba á los fieles á no seguir la milicia. *Si es preciso* , dijo Marcelo , *que los soldados sacrifiquen á los dioses y á los Emperadores, de jo desde este momento la espada y el sarmiento* (este era el baston que usaban los Centuriones ó Capitanes, y el solo con que les era permitido castigar á sus soldados). San Marcelo fue remitido para ser juzgado al Gobernador de Mauritania , Lugar-Teniente del Prefecto del Pretorio , el que le condenó á muerte : mas su Secretario que se llamaba Casiano , al tiempo de estender el decreto de sentencia , escitado por un repentino impulso de la gracia , tiró al suelo todos los papeles y dió otras pruebas claras de la mudanza que obraba en su corazon ; y en consecuencia fue condenado á muerte , como San Marcelo , aunque no se egecutó la sentencia hasta pasado un mes de la de este Santo (*). Cerca del confluente de los rios Ems

(*) San Marcelo era Centurion ordinario de una de las legiones que solian residir en Leon ; fue martirizado en Tanger de la Mauritania , el año 298 , desde donde fue despues de largo tiempo trasladado su cuerpo á Leon. Boronio refiere las actas genuinas y legítimas de su martirio al dia 30 de Octubre de 298. Todos los hijos del Santo y de Santa Nonna su esposa , que le sobrevivió , fueron despues Mártires. Léase al docto continuador de Florez , tomo 34 , trat. 70 , cap. 17 , pág. 336 y siguientes.

Un año , ó poco mas antes del martirio del ilustre Centurion

y Danubio , en la Norica , martirizaron muy bárbaramente á cuarenta soldados á un mismo tiempo ; y Floriano , uno de sus compañeros de armas , como quisiese serlo tambien de su fe y su martirio , fue muerto á palos por orden del Prefecto , y su cuerpo echado al rio.

11. No se habia sin embargo publicado hasta entonces edicto alguno general contra los fieles ; antes al contrario se conducia Diocleciano con una política tal que hacia la mayor confianza de ellos , y ocupaban cerca de su persona los Cristianos muchos car-

Marcelo , esto es , en el 287 ó 288 , lograron la doble corona de la virginidad y del martirio , las dos Santas hermanas Justa y Rufina. Eran naturales de Sevilla , y tuvieron la felicidad de ser educadas en la Religion cristiana. Celebrando las mugeres idólatras la fiesta de la diosa Venus ó Luna , que llamaban Salam-bona , llegaron á la tienda de las Vírgenes , y diciéndolas que adorasen el ídolo , pidieronles tambien que contribuyesen con dinero para la fiesta. Las Santas nada quisieron darles , y entonces las mugeres gentiles hicieron pedazos cuanto habia en la tienda. Las Santas vírgenes indignadas , no por el desacato é injuria sino por el motivo , hicieron pedazos tambien el ídolo. Con esto las presentaron á Diogeniano , Gobernador de la ciudad y provincia , quien averiguó que eran Cristianas , y no pudiendo reducir las á que renegasen de Jesucristo las mandó estender sobre el potro y que rasgaran sus carnes con uñas de hierro. Encerradas luego en un obscuro calabozo , Justa murió allí mismo , y Rufina dió su espíritu al Criador entre los mortales golpes con que le magullaron la cabeza. Mas no satisfecha la ferocidad del tirano con el sacrificio de las inocentes víctimas , mandó arrojar en un pozo el cuerpo de Justa , y quemar el de Rufina ; cuyas cenizas fueron despues recogidas por Sabino , Obispo de Sevilla , y sepultadas honrosamente juntas con el cuerpo de Santa Justa , en un cementerio fuera de la ciudad.

gos y empleos de gran momento. Ellos custodiaban las insignias Imperiales, las piedras de valor y el tesoro; en una palabra, el número de los fieles que estaban ocupados en palacio era bastante crecido para formar el objeto de la solicitud Pastoral de los mas ilustres Prelados. Así se infiere de una epístola de Teonas, Obispo de Alejandría, al Chambelan Luciano, dirigida á exhortar en general á todos los que estaban empleados cerca del Emperador, á que desempeñasen sus encargos de una manera tal, que el nombre del Señor fuese glorificado hasta en las cosas mas ínfimas. „Ya que el Emperador, dice esta docta epístola, os confía su persona con la seguridad de que le sereis mas fieles que los que tienen otra idea que vosotros del Señor, aprovechad de este favor para el lustre y los progresos de la fe. Procurad estar siempre en gracia de este Príncipe; y cuando le fatigue el peso de los negocios ó las peticiones de los importunos, haced de modo que encuentre en vosotros dulzura y amenidad, frente serena y corazon franco; en una palabra, la alegría y la tranquilidad. Sed curiosos sin afectación, y francos de genio sin indecencia.” Despues Teonas da las correspondientes instrucciones al Bibliotecario de la corte, que era tambien Cristiano. „Muestre, dice, ante el Príncipe, que da la estimacion correspondiente á los poetas, á los historiadores y á los filósofos; procure que lea los libros que le pueden enseñar sus obligaciones, póngale á menudo á la vista el egeplo del Rey Ptolomeo-Filadelfo, que procuró con tanto empeño se hiciese una

buena version de la Escritura sagrada, y encuentre en sus discursos, cuanto pueda, el Evangelio y los libros de los Apóstoles, con el objeto de proporcionar insensiblemente ocasion de hablar de Jesucristo.” Disipan estos avisos prudentes de Teonas toda sombra de imprudencia é indiscrecion con que muchas veces se pretende amancillar algunas de las acciones de los primeros fieles, ó algunos de sus discursos, alterados quizás maliciosamente; pues en todos tiempos la sabiduría Evangélica ha llevado mucha ventaja á la avaricia y ambicion, principalmente por lo tocante al respeto debido á las potestades legítimas, en todo lo que no se opone á la primera obligacion.

12. Mas Diocleciano llegó á poseer bastante conocimiento del cristianismo para distinguir los verdaderos fieles de los hereges; y fue el primero que publicó un terminante edicto contra los Maniqueos, por el que condenaba á las llamas sus personas y escritos: cuya disposicion siguieron despues algunos Emperadores Cristianos, pareciéndoles indispensable para la conservacion de las buenas costumbres y el mejor orden en sus Estados. Pero no dejan de notarse en este edicto de Diocleciano algunas preocupaciones vagas contra el cristianismo en general, fundadas en la novedad y en la oposicion que tenia el Emperador y todo el pueblo á las varias religiones recibidas en el Imperio; aunque detestaba principalmente á los discipulos y partidarios de Manés, como á mónstruos producidos por una tierra enemiga de Roma, en la que intentaban introducir las leyes y costumbres in-

fames de los Persas. De tal modo se portó Diocleciano con los Cristianos; hasta que uno de sus colegas le puso en la precision de tratarlos de un modo harto diferente.

13. Fueron causa las necesidades del Imperio acometido por todas partes de los bárbaros, de que se creasen en el año 292, dos Césares, además de los dos Emperadores Diocleciano y Maximiano, esto es, Constancio-Cloro y Maximiano Galerio, pues Hercúleo Maximiano había alcanzado ya el título de Emperador en el de 286. Constancio Cloro, el mas bien nacido y el mejor de todos estos Principes, cuyos talentos militares y buen natural le habían granjeado un nombre ilustre en los reinados anteriores, recibió el mando con título de Emperador de las Galias y de las Islas Británicas. Fue elegido con igual título Maximiano Galerio, para el gobierno de la Iliria, de la Grecia, y de la Panonia baja: era hijo de un aldeano del país de los Dacios, y toda la cultura de las costumbres Romanas no bastó á quitarle mil resabios de su bárbaro origen: su estatura y rostro eran espantosos, y su aire, su andar, el tono de su voz, en una palabra, todo él anunciaba á primera vista la aspereza, la grosería y la inhumanidad. Pero por otra parte era valiente y muy afortunado, y por estas circunstancias había arribado á los primeros puestos en la milicia. Su mayor satisfaccion era darramar continuamente la sangre humana; y estaba tan lejos de horrorizarse á su aspecto, que se cuenta de él que en lugar de criar perros para su diversion, tenía siem-

pre unos grandes osos, y se complacia en ver como devoraban á los miserables proscriptos, cuyo espectáculo le agradaba mucho y en particular mientras cenaba. Tal era el autor de la décima y última persecucion general, que duró por espacio de diez años.

14. No provenia realmente de otra causa el odio que manifestaba Galerio á los Cristianos, que de su natural malignidad; pero su madre era quien lo fomentaba; pues toda aquella casta bárbara é inculta tenia un mismo modo de opinar y unos mismos procederes: y en general era injuriarles no adularles en todos sus vicios é imitarles en ellos.

Hacia todos los dias sacrificios y banquetes de carnes inmoladas la madre de Galerio, supersticiosa en extremo; y los Cristianos cuyo número era excesivo, y que por lo mismo se echó de ver su conducta, se abstendian de tales funciones, lo que fue para aquella muger tan colérica como imperiosa, un delito indisculpable, y encontró medio para determinar á su hijo á que resolviese su entera destruccion. Mostraba repugnancia el viejo Augusto en condescender; pero Galerio se había ya hecho temible á todos, y le parecia poco no ser mas que César despues de diez ú once años; además que no hacia mucho tiempo que había ganado una gran batalla contra los Persas, cuyo hecho le tenia mas ensoberbecido. Así nadie osó privarle del gusto de regar el mundo con la sangre inocente de los Cristianos, y dejar despoblado el Imperio. El sagáz Diocleciano quiso sin embargo que se celebrase un Consejo, porque siempre consultaba

cuando se trataba de mandar lo malo, para disculparse con los otros; mientras que de nadie se aconsejaba cuando queria hacer alguna cosa buena. No hubiera el Consejo contradecido impunemente á las insinuaciones de Galerio; así su resolución fue, que se persiguiese á los Cristianos, y se señaló para principiar la ejecución del decreto el día de la fiesta de los Terminales, último del año Romano, que correspondia al 23 de Febrero de nuestro año 303, el que pretendian que fuese tambien el término de la destrucción del cristianismo; porque nada menos se habian propuesto que su entero exterminio.

15. En Nicomedia se hallaba entonces la corte; y al despuntar el día, el Prefecto del Pretorio, con los principales Oficiales del ejército, se apostó, como si fuese á hacer alguna empresa heroica, á la puerta de la Iglesia, que estaba en un parage elevado á vista del palacio; y los dos tiranos estaban asomados á las ventanas aguardando el espectáculo para ellos tan agradable. Principióse por derribar las puertas; entraron luego y fueron buscando por todas partes la imagen del Dios de los Cristianos; quemaron los libros santos, los vasos sagrados fueron abandonados al pillage, y por último queria Galerio que se entregase á las llamas el edificio, pero temiendo Diocleciano que se estendiese el incendio y llegase á ser general, se contentó con hacerlo arruinar enteramente. Publicóse al día siguiente un edicto por el que se mandaba arrasar hasta los cimientos de todas las Iglesias, y quemar los sagrados libros, privándose á todos los

Cristianos de las dignidades, privilegios y honores de que gozaban, esponiéndolos á toda clase de malos tratamientos, sin que les fuese permitido quejarse, ni aun reclamar lo que perdiesen en el robo y el pillage; y no obstante no se tuvo por conveniente condenarlos á muerte. Sucedió á este edicto otro que ordenaba se arrestase á todos los Obispos, y se les precisase á sacrificar á los ídolos por todos los medios posibles.

16. Empero Galerio no se limitó á esto: hizo quemar secretamente el palacio de Nicomedia, y echó la culpa de esta atrocidad á los Cristianos, fingiendo un gran temor y saliendo con una fingida precipitación á vista de Diocleciano. Cayó en el lazo el desconfiado y medroso viejo, y montado en cólera hizo dar tormento á todos los que estaban empleados en el servicio de su persona para descubrir el promotor del incendio; pero no lo consiguió porque no fueron interrogados los domésticos de Galerio que eran los únicos culpables.

17. Se les propuso á la Emperatriz Prisca, muger de Diocleciano, y á su hija Valeria que estaba casada con Galerio, que rindiesen homenaje á los ídolos, porque se sabia que eran Cristianas, y fueron tan cobardes que lo practicaron. Todos los empleados en palacio que lo resistieron generosamente, como Doroteo sucesor de Luciano en el cargo de gran Chambelan, Gorgonio, Indo, Mardonio, y las vírgenes Donna y Teofila, murieron á la fuerza de los tormentos con que los martirizaron. Á un Cristiano

llamado Pedro, á quien amaba tiernamente el viejo Diocleciano, le condujeron ante él, y negándose á egercer acto alguno de idolatría, le levantaron desnudo en el aire y le azotaron con tanta crueldad que se le veían todos los huesos del cuerpo; despues echaron sal y vinagre en sus heridas, y le asaron en unas parrillas hasta que murió rogando á Dios por sus verdugos y perseguidores.

18. Prendian á los Sacerdotes y Diáconos y encarcelábanlos sin formalidad alguna, y por su sola confesion les daban la muerte con todo género de suplicios; como sucedió con Antimo Obispo de Nicomedia, á quien decapitaron. La vejacion llegó á todos los demás órdenes del pueblo, pues esparcidos por do quiera los Jueces sanguinarios, hicieron las mas diligentes pesquisas, y en poco tiempo llenaron las prisiones de personas de todas edades y sexos. Fueron degollados muchos de los fieles, y mayor número quemado, no uno á uno, pues hubieran faltado verdugos y tiempo, sino en montones y á tropas. Ataron á otros muchos de una vez y á manera de haces los amontonaron en unas barcas, y con piedras grandes al cuello fueron tirados al mar; en una palabra, la multitud de Cristianos proscriptos fue sin número, pues de una sola vez hubo mas de mil en la ciudad de Nicomedia.

19. Sucedió lo mismo en las provincias circunvecinas, en la Grecia, la Tracia, la Asia menor, y hasta en la Siria y el Egipto; por fin en todo el Oriente se derramó profusamente la sangre cristiana. Estos edictos se despacharon á Occidente y dieron pie á

Maximiano, que ya se habia anticipado á ellos, para que comenzase de nuevo con mayor rigor su persecucion contra los Cristianos: de modo que solo se libraron de este azote las provincias inmediatamente sujetas al dominio de Constancio. Y aun al principio hubo de disimular este Príncipe humano y benéfico, declarando públicamente que todos los Cristianos empleados en su palacio que quisiesen conservar sus puestos y cargos debian de sacrificar á los ídolos, como efectivamente lo hicieron algunos, posponiendo su eterna ventura á la fortuna perecedera de esta vida. Mas se cubrieron de confusion y vergüenza estos apóstatas al mirar el desprecio con que los trató su amo, apartándolos por siempre del servicio de su persona, diciendo que no esperaba le fuesen mas fieles que lo habian sido á su Dios. Por el contrario, á los que se mantuvieron firmes y pusieron sus miras en otros objetos superiores á los temporales, les confió la custodia de su persona y de sus estados, y los honró mas que nunca con su beneplácito. Los siervos de Jesucristo en todo lo demás del Imperio, á escepcion de los súbditos de este buen Príncipe, eran el blanco de la rabia de los tres tiranos, ó por mejor decir, de los tres monstruos que habian tomado como á pasatiempo la resolucion de aniquilar y demoler la Iglesia.

Animaba contra ella mas y mas á las potestades del siglo el infierno, desesperado por las muchas victimas que todos los dias le quitaba, y hasta el mismo cielo, antes de dejarla sólidamente establecida, y antes de concederla la paz con un Emperador celo-

so que supiese conservarla, permitió que esta prueba como que habia de ser la postrera fuese la mas terrible. Es esta reflexion general la que nos debe dar una idea de los horrores de la décima persecucion, mas bien que las narraciones particulares; porque seria nunca acabar, y abusaríamos de la paciencia de nuestros lectores si quisiéramos referir detenidamente los atroces hechos que en ella acaecieron. Mas puede juzgarse de sus excesos por el plan y las medidas que tomaron los tiranos: cerca de las fuentes, en los mercados y plazas, y generalmente en todas las calles se colocaron ídolos con un número bastante de celadores para obligar á cualquiera que pasase á sacrificar á aquellos simulacros: de modo que nadie podia ni vender ni comprar en público, ni aun proveerse de agua sin caer de algun modo en idolatría. El verdadero celo por la fe por otra parte parece iba á competencia con la rabia de los tiranos. Prodigaba el Señor sus gracias á los fieles, y les infundia un valor sobre-humano. *Entonces, dice Sulpicio Severo, se apetecia la palma del martirio con mas vehemencia que hoy se solicitan las mitras y las prebendas.* Era preciso en efecto que la prudencia de los Pastores minorase aquellos fervores, y no se ocupaban tanto en aguijonear á los negligentes como en contener á los temerarios. Por fin, cualquiera diria que toda la Iglesia militante se habia propuesto entrar en un mismo dia triunfante en el cielo; pues hasta las gentes implicadas en los negocios del siglo iban á porfia en el fervor con los Obispos y los Sacerdotes.

20. Tenia un empleo distinguido en las tropas de Italia San Sebastian, natural de Narbona; y hay quien dice que era Capitan de Guardias del Emperador: pero toda su elevacion y crédito no los empleaba en otro que en proteger á los adoradores del verdadero Dios, y en recoger gente para el cielo, hasta en las familias y casas de primera gerarquía, de modo que el Papa llamaba á este piadoso militar el defensor de la Iglesia por el gran número de Romanos de toda clase que convirtió, entre los que se cuenta á Cromacio, Prefecto ó Gobernador de Roma. No pudo ocultarse mucho tiempo una fe tan viva y eficaz; Sebastian fue delatado al Prefecto del Pretorio y enviado por su empleo y gran reputacion al mismo Diocleciano que habia venido á Roma para conferenciar con Maximiano sobre los negocios generales del Imperio. Graduó el Emperador de ingratitud atroz la conversion de Sebastian y como tal se la echó en cara, proponiéndole despues la alternativa de sacrificar ó de morir á fuerza de los mas crueles suplicios; pero aquel celoso oficial respondió que nunca dejaba de pedir por la felicidad de su bienhechor y el bien de todo el Imperio, pero que dirigia sus plegarias al Dios Omnipotente y no á los sordos ídolos.

Mandó el Emperador al oír esta contestacion á los arqueros de Mauritania, dignos egecutores de las órdenes de este Juez, que asaeteasen al santo militar, lo que egecutaron al punto dejándolo por muerto: y una viuda Cristiana que habia llegado para sepultarle, viendo que aun respiraba lo llevó á su casa,

y con el cuidado logró su perfecta curacion. Procuraron entonces los amigos del Santo persuadirle á que se ocultase; pero él se sintió extraordinariamente inspirado para intentar por segunda vez aplacar el inconsiderado furor de Diocleciano contra los fieles. Las circunstancias eran en verdad las mas á propósito para esperar el mejor éxito de ellas: el Mártir á quien todos hacian muerto se presentó en un parage por donde habia de pasar Diocleciano sin falta, y así que le vió le suplicó fuese mas justo con unas gentes tan caritativas, aun respecto de los mismos que tenian por diversion el atormentarlos. Á vista de un hombre vuelto por decirlo así del otro mundo, quedó inmóvil el Emperador por algun tiempo; mas recobrando poco despues sus sentimientos antiguos de fiereza, hizo matarle á palos. Sin embargo que los pintores nos presentan por lo comun á San Sebastian como jóven, hay mas razon para creer según los antiguos monumentos, que murió en edad adelantada. Y desde el siglo séptimo en que por su intercesion se libró Roma de una epidemia espantosa, se acude con confianza al patrocinio de este illustre Mártir en los casos que ocurren de enfermedades contagiosas.

21. Fue mas glorioso el martirio de la Virgen Santa Inés por su temprana edad que por la delicadeza de su sexo, pues apenas rayaba en los trece años, y antes de poder tener fortaleza para sostener el combate, como dice San Ambrosio admirando su valor con todos los antiguos Doctores, ya tenia la

reflexion necesaria para lograr el triunfo. Acompañaba una hermosura que era la admiracion de Roma á todos los favores de la fortuna y del nacimiento de que Dios la habia colmado: solo ella se mostraba indiferente á una prenda tan envidiable, y ponía solamente sus miras en agradar al divino Esposo, á quien habia consagrado su virginidad aun antes de conocer el precio que ofrecia. No admitió por esto los obsequios del hijo del Prefecto de Roma que la pedia por esposa, y cuya pasion se trocó despues en una venganza mortal: pero los suplicios hicieron tan poca impresion en esta angelical doncella, como los artificios de la seduccion. Se la sentenció, vista su resistencia, á la pena mas cruel que pudiera sufrir su modestia, poniéndola desnuda en un lugar público: pero al momento la cubrieron todo su cuerpo sus propios cabellos, y comunicándose la pureza desde su corazon al de sus espectadores, en fuerza de otro mayor milagro, todos en general se sintieron en su interior avergonzados y penetrados de una saludable confusion; de modo que la santa vírgen no tuvo ya otra cosa que temer que la pérdida de su vida. Y aun el riesgo tan grande en que la veía, causaba menos impresion en su espíritu que en el de los que estaban presentes, anegados en lágrimas hasta su mismo verdugo; en tanto que la jóven heroína lejos de dar la menor muestra de dolor, esperaba con impaciencia el golpe de la muerte que al cabo recibió alegre y reconocida al Señor.

Santa Lucía, tambien Virgen y Mártir, en el dis-

curso de esta misma persecucion logró igualmente la corona del martirio en Siracusa de Sicilia, desde donde la fama de su singular fortaleza se extendió por toda la Iglesia.

22. Necesitaríamos muchos volúmenes si aspirásemos á recoger solos los hechos heroicos de los Mártires de aquella época. El Diácono San Vicente padeció él solo en Zaragoza su patria, lo que era suficiente para apurar las fuerzas y el valor de muchos; y fue menester una serie de milagros para que pudiese sobrevivir á los innumerables tormentos mortales con que le afligieron, antes de recibir el golpe de la muerte. Despues de tenderlo en un potro con tal crueldad que se le dislocaron y casi se le arrancaron todos sus miembros, le despedazaron las carnes con peines de hierro, hasta descubrirle los huesos y las entrañas. Pero su inalterable paciencia y la serenidad de su rostro hicieron subir de punto el furor del Juez Daciano; y echando la culpa á los verdugos, mandó azotarlos para que egerciesen su oficio con mayor violencia y crueldad. Hiciéronlo en efecto á medida de los deseos del tirano, castigando al Santo con nuevos brios hasta que se les cayeron los brazos de cansancio, y volviendo luego á comenzar con mayor esfuerzo, pero no con mas fruto; de modo que Daciano tuvo por fin que darse por vencido.

Á pesar de esto luego que recobraron aliento los verdugos echaron al santo Mártir sobre una cama de hierro hecho ascua y llena de agudas puntas de lo mismo: quemáronle tambien el lado del cuerpo que

no tocaba á aquella cama dolorosa, aplicándole planchas ardientes al pecho y á los muslos; y tiraban entretanto puñados de sal en el fuego, para que saltando penetrase por las heridas hasta lo mas íntimo de la carne. Hizo llevar Daciano desde allí al santo Mártir á un oscuro calabozo empedrado de cascos punteagudos, por encima de los cuales le arrastraron cruelmente para renovar el dolor de todas sus heridas á un mismo tiempo. Pero de repente iluminó la mazmorra un celestial resplandor, se oyó una música de ángeles, y no pudiendo los guardas resistir á tantas maravillas se convirtieron todos. Viendo el tirano que sus esfuerzos eran en vano, é ignorando qué resolucion tomar, como si envidiase al Mártir la gloria de morir en los tormentos, mandó le recostasen en una voluptuosa cama cubierta de flores. El generoso Atleta entonces no habiéndole atemorizado los garfios de hierro y los braseros encendidos, pidió al Señor la corona que le tenia prometida, y exhaló su espíritu apaciblemente.

No satisfizo su encono contra el cristianismo con este solo egemplar el tirano que abrigaba en su pecho tanta crueldad, y proporeionó la palma del martirio á una porcion innumerable de fieles de todas clases, edades y sexos, entre los que se hace particular mencion de diez y ocho tambien de Zaragoza, cuyas reliquias se depositaron en una misma sepultura. Cuasi todas las provincias de España veían correr la sangre de algunos de sus moradores en defensa de la fe, manifestando esta generosa nacion por tan

sublime causa, la fidelidad y acendrada fortaleza que la caracterizan (*).

(*) Dos autores protestantes se empeñaron en sostener que la persecucion décima escitada por Diocleciano y Maximiano, no llegó á tocar las provincias Españolas. Para esto se forjaron que no gobernaba la España por estos tiempos Daciano, sino Constantio, padre del grande Constantino. Pero este mandó solo en las Galias, sujetas entonces á Maximiano Hercúleo, como se ve en Víctor y Lactancio (ó cualquier otro que fuese el autor del libro de *mortibus persecutorum*). Daciano inundó en aquella persecucion la España de sangre, y aunque no hubiera otros testimonios, bastarian para demostrarlo los monumentos de la siempre fiel Zaragoza. Ella cuenta las victorias de sus innumerables Mártires, los triunfos de los diez y ocho compañeros, cuyos nombres refiere el poeta Prudencio, la constancia y fortaleza de Santa Engracia, vencedora de los tormentos y de la muerte, y el glorioso martirio de San Lamberto. Pero entre todos elevan sus frentes coronadas con la diadema inmortal San Vicente Diácono y San Valero, Obispo de aquella Ciudad.

La brevedad de anotadores no nos permite estendernos tanto como quisiéramos en engrandecer y celebrar á esta turba de invictos Mártires, en que ninguna ciudad, sino es Roma ó Cartago, puede competir con Zaragoza. Se duda primeramente si fue el santo Diácono natural de Huesca, ó de Valencia ó de Zaragoza. El continuador de Florez, comentando á Prudencio, pretende que fue su patria Zaragoza. La opinion mas comun induce á creer que fue de Huesca: y ésta es la nuestra, sin que por ello pretendamos formar partido.

El autor fija al parecer el lugar del martirio de San Vicente en la ciudad de Zaragoza; pero aunque sea cierto que allí fue apresado el santo Diácono con su Obispo, tambien lo es, que ambos fueron conducidos á Valencia, siguiendo á pie y maniatados, á guisa de malhechores, al tirano que pasaba de la capital de Aragon á la del Reino de Valencia: y en esta última ciudad fue donde padeció todos los tormentos y la muerte, en los lugares que aun hoy dia se conservan en veneracion. Despues

Los Cristianos de África, de Iliria, de Panonia, de las provincias Germánicas, y de los pueblos mas bárbaros, mostraron tambien á porfía su fervoroso celo por la verdadera Religion. Santa Afra, en Augusta de Recia, hoy Amburgo, dió al mundo un egeemplo tan ilustre como imprevisto: esta muger hasta entonces dada á todos los placeres del cuerpo, entró súbitamente dentro de sí misma, y logró la palma del martirio, despues de haber sufrido las pruebas mas terribles y mas capaces de seducirla.

23. Hasta entre las gentes del teatro se dignó el

de muerto fue arrojado su cadáver fuera de la ciudad en el mismo parage en que se ve ahora edificada una capilla en su honor fuera de la puerta de su nombre; allí por divina disposicion un cuervo le defendió de las fieras, lo que sabido por Daciano, mandó que puesto en un esquife lo echasen en alta mar. Pero Dios que promovia la gloria de su Sauto hizo que las aguas le sacasen á la orilla, y entonces los Cristianos le dieron honrosa sepultura.

Mas difícil es señalar las épocas de sus martirios. Nosotros esplicaremos el parecer del docto P. Manuel Rico, el cual dice: *To tengo por mas verdadero que Daciano primeramente arrestó á San Valerio y su Diácono: despues quitó la vida á los diez y ocho y atormentó á la Virgen Engracia, y últimamente á la innumerable multitud solo á Dios conocida.*

San Valero no fue tan maltratado como su Diácono, aunque le hicieron viajar en su edad decrepita, y le tuvieron aprisionado. Su Patria fue Zaragoza, á pesar de las pretensiones de algunos; ignórase el año y lugar en donde acabó sus dias. En las actas de Ruinart se dice que fue desterrado á un lugarcillo llamado Enet (Annetum en latin) cerca de Graus y Roda en la márgen del Cinca: Otros dicen que murió en Zaragoza el 310 ó 315. Su firma se halla entre los Obispos que asistieron al Concilio de Elcira. Véase el tomo 30 del P. Manuel Rico.

Señor escoger algunos panegiristas de su glorioso nombre. En Roma, á cuya capital se habia restituido Diocleciano para disfrutar los honores de su triunfo, despues de lograr algunas ventajas sobre los Persas, se celebraban regocijos y funciones públicas. Creyó el comediante Ginés que no habia modo mejor de divertir á aquel impio pueblo, que remedando las ceremonias del bautismo de los Cristianos; dejóse ver echado en la escena, como si estuviese enfermo de gravedad, y pidió que le bautizaran para morir descansado. Entonces comparecieron otros dos histriones vestidos uno de Sacerdote y otro de Exorcista, y acercándose al fingido enfermo, le dijeron: *¿para qué nos has llamado, hijo mío?* Ginés sintió en aquel mismo momento mudado su interior, y respondió muy sereno: *porque quiero recibir la gracia de Jesucristo, y lograr el perdon de mis pecados por medio de la santa regeneracion.* Creían todos que seguia haciendo su papel; practicáronse las ceremonias del Sacramento, y luego que le pusieron los vestidos blancos, un piquete de tropa le prendió, continuando la farsa, y le presentó al Emperador para que le interrogase como á los Mártires. Ginés, sirviéndose entonces de la facilidad natural que tenia en producirse, con un gesto y un tono de inspiracion, pronunció el siguiente discurso desde el mismo parage en que estaba.

„Emperador y cortesanos, Senadores, plebeyos, Ordenes y clases de la escelsa Roma, oidme todos; antes de ahora, cuando oía yo proferir el nombre de Cristo, me amedrentaba, y no pudiendo hacer

otro, ultrajaba á todos los que profesaban esta Religion; desconocí á muchos de mis parientes y amigos por ser Cristianos; y detestaba su Religion hasta el extremo de procurar saber exactamente sus misterios, como todos visteis, solo con el objeto de poder satirizarlos mejor en la escena. Pero en el momento en que la agua del bautismo lavó mis carnes, mi interior se mudó súbitamente, y á la pregunta que se me acaba de hacer, he contestado con la mayor sinceridad, que creía en Jesucristo. Ví al mismo tiempo una mano que se alargaba desde lo alto de los cielos, y muchos ángeles brillantes como el sol, que despues de leer en un terrible libro todos los pecados que yo habia cometido desde mi infancia, los borraron inmediatamente, y me enseñaron despues el libro mas blanco que la nieve. Ahora pues, magnánimo Emperador, y vosotros espectadores de todas clases, pues que nuestros juegos sacrilegos os han excitado á hacer burla de estos misterios divinos, creed conmigo (yo que soy el promotor de vuestra risa, y por lo mismo me reconozco mas delincuente que vosotros), que Jesucristo es el solo Señor digno de nuestras adoraciones y de nuestros holocaustos, y daos traza, como yo, á merecer su misericordia.” Enfurecido á la par que sorprendido el Emperador Diocleciano, ordenó por entonces apalea cruelmente á Ginés, y despues lo entregó al Prefecto Plauciano, mandándole que le obligase á sacrificar á los ídolos.

Valióse el Prefecto de cuantos medios violentos le dictó su malicia; pero el santo Confesor respondia

siempre estas palabras: *no hay Señor comparable al que poco ha se me ha aparecido; yo le adoro y le venero con toda mi alma, y aunque perdiese mil vidas, nada en el mundo bastará á separarme ya de su servicio, ni habrá tormentos que me quiten á Jesucristo de la boca y del corazón: mi solo pesar es haber estado tanto tiempo separado de su gracia, y haber comenzado tan tarde á servirle.* Así se valia de las circunstancias para reparar el escándalo que habia dado con sus blasfemias, y comunicar su arrepentimiento á todos los que le oían; como en efecto se notó que no era infructuosa su elocuencia y mandaron degollarle al punto. Tiene mucha semejanza esta historia con la de San Gelasio, que fue apedreado en Heliópolis de Fenicia.

24. Mas por otra parte olvidaron su obligacion principal en África y en Numidia, poniendo en manos de los Príncipes idólatras los vasos sagrados y las santas Escrituras (que mandaban buscar por do quiera para entregarlas á las llamas), algunos Cristianos que tenían un motivo particular de fervor y constancia en su creencia, diversos empleados en el santo Ministerio, y aun algunos pocos Obispos. Este es el crimen de los indolentes Ministros llamados *Traditores*, á los que castigó la Iglesia con muy rigurosas penitencias.

25. Se condujo Mensurio, Obispo de Cartago, de un modo mas digno del sucesor casi inmediato de San Cipriano: mudó de parage ó guardó con cuidado los sagrados libros, y con su astucia y el celo por su

Religion, dejó en la nueva Basílica, una de las Iglesias principales de la ciudad, todos cuantos escritos de los hereges pudo reunir, de los que luego que se apoderaron los ministros de la persecucion, nada mas le exigieron. Bien es verdad que con el tiempo llegó á noticia del Procónsul esta substraccion, y á pesar de esto no quiso por entonces se hiciesen mas pesquisas: pero habiendo acusado despues á un Diácono de Cartago de haber escrito contra el Emperador, y refugiándose en casa del Obispo, se mandó á este que lo entregase, amenazándole, si lo negaba, de ser remitido él mismo á Roma á responder de sus proceder; como se hizo, por haberse negado á entregar al Diácono. Ocupaba mas á Mensurio el cuidado de su Iglesia que el suyo propio; y así encargó cuanto habia de valor en aquella á algunas personas abonadas y seguras, con orden de entregar aquel depósito á su sucesor en el Obispado, si él no volviese: y despues empezó tranquilamente su viage para la capital del Imperio. Mas este orador tan sabio como celoso Pastor, defendió tan elocuentemente su causa en el tribunal superior, que fue remitido segunda vez á su Silla absuelto de toda sospecha, y murió antes de llegar á Cartago.

26. Fue causa de mucho escándalo en la Iglesia la infidelidad de los Traditores, y así que se tranquilizaron un poco las cosas en África, tomaron disposiciones los Obispos para contener y castigar la prevaricacion. Los de Numidia se reunieron en número de once á doce, en la ciudad de Cirta, capital de

aquella provincia; y entre estos pocos hubo algunos encenagados en algunos vicios muy estraños en aquellos primeros tiempos. Fue acusado Purpurio de Lima, de haber dado la muerte á dos hijos de su propia hermana; él no se defendió, pero denunció como Traditor al mismo Presidente del Concilio, Segundo de Tigrista: y estas mútuas acusaciones fueron causa de que no se hiciese recta justicia, porque era de temer otro mal peor; y así se concedió el perdon á todos los que habian entregado á los infieles las Escrituras, que eran sin duda muchos.

Celebraron por el mismo tiempo los Obispos Españoles, en número de diez y nueve, un Concilio en Elvira, ciudad que parece estuvo situada cerca de Granada, adonde despues se trasladó la Silla Episcopal. Los rigurosos cánones que se dictaron en este Concilio contra los fieles acusados de idolatría, pudieran hacerle sospechoso de Novatismo, si no le viésemos citado con encomios en el de Sárdica y en otros Concilios posteriores. Y en verdad ¿cómo se podría sospechar del célebre Obispo Osio, que ya habia hecho una confesion tan brillante de la fe, de San Valero de Zaragoza, aquel ilustre Confesor comparable solo á su Diácono San Vicente, con el que fue apriornado, y de una multitud de otros Padres de Elvira, todos de conducta egemplar? Prohibióse en este Concilio dar ni aun en el artículo de la muerte la comunión, á saber, la Eucaristía, que era la señal de una reconciliacion completa y perfecta á los fieles que hubiesen idolatrado ó cometido ciertos pecados

enormes que daban motivo para mirar como idólatras á los delincuentes, particularmente si lo eran por hábito: mas se trataba con mayor indulgencia á los catecúmenos, á los que llama el Concilio Cristianos, siendo así que no llama fieles sino solo á los que habian recibido el bautismo. Túvose este remedio por necesario, pues la disciplina empezaba á descaecer en España. Por el contrario, los Concilios de Cartago creyeron conveniente usar de mas benignidad, y Roma aprobó sus resoluciones.

Sin embargo el Concilio Ecuménico de Nicéa, que desvanece estas aparentes contradicciones, ordenó como aquellos, que se concediese la paz á los moribundos siempre que constasen al Obispo por medio de un exámen particular sus buenas cualidades, y bajo condicion, si se recobraban, de no comunicar con los fieles sino en la oracion. Y para valernos de las espresiones mismas de aquella venerable asamblea, manda terminantemente ⁽¹⁾, que á cualquiera persona, sin escepcion, que en riesgo próximo de muerte solicite participar de la Eucaristía, se la conceda el Obispo, despues de las debidas pruebas. No se contenta con que den al enfermo el Viático necesario, ó la absolucion sacramental, como lo entiende el primer Concilio de Orange; quiere tambien que no se les prive de la Comunión, á saber, de la comunicacion de todos los bienes espirituales, de los que el mas precioso es la Eucaristía: y aun solo para este fin es para lo que se requiere el exámen del Obispo,

(1) *Concil. Nicen. can. 13.*

que efectivamente fuera muy duro exigirlo de antemano para la absolucion en riesgo de muerte, en que muchas veces es imposible. De lo que se infiere que cuando en la antigüedad, y aun en el Concilio de Elvira, se negaba la paz á los moribundos, no se les privaba por eso de la absolucion sacramental; y el Concilio Niceno nos lo demuestra bien claramente, cuando al mandar que no se prive á los moribundos del Viático necesario, ó de la absolucion sacramental, dice con palabras terminantes; que esta es la ley antigua y canónica (1). Y efectivamente ¿quién se persuadirá que la Iglesia, una madre tan tierna de los fieles, haya podido abandonar jamás á muchos de sus hijos, y en especial en aquellos tiempos de afliccion? ¿O podrá creerse que fondearon bien todo su espíritu los rigoristas, cuando hablan de la denegacion de la paz ó de la penitencia, diciendo con frialdad, que la Iglesia en estos casos abandonaba los pecadores á la misericordia de Dios?

27. El Concilio Iliberitano, el mas antiguo de cuantos nos dieron cánones de disciplina, es acreedor á nuestra atencion en particular acerca del punto del celibato y pureza del Clero. Manda á los Obispos, á los Presbíteros, Diáconos y Subdiáconos, en el cánón trigésimo tercero, que se abstengan de sus mugeres; cuya ley general se puede creer no fuese nueva si se atiende á la importancia de la materia. Y en efecto ¿cómo hubiera podido tener tanta autoridad un corto número de Obispos Españoles, si la costumbre fuese

(1) *Conc. Nicen. can. 3.*

contraria? Era por tanto su mandato una confirmacion de la ley comun, que se observaba desde tiempo inmemorial por los Ministros de los altares, mas bien en fuerza de una tradicion Apostólica, que por alguna ley terminante.

Y aun el deseo eficaz de promover una virtud tan delicada como la castidad, impulsó á los Padres del Concilio de Elvira para que vedasen á todo Eclesiástico tener en su compañía persona alguna del otro sexo, á escepcion de su hija ó hermana, y esto siendo vírgen ó consagrada á Dios, para evitar toda sospecha. El mismo Concilio veda igualmente que se ordene en una provincia á los sugetos bautizados en otra, y que se deje dinero en las fuentes bautismales al tiempo de recibir el bautismo, para evitar que el santo Ministerio presente la menor vislumbre de interés. Prescribe tambien que el Cristiano residente en una ciudad, que por tres Domingos seguidos no vaya á la Iglesia, quede en penitencia escluido de ella por igual tiempo; y que cualquiera que intempestivamente tire por tierra ó destruya los ídolos, y por este motivo reciba allí mismo la muerte, no se le cuente en el número de los Mártires.

Hállase además en estos cánones el origen de la prohibicion á los Clérigos de egercer el tráfico; bien que no se les prohíbe toda especie de trato, sino solo negociar fuera de su provincia y seguir en persona las ferias y mercados; porque la necesidad é indigencia de las Iglesias motivaban estas condescendencias. Otro cánón del Concilio de Elvira manda que no se

hagan pinturas en las Iglesias, lo que parece á primera vista no fácil de interpretar, porque la doctrina que observa la Iglesia desde el origen de los Iconoclastas, debe haber sido la misma en los tiempos mas lejanos. Pero se añade la razon de mandarlo así, y es para évitarse que se pinten imágenes en las paredes; porque en aquellos tiempos de calamidad era de temer que si sobrevenia una persecucion repentina é intempestiva, no podrian libertarse de la impiedad y furor de los idólatras las santas imágenes que hubiese puestas en las tapias, y se espondrian á ser profanadas. Tal es cuanto hay mas digno de atencion en el Concilio de Elvira, uno de los primeros que distinguen entre la excomunion y el anatema: la primera la juzga como la privacion con límites de la comunión, respecto del pecador á quien se espere corregir por este medio: y el anatema como la separacion perpetua del gremio de la Iglesia de un incorregible, al que por esta sentencia se le pone en la clase de los infieles.

28. Era mas furiosa que nunca en el Oriente la persecucion; porque Galerio que habia podido cautelosamente tomar cierto poderío sobre Diocleciano, y por otra parte era señor inmediato de muchas grandes provincias, y soberano en otras, se daba abiertamente y sin reserva á todas las atrocidades que le dictaba su odio al cristianismo. Pocas veces quedaba satisfecho con mandar solo quitar la vida; una muerte regular era el beneficio mayor que podian esperar de él los Confesores; y por crecido que fuese el

número de las víctimas, apenas eran suficientes á saciar su ferocidad. Era necesario para complacerle que los suplicios fuesen tan rigurosos como repetidos y duraderos, y contraía un gran mérito con él cualquiera que inventaba alguno nuevo; egecutándose siempre los que causaban los dolores mas prolongados y al mismo tiempo mas crueles.

No era ya costumbre esponer, como antiguamente, los Cristianos á las fieras, si antes no les ensangrentaban todo el cuerpo con crueles azotes. Tenian por una muerte muy dulce que los arrojasen al mar, y antes de hacerlo ponian al paciente en un saco de cuero, con un perro y una víbora; cuyo castigo estaba desechado por sobrado bárbaro aun con los paricidas. Valíanse de cascos de vasijas quebradas en lugar de uñas de hierro, con el fin de despedazarles el cuerpo con mayor lentitud hasta que espirasen. Ataban á las mugeres por un pie y las alzaban en el aire con cierta máquina de modo que quedaban afrentosamente colgadas con la cabeza abajo; y se empleaban otros mil artificios infernales para atormentar con su propio pudor y virtud á los que luego se mostraban impávidos al terror. Ataban á muchos por los pies á dos árboles que reunian con violencia á fuerza de máquinas, y soltándolos despues se llevaba cada uno, al tomar su natural posicion, los miembros del Mártir que iban ligados á sus ramas: y á otros cortaban las narices, las orejas, los dedos de los pies y de las manos, y sucesivamente las demás partes del cuerpo. Quemábanlos en algunas ciudades á fuego len-

to, ó mas bien los cocian vivos y añadian el escarnio á la barbaridad, sazizando su carne con sal, vinagre y toda clase de ingredientes. Vertian en otras partes plomo derretido por las espaldas ó en el seno de los hombres y mugeres, y les hacian padecer otras indignidades tan infames y horribles que el pudor nos obliga á pasarlas en silencio.

Por fin una vez mandaron reventar el ojo derecho y cortar el jarrete izquierdo á una prodigiosa multitud de Cristianos, y luego los remitieron á trabajar á las minas, dejándoles solo por crueldad un miserable resto de existencia, mil veces mas aborrecible que la muerte. Otras veces los tiranos por capricho ó por impaciencia variaban sus gustos, sacrificando una multitud de víctimas á un mismo tiempo para que no llegaran á fastidiarles las crueldades prolongadas y crueles que continuamente egecutaban. Eusebio y Lactancio cuentan que toda una ciudad de Frigia fue entregada á las llamas, con mugeres y niños, porque sus habitantes eran Cristianos; aunque es cierto que se permitió salir á los que quisiesen; mas como las circunstancias eran tales que daban motivo á sospechar de la fe de los que se retiraban, todos sin escepcion alguna prefirieron morir en el incendio. Eusebio añade que fueron tantas las cabezas que se cortaron en un solo dia, que se enmohecieron las espadas; y los verdugos, cansados de degollar, apenas pudieron acabar la egecucion relevándose á menudo unos á otros.

29. Sufrieron todos los tormentos mas execrables

que puede discurrir la crueldad mas rabiosa los Santos Taraco, Próbo y Andrónico, mártires de Cilicia: los azotes, las uñas de hierro, los garfios afilados, las planchas encendidas, el vinagre y la sal vertidos en las heridas, los vahos pestíferos; en una palabra, todas cuantas inhumanidades se egecutaron sucesivamente con todos los Mártires, las vemos juntas contra estos tres héroes del cristianismo. Mandó el tirano que le siguiesen de ciudad en ciudad, haciéndoles sufrir hasta cuatro veces los tormentos mas rigurosos: y los intermedios que pasaban en las cárceles eran para ellos suplicios aun mas insoportables. Y no solo no pudo vencer su constancia, sino que le respondieron con tanta firmeza de ánimo, con tanta fuerza y presencia de espíritu, y aun con un aire de desprecio ó de autoridad, que en vez de mostrar flaqueza, parecia que daban en el extremo contrario si la entereza divina de sus contestaciones no demostrase que el Espíritu Santo hablaba por su boca. En cuatro partes están divididas las Actas de estos santos Mártires, de las cuales las tres primeras que contienen los interrogatorios son copias literales de los procesos que un soldado sobornado con dinero habia comunicado á los fieles; y la cuarta parte que trata de su muerte es obra de los Cristianos que presenciaron su triunfo.

30. Prendieron á Julita, de familia muy ilustre, en la capital de la misma provincia de Cilicia, y la hicieron padecer toda clase de infamias; y su hijo que llevaba consigo, de solos tres años de edad, lloró tiernamente al ver correr la sangre de su madre,

por lo que el Juez mandó que se lo llevasen y le hizo callar con caricias. Pero Ciro ó Círico, que era el nombre del niño, alargando á su madre los brazos y abalanzándose á ella con todas sus fuerzas, se echó á diestra y á siniestra, dió traza á desasirse del Gobernador, le dió continuos golpes con sus pies, le arañó el rostro, y dió á imitacion de su madre, que era Cristiano. Arrojárlo entonces el brutal Magistrado tan ferozmente al suelo desde lo alto de su tribunal, que estrelló la cabeza del niño Mártir, de modo que los sesos quedaron pegados á las gradas, y todo aquel lugar se regó de su inocente sangre. Dió gracias á Dios la madre de Ciro por tan grande beneficio, y poco despues la degollaron.

31. Era el santo mártir Barlaám (que tuvo por panegiristas y admiradores á San Basilio y San Juan Crisóstomo) un simple pastor de Capadocia, cuya firmeza de espíritu triunfó de los movimientos mas naturales, no menos que de las astucias de todos los tiranos. Pusiéronle por fuerza el brazo en el altar de los ídolos, y estendiéndole la mano le llenaron la palma de incienso y de carbones encendidos, con el objeto que meneando la mano por la fuerza del dolor, cayese el incienso sobre el brasero dispuesto de intento, y pudiesen decir los infieles que lo ofrecia en honor de los ídolos. Pero Barlaám tuvo la firmeza de no mover el brazo, hasta que los carbones que tenían cuidado de soplar y renovar de cuando en cuando, le agujerearon la mano y cayeron al suelo por la herida. Espiró el santo Mártir en este tormento; lo

que no solo da á entender la violencia de los dolores que padeció, sino el heroismo de su fe, incomparablemente mayor que los horrores de la muerte.

32. Á un hombre totalmente entregado á los deleites de la carne que se llamaba Bonifacio, y estaba amancebado con una dama Romana llamada Aglae, hija de un Procónsul y poseedora de un pingüe patrimonio, comunicó igual fortaleza la virtud de Jesucristo (1). Pasados muchos años de vergonzoso comercio, Aglae tuvo la devocion, bien estraña en una persona de su conducta, de enviar á buscar al Oriente reliquias de Mártires; y pidiendo á Bonifacio que desempeñase en persona la comision, la dijo este chanceándose al tiempo de ponerse en camino: *por lo ménos si os trajesen mis propias reliquias, tened cuidado de guardarlas con respeto.* Á pesar de esta ligereza, Bonifacio en el viage hizo mil sérias reflexiones que concluían con esta: „mucho me convendria entrar conmigo y hacer algunas obras de penitencia; pues aunque reconociéndome indigno, voy sin embargo á encargarme de las reliquias de aquellos defensores de una doctrina que gracias al cielo no estoy muy distante de abrazar.”

Se dirigió con estas consideraciones á la ciudad de Tarso, capital de la Cilicia, donde esperaba encontrar con facilidad lo que iba buscando; y en efecto no se engañó, y halló una espantosa carnicería de aquellas santas víctimas. Uno estaba pendiente cabeza abajo sobre un brasero encendido: otro tenia

(1) Amon. pag. 332. Vales. ad lib. 27.

dislocados los miembros en fuerza del ecúleo y otras máquinas. : otro estaba cosido al suelo con un palo que le atravesaba el cuello : á otro acababan de serrarle por la mitad del cuerpo : por último habia veinte Cristianos atormentados á un mismo tiempo de diversas maneras. En tan grande espectáculo se dejó llevar Bonifacio de todos los afectos que le dictaba la gracia que obraba en él. *¡Qué grande, exclamó, es el Dios de los Mártires! Os pido con encarecimiento, ó soldados de Jesucristo, que rogueis por mí para que tenga parte en vuestras batallas y victorias;* y al pronunciar estas palabras se postró á sus pies, besando con religiosa veneracion sus heridas y sus cadenas. El Gobernador que presidia en persona á la egecucion, preguntó quién era aquel atrevido que parecia insultar su autoridad; y Bonifacio, á quien nada podia arredrar, fue al punto sentenciado á padecer toda especie de tormentos; le clavaron agudas espinas por bajo de las uñas, le pusieron en la boca plomo derretido, y le arrojaron en una caldera de pez hirviendo. Lloraba de compasion el pueblo testigo de estas atrocidades, y en vez de aplaudir tan grande tiranía, mostraba la mayor indignacion contra el Magistrado que la autorizaba; porque ya era otro tiempo muy diverso de aquel en que todo el universo parece que se habia conjurado contra el Omnipotente y su precioso Hijo. Así que comenzaron á conocerle, no pudo menos de mitigarse el odio general que le profesaban; y aunque el infierno hacia los postreros y mas grandes esfuerzos contra la doctrina de la salvacion,

los hombres abrian los ojos á la luz que les conducia por la senda verdadera. Aunque se contentaban los Cristianos con llorar sin propasarse á la menor violencia, sentian vivamente este proceder del Gobernador: pero los Gentiles prorumpieron en amenazas, gritando despues con mayores voces que los fieles: *¡qué grande es el Dios de los Cristianos! ¡qué poderoso es el Dios de los Mártires!* Echaron al punto por tierra el altar, y se armaron de piedras contra el Juez impio, el que se retiró atemorizado y al dia siguiente mandó cortar la cabeza á Bonifacio. Pronto llegaron á manos de Aglae las reliquias de este nuevo Mártir, y repartiendo todos sus bienes entre los pobres, pasó lo restante de su existencia en la soledad entregada á los egercicios de la penitencia (*).

33. En la décima persecucion, la Iglesia Romana como toda la Italia no fue la que menos padeció, distinguiéndose entre todos los Cristianos que sufrieron el martirio en aquel tiempo, el ilustre Obispo de Benevento, San Genaro y sus colegas. Aunque la historia escrita mas de seis siglos despues que sucedió no puede tenerse por una autoridad terminante; sin embargo la veneracion de todo un pueblo que la cree autorizada por un milagro perpetuo, no deja duda de la verdad de este memorable triunfo, ni de la

(*) Las reliquias de este santo Mártir fueron trasladadas en el siglo diez y siete desde Roma al Convento de Dominicos de Luchente en el Reino de Valencia, y algunos años despues á la Parroquial Iglesia de la villa de Carcajente, donde es venerado como Patron principal.

magnanimidad extraordinaria del héroe que lo consiguió (*).

(*) Por este tiempo, y durante la cruel persecucion de Daciano en España, Alcalá de Henares tuvo la gloria de enviar dos Mártires al cielo en los dos inocentes niños Justo y Pastor, que de edad de nueve años, habiendo oido que Daciano llegó á su ciudad para egecutar las órdenes de Diocleciano, arrojando las tablillas de que usaban para escribir en la escuela, salieron de ella y se presentaron al Gobernador, diciendo en alta voz que eran Cristianos. Mandólos azotar, como á niños que eran; mas permaneciendo constantes y firmes, avergonzado el tirano los hizo degollar, y así murieron en el mes de Agosto. La Iglesia celebra su triunfo el 6.

Sin grave injuria de nuestra Patria y Religion, á cuya gloria incomparable hemos visto concurrir los varones esforzados con los inocentes niños y delicadas vírgenes, no podemos omitir en este lugar la memoria de las dos Eulalias, una de Mérida y otra de Barcelona, y de Santa Julia compañera de la de Mérida, las cuales murieron gloriosamente por la fe y virginidad en esta misma época.

El Mtro. Florez en los tomos 13 y 29 de su España sagrada, prueba y convence que las dos Eulalias fueron distintas y no una misma como algunos han pretendido, atribuida á las dos ciudades. La primera nació en Barcelona á fines del siglo tercero de padres nobles y Cristianos, que con motivo de la persecucion se habian retirado con ella á una casa de campo no lejos de Barcelona. Pero luego que llegó á sus oidos el edicto imperial publicado contra los discípulos de Jesucristo, abandonó su casa, y sin dar parte á su Padre, se presentó á Daciano, quien le preguntó ¿quién era? *Yo soy Eulalia (le respondió) sierva de Jesucristo, único Rey de los Reyes, en cuya confianza no temo penas, ni tormentos, ni la muerte.* Al punto mandó azotarla cruelmente, y en medio del tormento, le dijo el Gobernador, que la perdonaria si sacrificaba á los dioses del Imperio. La Santa se burló de su oferta, é irritado el Juez mandó estenderla en el ecúleo y rasgar sus costados y todo el cuerpo con garfios y uñas

34. Tienen igualmente por Mártir diversos autores al Santo Papa Cayo, que en el año 283 habia sucedido á Eutiquiano; pero hay monumentos mas

de hierro. La hizo despues suspender de un madero, al cual aplicaron haces de leña encendida. Las llamas al principio se volvieron hácia los verdugos; mas orando la Santa Virgen á Dios, que no la negase la corona, el fuego la sofocó. Llevó Daciano su furor mas allá de la muerte, é hizo que su cuerpo, desnudo como se hallaba, perseverase colgado en el madero para pasto de las aves y confusion de los Cristianos. Pero el cielo no faltó con prodigios, y comenzó á caer nieve que como de un lienzo cubrió sus carnes virginales; hasta que despues de tres días recogieron los fieles su cuerpo y embalsamándole fue enterrada honrosamente.

La Eulalia de Mérida, capital de la antigua Lusitania y hoy comprendida en la Estremadura, fue sentenciada á muerte por Calpurniano, que gobernaba la provincia, y la acompañó en el martirio Santa Julia.

Debemos añadir á estas heroínas á Santa Leocadia, á quien los Padres del Concilio Toledano V. dan el título de Confesora: incitada é inflamada con el ejemplo de las dos Eulalias, ardía en vivos deseos de padecer el martirio. Fue presa y puesta en la cárcel por Daciano, en la cual murió confirmando sus ansias de morir por la fe cristiana.

Son tambien célebres los martirios de los Santos Hemeterio y Celedonio, que abrasados con la llama del amor divino sufrieron en la ciudad de Calahorra el mas glorioso combate, y despues de tormentos inauditos fueron degollados en 3 de Marzo. Siguiéron á estos los Santos Acisclo y Victoria á quienes Dion, enviado á España por Diocleciano, dió cruel muerte mandando asaetear á Santa Victoria, y cortar la cabeza á San Acisclo despues de haberlos atormentado inhumanamente; y consiguieron la corona el 17 de Noviembre. El Mtro. Florez tom. 10 trat. 32 cap. 60 pág. 263. Por este mismo tiempo fueron martirizados San Felix de Gerona y San Cucufate, con otros, que seria imposible referir.

antiguos que nos inducen á creer que solo fue Confesor. Se pretende tambien que era pariente del Emperador Diocleciano, y que animó á padecer el martirio á Gabinio, sobrino de Diocleciano, y á Susana, hija de Gabinio. No le halló la política al Emperador Galerio, despues de la muerte de su primera muger, otra esposa mas á propósito que Susana, que como llevamos dicho era de la sangre imperial: pero habiendo elegido por esposo á Jesucristo, ninguna consideracion fue suficiente á hacer mudar de resolucion á aquella virgen heroica, que no solamente prefirió mantenerse obscura, sino tambien sufrir una muerte violenta, á ser Soberana del mundo. Fue tambien comprendido en la proscripcion su padre Gabinio, solo por haber dado asenso á aquella constancia religiosa; y el Papa Cayo, á quien se tiene por hermano de Gabinio, hizo cuanto pudo para alentar el valor del padre y de la hija; aunque no fue preso y vivió un año mas, á saber, hasta el dia 22 de Abril del año 296.

35. Le sucedió Marcelino en el Pontificado despues de dos meses, y gobernó ocho años la Iglesia. Se han contado mil fábulas absurdas de este Papa, las que se destruyen por sí mismas, á causa de los anacronismos é inverosimilitudes de que están llenas. Y en verdad ¿qué sana crítica podrá permitir que se haga comparecer á este Pontífice ante un Concilio celebrado en Siracusa, y compuesto de trescientos Obispos, á pedir perdon de sus pretendidas idolatrías? ¿Cómo hubieran podido reunirse tantos Prelados, cuando es-

estaba en su vigor la mas violenta de todas las persecuciones, siendo así que en el tiempo mas apacible de la Iglesia rara vez pudieron juntarse un número tan crecido? Eusebio, de cuya exactitud no puede sospecharse que omitiese un hecho tan considerable, no hace siquiera mencion de él; y la historia de Teodoro nos da otra prueba mayor de esta calumnia, pues habla espresamente de Marcelino, y de la persecucion en que se quiere que idolatró, y afirma por el contrario que el Papa se señaló en ella por una constancia y un valor dignos de envidia. Contra el Donatista Petiliano y los sectarios de su tiempo sostuvo formalmente San Agustin la falsedad de esta calumnia: pues respecto á los primeros Donatistas nunca echaron en rostro á la Iglesia este pecado de su Cabeza, siendo así que para sostener su mala causa ponian el mayor cuidado en mirar los defectos de los Prelados Católicos, y principalmente de los Pontífices; esta reflexion es poco menos que convincente. Pero dejando aparte el origen de esta imputacion falsa, es cierto que todos los historiadores así hereges como ortodoxos, convienen en que el Papa Marcelino finó santamente su vida. Estuvo vacante la santa Sede por mas de tres años y medio, despues de su muerte, que parece fue por medio del martirio; tan peligroso era subir á ella por la implacable crueldad de los tiranos.

36. Habia sido muy feliz el reinado de Diocleciano antes que se declarase contra la Iglesia: empero desde que principió á perseguirla, todos los incidentes

parece se aunaron para humillar aquel espíritu soberbio, á quien llegó claramente el rigor de la justicia del divino Hacedor. Alteróse su salud de una manera que le hizo perder toda su autoridad; la razón le abandonó casi enteramente, no quedándole mas que la necesaria para conocer lo horroroso de su triste situación; y el público no solo abrió los ojos para conocer todas sus faltas naturales, sino que esplicó libremente lo que pensaba respecto de ellas. Estando en Roma aquel viejo sórdido y aborrecible, el pueblo le echó en rostro su avaricia en medio del circo, de un modo tan chocante, que enfurecido vivamente el Príncipe, sin reparar en lo frio de la estacion, se puso al punto en camino para regresar á Nicomedia, donde acostumbraba residir. Acometióle allí una hipochondría que le iba poco á poco consumiendo; abandonóse enteramente al humor atrabiliario que le devoraba, tomó el partido de no dejarse ver, y corrió la voz de que era muerto. Trasládose Galerio, con estos rumores, en diligencia desde Antioquía á Nicomedia, y al ver á Diocleciano tan abatido le dijo claramente, que era preciso abandonase el Imperio. Asombró la proposicion al orgulloso viejo; pero Galerio amenazó, y Diocleciano tuvo por fuerza que rendirse á su voluntad. Vióse Maximiano Hercúleo en la dura necesidad de abdicar igualmente, y los dos Césares, Galerio y Constancio, fueron creados Augustos el mismo dia, que era el 1.º de Mayo del año 305. Nombráronse al propio tiempo dos nuevos Césares; y hasta en esto se echó de ver el ningún caso que se

hacia de Diocleciano, pues queriendo que se nombrase á Majencio y Constantino, hijos de Maximiano y de Constancio, hizo Galerio que se confiriesen estas dignidades á Severo, conocido por sus embriagueces y desórdenes, pero muy querido suyo, y á su sobrino Maximiano, que se llamaba antes Daza ó Daia, y hacia muy poco que estaba guardando ovejas.

Inútilmente representó Diocleciano la incapacidad de estos dos sujetos, pues aunque Galerio lo sabía, las intenciones que llevaba así del estado como de la religion no podian verificarse con otros compañeros menos despreciables, y queria poner en el gobierno sujetos que con el tiempo viniese á parar en él la suprema autoridad. Segun este plan, un Dacio llamado Licinio, aventurero y de bajo nacimiento, pero muy amigo suyo, y Severo, habian de ser los dos Augustos; su hijo Candidiano, que apenas tenia nueve años, y Maximino, los dos Césares; y los cuatro juntos los baluartes de su soberanía, á cuyo abrigo queria el tirano pasar soberbia y tranquilamente su senectud. A pesar de esto temia que Constantino, hijo de Constancio Cloro, jóven de esperanzas, aspirase al elevado puesto á que por tantos títulos era acreedor.

37. En medio de la corte de Diocleciano, donde habia recibido su educacion este digno Príncipe, estaba por desgracia á disposicion del tirano; pero Galerio, en vida de Constancio Cloro, no osaba cometer una violencia clara con el hijo de este digno y valeroso Augusto: y se contentó por entonces con

darle repetidas comisiones peligrosas, que el jóven héroe admitió sin replicar. No cesaba Cloro, informado de los continuos peligros á que se veía espuesto su hijo, de pedirlo á Galerio por medio de las cartas mas egecutivas; hasta que por último consintió este aparentemente, y aun dió su permiso en debida forma para efectuar el viage, persuadiéndose que como ya era tarde no se pondria el Príncipe en camino hasta el dia siguiente. Pero presentándose juntos en la imaginacion de Constantino todos los atentados que el tirano podia cometer en una sola noche, luego que se habia recogido partió con la mayor presteza, y tuvo la precaucion de mandar matar muchos de los caballos de posta que le habian servido, con el objeto de que no pudiesen servirse de ellos para perseguirle. Se realizaron efectivamente sus sospechas muy pronto, pues al otro dia mandó Galerio salir diversas gentes en su seguimiento: pero Constantino con su ingeniosa prevision llegó felizmente á presencia de su padre, el que estaba muy cercano á finar su vida, y mostró morir contento en los brazos de un hijo que era el digno objeto de su cariño, y la esperanza de todo el Imperio.

38. Proclamó el egército por Emperador á Constantino, en Yorek de Inglaterra, inmediatamente despues de la muerte de Constancio en 25 de Julio del año 306, pero él no quiso por entonces tomar otro título que el de César, esperando que le confriese el de Augusto Maximiano-Hercúleo, que habia vuelto á gobernar el Imperio; y en efecto se lo confirió

el dia 1 de Marzo del siguiente año 307, dándole á Fausta su hija por esposa. Así se iba poco á poco acercando el dia del Señor, en el que habian de cumplirse enteramente los decretos del Altísimo, tanto respecto del Imperio como de la Iglesia.

39. Mientras la persecucion fue particular no fueron generales los castigos del cielo, viniendo á proporcion de la mayor ó menor violencia de la impiedad: empero pasada la mas furiosa de todas las persecuciones, la consumacion y cumplimiento de todas las antecedentes, el brazo de Dios cayó con mayor justicia y mas claramente que nunca sobre el Imperio y los Emperadores. A mas de los estragos de la epidemia, de los mas horrorosos uracanes y horribles terremotos, los pueblos bárbaros que antes se contentaban con hacer algunas correrías en las provincias lejanas, movidos despues de cierto espíritu superior á su conocimiento, y perdiendo el miedo y veneracion que siempre habian tenido al nombre Romano, se echaron de repente sobre su pais, y lo devastaron de tal modo, que muchos siglos despues no se veía aun en el centro del Imperio, mas que alguna cabaña en los lugares en donde antes existian las ciudades mas pobladas; y por último las sediciones y las guerras civiles acabaron de talar lo que el furor de los bárbaros habia perdonado. Esperimentóse una larga sequedad el último año de la sacrilega tiranía, que fue la precursora de la esterilidad y de la hambre. Vendieron por fin sus hijos un número considerable de personas, despues de haber vendido una por

una todas sus posesiones, solo por tener con que alargar su vida y su infortunio. Exceptuando algunas familias de la mayor riqueza, en todas las restantes, padres é hijos, amos y criados, y todos generalmente estaban tan flacos y tan macilentos, que mas parecían espectros movibles que hombres existentes, viéndose á cada punto caer muertos de necesidad en las calles y las plazas públicas, en donde quedaban los cadáveres sin sepultar. Esto fue causa de que se encendiese un contagio que parecia cebarse con mas furor en aquellos cuyas riquezas les ponian á cubierto de los horrores de la hambre: pero sobre todo hubo una enfermedad singular que atacando en especial la vista privó de uno ó de los dos ojos á una multitud de personas, hombres, mugeres y niños; como para tomar venganza de un gran número de Confesores de todas edades y sexos, á quienes los tiranos hicieron sacar los ojos.

40. Mas ninguno de aquellos perseguidores de la Iglesia dejó de experimentar sobre su propia cabeza los efectos de la venganza divina. Diocleciano, aunque no perdió la existencia violentamente, su vejez triste y despreciable le fue mas amarga y menos llevadera que la misma muerte. Agitado de perpétuas inquietudes andaba continuamente de una parte á otra casi sin tomar alimento, ni disfrutar de una hora de sueño descansado; y como sus pesares reales ó imaginarios le ocupaban enteramente, muchas veces se le vió, olvidando el miramiento debido á su carácter, llorar como pudiera hacerlo una muger ó un

niño (1). Luego que supo los progresos de Constantino y los primeros triunfos del cristianismo, se abandonó á la mayor desesperacion: su locura le cegó hasta el punto de darse golpes á sí mismo, otras veces se revolcaba por el suelo y daba horrorosos alaridos; y por último se resolvió á dejarse morir de hambre. Deshonró para siempre su memoria antes de perecer Maximiano-Hercúleo, con sus ligerezas y sus crímenes. Volvió á tomar primeramente á ruegos de su hijo Majencio, que se habia hecho reconocer por Augusto en Roma de un modo tiránico, la púrpura que dejó dos veces; pero no tardó en querer despojar de ella á este mismo hijo. Ambos sirvieron antes de esto para humillar la arrogancia de Galerio, en la persona de Severo, hechura suya, que habia recibido de él el título de Augusto, y tuvo el atrevimiento de ir derecho á Roma al frente de un ejército: mas sus tropas le dejaron abandonado y abrazaron el partido del artificioso Maximiano. Y viéndose el agresor perdido huyó á Ravena, con unos pocos que le quedaron; hasta que advirtiéndole que estos se disponian á entregarlo en manos de su enemigo, prefirió entregarse por sí mismo, y esta cobardía no le sirvió de otra cosa que de libertarle de otra especie de muerte mas penosa, pues á pocos dias le mandaron abrir las venas.

Pasó á Italia Galerio abrasado del deseo de venganza, y furioso por el castigo de Severo, adelantándose hácia Roma con un ejército formidable, con

(1) *Lib. de mort. Persecutor. inter ópera Lactan.*

ánimo nada menos que de acabar con el Senado y esterminar el pueblo. Pero algunas de sus legiones se pasaron al enemigo; y temeroso Galerio de que otras siguiesen aquel egemplo, se retiró con rabia y despecho en el corazon, y Maximiano quedó pacífico poseedor de la suprema autoridad, juntamente con su hijo Majencio. Mas cuando vió que las voluntades de los súbditos se inclinaban á este con preferencia, no pudiendo contener su pueril envidia el soberbio viejo, mandó reunir el pueblo y las tropas, bajo el pretesto de pedirles dictámen acerca de ciertos asuntos de estado. Empezó efectivamente á hacer patentes en una meditada arenga los males que afligian al Imperio; y cuando creyó que los espíritus estaban ya conmovidos, *aquí teneis*, dijo señalando á su hijo Majencio, *el autor de todas estas desgracias*; y al mismo tiempo le arrancó la púrpura con violencia. Entonces Majencio dejó el puesto que tenia en el tribunal; mas los soldados, cuyos desórdenes fomentaba, lo pusieron en medio de ellos, y empezaron á gritar y amenazar de tal modo, que atemorizado Maximiano, creyó que para salvar su vida no habia mejor medio que el de una pronta fuga: huyó, pues, y anduvo errante desde la Italia á las Galias, desde allí á Panonia, y desde Panonia tornó á las Galias. Dejó la púrpura por segunda vez, volvióla á vestir de allí á poco sublevándose contra su yerno Constantino, á quien habia persuadido á que se ausentase con artificiosos pretestos: apoderóse de los tesoros de aquel Príncipe, é intentó seducir á sus tropas; pero

le salió mal esta tentativa, y aun cayó en manos de su generoso yerno, el que despues de afearle sus atentados, se contentó con quitarle la púrpura, y con ella la facilidad de repetirlos. Mas Hercúleo que estaba connaturalizado con el crimen, no podia perder sino con la vida la costumbre de cometerlo todos los dias; y así despues de tantas señales de clemencia de parte de Constantino, intentó matarle en su propia cama, y hacer cómplice del parricidio á Fausta su hija, muger de aquel Emperador. Pero la Emperatriz avisó á su esposo, y este, con el objeto de convencerse por sí mismo y quitar toda especie de disculpa al agresor cogiéndole en el hecho, mandó acostar en su cama á un eunuco. Con efecto, Maximiano vino aquella noche y dió de puñaladas al pobre eunuco. Constantino que estaba oculto donde podia ver todo cuanto se hacia, salió entonces cercado de sus guardas, mandó atar al criminal, y por fin le dió á elegir la muerte que quisiese: Maximiano escogió bajamente la soga, especie de suplicio tenido por vil entre los Romanos, y se ahorcó él mismo.

Á Galerio se le hizo una llaga vergonzosa y que no tenia cura, á los diez y ocho años de su reinado, contándose desde que fue creado César: le aplicaron el hierro para cortarla, y perdió tanta sangre que estuvo cerca de morir. Por último se detuvo la hemorragia, mas en su lugar le resultó una gangrena tan mala, que todas las asentaderas le cayeron por sí en el vigor de la putrefaccion. Quanto mas remedios le ponian mas se arraigaba el mal, hasta que

por fin se le interiorizó dentro del cuerpo y se apoderó de los intestinos. Juntósele allí un sin número de gusanos que exhalando un hedor insufrible no solo inficionaba el palacio, sino todo el barrio de la ciudad de Sárdica, en donde estaba entonces el tirano. Lo que merece mas atención en esta enfermedad, es que sin embargo de toda su fuerza duró mas de un año, sin que valiesen operaciones ni medicinas ni para curarle, ni para mitigarle los dolores. No tuvieron mas efecto los secretos que usaron los sacerdotes idólatras, que atormentar cruelmente al paciente que estaba desesperado, y que ignorando á quién debía echar la culpa, mandaba dar muerte á sus médicos en los raptos de su locura: y esto motivó que pronto no se hallaba quien quisiese aguantar la infección ni se determinase á asistirle. Llegó á ponerse su cuerpo en un estado monstruoso: todo él era una llaga, su parte superior era totalmente un esqueleto cubierto de una piel seca y pegada á los huesos, y desde la llaga hasta la punta de los pies, que ya no podían decirse tales, se desprendían dos especies de odres estremadamente largas y tirantes.

Á pesar de todo, un médico osó decir claramente al Emperador que su enfermedad no era natural y que no podía curarse absolutamente con remedios comunes. *Señor, le dijo, tened presente cuanto habeis hecho contra los adoradores de Dios, y buscad la curación en este origen de vuestros males.* El soberbio tirano entonces echó de ver que era mortal, abatido como estaba por sus crueles dolores, y que estaba

bajo otra potestad infinitamente superior á la suya; y exclamó á imitación de Antioco, que iba á ordenar que cesase la persecución, y restablecer el culto del Dios verdadero. En efecto, mandó publicar un edicto prohibiendo atormentar á los Cristianos, para que gozando de completa paz, rogasen por su curación y entero restablecimiento. Quiso justificar sus violencias pasadas con este testimonio forzado de su arrepentimiento, y con este fin mostró que su intención había sido sacar á los Cristianos de su ceguedad, pero que no produciendo sus tentativas otro efecto que apartarlos del servicio de su Dios, sin poderlos inclinar á venerar los del Imperio, había resuelto permitirles ejercer su Religión libremente, y volver á levantar los edificios donde se reunían. No bastaban unos sentimientos como estos para lograr un beneficio que no exigía menos que un milagro, y pasados pocos dias de la publicación del edicto, en el año 311, exhaló el postrer aliento aquel falso penitente, teniendo podrido todo el cuerpo y cayéndole á trozos.

No dejó de servirse del rescripto la Iglesia del Oriente; pues la de Occidente ya disfrutaba de una paz cuasi general, desde la catástrofe acaecida á Maximiano. Había sido nombrado Papa en el dia 19 de Mayo del año 308, Marcelo, distinto de Marcelino, con quien se ha confundido algunas veces por la semejanza del nombre. Á principios del año 310 murió Marcelo, y le sucedió Eusebio que no vivió mas que cuatro meses: y entonces estuvo vacante nueve sin saberse el motivo, y al cabo de este tiempo se

eligió á Melquiades en 2 de Julio del año 311, y ocupó la Silla dos años y medio. *41.* Asi que supo Maximino la muerte del Emperador Galerio, se puso en marcha queriendo apoderarse de toda la Asia hasta el estrecho de Calcedonia. Acudió por su parte desde la Iliria á defender una porcion tan considerable de sus estados, Licinio, nombrado Augusto por muerte de Severo; y en poco tiempo se vieron las dos márgenes del Helesponto cubiertas de numerosas tropas de los dos rivales. Mas aguardando todos el ver los desastres de una guerra que nada menos debia de ser que cruel, de repente y contra todas las apariencias se compuso de modo que se desvanecieron todos los temores. Y aun Maximino usó de algun miramiento con los Cristianos, fundándose al parecer en el postrer edicto de Galerio, el que aunque no lo hizo publicar con solemnidad, mandó por lo menos á sus ministros cesasen de incomodar y perseguir á los adoradores de un solo Dios. Por esta orden las cárceles quedaron vacías de Cristianos y tambien las minas en todo el Oriente, y por do quiera se les encontraba á tropas que volvian á sus casas entonando himnos y cánticos sagrados: á muchos de ellos se les veía un ojo reventado y quemada la juntura de un pie; y bendecian al Señor con el mayor contento, llevando en su propio cuerpo las señales evidentes de su constante fe.

42. No ocultó sin embargo Maximino por mucho tiempo el odio y la natural aversion que profesaba á la verdadera Religion; y algunos dicen que no pene-

trando sus ministros todo el espíritu de sus órdenes, cumplieron con mas exactitud de la que él queria aquellas que favorecian á los Cristianos, dadas tan solo por respetos humanos. Empero dejando á un lado su inconsecuencia ó su política, empezó prohibiendo con frívolos pretextos las asambleas de los fieles, y para dar mas color á sus contradicciones, se dió traza bajo mano con cautelas y artificios á que las ciudades mas principales le enviasen diputados pidiendo la destruccion de las Iglesias, y aun el destierro de los Cristianos. Esparcieron varios libelos llenos de horribles blasfemias contra Jesucristo y su Evangelio, revistiéndolos de autoridades las mas auténticas en la apariencia, y las mejores para darles crédito; y despues se repartieron entre los niños de las escuelas para que los decorasen. Desacreditados los Cristianos de este modo, se anunció en los papeles públicos, que el gobierno no podia menos de libertar de una gente tan detestable, á lo menos á las ciudades que lo pedian mostrándose adictas á la antigua Religion del Imperio. A mas del destierro impuesto á los fieles, se les condenó nuevamente á ser mutilados; de modo que el tirano, aunque no les quitaba la vida, les privaba ó de uua mano, ó de un pie, ó de la nariz, ó de los ojos, para sumergirlos en la pobreza y en todas las demás miserias que la acompañan; y tambien sentenció á muerte á otros muchos.

43. De los mas famosos martirios de aquel tiempo es el de Santa Catalina. Dícese que el Emperador se

habia enamorado de aquella virgen distinguida, á quien se tenia en Alejandría por la principal de su sexo, ya por su cuna, ya por sus riquezas, hermosura y talentos, pero que viendo que eran vanas todas sus solicitudes, convirtió su amor en un despecho furioso y sanguinario. Mas lo positivo respecto á Santa Catalina y á Santa Dorotea, á las que muchos autores confunden, es que tenian virtudes y talentos distinguidos, y que padecieron el martirio.

Se condenó á las llamas en la ciudad de Antinoo, en Egipto, á un santo monge llamado Apolonio, y se libró de su voracidad por un milagro manifesto. El Juez y la mayor parte de los espectadores se convirtieron entonces, y todos fueron llevados ante el Prefecto de la provincia, el que los mandó tirar á la mar. Por el mismo tiempo murió por la fe que habia defendido toda su vida San Pedro, Obispo de Alejandría. Sin el menor pretesto ni causa le hizo aprisionar Maximino cuando menos se esperaba, y le mandó cortar la cabeza entonces mismo. Aunque la vida de este irrepreensible Pastor habia sido piadosa y egemplar en todo su Episcopado, subió de punto su celo y santa actividad por la Iglesia al renovarse la persecucion.

44. Este santo Obispo escribió varias obras muy estimadas, tanto por la profundidad y delicadeza de los pensamientos como por su piedad y grandeza; pero solo ha llegado á nosotros una epístola canónica, acerca de las penitencias de los Cristianos que habian caído en apostasia, las que debian ser mas ó menos

largas conforme á las circunstancias del acto. Por esta carta sabemos tambien que ya en aquel tiempo y segun una costumbre mucho mas antigua, se observaba el ayuno del miércoles y viernes, este en reverencia de la pasion de Cristo, y el otro por la conjuracion de los Judíos contra el Hombre-Dios: y que en memoria de su Resurreccion se pasaban los Domingos en un santo contento, y no se hincaba la rodilla.

Consiguieron la palma del martirio con un gran número de fieles, en aquel tiempo y en la misma provincia, Teodoro, Esignio y Pacomio, Obispos de diversas Iglesias. Mas despues de la muerte del santo Obispo de la capital, padeció su Iglesia tan formidables agitaciones que estuvo sin Pastor un año cabal.

45. San Antonio entonces, despues de veinte años de soledad en la que toda su ambicion habia sido estar olvidado de los hombres, salió de su desierto para emplearse en el servicio de la fe; y aunque ya mucho tiempo que le pedian dejase ver el resplandor de sus luces, al fin fue preciso usar de violencia y derribarle cuasi la puerta de su tosca habitacion, para obligarle á admitir las numerosas tropas de ardientes discípulos que venian á tomar sus lecciones. Al fin salió contra su voluntad de su amada soledad, para ir á fundar en las desiertas riberas del Nilo aquel admirable pueblo de solitarios, que no conoció otro idioma que el de los sagrados cánticos, ni mas ley que la perfeccion del Evangelio. Empero así que supo el peligro en que estaba la Iglesia, no dudó un mo-

mento en engolfarse de nuevo en el tumulto del mundo. De contino visitaba á los Confesores en las cárceles de Alejandria, en las minas y donde quiera que estuviesen encerrados, los animaba cuando los conducian á los tribunales, y los acompañaba haciéndose lugar por entre los guardas y el populacho hasta el puesto señalado para el suplicio. Pero por mas que desease el martirio, nunca quiso entregarse por sí mismo á la rabia de los tiranos: á pesar de esto no pudiendo avenirse su celo con la órden que vedaba á los solitarios comparecer en los tribunales y concurrencias públicas, ni habitar las ciudades, se presentó un dia al primer Magistrado cuando atravesaba una calle con todo su séquito; mas nadie osó poner las manos en un hombre tan venerable y tan estimado del pueblo. Teníale reservado Dios para la institución perfecta de otra clase de mártires: y efectivamente así que vió apagado el fuego de la persecucion volvió de nuevo á la compañía de aquellas víctimas voluntarias de la mortificación cristiana.

46. Padeció el martirio en Nicomedia San Luciano, natural de Samosata, y Sacerdote de la Iglesia de Antioquia; y aunque parecia que estaban ya apuradas todas las invenciones de la crueldad, los ministros de Maximino hallaron todavía un suplicio enteramente nuevo para atormentar aquel ilustre Confesor, el que con una entereza indecible hizo en público una apología elocuente del cristianismo ante el Gobernador de la provincia; porque no solo era profundo y eminente en la ciencia de la salvacion, sino tambien

se habia adquirido renombre con su elocuencia y erudicion encomiadas por los hombres mas grandes de su tiempo. Hiciéronle sufrir los rigores de la hambre por muchos dias despues del primer interrogatorio, y en seguida le pusieron delante una mesa llena de mil ricas viandas, que se habian ofrecido á los ídolos, á las que rehusó constantemente alargar la mano. Sufrió luego segundo interrogatorio y tan crueles tormentos, que murió en ellos confesando á Jesucristo hasta el postrer aliento. Habia sido algo sospechosa la doctrina de este santo Sacerdote en cierto tiempo; pero fue ó porque no se entendió bien, ó tan solo porque defendió con demasiado ardor el partido de Pablo de Samosata su compatriota y Obispo, cuyas ideas no habia profundizado. Mas sea como fuese, murió en la comunión de la Iglesia, como lo demuestra la epístola que desde su cárcel escribió á la Iglesia de Antioquia, en la que se leen estas palabras: „os saluda toda la compañía de Mártires.” Lo que prueba tambien que hubo muchos fieles que padecieron el martirio con él. Vió en su tránsito por Capadocia antes de morir, á cuarenta soldados apóstatas de la verdadera fe, y les inspiró con sus razonamientos tal horror al delito de que eran reos, que muchos de ellos lograron la gloriosa palma del martirio, y los demás padecieron todos los tormentos de la cuestion con admirable constancia. San Luciano dejó una edicion de la sagrada Escritura, en la que se hallaba corregida la version de los Setenta por los mejores egemplares. Es otra esta edicion de la de Egipto, he-

cha por Esignio , y la de Palestina por el Mártir Pámfilo , Sacerdote de Cesaréa , que habia padecido con un gran número de Cristianos en la misma provincia, en el año séptimo de la persecucion.

47. Publicó Arnobio , orador pagano que se convirtió despues , una obra en tiempo de San Luciano en defensa de la fe que acababa de abrazar , á consecuencia de haberle pedido un testimonio de su vocacion , antes de administrarle el bautismo. Mas esta obra de Arnobio á mas de ser poco exacta está llena de espresiones que la hacen tal vez mas favorable á la heregía , que provechosa á la Iglesia contra sus contrarios. En el estilo se echa de ver la patria del autor; se advierte en todo él la dureza africana , una diction áspera , desigual , y alguna que otra vez poco latina. Arnobio combate en general el paganismo con razones mas convincentes que las que pone para establecer el dogma contrario , pues habia profundizado aquel por haberlo profesado largo tiempo.

48. Por el mismo tiempo ó al menos en el imperio de los últimos perseguidores , su ministro en el gobierno de Egipto Hierocles , combatió no tanto con sus artificiosos escritos quanto con sus tropelías y violencias , la verdad y pureza de la doctrina cristiana; teniendo la osadía de llamar *Filaletes* , que quiere decir amigos de la verdad , á los dos libros que publicó con aquel mal intento. Mas sus tareas fueron de mucha mas utilidad que de perjuicio á la Religion, porque dan á la posteridad un testimonio irrefragable de la antigua creencia de los Cristianos sobre la di-

vinidad de su primera Cabeza. Hierocles en esta obra hace por pillar en contradicciones á los libros de la Escritura sagrada , encumbra los pretensos milagros de Apolonio de Tiana sobre los del Salvador , diciendo á continuacion : de todas maneras nosotros no creemos que sea un Dios el que ha hecho tan grandes cosas, por un hombre favorecido de los dioses; en vez que los Cristianos solo por algun milagro afirman que Jesus es Dios. Así daba Hierocles un testimonio de la fe mas antigua de los siervos de Jesucristo en la adorable persona de este Hombre-Dios; y al mismo tiempo de la certeza de los milagros hechos por él , que por mas que se daba traza á combatirlos , nunca osó negarlos.

49. Combatió el cristianismo con tanto mas encono el filósofo Porfirio , natural de Batanea , cerca de Tiro , quanto se juzga y con mayor fundamento que de Hierocles que habia apostatado. Con terminantes palabras dice Sócrates el historiador que el sabio Platónico de Batanea siguió la Religion cristiana , pero que la abandonó despues por haber sido maltratado en Palestina por unos Cristianos de Cesaréa. Era muy vasta la erudicion de Porfirio aun por lo tocante á los libros sagrados que tenia leídos con particular atencion ; siendo por otra parte elocuente por naturaleza y habiendo recibido lecciones de los maestros mas célebres de su tiempo. Mas hizo de todos estos talentos el uso mas artificioso en los quince libros que dió á luz contra el cristianismo , en los que si bien combatió la creencia popular que hacia responsables á nues-

tros padres de todas las calamidades públicas, nada deja por decir á los mas sutiles adversarios de la verdadera Religion. Imitando á Hierocles se dedicó en especial á buscar contradicciones en la Escritura sagrada: mas encontró las profecias de Daniel tan exactas y conformes á los acaecimientos, que no osó cambiar el sentido que las dieron nuestros intérpretes, y para eludir unos oráculos tan luminosos, no le quedó mas recurso que negar su autenticidad y antigüedad contra el terminante testimonio de la sinagoga, y por consiguiente contra todas las reglas de la buena crítica. Esto fue causa que cuando Teodoreto compara á Porfirio con el falso profeta Balaam, dice que el Señor habia vuelto contra él mismo la lengua de este malhadado sabio. Impugnó San Metodio los escritos de Porfirio; pero la obra en que lo hizo este Santo que murió Mártir en el reinado de Diocleciano, no existe ya, como tambien las de diversos apologistas de la Religion y la del mismo Porfirio. Permitió el Señor que su Iglesia fuese combatida de todas maneras, antes de concederle el feliz momento en que iba á alcanzar una completa victoria sobre todos sus adversarios.

50. La política habia sido el único móvil que indujo á Majencio á fingirse Cristiano: mas así que se consideró seguro con la destruccion de Alejandro, que de Lugar-Teniente del Prefecto del Pretorio, habia osado titularse Emperador en África, se quitó la mascarilla y manifestó á los ojos de todos el carácter del digno hijo de Maximiano. Hizose odioso á los Roma-

nos, en especial por sus robos y crueldades; en nada tenia un asesinato cuando se trataba de adquirir una posesion que no podia haber por otro medio; y no tienen número las personas de la primera gerarquía á quienes mandó matar con tales fines. Tenia siempre en las Guardias Pretorias un número considerable de malvados dispuestos para estas egecuciones; y muchas veces les mandó acometer sin distincion á todos los que encontrasen; de modo que el pueblo Romano se vió tratado dentro de sus mismos muros por los defensores naturales de la patria, con mayor crueldad que por sus mas bárbaros enemigos. No causaba menos sobresaltos en Roma la incontinencia del tirano; pues parecia que en sus mas infames desórdenes ostentaba triunfar de la virtud y deshonar la nobleza, mandando robar á sus maridos las mugeres mas principales, y volviéndolas llenas de oprobio despues de haber hecho con ellas las mayores infamias.

51. Mas las doncellas y damas cristianas se resistieron debidamente á todas sus solicitudes, señalándose entre ellas la esposa del Prefecto ó Gobernador de la ciudad: tuvo la desgracia esta matrona de agradar al tirano por su singular belleza, y habiéndola enviado á pedir á su marido, no puso este impedimento en ello. Pero ella viéndose vendida de tal modo, y dictándola su Religion sentimientos mucho mas nobles que los que la inspiraba su cuna, pidió tiempo para adornarse encerrándose en su gabinete; allí consultó con humildad al Supremo Señor de la vida y de la muerte, del que se cree recibió una parti-

cular inspiración, y ansiando dar un ejemplo que á los ojos de los mismos Paganos igualase por lo menos al de Lucrecia, sacrificó á un tiempo su cuerpo y corazón, y para guardarlos puramente se atravesó el pecho con un puñal valerosamente.

Reunía Majencio á todos estos desórdenes los de la mas detestable magia; no solo sacrificaba leones, leopardos y otras víctimas tan propias de su religion monstruosa, sino que hacia tambien las invocaciones mas horribles, sacrificando á los demonios mugeres en cinta, registrando sus entrañas todavia calientes, y buscando sus sangrientos presagios hasta en los corazoncitos de las criaturas que sacaba del vientre de sus madres.

52. Sabiendo el Emperador Constantino algunos de estos horrores, ansiaba librar de tan cruel plaga á la ciudad de Roma que habia depositado en él su confianza; empero á mas de que las fuerzas de Majencio eran muy superiores á las suyas, no queria ser el promovedor de la guerra. De este apuro le sacó Majencio que se la declaró abiertamente, pues la insolencia y desfachatez de este monstruo rayaban en el último estremo. Habiendo subyugado la Africa, creyó que las Galias se resistirian debilmente; y aun para aumentar su poder formó alianza con Maximino. Constantino por su parte hizo otra con Licinio, prometiéndole por esposa á su hermana Constanza; demoliéronse al punto en Roma sus estatuas é imágenes, erigidas segun costumbre cuando se le reconoció por Emperador, y se practicaron todas las dis-

posiciones para una guerra sangrienta. Así él tuvo por mejor suplir la falta de fuerzas con la diligencia, juzgando que el modo mas oportuno de evitar la tempestad era anticiparse á ella.

Despues de poner en orden Constantino todos los asuntos en sus Provincias, tomó el camino de Italia al frente de un corto pero escelente ejército que tenia siempre en pie: apenas se componia de veinticuatro mil hombres, entre Romanos y auxiliares, número harto inferior al de su enemigo; y prescindiendo de la diferencia en el valor y destreza de los gefes y soldados, se necesitaba á pesar de todo un esfuerzo sobrehumano para combatir con un número tan exorbitante. Por lo tanto Constantino echó de ver la necesidad que tenia de poner al cielo de su parte; pues como su padre Constancio-Cloro fue siempre en el fondo Cristiano, y aun públicamente segun opina Eusebio, habia heredado de este Príncipe de una manera tan patente aunque poco conocida, su afecto á la Religion cristiana; y mas viendo el reciente y egemplar castigo que sufrieron sus perseguidores Galerio y Maximiano (1). Arrodillóse pues ante el Dios adorado por su padre, y pidióle humilde y eficazmente le diese luz como á su padre para conocerle: era recto el corazón de aquel Príncipe, y sus peticiones muy humildes para no ser oidas. Por otra parte habia llegado el tiempo de aniquilar del todo y con la mayor publicidad la antigua preocupacion que escluía á los Césares del reino de Jesucristo: pero al escoger el

(1) *Euseb. in vit. Constant. M. cap. 17.*

divino Hacedor al menos poderoso de los Emperadores para instrumento de los triunfos de su Iglesia, quiso patentizar mas el milagroso efecto de su proteccion.

53. Yendo Constantino á poco mas de medio dia al frente de su egército, vió en el medio del cielo una resplandeciente Cruz, en la que se leían estas palabras en caractéres no menos brillantes; *con esta señal vencerás*. Todo el egército vió lo mismo que Constantino aquel fenómeno extraordinario, y cada uno de los soldados opinaba sobre su significacion; pero el Príncipe á quien causó mayor sensacion, pasó todo el dia discurriendo sobre lo que vaticinaba aquel milagro. Jesucristo se le apareció la misma noche con una señal igual, y le mandó hacer un estandarte como aquella Cruz, y que lo llevase á todas las batallas como un antemural contra los ataques de sus contrarios. Constantino se levantó muy de mañana, hizo llamar á los artífices mejores, y les dibujó aquel estandarte, el que tuvo el nombre de *Lábaro*, ignorándose la etimología de esta palabra del todo desconocida á los latinos. Era la hechura del estandarte una hasta ó palo largo cubierto con planchas de oro, al que atravesaba otro parecido en forma de Cruz; pendia de este una rica tela ó velo entretegado de oro y piedras de valor; al cabo de la Cruz habia una corona tambien de oro y piedras que tenia en el medio las dos primeras letras griegas que forman el nombre de Cristo, enlazadas una con otra; y encima del velo se veían los retratos del Emperador y de sus hijos. Eligió Constantino entre sus guardias cincuenta

hombres los de mas valor y Religion para llevar alternativamente el *Lábaro*. Este prodigio es uno de los de mas autenticidad, y solo podrán dudar de él los escépticos voluntarios que dudan de todo lo que respecta al cristianismo. Eusebio dice: „si nos lo hubiese referido otro testigo que el Emperador, podríamos dudarle, pero confirmando él mismo con juramento su narracion, ¿quién osará dudarle? ¿y mas cuando el curso de los tiempos y el orden de los acaecimientos lo han patentizado ante nuestros ojos?” Así se explicaba Eusebio viviendo muchas personas que dice fueron testigos oculares de aquel portento, y que podian desmentirle á ser falso: á mas de que un testimonio de tanta autoridad se halla confirmado tambien por una porcion grande de escritores, y varios monumentos de todas especies. Despues de este milagro Constantino resolvió eficazmente hacerse Cristiano, para lo que hizo llamar á muchos Obispos que le instruyesen en los misterios de la fe, y dicen que se valió en especial de Osio, Obispo de Córdoba, al menos esta es la mejor interpretacion que puede darse á lo que dice un autor de aquel tiempo; esto es, que un Egipcio venido de España fue causa de que el Emperador abandonase la idolatria. Dedicóse el Príncipe por otra parte á la leyenda de los libros santos, consultando las dudas que se le ofrecian con los Ministros de la Iglesia; y luego que conoció la verdad puso el mayor cuidado en venerar y hacer venerar al Dios Todopoderoso que se dignaba mostrársele con tan grande bondad.

Una proteccion tan clara del cielo dió el mayor valor al General y á sus tropas, pidiendo estas á voces las guiasen á la batalla. Estaban llenos de soldados de Majencio los pasos de las montañas y la Italia toda, sin contar la guarnicion de Roma que subia otro tanto. Mas nada bastó contra el esfuerzo de un héroe guiado por el cielo; tomó á la espada los desfiladeros y atrincheramientos, apoderóse el terror del enemigo que ocupaba los llanos; todas las tropas ó se rindieron ó se dispersaron, y las ciudades mas bien fortificadas abrieron las puertas y se entregaron á Constantino.

54. Sin embargo el Prefecto del Pretorio que mandaba bajo los baluartes de Verona el mejor ejército de Majencio, con todas las tropas que se habian acogido allí despues de las varias derrotas que habian sufrido los otros ejércitos, hizo una fuerte resistencia. La batalla duró mucho y fue sangrienta, y en ella se arriesgó tanto Constantino como un simple soldado: mas Dios le cubrió con el escudo con que le protegía, y al fin cayó muerto el Prefecto y se completó la derrota, de manera que nada le quedó que vencer hasta las murallas de Roma, donde estaba encerrado Majencio. No esperaba en verdad verse sitiado tan presto; y en esta confianza hacia celebrar los juegos que los Emperadores tenian decretados para el año quinto de su reinado, y se habian atrasado un año á causa de negocios urgentes. Así el dia 28 de Octubre del año 312, sexto y último del reinado de Majencio, ordenó Constantino sus tropas en batalla y

acercóse á Roma. Una segunda vision le habia advertido la noche anterior que hiciese gravar el monograma del nombre de Cristo en los broqueles de los soldados; cuyo repetido testimonio de la proteccion del cielo inspiró á todo su ejército el valor mas ardiente é intrépido.

Al contrario Majencio colmó su deshonor con un temor servil que hacian subir de punto sus augures, presagiándole la suerte mas desdichada si osaba salir de Roma; y así opinó substituir las astucias y los artificios, en vez del valor y entereza. Creyendo que veria morir á Constantino en el seno mismo del triunfo, hizo poner al Tiber un puente de barcas, echo de modo que pudiera romperse de pronto por el medio con solo tirar de ciertos barrones de hierro; y luego acampó sus tropas en un parage ventajoso á vista del puente. No se necesitaba mas para burlar los intentos de los vencedores, que guardar esta posicion; porque Roma tenia municiones y víveres para mas de dos años, y los sitiadores consumirían las suyas mucho antes: empero el Altísimo lo tenia decretado muy al contrario, y el mismo Majencio adelantó el cumplimiento de sus decretos. Hizo pasar desde luego el puente á sus tropas sin acompañarlas, y siguió divirtiéndose en los juegos del circo, con una insensibilidad y desprecio tan brutales que apuraron el sufrimiento del pueblo: todos clamaron contra él, y repitieron tantas alabanzas en favor de Constantino, que el tirano tuvo que marcharse del circo, y consternado enteramente fue á consultar los libros de

las Sibilas, por las que supo, segun dice Zosimo, que en aquel mismo dia habia de morir el enemigo de Roma. É interpretando el oráculo á favor suyo, tomó las armas y salió de la ciudad; y se dice que al mismo tiempo se vió por la misma parte una multitud de aquellas aves que atrae el olor de los muertos, que luego posaron sobre las murallas. Travóse en el entretanto una sangrienta batalla á vista de Majencio; los Pretorianos en especial, que no podian prometerse la impunidad de sus atrocidades sino de un Emperador tal, hicieron los últimos esfuerzos para conservar el Imperio; mas todo fue inútil, y el ejército fue completamente batido y dispersado.

55. Derrotadas la caballería y la infantería, volvió las bridas Majencio para entrar otra vez en Roma, donde todavía podia defenderse mucho tiempo. Mas el cielo guardaba al tirano el mismo lazo que él habia prevenido á su contrario: no pudiendo el puente de barcas sostener sobre sí la multitud tan crecida de fugitivos que pasaban por encima, se quebró, y Majencio armado como estaba y á caballo cayó en el Tiber y se anegó. Al siguiente dia se encontró su cuerpo con un pesado morrion, muy distante del lugar donde habia caido: cortáronle la cabeza y la pusieron á la punta de una pica á vista de todo el pueblo, que perplejo hasta entonces no habia osado manifestar enteramente su regocijo. Mandó el vencedor cesar la mortandad, y pronto no se distinguieron en otro los partidos que en la emulacion de dar los mas evidentes testimonios de amor y respeto al libertador del

Imperio. No sólo perdonó Constantino á todos los partidarios de Majencio, sino tambien los conservó en sus cargos y dignidades, y mantuvo lo mismo los cuerpos de tropas que habian batallado contra él, á escepcion de los Pretorianos, á quienes reformó, no tanto por resentimientos como por odio á sus malos y atroces procederes, y por no esponer en lo sucesivo la vida de los señores del mundo al capricho de aquellos soldados sediciosos. Dedicóse Constantino en general á remediar los daños que habia causado la tiranía, y tomó las medidas debidas para que renaciese la felicidad entre los Romanos. Debemos decir en honor de este Príncipe y de la Religion, que nada le mereció tanto cuidado como el triunfo de la verdadera fe. Mandó pues que la primera estatua que se alzase en la capital del Imperio despues de la victoria se representase teniendo en la mano, en vez de lanza ó pica, una Cruz larga con la inscripcion que sigue análoga á la vision milagrosa: „en virtud de de esta saludable señal he librado de la tiranía á vuestra ciudad, y restituido al Senado y al pueblo Romano su libertad y esplendor antiguo.”

Pasados pocos meses llegó Licinio desde el Oriente á Italia, para efectuar su tratado casamiento, y los dos Emperadores publicaron de comun acuerdo un edicto que puede mirarse como el sello y la consumacion de la paz vuelta á la Iglesia. Espidióse este edicto á fines del año 312 ó principios del de 313, señalado porque en él se comenzó á contar por indicciones, á saber, la revolucion de quince años, sin

que se sepa lo que dió lugar á ello. El lector sin duda verá con satisfaccion las espresiones mismas y todo el contenido de aquel interesante rescripto, que dice así (1).

56. „Nos, Constantino Augusto, y Licinio Augusto, reunidos felizmente en Milán, y tratando de todo lo concerniente á la seguridad y provecho del público, hemos creído que una de nuestras principales obligaciones era arreglar lo respectivo al culto de la Divinidad, y dejar á los Cristianos, como tambien á todos los vasallos restantes, en plena libertad de seguir su Religion, para que la bendicion del cielo caiga sobre nosotros y sobre todo el Imperio. Por tanto determinamos no rehusar á cualquiera que lo desee, los medios de abrazar y seguir de corazon las observancias de los Cristianos, como igualmente practicar la religion que tenga por mas conveniente, todo con el objeto de que el Supremo Dios, á quien veneramos, no cese de colmarnos de beneficios.” Estas cláusulas demuestran claramente los miramientos que se veían precisados á guardar los Emperadores para no desmerecer el afecto de los Romanos. Despues hablando á los Gefes á quienes se dirigió el edicto, dicen: „sabad, que á pesar de cualquiera otra orden que hayais recibido contraria á esta, es nuestra voluntad mandar ahora sencilla y puramente, que todo el que tenga aficion á profesar la Religion cristiana, pueda hacerlo, sin que sea molestado ni inquietado por ello de modo alguno: todo lo que os declaramos, haciéndoos

(1) *Euseb. lib. 10. hist. cap. 5.*

saber, que hemos concedido á los Cristianos en general facultad amplia para egercer su Religion. Tenemos dispuesto además, que si los parages en que estos se reunian antiguamente (respecto de los cuales habeis recibido en otro tiempo diversas órdenes contrarias) han sido comprados por particulares, bien del fisco ó bien de cualquiera persona, sean restituidos á los Cristianos; sin que puedan reclamar su valor, y sin demora ni dificultad alguna. Que los que los hubiesen habido por gracia, los devuelvan del mismo modo al momento; y que así los que los adquieren como los que los han de dar acudan al Vicario de la provincia, á recibir de su mano lo que nuestra bondad quiera concederles. Por tanto hareis que la sociedad de los Cristianos vuelva á posesionarse de todos aquellos lugares: y siendo notorio que tenian además otros bienes pertenecientes á su comunidad, á saber, á las Iglesias y no á los particulares, hareis restituir á estas comunidades ó corporaciones todos aquellos bienes, sin la menor oposicion ni dificultad, reservando á los que los devuelvan sin reintegrarse del valor el derecho de recurrir á Nos para su indemnizacion. En cuanto llevamos mandado queremos que hagais uso de toda la autoridad de vuestro ministerio, y de la manera mas pronta y eficaz, para que la bondad de Dios, cuyos beneficios hemos ya experimentado en tantas importantes ocasiones, no cese de llenarnos de prosperidades, como tambien á todos nuestros pueblos. Y para que este edicto llegue á noticia de todos, le mandareis fijar en los para-

ges públicos, para que **nadie** pueda alegar ignorancia."

Este es el edicto **de** Constantino y de Licinio, distinto de una ordenanza promulgada en el año de 313, concerniente á los privilegios de las Iglesias y de los Clérigos; el que así que llegó á las provincias con los primeros rescriptos, proporcionó á la Iglesia una paz general y estable, la primera, hablando propiamente, que habia gozado desde su establecimiento.

DISERTACION PRIMERA.

Sobre las antiguas Iglesias de España.

Debiendo dar una sucinta y breve idea de las Iglesias que hubo y se conocieron en España desde la predicacion de los Apóstoles hasta el reinado del gran Constantino; en medio de la obscuridad que ofrece el camino de nuestras antigüedades eclesiásticas durante las épocas y reinados que abraza este segundo tomo de la Historia de la Iglesia, seguiremos con mucho tiento y con la brevedad posible compendiaremos cuanto los autores mas imparciales y juiciosos han descubierto y discurrido conforme á la sana critica.

No pretendemos designar la autoridad, preferencia y antigüedad de las Iglesias, cuando el honor de nuestra España nos obliga á hablar sobre el origen de sus Sillas Episcopales. Estas en los Concilios posteriores y mediante los decretos Pontificios han fijado su orden y precedencia, con que se gobiernan y han precedido unas á otras en los Concilios. Creemos con el Maestro Florez, que para la diversidad de provincias eclesiásticas no eran necesarias metrópolis estables, ni precedencia de un Obispo sobre otro por medio de sus fueros: notorio es que los Obispos de España cincuenta años despues del Concilio Niceno firmaban segun la antigüedad de ordenacion ó de sus personas, como se infiere del Concilio primero de Zaragoza y primero de Toledo, y del Tarraconense celebrado ciento y quince años despues del primero de Toledo; y á los que pretenden que ya

ges públicos, para que **nadie** pueda alegar ignorancia."

Este es el edicto **de** Constantino y de Licinio, distinto de una ordenanza promulgada en el año de 313, concerniente á los privilegios de las Iglesias y de los Clérigos; el que así que llegó á las provincias con los primeros rescriptos, proporcionó á la Iglesia una paz general y estable, la primera, hablando propiamente, que habia gozado desde su establecimiento.

DISERTACION PRIMERA.

Sobre las antiguas Iglesias de España.

Debiendo dar una sucinta y breve idea de las Iglesias que hubo y se conocieron en España desde la predicacion de los Apóstoles hasta el reinado del gran Constantino; en medio de la obscuridad que ofrece el camino de nuestras antigüedades eclesiásticas durante las épocas y reinados que abraza este segundo tomo de la Historia de la Iglesia, seguiremos con mucho tiento y con la brevedad posible compendiaremos cuanto los autores mas imparciales y juiciosos han descubierto y discurrido conforme á la sana critica.

No pretendemos designar la autoridad, preferencia y antigüedad de las Iglesias, cuando el honor de nuestra España nos obliga á hablar sobre el origen de sus Sillas Episcopales. Estas en los Concilios posteriores y mediante los decretos Pontificios han fijado su orden y precedencia, con que se gobiernan y han precedido unas á otras en los Concilios. Creemos con el Maestro Florez, que para la diversidad de provincias eclesiásticas no eran necesarias metrópolis estables, ni precedencia de un Obispo sobre otro por medio de sus fueros: notorio es que los Obispos de España cincuenta años despues del Concilio Niceno firmaban segun la antigüedad de ordenacion ó de sus personas, como se infiere del Concilio primero de Zaragoza y primero de Toledo, y del Tarraconense celebrado ciento y quince años despues del primero de Toledo; y á los que pretenden que ya

entonces era metrópoli Cartagena, hasta decir que Hector su Obispo suscribe despues de un sufragáneo.

Trataremos pues de las Iglesias que cuentan mayor antigüedad, y una de ellas será la de Zaragoza. Nos vemos obligados á hacer mencion de esta Iglesia con antelacion á las otras de España, porque además del lustre que proporcionaron á la fe cristiana sus Mártires innumerables, y de creerse que Santiago dedicó en ella un templo á María Santísima; refiere Prudencio que no hubo persecucion en que los Romanos Emperadores no derramasen abundantemente la sangre de los fieles que abundaban en dicha ciudad. Y á pesar de que no se conserva noticia individual y fija de alguno de sus Obispos hasta el principio del siglo cuarto en que San Valero, primero de este nombre, asistió al Concilio de Iliberi ó Elvira, y se halla que firmó antes que Osio, Obispo de Córdoba, que ya lo era en 294; el Padre Fray Lamberto de Zaragoza en su Teatro histórico de las Iglesias de Aragon, trae los nombres de algunos de sus Obispos hasta el citado San Valero. No tratamos de oponernos á las razones en que funda esta sucesion en cuanto á las personas; aunque debemos confesar que es muy probable, que así esta Iglesia como las demás fundadas por los varones apostólicos, jamás carecerian de sucesor.

IRIA Ó COMPOSTELA.

Por esta misma razon, y por haberse admitido generalmente que Santiago vino á España por las costas de Galicia, y que así en vida como su cadáver despues de muerto, residió en aquel lugar que hoy se llama el Padron, tenemos graves fundamentos para creer que el Apóstol erigió la silla de Iria ó Compostela, en la que, segun la tradicion en que solo nos fundamos, dejó á sus dos discípulos Atanasio y Teodoro. El

Maestro Florez pretende que los Obispos de Celenis ó Caldas fueron los primitivos de Iria, y que en aquella fijó primeramente la Silla el santo Apóstol. Á pesar de esto el Obispo mas antiguo que se conoce despues de los dichos, es de principios del siglo quinto. Pero no hay dificultad en creer que siendo ciertas las antiguas tradiciones, no faltase ni se interrumpiese la sucesion de los Obispos en un pueblo que distinguió tan señaladamente el Apóstol, aunque sus nombres se hayan perdido ó confundido con el tiempo.

CARTAGENA.

Algunos quieren que haya sido Cartagena una de las Iglesias primitivas y fundadas por los varones apostólicos. La fama de esta ciudad y su puerto, la importancia que le dieron los Cartagineses y Romanos y otras preeminencias que pudiéramos añadir, parece exigian allí mas que en ninguna otra parte la residencia de un Obispo. Con todo, nada sabemos de sus Obispos hasta el siglo sexto. Hay quien cree que la misma importancia civil de esta ciudad y su grandeza fueron la causa de que las persecuciones se hicieran allí mas crueles y sangrientas, y por consiguiente que sus Prelados se viesen en la precision de internar sus Sillas. Pero esta razon no nos satisface, porque no lo fueron mas que en Roma y Zaragoza, y nunca la rabia y furor de los perseguidores fue bastante á arredrar á los Cristianos, principalmente á los Obispos, de modo que trasladaran las Sillas á otra parte.

VARIAS IGLESIAS ANTIGUAS.

El Maestro Florez despues de largas y curiosas investigaciones admite la fundacion de algunas Iglesias ó Sillas que llama

primitivas por tradicion particular de sus Iglesias, por no tenerse noticia de sus principios, y por no hallarse fundamento bastante para impugnar su antigüedad verdadera. Tal es la Silla de Braga por San Pedro de Rates, sin aprobar por esto las ficciones con que le han pretendido revestir los falsos cronicones; la de Tortosa por San Rufo: este discípulo de San Pablo y aquel de Santiago: la de Toledo por San Eugenio Mártir: la de Eborá por San Mancio, y la de Pamplona y Lugo por fundadores cuyos nombres no constan.

Pero están mucho mas autorizadas las de los siete varones Apostólicos de quienes hicimos mencion en las notas al tomo precedente. De ellos, de su número y nombres hablan concordemente los escritores mas antiguos y los breviarios, los han venerado las Iglesias, y de ellos pronunció el Papa San Gregorio VII. que fundaron la cristiandad en España y destruyeron la idolatría. Porque aunque los santos Apóstoles Pedro, Pablo y Santiago pusieron los fundamentos de la cristiana creencia, estos varones insignes hicieron fructificar la semilla del Evangelio por sí mismos y ordenando otros Obispos.

GUADIX.

San Torcuato lo fue de Acci, hoy Guadix, ciudad que entre sus glorias cuenta la de haber sido visitada por todos los siete Prelados Apostólicos, y de haberse compuesto en ella el oficio de estos Santos, que fue despues general en España hasta la abolicion del rezo muzárabe. Solo en el fin del siglo tercero tenemos noticia de uno de los sucesores de San Torcuato que firmó con el nombre de Felix, y como Presidente en el Concilio de Iliberi ó Elvira. No por eso creemos que se interrumpiera la sucesion de los Obispos de esta Iglesia, y sí lo atribuimos á

descuido ó desgracia en la conservacion de sus catálogos; porque despues de Felix se halla otra vez interrumpida la sucesion.

URCI Ú ORCE.

Dolorosamente se observa el mismo descuido en los nombres de los primeros sucesores de San Indalecio, Obispo de Urci. Creen algunos, aunque sin el preciso fundamento, que hubo un Santiago discípulo de San Indalecio: nada se sabe de cierto hasta que llegamos á un Obispo llamado Cantonio, cuya firma se halla entre las primeras del Concilio de Iliberi. Desde esta vuelve á cortarse la sucesion.

ADRA Y VERGA.

Adra y Verga disputan entre sí la presencia de San Ctesifonte y ereccion de la Silla Episcopal. Pudo suceder que si al principio fundó el Santo su Obispado en Verga, pasara despues á Abdera ó Adra como poblacion mas conocida y de mas concurrencia. Y esto apoya nuestro dictámen sobre la supuesta traslacion de la Silla de Cartagena. Además pudo el Santo permanecer por algun tiempo en una de las dos poblaciones sin fijar Silla en ellas. No tenemos los nombres de los sucesores de San Ctesifonte hasta el tiempo de la monarquía Goda.

Castulo é Iliturgi aunque pertenecian á diversa provincia, esto es, Iliturgi á la Bética, y Castulo á la Tarraconense, distaban solo cinco leguas entre sí. De donde es su Obispo San Eufrasio pasaba fácilmente á predicar de una á otra; y de aquí proviene que Iliturgi, llamada hoy Andujar, y Castulo, hoy Cazlona, se disputan la preeminencia de haber sido Sillas de San Eufrasio. En el Concilio de Iliberi se firma Secundino Castulonense, como se lee en los manuscritos, distinto de un Már-

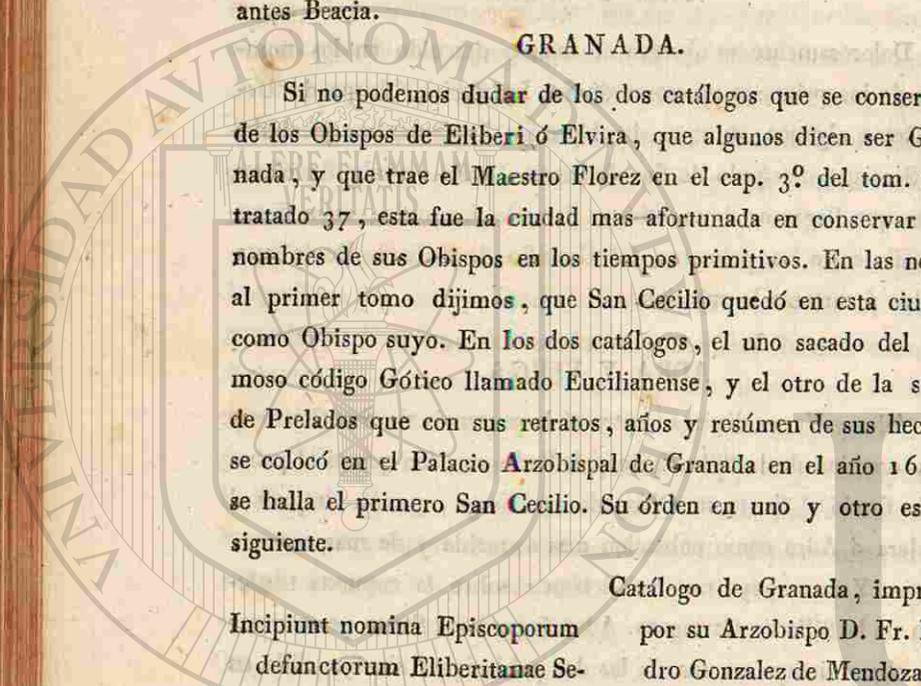
tir del mismo nombre que no consta fuese Obispo. Despues de este hay noticia de algunos otros. Esta Silla se trasladó con el tiempo á Baeza, inclusa hoy en el Obispado de Jaen, y llamada antes Beacia.

GRANADA.

Si no podemos dudar de los dos catálogos que se conservan de los Obispos de Eliberi ó Elvira, que algunos dicen ser Granada, y que trae el Maestro Florez en el cap. 3.º del tom. 12, tratado 37, esta fue la ciudad mas afortunada en conservar los nombres de sus Obispos en los tiempos primitivos. En las notas al primer tomo dijimos, que San Cecilio quedó en esta ciudad como Obispo suyo. En los dos catálogos, el uno sacado del famoso código Gótico llamado Eucilianense, y el otro de la serie de Prelados que con sus retratos, años y resumen de sus hechos se colocó en el Palacio Arzobispal de Granada en el año 1613, se halla el primero San Cecilio. Su orden en uno y otro es el siguiente.

Catálogo de Granada, impreso por su Arzobispo D. Fr. Pedro Gonzalez de Mendoza en la historia del Monte Celia lib. 11 cap. 19.

1 Cecili.	1 San Cecilio año de.	58
2 Leuberindi.	2 Leubisindo.	77
3 Ameanti.	3 Ameando.	82
4 Ascani.	4 Ascanio.	124
5 Juliani.	5 Juliano.	174
6 Augustuli.	6 Augústulo.	145
7 Marturi.	7 Martinio.	299



8 Gregorii.	8 Isidoro.	321
9 Petri.	9 Pedro.	324
10 Fabiani.	10 Flavio.	328
11 Honasteri.	11 San Gregorio.	338

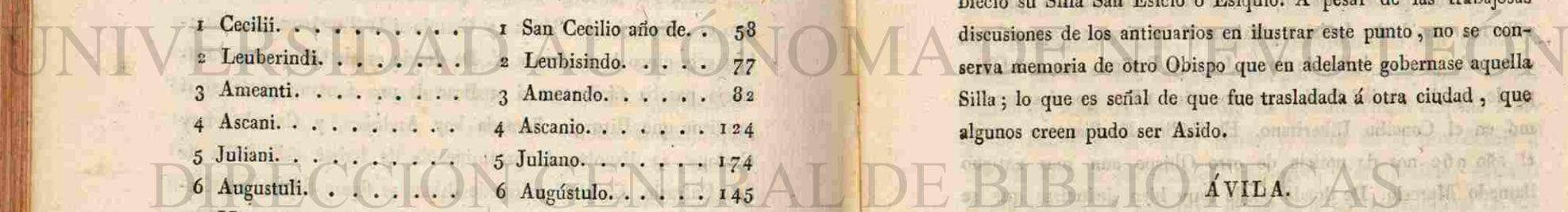
Añade el Maestro Florez, que los años señalados en el catálogo de Granada no indican el de la consagracion sino los años en que el autor supone haber muerto cada uno de ellos, lo que no le debe convenir á San Cecilio.

CARTEYA.

El erudito Maestro Florez despues de una larga discusion en que demuestra que no fue Cazorla, como algunos pretenden, la ciudad en que fundó su Silla San Esiquio, sino Carteya, se encontró con la nueva dificultad de que Aldrete en su tratado sobre las Antigüedades y origen de la lengua castellana admite muchas Carteyas. Pero últimamente siguiendo á Mela, que fue natural de una de las ciudades del Estrecho, á Plinio que recorrió personalmente la Bética, y á Toloméo y Antonino Pio en su Itinerario, define y decide últimamente que Carteya estuvo fundada en donde hoy se encuentran unas ruinas junto á las Algeciras y una torre llamada de Cartagena. En esta pues estableció su Silla San Esicio ó Esiquio. A pesar de las trabajosas discusiones de los anticuarios en ilustrar este punto, no se conserva memoria de otro Obispo que en adelante gobernase aquella Silla; lo que es señal de que fue trasladada á otra ciudad, que algunos creen pudo ser Asido.

ÁVILA.

Aunque el nombre de Ábula fue propio de otra ciudad muy TOM. II. 45



distinta de la que hoy llamamos Ávila de los Caballeros, se han convenido todos los autores en fijar la Silla de San Segundo en Ávila. Ábula se hallaba situada en la Bastitania ó Bastetania cerca de Baeza: mas no hallándose en las firmas de los Concilios la del Abulense, generalmente se ha tenido á Ábula por la ciudad y Silla de San Segundo por su semejanza con Óvila ó Ávila que son entre otros los nombres que tuvo en tiempo de los Romanos y Godos. Los nombres de sus Obispos nos son desconocidos hasta el siglo cuarto en que los Priscilianistas comenzaron á turbar la paz de las Iglesias de España. Pero no dudamos, por la razon otras veces alegada, que faltasen Obispos de quienes sucedieron los que despues se hallan firmados en los Concilios.

BRAGA.

Ya dijimos que una de las Iglesias fundadas por los varones Apostólicos era la de Braga; y que San Pedro de Rates, discípulo de Santiago, fue su fundador. La juiciosa crítica de Bolland y Hensquenio pone esto fuera de toda duda: pero de sus sucesores no hay noticia hasta el Concilio primero de Toledo en que firma el Obispo Paterno que presidia á la Silla de Braga á fines del siglo cuarto.

SEVILLA.

Tambien pudiéramos inferir con algun fundamento que Sevilla fue una de las Iglesias próximas á los tiempos apostólicos, constando por las Actas de Santa Justa y Rufina, que era Obispo de aquella ciudad Sabino por los años 187, que despues firmó en el Concilio Iliberitano. El Códice Eucilianense escrito el año 962 nos da noticia de otro Obispo aun mas antiguo llamado Marcelo. De donde puede muy bien deducirse que se sucedían los Obispos aunque no se conservan sus nombres.

MÉRIDA, ASTORGA Y LEON.

Escribiendo San Cipriano sobre la caída de Baslides y Marcial en la carta 68 dirigida *Felici Presbytero et plebibus consistentibus ad Legionem et Asturiam; item Laelio Diacono et plebi Emeritæ consistenti; fratribus in Domino S.* nos dejó un testimonio de que estas eran ya Sillas Episcopales á mitad del siglo tercero en que escribia. Es digno de leerse sobre este punto el P. Risco que por su profunda erudicion y juiciosa crítica pudo continuar la historia del Maestro Florez, (tomo 34, trat. 7, cap. 11.) Por las firmas del Concilio Iliberitano en que suscriben dos Obispos, uno de Leon llamado Decencio y otro de Mérida con el nombre de Liberio, no solo venimos en conocimiento de ser muy antiguas dichas Iglesias, sino tambien las de Basti, hoy Baza, cuyo Obispo llamado Eutiquiano asistió á dicho Concilio; la de Egabro, hoy Cabra, cuyo Obispo en aquel tiempo era Sinagio: de Málaga, cuyo Obispo Patricio parece haber sido mas antiguo que el grande Osio á quien precedió en el asiento; de Tucci, hoy Martos, su Prelado Camerino; y por fin Osonova, cuyo Prelado llamado Vicente firmó el octavo.

Nos hemos visto precisados á poner á continuacion del cuarto libro de la historia esta breve noticia de las Iglesias primitivas de nuestra España, ó que prudentemente se han tenido y tienen por las mas antiguas; porque nada ó muy poco suelen hablar de ellas los estrangeros. La gloria nacional empeñó á algunos sabios y tal vez el honor y deseo de la precedencia á algunas Iglesias particulares, en llegar, si era posible, hasta el origen mismo, y presentar la sucesion no interrumpida de sus Pastores respectivos. La imparcialidad que debe reinar en una

historia general nos impide seguir las opiniones de unos, y desechar las pretensiones de otros; mucho mas cuando todos ó la mayor parte se fundan en conjeturas. Si en algo erramos, tenemos la satisfaccion de seguir á los mas juiciosos é imparciales. No se interrumpirá el orden cronológico, que es imposible conservar por otra parte, pues abraza el tiempo en que los Apostólicos empezaron á iluminar á España y estender por ella felizmente la Religión Cristiana, hasta el Concilio Iliberitano que nos suministra las primeras noticias ciertas de las Iglesias y Obispos que entonces las gobernaban.

DISERTACION SEGUNDA.

Concilio Iliberitano.

Las crueles persecuciones que padeció la santa Iglesia de España impidieron durante los tres primeros siglos la celebracion solemne de las asambleas Eclesiásticas, en que tan fecunda ha sido despues nuestra Península, desde el tiempo en que comenzó á gozar de alguna paz y tranquilidad. No hacian poco los fieles en aquel tiempo de horror en juntarse para celebrar los santos misterios; y sus Pastores perseguidos por do quiera á par de muerte, se veían precisados á dar tan solo de palabra á sus ovejas las reglas de disciplina y de conducta, por las que debían gobernarse. Las augustas juntas de Prelados comenzaron en toda la Iglesia despues de la conversion del gran Constantino, distinguiéndose España por el número, celebridad, sabiduría y perfecto catolicismo de las que se congregaron en ella. Entre es-

tas santas asambleas ocupa el primer lugar el insigne Concilio de Elvira ó Iliberi, uno de los mas preciosos monumentos de la antigüedad Eclesiástica.

No ha faltado quien sostenga que las actas de este Concilio son mas bien una coleccion de los cánones españoles hasta allí dados, que reglas establecidas en una junta particular. Pero son tantas las circunstancias que concurren para creer lo que hasta aquí creyeron todos los mejores escritores, que no nos atrevemos ni aun á poner en duda semejante opinion.

Es muy difícil fijar el año de la celebracion de este Concilio. El códice manuscrito que mas dice, señala el dia, pero omite el año. Tales son los que disfrutaron Harduino y Mendoza, el uno de Pedro Pitheo y el otro de Urgel, que dicen, fue el de los idus de Mayo: *Concilium Eliberitanum Iduum Majorum sanctorum episcoporum, numero XLIII*. Los demás solo llevan la inscripcion de *concilium Iliberitanum*, sin mas circunstancia ni adición, que la del exordio que sigue inmediatamente: *cum convenissent Sancti et religiosi episcopi in ecclesia Eliberitana, hoc est: Felix episcopus Accitanus...* (edicion de Mendoza). Si atendemos á la práctica de otros Concilios, no podemos persuadirnos que estuviera en su origen tan desnudo aquel título, antes bien creemos que estaria circunstanciado con el número de los cuarenta y tres Obispos que ofrecen los códices de Pitheo y de Urgel, y quizá señalando el consulado que entonces era el cómputo ordinario.

Por lo mas probable tenemos que fue anterior á la renuncia que Diocleciano hizo del Imperio, y de consiguiente antes de su persecucion empezada el año 303. Fundamos nuestro dictámen en los Obispos que formaron el Sínodo: Sabino de Sevilla, Valerio de Zaragoza y Osio de Córdoba: cuyo tiempo y cir-

No vió el principio de su gloria la antigüedad mas remota, y la revolucion de los siglos futuros no verá jamás su fin. El Juez le dijo: hace ya mucho tiempo, jóven atrevido, que tengo la paciencia de oír los elogios de tu Cristo; si al fin no sacrificas á la madre de los dioses, yo te condeno hoy á muerte despues de haberte hecho padecer los mas horribles tormentos. Mas Sinforiano contestó: solo temo al Dios Omnipotente que me ha criado, y á él solo adoraré; esta masa de carne y hueso está á vuestro arbitrio, pero no el alma que despues de la destruccion de mi cuerpo tornará á su origen. Considerad vosotros mismos el culto vergonzoso con que honrais á vuestros ídolos, mirad con los ojos de la virtud y de la razon el ceremonial infame y los gestos impuros de esos jóvenes eunucos, y como haceis del libertinage un egercicio de Religion. Avergonzaos de los movimientos fanáticos y de las estravagancias de los Coribantes. ¿Quién no sabe que vuestro Apolo fue un artificioso y disoluto pastor de Tesalia? ¿Que sus coronas de laurel son los monumentos de su deshonestidad, y que con sus astucias engañosas supo imitar el mugido de los bueyes y la voz de los demonios? No cabe duda que vuestra Diana es el demonio meridiano que anda vagueando por las calles, por los caminos y aun por los bosques, para armar asechanzas en todos los lugares; y de aquí ha tomado el nombre de diosa de las encrucijadas." El Juez furioso interrumpió este discurso, y pronunció la sentencia en estos términos: *el sacrilego Sinforiano, con-*

vencido tan claramente de impiedad, muera degollado, para vengar á los dioses y á las leyes. Al tiempo de salir de la ciudad para el suplicio, su madre, que era digna de tal hijo, subió á la muralla y desde allí le dijo, viéndole llevar á la muerte: *levanta los ojos al cielo, amado Sinforiano, y acuérdate de las promesas del Todopoderoso, y que el martirio lejos de privarte de la vida, te la asegura por toda la eternidad.* Al punto que le cortaron la cabeza, tuvieron los fieles ocasion de recoger su cuerpo, y le enterraron secretamente al lado de una fuente cercana al sitio de la egecucion. Los milagros sin número que obraba Dios en su sepulcro, le hicieron uno de los mas célebres de las Galias (*).

(*) Aseguran algunos autores, y no sabemos en qué se fundan, que desde el tiempo de Domiciano hasta que fueron elevados al imperio Marco Aurelio y Lucio Vero, no se hallan monumentos en España que prueben con seguridad haber habido Mártires en ella. Nosotros creemos debe atribuirse esta opinion no á la falta de varones ilustres que sellasen con su sangre la doctrina de Jesucristo, sino á la de los que entonces se llamaban Notarios, porque era su oficio anotar los hechos ó actas de los Mártires y Confesores con el fin de leerlos despues en las juntas de los fieles y remitirlos tambien á otras Iglesias. La escasez de estos Notarios, y la poca ó ninguna exactitud con que procedieron en señalar los tiempos y circunstancias de los martirios, cubrieron de obscuridad casi impenetrable aquellos primeros siglos. Pero ya hemos insinuado que los Prefectos y Procónsules continuaban las persecuciones, aun cuando con nuevos edictos se mitigaba su furor ó se daba paz completa á los Cristianos; y diciendo Tertuliano en su Apologético, que la sangre de los Cristianos era como semilla fecunda que se multiplicaba cuanto con mayor encono se derramaba, é incluyendo á la España entre las Provincias en que

5. Instruyó y bautizó á San Sinfiriano el presbítero San Benigno, que habia sido discípulo de San la Religion hacia progresos admirables podemos inferir con justa razon, que en todo el dicho tiempo no dejó de haber Mártires en nuestra España.

Sobre las dichas razones de congruencia tenemos auténticos testimonios del martirio de los Santos Facundo y Primitivo, aunque los historiadores no se convienen en fijar el lugar de su martirio. El Martirologio Romano y algunos otros monumentos eclesiásticos señalan por lugar de su martirio la orilla del río Cea en Galicia: otros escritores sostienen que padecieron en donde se fundó con el tiempo un monasterio que pertenece á la Congregacion Benedictina de España, y se llama hoy Sahagun, de San Facundo. Tambien pretenden algunos que su martirio fue anterior al imperio de Marco Aurelio. Pero lo cierto es, que los dos Santos eran soldados y dejaron de asistir á unos sacrificios públicos, porque su Religion se los prohibia. No pudo mantenerse oculta su omision; fueron reconocidos y convencidos de Cristianos. Se les encerró en una horrorosa cárcel, en donde al principio trató el Gobernador de vencerlos con la blandura y halagos que despreciaron. Fueron despues metidos en un horno encendido, en que permanecieron por espacio de tres dias sin recibir lesion alguna: les envenenaron despues la comida, pero ellos haciendo la señal de la cruz sobre los manjares, comieron sin que les causase el menor daño: les rasgaron los costados con garfios de hierro, y en sus heridas y boca introducian vinagre, cal y aceyte hirviendo. Ni con esto murieron, aunque no cesaron los tormentos. Les magullaron los ojos y frente y colgaron de los pies, pero al cabo de tres dias fueron hallados vivos y con vista. Por fin, mientras uno de los circunstantes exclamó que veía bajar dos ángeles del cielo con palmas y coronas, fueron degollados. Al mismo reinado de Marco Aurelio parece pertenecen los martirios de San Proclo y sus hermanas Domesina, Domitila, y Teodora. Se celebra su conmemoracion el día 14 de Abril (Martirologio Romano) y se asegura que ilustraron con su sangre el territorio de Benavente, Hamado Iteramnium por Antonino Pio en su itinerario, por estar situado entre los rios Orbigo y Erzla.

Policarpo, y pasó al Occidente á predicar la fe con Andolco, tambien presbítero, y Tirso diácono. Permanecieron algunos años en Autun, donde bautizaron á Fausto, padre de Sinfiriano, con toda su familia; desde allí fue Benigno á Langres, y despues á Dijón; y en esta última ciudad coronó su apostólica vida con un prolijo martirio (*).

(*) Durante el siglo segundo, pero sin que podamos fijar la época con toda certeza, se dice haber sufrido el martirio Santa Librada y sus hermanas. El Breviario Romano día 20 de Julio nos describe en sus lecciones el modo en que padecieron: y en suma refiere, que una muger Gentil llamada Calsia, esposa de Lucio Catelio Severo, Prefecto y Régulo de Galicia y Lusitania, dió á luz de un parto nueve hijas. Temiendo Calsia, que su esposo podria sospechar de su continencia, mandó á la partera que las arrojase al río, y esta mas compasiva las entregó á otras tantas nodrizas, que las criaron é infundieron la fe con el tiempo. Reconocidas por su padre, quiso este hacerlas renunciar á Jesucristo. Mas no pudiendo vencerlas, y no queriendo ellas por otra parte agravar el crimen de su padre, huyeron de su poder y se retiraron; hasta que mas adelante, cogidas por los Gentiles, padecieron todas el martirio, y Librada la última fue clavada en una cruz despues de haber sufrido varios tormentos.

No pretendemos impugnar ni la piadosa creencia de la Diócesi de Sigüenza, ni la autoridad de la santa Silla que dió su permiso ó cuando menos tolera dichas lecciones. El Padre Maestro Florez es de opinion que no se halla memoria de esta Santa ni de sus hermanas hasta el año 1300, que habiéndose esparcido en los siglos antecedentes muchas actas apócrifas de los Santos, pudieron tomar el contenido de dichas lecciones de algunas de ellas: que tal vez se confundió á Santa Librada con Santa Quiteria, cuyos Padres en algunos Breviarios antiguos se llaman Catilio y Calsia. Podemos añadir que jamás desde Augusto hubo un solo Prefecto para las dos provincias de Lusitania y Galicia: que el nombre de Wilgeforte que se da á Santa Librada, no se halla en el

Prendieron á Andolco y Tirso en Saulieu juntamente con un mercader llamado Felix que los hospedaba en su casa; y despues de padecer muchos tormentos fueron muertos á palos. Santa Pascasia que sufrió la muerte en una edad avanzada fue instruida tambien por San Benigno: y otra infinidad de

Breviario antiguo de Sigüenza, ni por él consta que fuese crucificada. Además hay cosas tan extraordinarias en dichas lecciones, que sin dificultad grandísima no pueden creerse; tales son el haber resuelto la madre que fueran muertas las nueve hijas, y no quedarse una ó dos para dar satisfaccion al marido que como Prefecto no debía tolerar tantos parricidios: que precisamente vivieran las nueve gemelas, aunque no pongamos dificultad en que todas nacieran de un parto: que despues las reconociera su padre; que se le escaparan todas, y otras muchas dificultades que una crítica severa encontraria. Con todo, siguiendo el parecer del Maestro Florez, nos persuadimos que habiendo recibido el Obispo D. Simon Cisneros el cuerpo de la Santa, para trasladarle desde Florencia á su Iglesia, con aprobacion y autoridad del Pontífice Bonifacio VIII., segun se lee en las lecciones de su traslacion celebrada en 15 de Julio, le puso uno de aquellos nombres con que se acostumbran á designar los Mártires, quedando los suyos propios conocidos solamente á Dios. Así venera la Iglesia universal y da culto á las reliquias de San Adaneto, Restituto, Benedicto &c. Así queda en pie la certidumbre de la existencia del cuerpo de esta Santa, y la verdadera legitimidad de su culto, sin que se oponga á ello el dudar si es nombre propio ó no lo es el de Santa Librada. En lo primero no puede haber error, lo segundo está sujeto á equivocacion y engaño. Y aunque el añadir un Santo ó Santa al prodigioso número de los que han ilustrado nuestra patria, sea muy glorioso para nosotros, no creemos necesario admitirlo á costa de tantos inconvenientes, y por otra parte dejamos al arbitrio de los unos creer piadosamente lo que juzguen mas conforme á la verdad, y á los otros defenderla con pruebas mas convincentes.

Mártires fertilizó esta tierra, preparando los abundantes frutos que en breve tributó á la Iglesia (*).

6. Trabajaban mucho mas que todos los perseguidores, los hereges contra la pureza del cristianismo. Propagáronse las impiedades desde el Asia,

(*) Tambien pertenece á esta época el martirio de Santa Marciana, de quien dice el Martirologio Romano: »En Toledo, el triunfo de Santa Marciana Virgen y Mártir, que fue coronada por la fe de Cristo, siendo espuesta á las fieras y despedazada por un toro (12 de Julio).» En un himno del Breviario Mozárabe se halla compendiado su martirio, el cual traducido á nuestra lengua dice así:

Celebre la Iglesia el triunfo
De la Mártir sacrosanta,
Y los cantares de todos
Hoy alaben á Marciana.
La que mientras del martirio
Desea alcanzar la palma,
Vuela al campo de la gloria,
Y á la lid resuelta marcha.
Hace pedazos la efigie
Del demonio, á cuyas plantas
De agua cristalina y pura
Copiosa fuente manaba.
Al Pretor es conducida
Fieramente maltratada,
Y de jóvenes impuros
Al torpe amor entregada.
Pero al tiempo que estos ciegos
Se esfuerzan en violarla,
Entre ellos y ella ¡ó prodigio!
Se interpone una muralla.
Atada á un tronco la Mártir
Con crueldad inhumana
Triunfa del furor impio
Del pueblo que la amenaza.

hasta el centro de las Galias, por los artificios de una secta particular de Gnósticos, discípulos de un Marcos que lo fue de Valentino, por cuya razón se llamaron Marcosianos. Puso todo su afán San Ireneo en alentar á los fieles contra esta seducción.

7. Este santo Doctor escribió una carta intitulada *del cisma* á Blasto, presbítero de la Iglesia Romana, que fue depuesto con Florino por haber abrazado los nuevos errores. Compuso también dos tratados contra el mismo Florino, titulado el primero de la *Mo-*

Porque arrojada á las bestias
Un leon viene y la halaga,
Y deja intacta á la vírgen
Aunque furioso bramara.

Mas luego saliendo un toro
Cuyos mugidos espantan
Destroza sus tiernas carnes
É indómito despedaza.

Por fin otra mas ligera
Bestia con la piel manchada
En los miembros virginales
Fija el diente hasta matarla.

De este modo de los lazos
Del cuerpo escapando el alma
Gozosa y triunfante sube
A la celeste morada.

Por este himno se infiere que la Marciana de que habla no fue muerta por un toro, sino por otra fiera que á bocados la consumió. Refieren algunos, que en África hubo otra Santa Marciana despedazada por un leopardo. Baronio dice que fue esta misma trasladada á Toledo. Nosotros remitimos al lector á los continuadores de Papebroquio.

Sobre la identidad de las Santas Eufemia y Marina, en los tomos 17 y 23 del Maestro Florez se halla juiciosamente discutido cuanto puede decirse.

narquia, esto es, de la unidad de un principio de todas las cosas ó de un solo Criador, para demostrar que Dios no es causa del mal. Recuerda á Florino que habian sido ambos condiscípulos en la escuela del gran Policarpo, que mostraba siempre tanto horror á semejantes novedades desconocidas á Juan el Evangelista y á todos los que habian conversado con el Señor. El segundo se titulaba de la *Ogdoadá*, ó de los ocho Eones en que apoyaba su sistema Valentino. Publicó el celoso Pastor otros muchos escritos que no han llegado á nosotros, y aun de estos solo existen algunos fragmentos.

Pero lo que nos consuela de tantas pérdidas es su excelente obra contra todas las heregias, aunque solo se ha conservado una version latina muy agena de la elegancia y finura que se advierte en algunos pedazos del original griego que se han libertado del naufragio de los tiempos. Principia esta inestimable obra refiriendo las visiones de los Valentinianos, y despues esplica con toda pureza la fe recibida de los discípulos inmediatos del Señor, cuya esposicion no es otra cosa que el símbolo de los Apóstoles; demostrando al mismo tiempo su autoridad, y afirmando el santo Doctor que todos los artículos de que consta eran creidos unánimemente por todas las Iglesias del universo. Opones de un modo tan luminoso la conformidad de esta fe á las innumerables variaciones de los hereges que habian dogmatizado desde Simon Mago hasta Valentino y sus sucesores. Despues refuta los errores que ha notado, y demuestra que

la corrupcion de las costumbres origina las mas veces las malas doctrinas. Analiza las contradicciones y absurdos en que incurren los que las profesan, haciendo de ellas un contraste ingenioso y sólido con los cuatro Evangelios, y despues con la tradicion, y esplicando con admirable juicio el peso de esta autoridad y de las consecuencias que produce. Tambien apoya la verdadera doctrina con la sucesion de los Obispos establecidos por los Apóstoles en las diversas Sillas, y añade: „mas como seria tan dilatado el esponer esta sucesion en tantas Iglesias, que casi son innumerables, nos contentaremos con indicar la tradicion de la primera, á la cual por su superior preeminencia deben indispensablemente unirse los fieles de todas partes, y creer lo que ella cree.” Hace una enumeracion de todos los Papas desde San Pedro hasta San Eleuterio, que ocupaba entonces la Sede Apostólica. Prueba despues con mucha estension la unidad de un Dios criador del cielo y de la tierra, la divinidad de Jesucristo y del Espíritu Santo, la Encarnacion del Verbo, y que Jesus es hijo de María sin serlo de José.

Refuta la interpretacion de las santas Escrituras del apóstata Teodocion, que habiendo abandonado la fe cristiana para abrazar el judaismo, debilitaba cuanto podia las pruebas del cristianismo sacadas de los Profetas, y especialmente traducia aquella profecía de Isaías: *ecce virgo concipiet*, por estas palabras: *ved aquí que concebirá una muger*. Finalmente inculca San Ireneo con toda claridad varios articulos de nues-

tra creencia, como son el pecado original, el libre alvedrio, y la presencia real del cuerpo de Jesucristo en la Eucaristía. Necesario seria leer todo el libro cuarto de este tratado contra las heregias, para conocer la exactitud y precision con que anuncia la fe de la presencia real, considerándola como tan incontrastable, que se vale de ella para confundir con mas facilidad los errores contrarios á los otros dogmas. „¿Cómo creeríamos, dice el Santo, que el pan Eucarístico es el cuerpo del Señor, y el cáliz su sangre, si no le reconociésemos por Hijo del Eterno?” Y contra los Marcionitas: „si el Salvador es hijo de otro padre que del Todopoderoso, ¿cómo al tiempo de tomar en sus manos el pan, que es obra del Criador, aseguró que es su cuerpo, y que el licor del cáliz es su sangre?” Establece todas las demás verdades fundamentales de la Religion, combatidas entonces y en los siglos posteriores, con la misma claridad en todo el curso de los cinco libros, cuya lectura muestra á los ojos la uniformidad de la fe en todos los tiempos. Pero no se puede negar que entre tantas verdades interpola el santo Doctor algunos errores, deduciéndolos de consecuencias remotas de los principios; los cuales no se examinaron en la Iglesia hasta despues de su muerte. San Ireneo creyó, segun parece, que las almas justas solo verian á Dios despues de la resurreccion; ó á lo menos consultando la viveza de su celo contra las heregias dominantes mas que á su recto juicio, enseñaba con algunos Milenarios, que despues de la primera resurreccion estas

almas reinarian mil años en la tierra en compañía de Jesucristo. Dió en el extremo contrario por combatir las esplicaciones alegóricas de la Escritura en que apoyaban sus errores, porque entendia demasiado literalmente los textos relativos á la gloria de la Iglesia y á la felicidad eterna.

8. Sobrevivió el Emperador Marco Aurelio cerca de dos años á los Mártires sacrificados en las Galias por el abuso de su poder; y es de notar que estos últimos años fueron para él una serie no interrumpida de pesadumbres y disgustos. El triste convencimiento de las malas inclinaciones de su hijo Cómodo le atormentaba en gran manera, ya por su calidad natural de padre, y ya por la de padre de su pueblo, cuyo título se adquirió por muchos respetos. Tornaron á conmoverse de nuevo á los fines de su reinado las naciones inquietas de la Germania y Sarmacia, marchó contra ellas y consiguió una gran victoria sobre los Marcomanos: pero en medio de este triunfo le asaltó una enfermedad contagiosa. Cómodo no podia encubrir su detestable ansia de reinar sin guia y sin freno, y se divulgó que habia hecho envenenar á su padre, á quien acompañaba en la guerra, y el que le habia hecho proclamar Augusto. Á lo menos mostró el Emperador que lo sospechaba, pero sin embargo lo disimuló; y respondió al Tribuno que venia á tomar su orden: *acudid al sol que nace*. Dijo á sus amigos mas íntimos, que le era gravosa la vida; y rehusando tomar alimento murió el año de Jesucristo 180, á los cincuenta

y nueve de su edad y diez y nueve de reinado.

9. Cómodo fue proclamado en todas partes Emperador: pero á pesar de las grandes esperanzas que habian concebido los Romanos del hijo de Marco Aurelio, tocóles en suerte un mónstruo semejante á Nerón en la crueldad y en los caprichos. Habian convertido á fuerza de importunidades é instancias al padre en sanguinario azote de los Cristianos; mas el hijo derramó la sangre de las personas mas elevadas del Imperio, y trató á los Cristianos favorablemente. Así muchas veces la Providencia camina á sus fines por las sendas que nos parecen mas opuestas. Fue, segun se dice, el instrumento de que se valió Dios para que los fieles lograsen una paz que no podian esperar en un reinado tan tiránico, una muger prostituta llamada Marcia, muy aficionada al cristianismo, y que dominaba el corazon de Cómodo. De esta suerte en medio de los peligros se aumentaba todos los dias considerablemente el número de los fieles, abrazando la Religion de Jesucristo crucificado no solo la gente del pueblo, sino tambien los Romanos mas ilustres. (*)

(*) Si hemos admirado la predileccion con que Dios se dignó mirar á nuestra España, haciendo que la semilla del Evangelio produjera en ella frutos abundantes; ya es tiempo que veamos al enemigo comun derramando en ella la cizaña de la heregía que comenzó á introducirse en la Península durante la paz concedida por Cómodo, hácia el año 189. El instrumento de quien se valió el demonio para turbar la paz y romper la unidad fue un tal Marcos, de quien refiere San Gerónimo que pervirtió á muchas señoras nobilísimas de España. Era este Marcos discípulo

10. Declaróse Cristiano entonces el Senador Apolonio en la mas augusta asamblea del universo (1), y habiéndole delatado un esclavo suyo, se entregó la causa á Perenis, Prefecto del Pretorio. Este Oficial que era grande observador de las leyes condenó al esclavo al último suplicio, por haber quebrantado el edicto de Marco Aurelio en que prohibia delatar á los Cristianos; pero como al mismo tiempo sujetaba la vindicta pública á los que siendo delatados no renunciaban la fe, creyó Perenis que este negocio correspondia al Senado, por tratarse de uno de sus individuos. Lo envió á él con efecto, y Apolonio com-

de Carpócrates, jefe de los hereges del segundo siglo, á quien Clemente de Alejandría llama Alejandrino. San Epifanio dice que fue de Samosata, y Eusebio le distingue con el nombre de *autor de los Gnósticos*, por su vanidad en toda suerte de ciencias. Sus delirios no pueden referirse sin ofender el pudor y sin apurar el sufrimiento. Basta decir que reunió los de todos los hereges anteriores, é inventó nuevos mas desconcertados que los antiguos.

De este modo el Señor purificaba á su Iglesia en la paz con las contradicciones de los enemigos internos, y tal vez para separar la paja del grano permitia las persecuciones mas terribles y espantosas, como lo fue la de Septimio Severo en el año 202. Fue tan cruel, que muchos creyeron se acababa el mundo. Unos atribuyen su origen á Plauciano, á quien Severo dejó Prefecto de Roma mientras él viajaba por el Oriente: y otros al no haber querido los Cristianos honrar con su presencia la entrada triunfante de Severo en Roma cuando volvia vencedor de Elodio Albino. En esta persecucion, si damos crédito á Tertuliano, fueron cruelmente perseguidos los Cristianos de España, principalmente en Leon.

(1) *Hieronym. de viris illustrib. et epist. ad Mag. Euseb. lib. 5. hist. cap. 21.*

puso un elocuente discurso, en el que no contento con confesar la fe cristiana, hacia de ella una sólida apología, y lo pronunció en presencia de los Senadores reunidos. No lograron estos convencerle, ni que hiciese traicion ni disimulase su creencia, y juzgaron que no podian dar fin á un negocio tan ruidoso sin sentenciar al acusado por un decreto solemne á perder la cabeza; cuya sentencia se ejecutó en el año ocho del reinado de Cómodo. Se refiere tambien el martirio del Senador Julio acaecido en tiempo del mismo Emperador.

11. Florecia en esta misma época San Teófilo, Obispo de Antioquia (*), autor de muchas obras estimadas por su solidéz y elegancia. Las mas célebres eran los comentarios sobre los cuatro Profetas mayores, y sobre los cuatro Evangelistas, además del tratado que dirigió á Autólico, que es el único que existe, y una refutacion de los errores de Marcion y Hermógenes. Era Autólico un Gentil sabio, muy preocupado contra la Religion cristiana; y Teófilo que tambien habia sido educado en el paganismo, quiso instruirle y convencerle en esta obra, que dividió en tres libros, en la cual inculca con mucho nervio la existencia y las perfecciones infinitas del verdadero Dios, poniendo de manifiesto la estravagancia y los absurdos de la idolatría. Se conoce el carácter de este autor en el pasaje del libro primero, donde convence

(*) Fue Teófilo el séptimo Obispo de Antioquia despues de San Pedro, habiendo sucedido Erone á San Ignacio, á Erone Cornelio, á Cornelio Érote, y á Érote nuestro Santo en el año 168.

de que aun sin el auxilio de la fe podemos llegar al conocimiento de Dios por la consideracion de su providencia y de todas sus obras. „Cuando vemos, dice, un navío que navega por alta mar, ó que entra en el puerto, no dudamos que lleva dentro un piloto que le gobierna: así debemos creer que preside al gobierno del universo un Dios de infinita sabiduría, aunque este primer motor sea invisible á nuestros ojos. Nadie ignora que hay un Emperador en el mundo, aunque muchos nunca le han visto, pero le conocen por sus leyes, por sus Magistrados y por sus imágenes. ¿Y rehusareis vos conocer á Dios por sus obras y por los efectos tan ilustres y multiplicados de su poder? Repugnareis creer lo que no veis, pero ¿acaso no nos regimos en la mayor parte de las cosas de la vida con esta fe ó con esta confianza? ¿Quién sembraria en la tierra si no tuviese esperanza de coger los frutos? ¿Quién atravesaria los mares si no confiase de la pericia de un piloto? ¿Quién se veria libre de sus enfermedades si no se abandonase al médico? ¿Y cómo aprenderíamos ningun arte ó ciencia si no principiásemos por creer al que nos la enseña?”

Refiere Teófilo en el segundo libro y justifica la historia de la creacion segun Mosés, observando como un monumento sensible de la creencia primitiva y universal, que todas las naciones cuentan la semana como los Judíos, aunque este ciclo de siete dias no se funda en el curso de ningun astro, y es absolutamente arbitrario en el orden natural. Usa de la palabra *Trinidad* tratando en el mismo libro con es-

tension de la naturaleza Divina, y de las tres Personas; y es la primera vez que se encuentra este término para denotar la distincion de las tres divinas Personas. Refuta con elocuencia y solidéz en el libro tercero las calumnias de los idólatras contra los Cristianos, y especialmente la acusacion de que su doctrina era nueva. Utiliza admirablemente este hombre grande un campo tan fértil para demostrar con evidencia la ignorancia grosera de los Griegos en la historia antigua, y la infinita superioridad de los Profetas, tanto por su sabiduría como por su antigüedad sobre todos aquellos pueblos apasionados por las fábulas. Concluyó tranquilamente su carrera San Teófilo en tiempo de Cómodo, el cual pereció á los trece años de reinado con corta diferencia.

12. Habia confiado á la pluma este imprudente y cruel Principe un proyecto de proscripcion que meditaba. El papel cayó en manos de los proscriptos, entre los cuales brillaban los primeros hombres de la corte, y aun la célebre Marcia; pero tomaron la delantera al Emperador, y Marcia le envenenó. Vomitó mucho, y temiendo que el veneno no produjese todo su efecto, dispusieron que el atleta Narciso acabara de quitarle la vida. Fue elegido en su lugar un venerable viejo llamado Pertinaz, y asesinado tres meses despues por los soldados Pretorianos, cuyos desórdenes intentó corregir.

13. Entonces fue cuando estos mismos soldados pusieron el Imperio en venta; y Didio Juliano compró realmente la potestad suprema, en la cual le

historia general nos impide seguir las opiniones de unos, y desechar las pretensiones de otros; mucho mas cuando todos ó la mayor parte se fundan en conjeturas. Si en algo erramos, tenemos la satisfaccion de seguir á los mas juiciosos é imparciales. No se interrumpirá el orden cronológico, que es imposible conservar por otra parte, pues abraza el tiempo en que los Apostólicos empezaron á iluminar á España y estender por ella felizmente la Religión Cristiana, hasta el Concilio Iliberitano que nos suministra las primeras noticias ciertas de las Iglesias y Obispos que entonces las gobernaban.

DISERTACION SEGUNDA.

Concilio Iliberitano.

Las crueles persecuciones que padeció la santa Iglesia de España impidieron durante los tres primeros siglos la celebracion solemne de las asambleas Eclesiásticas, en que tan fecunda ha sido despues nuestra Península, desde el tiempo en que comenzó á gozar de alguna paz y tranquilidad. No hacian poco los fieles en aquel tiempo de horror en juntarse para celebrar los santos misterios; y sus Pastores perseguidos por do quiera á par de muerte, se veían precisados á dar tan solo de palabra á sus ovejas las reglas de disciplina y de conducta, por las que debían gobernarse. Las augustas juntas de Prelados comenzaron en toda la Iglesia despues de la conversion del gran Constantino, distinguiéndose España por el número, celebridad, sabiduría y perfecto catolicismo de las que se congregaron en ella. Entre es-

tas santas asambleas ocupa el primer lugar el insigne Concilio de Elvira ó Iliberi, uno de los mas preciosos monumentos de la antigüedad Eclesiástica.

No ha faltado quien sostenga que las actas de este Concilio son mas bien una coleccion de los cánones españoles hasta allí dados, que reglas establecidas en una junta particular. Pero son tantas las circunstancias que concurren para creer lo que hasta aquí creyeron todos los mejores escritores, que no nos atrevemos ni aun á poner en duda semejante opinion.

Es muy difícil fijar el año de la celebracion de este Concilio. El códice manuscrito que mas dice, señala el dia, pero omite el año. Tales son los que disfrutaron Harduino y Mendoza, el uno de Pedro Pitheo y el otro de Urgel, que dicen, fue el de los idus de Mayo: *Concilium Eliberitanum Iduum Majorum sanctorum episcoporum, numero XLIII*. Los demás solo llevan la inscripcion de *concilium Iliberitanum*, sin mas circunstancia ni adición, que la del exordio que sigue inmediatamente: *cum convenissent Sancti et religiosi episcopi in ecclesia Eliberitana, hoc est: Felix episcopus Accitanus...* (edicion de Mendoza). Si atendemos á la práctica de otros Concilios, no podemos persuadirnos que estuviera en su origen tan desnudo aquel título, antes bien creemos que estaria circunstanciado con el número de los cuarenta y tres Obispos que ofrecen los códices de Pitheo y de Urgel, y quizá señalando el consulado que entonces era el cómputo ordinario.

Por lo mas probable tenemos que fue anterior á la renuncia que Diocleciano hizo del Imperio, y de consiguiente antes de su persecucion empezada el año 303. Fundamos nuestro dictámen en los Obispos que formaron el Sínodo: Sabino de Sevilla, Valerio de Zaragoza y Osio de Córdoba: cuyo tiempo y cir-

cunstancias prueban haber sido el Concilio antes de la persecucion diocleciana, pues Sabino presidia en Sevilla al fin del siglo tercero: Valerio fue desterrado por Daciano, con órden de que no entrase en lugares grandes: Osio en fin padeci6 en ella por confesar la fe, segun 6l mismo refiri6 al Emperador Constantino, y tal vez fue tambien desterrado de su propia Iglesia como Valerio. La existencia de estos tres Obispos en sus propias Sillas, antes de la referida persecucion, se halla comprobada por actas legítimas de algunos Mártires; por las autoridades de San Atanasio y del mismo Osio, por lo que mira á su persona; por la de San Agustín por lo que toca á San Vicente, Mártir del tiempo de Daciano y Diácono del Obispo Valerio; y finalmente por las actas genuinas del martirio del mismo San Vicente; pero no se encuentra igual armonía de nombres, Sillas y tiempo despues de aquella persecucion, lo que prueba ciertamente que Sabino padeci6 en ella; que Valerio no pudo concurrir á Iliberi despues que Daciano le desterr6 de su Silla, lo que se apoya mejor si muri6 en el lugar de su destierro, como opinan algunos; que Osio se mantuvo en Italia, mucho antes de la conversion de Constantino, y que sigui6 la comitiva de este Emperador hasta su fallecimiento, sin regresar á España.

Puede añadirse el nombre de Melancio, Obispo de Toledo, uno de los Padres de Iliberi, pues no hallándose en los fastos Toledanos que empiezan desde la paz de la Iglesia, se deduce haber florecido antes; y finalmente cotejadas todas las circunstancias se viene en claro conocimiento que no debe anticiparse, ni atrasarse del Imperio de Diocleciano el Concilio Eliberitano, habiendo asistido á 6l Obispos que lo eran á fines del siglo tercero y principios del cuarto. Nuestro sabio Mendoza fija su celebracion en el año de 300, ó el de 301, por cuyo tiempo la

admitieron Tillemont, tom. V., Ceillier, tom. III. cap. XXXIV., art. I. Eliberi, Iliberi ó sea Elvira de donde tomó el nombre el Concilio, fue ciudad de la provincia Bética donde al presente está Granada.

El principio del Concilio en los manuscritos dice que se juntaron en la Iglesia Eliberitana los Obispos: 1º Felix, de Acci (Guadix): 2º Sabino, de Sevilla: 3º Sinagio ó Esmagio, de Epagio (Vejar): 4º Pardo ó Pardo, de Mentesa (Jaen): 5º Cantonio ó Caton, de Urci (Almería): 6º Valerio, de Zaragoza: 7º Melancio ó Melanthio, de Toledo: 8º Vicente, de Osonoba (en Portugal): 9º Suceso, de Eliocroca (Lorca): 10º Patricio, de Málaga: 11º Osio, de Córdoba: 12º Camerino, de Tucci (Martos): 13º Secundino, de Castulo (Cazlona la vieja): 14º Flaviano, de Eliberi: 15º Liberio, de Mérida: 16º Decencio, de Leon: 17º Januario, de Salaria ó Fiblaria (Alcazar de la Sal): 18º Quintiano, de Eborá (Talavera): 19º Eutyquiano ó Eutyquiano, de Basti (Baza).

No podemos dispensarnos de prevenir que estas espresiones de los nombres y Sedes de cada Obispo no son subscripciones, sino exordio de las Actas, donde se espresaban los Prelados que asistian al Concilio y despues subscribian al fin, como puede verse en el primer Concilio de Zaragoza y primero de Toledo. Lo mas sensible es, que si al modo que nos faltan las suscripciones de nuestro Concilio Eliberitano, omitieron los copiantes de los códices que han llegado á nosotros en el exordio los nombres de los demás Prelados asistentes, por deber ponerse todos en el fin al tiempo de suscribir. Los códices de Pitheo y de Urgel, que refieren cuarenta y tres Obispos y la distancia de las Iglesias de los diez y nueve, de los cuales se sabe que concurren al Concilio, nos persuaden que faltan otros, muchos.

que por estar mas vecinos, parece no pudieron menos de haber asistido á él (*).

Lo mismo sucede con los Presbíteros, que segun unos fueron veinte y seis, y segun otros treinta y seis; sin que en el dia tengamos por algunos manuscritos otra memoria que de veinte y cuatro. En la nominacion de estos seguiremos los manuscritos Urgelense y Gerundense, prefiriendo sin embargo este por su mayor exactitud. I. *Restitutus*, presbíter de *Epora* (pueblo muy famoso en la Bética) hoy Montoro: II. *Natalis*, presbíter *Ursona*: III. *Maurus*, presbíter *Iliturgi*: IV. *Lamporianus*, presbíter de *Caruta* (*Karuta*, segun el Gerundense): V. *Barbatus*, de *Advingi*: VI. *Felicissimus*, de *Ateva*: VII. *Leo*, *Acinippe*: VIII. *Liberalis* de *Eltocra*: IX. *Januarius*, *Alauro* (*Lauro*): X. *Januarius*, *Barbe*: XI. *Victorinus*, *Egabro*, (*Egabro*, ciudad Episcopal de la Bética): XII. *Titus*, *Avine*: XIII. *Eucarius*, *Municipio*: (*á Municipio*): XIV. *Silvanus*, *Segalvinia*: XV. *Victorulia*: XVI. *Januarius*, *Urci*: XVII. *Leo*, *Gemella*: XVIII. *Turrinus*, *Castelona*: XIX. *Luxurius*, de *Rona* (de *Drona*): XX. *Emeritus*, *Baria*: XXII. *Cumantius* ó *Eumancius*, *Solia*: XXII. *Clementius* ó *Clementianus*, *Ossigi*: XXIII. *Eutices*, *Cartaginensis*: XXIV. *Julianus*, *Córdoba* ó *Córduba*. Pueden verse *Mendoza* y *Loaysa*, los cuales publicaron los nombres é Iglesias de estos Presbíteros, con la diversidad que nota el P. Mtro. *Florez*, tomo 12, trat. 37, cap. 5, desde la pag. 193.

Sin duda que es muy digna de aprecio la memoria de estos Presbíteros, que nos recuerdan la antigüedad del cristianismo en los pueblos á que pertenecian: bien que algunos eran de

(*) Véase la colección de los Concilios de España del Emmo. Sr. Cardenal de Aguirre tom. 1.

las mismas ciudades cuyos Prelados estaban en el Concilio, por esto no nos persuadimos, como algunos creen, á que hayan concurrido como Vicarios de los Obispos ausentes, ni tampoco por título preciso de Párrocos, sino que los Prelados llamaron á aquellos Presbíteros que juzgaron mas sobresalientes en virtud y letras, para que dieran su dictámen en los puntos que habian de controvertirse; ó quizá, como indica *Florez*, para honrarlos y hacer mas respetable la Asamblea.

Congregados los Obispos con los Presbíteros, y presentes los Diáconos y la plebe, estableciéronse ochenta y un Cánones de disciplina: número á la verdad muy crecido en comparacion á los Concilios antiguos de las demás naciones. No parece podemos omitir aquí hacer un ligero extracto de ellos, parando solo la atencion en los que tengan algo de singular ó de difícil esplicacion.

El Cánón I. priva de la comunión, aun en el artículo de la muerte, al que despues de haber recibido el bautismo, y teniendo uso de razon, fue al templo de los ídolos para sacrificar, y sacrificó efectivamente, lo cual es un crimen capital por su enormidad. Ya el autor se hace cargo en el cuerpo de la historia, del rigor de este Cánón que pareció preciso, atendiendo al considerable número de los caidos en las persecuciones.

La palabra *comunión* que se encuentra en este y otros muchos Cánones de nuestro Concilio, tuvo antiguamente diferentes significaciones. Unas veces se entendió por la participacion de las oraciones de los fieles; otras por la union que las Iglesias tenían entre sí, ya por la participacion de la Divina Eucaristia, ya por la reconciliacion con Dios ó absolucion sacramental que se esplica con los términos de *communio*, *societas*, *consortium*, porque el efecto y el fin de la absolucion sacramental son la conversion ó reversion á la Iglesia y sociedad con los fieles, de la

que estaban privados los penitentes. En este sentido la usó San Cipriano, San Ambrosio, el Papa Inocencio I., segun hacen ver autores muy antiguos y críticos muy hábiles; y así nos parece que debe entenderse el primer Cánón del Concilio de Elvira, y no en el sentido que admite nuestro autor, entendiendo por comunión la Divina Eucaristía, por no constar que en aquel tiempo se negase esta á aquellos á quienes se habia dado la absolución de los pecados. La Eucaristía se miraba entonces como el sello de la absolución sacramental, y no se separaba la una de la otra. Por otra parte sabemos por San Cipriano, Inocencio I. y otros muchos, que se negó alguna vez la absolución á los pecadores en el mismo artículo de la muerte, y que aunque los recibieron á la penitencia, los abandonaron sin embargo á la Divina misericordia, sin concederles la absolución: sin duda para evitar con este rigor que los Cristianos cediesen á las persuasiones, á las amenazas ó á los termentos de los tiranos. Pero para evitar los excesos de los Novacianos, se concedió á los penitentes moribundos la absolución y comunión á un mismo tiempo. El sentido del Cánón es que se ha de negar, aun en la hora de la muerte, la absolución al que despues del bautismo incurra voluntariamente en el crimen de idolatría: lo que pudiera comprobarse por un gran número de Cánones de este Concilio, en los que no hablan los Padres de reconciliación, ni de paz, ni de absolución, sino de comunión, entendiendo lo mismo por esta palabra que por las otras. Por ejemplo en el Cánón LXIV. donde establecen, que el pecador despues de haber cumplido su penitencia reciba la comunión, entienden la absolución sin la cual jamás se concedió la Eucaristía á ningun penitente.

El Cánón II. impone la misma pena contra los *Flamines* que, despues de haber recibido el bautismo, vuelven á egercer

el oficio de sacrificadores, ofreciendo ó haciendo ofrecer sacrificios á los ídolos, tanto mas cuanto dicen los Padres que algunos habian agravado este crimen con homicidios ó adulterios.

Los *Flamines* eran una clase de sacrificadores, á cuyo cargo estaba ofrecer sacrificios á los dioses, é inmolarles víctimas. Llamáronse así de *flameum*, adorno que llevaban en la cabeza de color de fuego. A estos sacrificios acompañaban de ordinario los homicidios, persuadiéndose á que sus falsas deidades se aplacaban con tales hostias sangrientas. Esto era doblar el crimen. Tambien solian triplicarle decretando fiestas floreales, en las que se cometian execrables torpezas, estuprando á las vírgenes antes de ofrecerlas en sacrificio, como refiere Suetonio.

El III. quiere que se modere esta pena, con respecto á los que dieron espectáculo sin haber sacrificado, y que se les conceda la comunión en el artículo de la muerte, con tal que hayan hecho una penitencia legítima, y que despues no hayan cometido adulterio.

El texto de este Cánón dice: *Item flamines, qui non immolaverint, sed munus tantum dederint.* Traducimos esta palabra *munus*, espectáculo; y no la entenderemos, como algunos pretenden, por las cédulas ó certificaciones que tomaban los libeláticos, á quienes no parece aborrecian menos los Padres de Elvira, que á los verdaderamente lapsos en la idolatría. Hay autores que solo entienden este Cánón de la penitencia pública que se concedia una sola vez, y no de la penitencia secreta que, segun ellos, se concedia todas las veces que se recaía en el pecado. Pero su opinion parece infundada, pues los antiguos no hablan sino de una penitencia, y esta unidad no concuerda con aquella distinción.

Por el IV. se admiten los *Flamines* al bautismo, despues

de tres años de catecumenato, con tal que durante este tiempo se hayan abstenido de sacrificar.

Habla este Cánón de los Flamines catecúmenos que solo habían concedido al pueblo los espectáculos de que no habían podido dispensarse sin renunciar su empleo. Aunque el tiempo establecido en España para el catecúmeno era de ordinario el de dos años (Cán. XLII.), el Concilio alarga un año á los Flamines, con el fin tal vez de proporcionar no solo su mejor instrucción, sino tambien de obligarles á esta especie de penitencia.

El V. impone siete años de penitencia á la muger que, llevada del furor de los zelos, castigare á su criada con azotes, de modo que muera dentro de tres dias, y constare que lo hizo con intencion de matarla; y cinco años, si la muerte fue casual. Pero queda libre si la criada muere despues de tres dias de recibidos los golpes. Si durante el tiempo de su penitencia cayere enferma esta muger, será admitida á la comunión.

El VI. priva de la absolucion, aun en el artículo de la muerte, al que se la dé á otro por maleficio, y la razon que para ello da el Concilio es, que siendo el maleficio una especie de magia en que se invoca el poder del demonio, no puede cometerse este crimen sin idolatría.

El VII. señala la misma pena al fiel que despues de haber sido admitido á la penitencia, por pecado de *mechia*, reincide en el mismo crimen.

Por este pecado debe entenderse en nuestro Concilio no solo el adulterio, sino todo comercio torpe y simple fornicacion. Aunque fue abolida esta disciplina, deben tenerla muy presente aquellos que reos de este delito aspiran al estado eclesiástico ó han entrado en él sin hacer primero frutos dignos de penitencia. Véase el Cánón XXX.

El VIII. comprende la misma ordenanza, contra las mugeres que dejan sin motivo á sus maridos para casarse con otros.

El IX. declara que no es permitido á la muger que dejó á su marido por adúltero, casarse con otro, y que si lo hace no debe ser admitida á la comunión, hasta que haya muerto el que dejó, sino en el caso de que el peligro de alguna enfermedad obligue á concedérsela.

El X. permite bautizar á los maridos que dejaron á sus mugeres, y á las mugeres que dejaron á sus maridos durante el tiempo de su catecumenato, aunque se hayan casado con otros. Pero si una muger fiel se casa con un hombre que dejó á su muger sin causa, manda el Concilio que se le niegue la absolucion, aun en el artículo de la muerte; pues como fiel está obligada á saber que el catecúmeno no puede dejar sin motivo á su muger, en cuyo caso será adúltero si se junta con otra; así la muger que sabiéndolo se juntare con él, será tambien adúltera; por cuya razon es castigada con la pena gravísima.

El XI. ordena que si una catecúmena se casó con un marido que dejó á su muger sin causa, se le difera el bautismo cinco años, á menos que le sobrevenga alguna enfermedad peligrosa.

Por este Cánón y por algunos otros se ve que el catecumenato se prolongaba segun la gravedad de los crímenes de que eran reos los que solicitaban entrar en él. Debe mirarse con mucha atencion esta disciplina antigua.

El XII. priva de la comunión, hasta en la hora de la muerte, á las madres á y cualquier otro fiel que prostituye á sus hijas.



El XIII. prescribe la misma pena contra las vírgenes que despues de consagradas á Dios hayan violado su voto y vivido en el libertinage, no comprendiendo el bien que han perdido. Pero si no han caído mas que una sola vez por seducción ó por fragilidad, y han hecho penitencia durante toda su vida, el Concilio quiere que al fin de ella se les dé la comunión.

Por este Cánón se ve, que en España por aquel tiempo habia ya vírgenes consagradas á Dios con voto de virginidad, y á las cuales despues no les era permitido casarse; y ciertamente el estado de las vírgenes es de la primera antigüedad en la Iglesia, que siempre miró el quebrantamiento de su voto como un grande crimen. Pero en aquella edad no vivían en comunidad, sino en casas particulares ó de sus padres ó de algunos Clérigos.

El XIV. ordena que las doncellas que no hayan guardado su virginidad, sin haber hecho voto de ella, serán reconciliadas despues de un año de penitencia, si se casan con los que las corrompieron, pero que deberán hacer penitencia por espacio de cinco años, si se prostituyeron á otros hombres. La razon que da el Concilio para no imponer mas que un año de penitencia á las que perdieron su virginidad, sin haber hecho voto de ella, es porque solo violaron las bodas; esto es, faltaron solo á la integridad del matrimonio cristiano, fuera del cual no les es permitido tener comercio con hombre alguno. En la edicion de Labbé y Harduino se lee: *pasado un año sin penitencia serán reconciliadas*; pero no es esta la version comun.

El XV. prohíbe á los fieles dar sus hijas en matrimonio á los paganos, por grande que sea el número de solteras que

haya entre los Cristianos, para no esponerlas en la flor de su edad al adulterio espiritual; esto es, á la idolatría.

El XVI. repite la misma prohibicion por lo que toca á los hereges que no quieren reunirse á la Iglesia católica, y contra los Judíos y Cismáticos. Los padres que contravengan á este decreto, absténganse por cinco años de la comunión. Este Cánón está concebido en las colecciones de esta suerte: *sed neque judæis neque hæreticis*; pero debe lerse: *schismaticis*, segun Mendoza; ó en sentir de otros: *neque ethnicis*.

El XVII. prohíbe dar la comunión, aun en la hora de la muerte, á los padres que dan sus hijas en matrimonio á los ministros de los ídolos.

Por estos Cánones se ve cuan contrarios son al espíritu de la Iglesia los matrimonios de las doncellas cristianas con los Gentiles, Hereges y Judíos.

El XVIII. ordena que si se descubre que un Obispo, un Sacerdote ó un Diácono, cometió adulterio, despues de su ordenacion, se le niegue la comunión, hasta en la muerte.

El XIX. manda que los Obispos, los Presbíteros y los Diáconos no dejen sus Iglesias para traficar; y que no viagen por las provincias para frecuentar las ferias y mercados: permíteles sin embargo enviar sus hijos, sus libertos ó alguna otra persona para que los provea de lo necesario; los cuales podrán traficar dentro de la provincia.

Quando los Clérigos tuvieron suficientes rentas para mantenerse, que fue á principios del siglo cuarto, se les prohibió todo comercio. Subsiste en el dia esta disciplina; sin embargo se permite al Clérigo alguna honesta negociacion, hallándose en la urgencia de socorrer á sus padres necesitados, manifestándola á la Silla Apostólica ó á su Obispo, segun declaró Clemente XII.

en su carta á los Patriarcas, Primados y Obispos, año de 1759.

El XX. quiere que se degrade y se escomulgue á los Clérigos convencidos de haber recibido usuras, y que se eche de la Iglesia al lego culpado del mismo crimen, si rehusa corregirse, pero que se le perdone si se corrige.

El XXI. ordena que aquel que estando en la ciudad deja de asistir á la Iglesia tres Domingos, sea privado de la comunión hasta que parezca haberse corregido.

El XXII. manda que si alguno pasa de la Iglesia católica á alguna heregía y se convierte luego de su error, haga diez años penitencia y en seguida reciba la comunión: que los niños que hayan sido pervertidos, sean recibidos sin dilacion, *porque en ellos no hay falta.*

Vemos por este Cánón cuán distantes estuvieron los Padres de Elvira del modo de pensar de los Novacianos con los cuales algunos quisieron confundirlos.

El XXIII. manda celebrar todos los meses, á escepcion de Junio y Agosto por motivo de los calores, los ayunos dobles, llamados superposiciones, además de los miércoles y viernes que se observaban todas las semanas. Estos ayunos se llamaban superposiciones, que es lo mismo que ayunos añadidos, aumentados ó duplicados, y consistían en pasar todo el dia sin comer, absteniéndose de la única comida que se tomaba por la tarde el dia de ayuno ordinario. Eran de obligacion una vez al mes; y en España se observaban los sábados, como dice el Cánón XXVI. Algunos entienden por estos ayunos dobles sobrepuestos los ayunos de dos dias seguidos sin tomar alimento en el primero. Hablando San Agustin de la abstinencia de los monjes, refiere que ayunaban tres dias continuos ó mas, sin comer

ni beber (Lib. de las costumbres de la Iglesia católica, cap. XXIII).

El XXIV. prohíbe ordenar á los que han sido bautizados fuera de sus provincias, porque su vida no es suficientemente conocida.

El XXV. está concebido en estos términos: *omnis qui attulerit litteras confessionis, sublato nomine confessoris, eo quod omnes sub hac nominis gloria passim concutiant simplices, communicatoria ei danda sunt litteræ. Al que trajese letras confesorias, dénese las comunicatorias, quitando de aquellas el nombre del confesor de Dios, porque bajo la gloria del nombre del que padecía por confesar la fe, se escandalizaban los sencillos.* Nuestros Mendoza y García, Baronio y el P. Sirmond esplican este Cánón de las cartas ó cédulas que los fieles que habian confesado el nombre de Jesucristo en las persecuciones, y que por esta razon se llamaban confesores, daban á los penitentes, para que con esta recomendacion obtuvieran mas fácilmente la absolucion de sus pecados. Algunos penitentes, por sencillez ó falta de instruccion, creían que con tener estas cédulas alcanzaban la remision de sus pecados, aun sin presentarlas á los Obispos; y este es el abuso, que en sentir de estos autores, corrigen los Padres Eliberitanos en este Cánón.

M. de Aubespine cree, que aquí no se trata ni de los penitentes, ni de su reconciliacion, ni de las cartas de recomendacion de los confesores, sino de las de comunión que se daban á los fieles que viajaban, y que algunos comenzaron en España á pedir á los confesores, para ser mejor recibidos en los lugares á donde habian de ir: bien que estas cartas debian solicitarse de los Obispos, en quienes para este fin restablece el presente Cánón la autoridad, conforme á la costumbre antigua.

Otros finalmente sostienen que en este Cánón se trata de los viajeros que para sacar limosnas mas copiosas hacian poner en las cartas ó cédulas de comunión que sus Obispos les daban, segun la costumbre, que habian confesado el nombre de Jesucristo en las persecuciones. Para ocurrir al abuso que algunos hacian del nombre de confesor, con el fin de engañar y sonsacar á los sencillos, manda el Concilio que todos tomen para este efecto cartas de comunión de sus Obispos, y que en ellas no se ponga que han confesado la fe de Jesucristo.

El XXVI. manda observar el ayuno doble todos los sábados contra el error de los contrarios, tal vez de los Judíos, ó de los que decian que el ayuno del sábado era contra la tradicion Apostólica.

El XXVII. dice que el Obispo ó cualquiera otro Clérigo pueda tener en su casa su hermana ó hija, con tal que sea virgen y consagrada á Dios, pero no á una muger estraña.

Este Cánón no solo sirvió de modelo á los Concilios siguientes, sobre la prohibicion de que los Eclesiásticos no tengan en sus casas personas del otro sexo: sino que les escedió en dos circunstancias importantes, no permitiendo á los Eclesiásticos tener en sus casas á sus hijas ó á sus hermanas, sino en el caso de que hayan consagrado á Dios su virginidad. Véanse los Cánones VII. de Gerona; V. de Lérida; III. del Toledano segundo, y XV. del primero de Braga.

El XXVIII. prohibe que los Obispos reciban dádivas ó regalos de aquellos que no hayan sido admitidos á la participacion de la Eucaristía.

Disputan los sabios sobre el sentido de este Cánón. Unos le entienden de las oblaciones que los fieles acostumbraban hacer despues que los penitentes y catecúmenos habian salido, antes

de la celebracion de los santos misterios; de suerte que el Cánón prohibe que los Obispos reciban la oblacion del que no comulga. M. de Aubespine sostiene, que los que entienden el Cánón en este sentido padecen equivocacion; pues dice que lo que quedaba de las oblaciones que no habian sido consagradas se distribuía entre los Eclesiásticos y los pobres; y que no se encuentra la menor prueba de que ni los unos ni los otros se alimentasen con panes ácimos, cuales debian ser aquellos que servian para la consagracion de la Eucaristía (libro I. de las oblaciones). Pero M. Duguet no tiene inconveniente en asegurar que este sabio se engañó, porque antiguamente se consagraba el cuerpo de Jesucristo en el pan mismo que los fieles ofrecian inmediatamente antes de la celebracion de los santos misterios: y esto mismo enseñan muchos santos Padres. Las reliquias de estas oblaciones eran tan preciosas y santas, solo por haberlas destinado los fieles al altar, para que se convirtieran en el cuerpo de Jesucristo, que no podian comerlas sino los Eclesiásticos y los fieles que podian comulgar. Por tanto juzgaron los Padres de Elvira que la Iglesia no debia recibir dones de los que estaban privados de la comunión perfecta, como eran los penitentes públicos y catecúmenos, porque creyeron que no habian de ser agradables á Dios semejantes oblaciones.

El XXIX. prohibe que se espese en el altar, al tiempo de la oblacion, el nombre del energúmeno, y que se le permita servir por su mano en la Iglesia, mientras duren los santos misterios.

El Concilio no establece un nuevo uso cuando prohibe que se pronuncie el nombre de los energúmenos en el sacrificio, y que no se les permita servir en la Iglesia; pues el Cánón LXX. de los llamados *Apostólicos* los excluía de la comun oracion de

los fieles y de la asistencia á los divinos misterios. Estaban en la clase de los catecúmenos y de los penitentes: asistian como estos á la lectura de la Escritura y al canto de los Salmos y se les mandaba salir con ellos. En algunas Iglesias subsistia una práctica diferente, pues concedian la comunión aun á los energúmenos. Manda pues el Cánón que no se espresen en el altar los nombres de los energúmenos; y debe entenderse de aquella clase de energúmenos que por algunos pecados públicos que habian cometido, eran públicamente atormentados por los espíritus malignos, pero no de aquellos que por altos fines de la providencia eran atormentados corporalmente á ciertos tiempos y en algunos intervalos estaban quietos y tranquilos. Manda tambien acerca de los primeros que no egerzan ministerio alguno de la Iglesia. Anteriormente se les permitia barrer el pavimento del templo.

El XXX. no quiere que sean ordenados de Subdiáconos los que en su juventud cometieron pecado de *mechia*, á fin de que en lo sucesivo no lleguen ocultamente á otro grado; y encarga que sean depuestos aquellos que se hayan ordenado contra el tenor de este Cánón.

El XXXI. dice que los jóvenes que despues de su bautismo hayan caido en el pecado de impureza, sean recibidos á la comunión, despues de haber hecho penitencia y de haberse casado.

El XXXII. ordena que aquel que cayera en pecado grave, no recibiese la penitencia del Presbítero sino del Obispo; pero que en peligro de muerte pudiesen darle la comunión el Presbítero ó el Diácono, con facultad del Obispo.

Entienden aquí algunos por *comunión* la absolución sacramental: y al reparo de que los Diáconos no son capaces de absolver sacramentalmente, responden que hablan los Padres de la

absolución ceremonial respecto de estos. Es decir, que dada la absolución sacramental é impuestas las manos por el Presbítero, los Diáconos y aun los demás Clérigos imponian tambien las manos. De esta imposición de manos puramente ceremonial habla San Cipriano en la carta X. Otros entienden en este Cánón por *comunión* la sagrada Eucaristía y le espican en estos términos: no deben en el caso del Cánón los Presbíteros ni Diáconos dar la Eucaristía á los penitentes; y solo con licencia del Obispo podrá darla el Presbítero por sí ó por el Diácono.

El XXXIII. ordena generalmente á los Obispos, Presbíteros, Diáconos, Subdiáconos, y en sentir de algunos, á los Lectores que egercen el ministerio, que se abstengan de sus mugeres bajo la pena de ser privados ó excluidos del honor del Clericato.

De este Cánón se valen algunos escritores Eclesiásticos para probar que desde el siglo IV. se impuso en el Occidente la ley general de continencia á los Clérigos que espresa. A fines del mismo siglo tenemos la carta del Papa Siricio á Eumerio de Tarragona en la que manda á los Presbíteros y Diáconos que se abstengan del uso de las mugeres con quienes se casaron antes de ordenarse. Sin embargo no falta quien juzgue que en este Cánón solo se prohíbe á los Obispos, Presbíteros, Diáconos y Subdiáconos el uso del matrimonio en cierto tiempo, y es el que tenian destinado para egercer su ministerio. En los principios de la Iglesia no era continuo este egercicio; y luego que empezaron los Eclesiásticos á egercerle sin intermision y vino á hacerse cotidiano, se intimó á los Clérigos mayores la continencia clerical.

El XXXIV. prohíbe que en los cementerios se enciendan cirios de dia, porque, segun dicen los Padres, no deben inquietarse los espíritus de los Santos, y escluye de la comunión de

la Iglesia á los que no quieran abstenerse de esta práctica.

Loaisa sobre este Cánón dice que el Concilio prohíbe encender cirios de día en los cementerios para no inquietar los espíritus de los Santos; esto es, para no interrumpir la tranquilidad del espíritu de los fieles que oraban en los cementerios y que se turbaban con la gran multitud de luces que se encendían de día. Baronio entiende por los espíritus de los Santos las almas de los muertos; no, que se les pudiera inquietar ni turbar de un modo propiamente dicho, sino metafórico, por no gustar ellas de ciertas ceremonias supersticiosas que los neófitos hacían sobre sus sepulcros, según la costumbre y á imitación de los Paganos, que para honrar á sus muertos encendían de día un gran número de cirios sobre sus sepulcros, ó también para evocarlas, inquietarlas y solicitarlas. Y este uso supersticioso es el que prohíbe el Concilio, según este sabio Cardenal. M. Aubespine cree que el Concilio prohíbe encender cirios sobre los sepulcros de los Mártires edificadas en los cementerios, por el miedo de inquietar sus almas que, se creía antiguamente, moraban bajo de sus altares, esperando que Dios vengara su muerte.

El XXXV. prohíbe que las mugeres trasnochen en los cementerios, porque muchas veces con el pretexto de orar cometían crímenes secretos.

El XXXVI. determina que no haya pinturas en las Iglesias, porque no debe pintarse en las paredes el objeto de nuestra adoración y culto.

Ya deja advertido nuestro autor que prohíben los Padres de Elvira pintar en las paredes de las Iglesias imágenes sagradas, no porque juzgasen como los Iconoclastas, que no debían venerarse, pues suponen en el mismo Cánón que se adoran; sí, por no esponerlas á los sacrílegos ultrages de los Paganos que por

aquel tiempo perseguían la Iglesia con el mayor furor. Algunos entienden esta prohibición de las imágenes de la Divinidad y Trinidad, no queriendo que se limite con figuras la forma de Dios que es un ser invisible é inmaterial, y que con esto se dé motivo á los gentiles y catecúmenos para creer que se les engaña cuando se les anuncia un Dios que es un espíritu purísimo.

El XXXVII. permite bautizar á los energúmenos que son catecúmenos, en el artículo de la muerte, y no quiere que se les prive de la comunión si son fieles, con tal que no enciendan públicamente las lámparas en la Iglesia: y si porfiaren en practicarlo, se les privará de la comunión.

El XXXVIII. declara que el fiel que no es penitente ni bigamo pueda bautizar, en caso de necesidad, á un catecúmeno en un viaje por mar ó en caso de no estar la Iglesia cerca, con condición de presentarle al Obispo si sobrevive, para que se perfeccione con la imposición de las manos; esto es, que reciba la confirmación.

El XXXIX. ordena que si los Gentiles, habiendo caído enfermos, piden que se les impongan las manos, se les conceda y se les haga Cristianos, esto es, catecúmenos, con tal que en su vida se observe alguna honestidad.

La imposición de las manos de que habla este Cánón parece es aquella por la cual se acostumbraba pasar á los Gentiles á la clase de catecúmenos. El Cánón, en sentir de algunos, no dice que se les dé el bautismo, porque no les supone en peligro de muerte, y porque conforme á la regla ordinaria no se concedía el bautismo á los que no habían pasado por todos los ejercicios del catecumenato, que eran dos años, aun para aquellos cuya vida era buena é inocente.

El XL. prohíbe que los propietarios de tierras reciban en

cuenta á sus administradores ó arrendatarios alguna cosa que haya sido ofrecida á los ídolos, bajo la pena de cinco años de excomunion.

El XLI. amonesta á los fieles no consientan ídolos en sus casas, en cuanto sea posible, y que si temen la violencia de sus esclavos quitándoselos, se conserven á lo menos puros de la idolatría.

Para comprender este Cánón es preciso advertir que los esclavos eran entonces en gran número la mayor parte idólatras y sostenidos por los Magistrados Paganos.

El XLII. establece que si aquellos que se presentan para recibir la fe son de buenas costumbres, sean admitidos á los dos años á la gracia del bautismo, si la enfermedad ó fervor de sus oraciones no obligan á socorrerlos antes.

El XLIII. quiere que se corrija la mala costumbre que habia en algunos lugares de España de celebrar la fiesta de Pentecostés el día cuadragésimo despues de la Pascua, y manda que, segun la autoridad de las Escrituras, se celebre el quincuagésimo, bajo la pena de ser notado de introductor de heregía.

Era frecuente por aquel tiempo notar de heregía algun error sobre las ceremonias principales de la Iglesia. Así San Epifanio y otros muchos tratan de hereges á los Cuartodecimanos que celebraban la Pascua el día 14 de la luna con los Judíos, aunque solo erraban en un punto de disciplina.

El XLIV. ordena que se reciba sin dilacion á la muger que públicamente se ha prostituido y despues se ha casado, si su ánimo es de hacerse Cristiana.

No debe entenderse este Cánón que en el instante que se presentara esta ramera, habia de ser bautizada, sino que se le concediese el tiempo del catecumenato, como se practicaba con otros pecadores (Cán. IV.); y que cumplido el biennio que era

el plazo regular señalado á todo catecúmeno, debia sin otra dilacion ser admitida al bautismo, contra el dictámen de los que juzgaban que por la enormidad de sus torpezas debia alargársele como á otros pecadores, el tiempo del catecumenato.

El XLV. manda que se dé el bautismo al catecúmeno aunque haya estado muchísimo tiempo, y como dice el Cánón, un tiempo infinito sin venir á la Iglesia; esto es, aunque se haya vuelto á la idolatría, con tal que haya testigo fiel que dé testimonio de que ha sido Cristiano, esto es, catecúmeno, porque parece que este pecado debe mirarse como si se hubiese cometido antes de su primera conversion.

Estaban obligados los catecúmenos á concurrir á la Iglesia á cierta parte de la liturgia, llamada *Misa de los catecúmenos*. Algunos faltaban á esta obligacion, lo que era apostatar del catecumenato, y de estos debe entenderse el Cánón, que si hallándose enfermos de peligro manifestasen deseos de recibir el bautismo y no pudiesen despues, por haber perdido el uso de la palabra, espresarle á presencia del Presbítero, pudiera este administrárselo, siempre que alguno del Clero ó personas fidedignas asegurasen que lo habia pedido. Las últimas palabras del Cánón envuelven alguna dificultad; pero se desata teniendo presente que este pecado de los catecúmenos se tuvo siempre por menos grave que el de los fieles. Por esta razon, aunque á los fieles apóstatas se les negaba la comunión, aun en el fin de la vida, á los Cristianos que apostataban del catecumenato no se les negaba el bautismo en caso de necesidad, si constaba haberlo pedido. Solia darse el nombre de *Cristiano* á los catecúmenos y el de *fiel* á los bautizados, como deja notado nuestro historiador, cuya distincion se encuentra en San Agustin, trat. XLIV. in Joann. cap. IX.

El XLVI. dice que si un fiel que apostató y estuvo mucho tiempo sin venir á la Iglesia, vuelve á ella sin haber idolatrado, sea admitido á la comunión despues de diez años.

En el Cánón precedente hablaron los Padres del catecúmeno que apostató del catecumenato: en este tratan del fiel apóstata que se hubiese ausentado por mucho tiempo de la Iglesia: es decir, que no hubiese frecuentado los Sacramentos, segun unos, ó que abandonando la Religión Católica hubiese vivido con los Gentiles pero sin idolatrar, segun otros. Obsérvese cuan opuesta es la doctrina de nuestros Obispos al error de los Novacianos.

El XLVII. manda que si cae enfermo un fiel que teniendo una muger legítima cometió muchos adulterios, se le visite en la hora de la muerte, y si promete el corregirse, se le dé la comunión, pero que si despues de estar bueno recae en el mismo crimen, no se le vuelva á dar jamás.

El XLVIII. reforma la costumbre de echar dinero en las fuentes cuando se recibe el bautismo, para que no parezca que el Obispo vende lo que recibió gratuitamente; y quiere que los Clérigos y Obispos se abstengan en lo sucesivo de lavar los pies á los que reciban el bautismo, pues se los lavaban en muchos lugares del Occidente, como en Milán y en las Galias. Puede creerse que la Iglesia de España quiso conformarse en este punto con la costumbre de la de Roma donde no se los lavaban.

El XLIX. prohíbe, bajo la pena de ser escluido de la comunión de la Iglesia, que los fieles que poseen tierras, consientan que los Judíos bendigan los frutos, como si pretendieran inutilizar la bendición de los Sacerdotes.

Este Cánón muestra que por aquellos tiempos ya acostumbraba la Iglesia bendecir los frutos de los campos.

El L. igualmente prohíbe, bajo pena de excomunion, que los Clérigos y fieles coman con los Judíos.

El LI. establece que no sean admitidos en el Clero los fieles que se conviertan de alguna heregía; y manda que se depongan los que se hayan ordenado.

El LII. pronuncia anatema contra los que resulten reos de haber fijado libelos infamatorios en la Iglesia.

El LIII. quiere que el excomulgado solo pueda ser admitido á la comunión por el Obispo que le excomulgó; y prohíbe á todos los demás que le reciban á ella sin el consentimiento de su Obispo, bajo la pena de dar cuenta á sus cohermanos y el peligro de ser depuestos.

El LIV. separa por tres años de la comunión á los padres que faltan á la fe de los esponsales; pero si el esposo ó la esposa fueren sorprendidos en este crimen, quedarán libres los padres, á no ser que tambien estos caigan en el mismo vicio y se manchen consintiéndolo.

Este Cánón prueba que entonces era ya costumbre darse palabra antes del matrimonio, y que la Iglesia tenia derecho de castigar á los que sin causa justa negaban la palabra del matrimonio.

El LV. ordena que se reciban á la comunión, pasados dos años, los Sacerdotes de los ídolos que solamente hayan traído la corona sin haber sacrificado ni contribuido á los gastos de tales sacrificios.

Se ve por Tertuliano (lib. de Coron. Milit. cap. X.) que los ministros de los falsos dioses no solo traían coronas, sino que tambien las ponian sobre los altares y las víctimas.

El LVI. prohíbe la entrada en la Iglesia á los *Dúumviros* durante el año de su magistratura.

El nombre de *Dúumviro* era comun á dos Magistrados que egercian juntamente un mismo cargo, y que en las ciudades de provincia eran casi lo que los Cónsules en Roma. Los Padres les prohibieron la entrada en la Iglesia durante todo el tiempo de su *Dúumvirato*, porque estaba al cargo del *Dúumviro* disponer los juegos y espectáculos públicos, lo que en cierto modo le hacia reo de idolatría, aun cuando lo egecutase por precision y contra su voluntad.

El LVII. manda que ni las señoras ni sus maridos, bajo la pena de ser privados de la comunión por tres años, presten sus vestidos para adorno de alguna pompa secular, esto es, pagana.

El LVIII. ordena que en todas partes y principalmente donde está establecida la principal Silla del Obispado, se examine á los que traen cartas de comunión, para comprobar por sus respuestas la legitimidad de ellas y saber el estado de aquella Iglesia donde las recibieron.

Las cartas *Canónicas*, llamadas tambien *formadas*, se autorizaron por los Cánones de nuestros Concilios. Despues del Eliberitano se muestra el constante uso y práctica de estas cartas, las cuales se daban á los Cristianos que viajaban á otras provincias, para que en ellas fuesen admitidos á la comunión. Servian no menos para impedir que los impostores, los infieles ó los Cristianos errantes y justamente escomulgados se recibieran incautamente á la participacion de los santos Misterios, á la mesa comun y á las dulzuras de la santa conversacion. Tambien servian para unir entre sí á los Pastores mas distantes é instruirlos del estado de las Iglesias de cada provincia.

Formábanse estas cartas con ciertos caracteres ó cifras que solo entendian los fieles y acreditaban que el conductor lo era

y que no estaba ligado con escomunión. Segun el objeto á que se dirigian y la calidad de las personas á quienes se daban, tomaban los nombres de *comunicatorias*, *eclesiásticas* y *pacíficas*. Algunos pretenden que las comunicatorias solo se daban á los legos; pero nuestro Mendoza, esponiendo este Cánón, pretende que indiferentemente se concedian á los Clérigos y legos, para que se practicara con ellos la hospitalidad y recibiera á la comunión, cuando viajaban por otras provincias.

Habia otras cartas llamadas *dimisorias* que, segun unos, eran las que daba el Obispo al Clérigo para que se le permitiera egercer su ministerio en distinta Diócesis, ó para que se le confieran órdenes por distinto Obispo, segun otros autores. Tambien se encuentra mencion de *cartas comendatorias* ó *comendaticias* (San Pablo, cap. 3, epíst. 2 ad Corinth. : *nunquid egemus, sicut quidam, comendatitiis epistolis*); las cuales se daban á las personas muy principales y las mas condecoradas en la Iglesia; y no, como quiere Balsamon sobre el Cánón XI. del Concilio Calcedonense á los que habian sido escomulgados ó padecido en su fama y estaban ya absueltos.

Además de esta clase de cartas habia las nombradas *Confesorias* ó *Indulgencias* que daban los que padecian ó habian padecido por la fe, á los penitentes públicos; y aceptadas por su Obispo ó les dispensaba algun tiempo de penitencia ó los admita á la comunión, dándoles otra que llamaban *comunicatoria* ó declaratoria de esta admision. El exámen de estas cartas que se hacia por preguntas á que debia contestar el dador, pertenecia principalmente al Obispo de la primera Silla; bien que, segun Mendoza, correspondia hacerse en todas partes. Si notamos en España la antigüedad de estas cartas, podremos decir que de ella haya pasado á otras provincias esta práctica tan im-

portante para la union de fe y disciplina de la Iglesia. Véase el Cánón LXXXI.

El LIX. se compone de dos partes. La primera es general á todos los Cristianos, sean fieles ó catecúmenos; y se ordena en ella que si alguno hubiera subido al Capitolio de los Paganos para ver sacrificar, se tenga por tan reo de la idolatría, aunque no haya sacrificado, como el mismo Pagano que sacrificó. La segunda impone por esta falta diez años de penitencia al fiel que ha caído en ella, y pasado este tiempo quiere que se conceda la comunión.

El LX. prohíbe que se cuenten en el número de los Mártires aquellos que hayan muerto quebrantando ídolos, esto es, en los lugares que no son suyos ó sin ser autorizados para ello por el gobierno público.

La paciencia, la modestia, la mansedumbre y la humildad eran las armas con que los Cristianos debían vencer á los perseguidores; no debiendo propagarse el Evangelio á fuerza de brazo, sino de la persuasión y de los oficios de la piedad. Los Padres Iberitanos, penetrados íntimamente de estas máximas, reprobaron el celo indiscreto de algunos Cristianos que quebrantaban los ídolos y hacían cosas semejantes en los templos de los Gentiles. Si lo practicaron algunas heroínas Cristianas, lo hicieron sin duda por impulso especial de la gracia, como leemos, entre otras de Santa Justa, Rufina y Eulalia. *No se lee*, añaden los Padres, *que hiciesen esto los Apóstoles*; y ciertamente los prodigios que obraron no fueron efecto de la fuerza, sino de la oración y virtud divina. Pero debemos advertir que no dicen los Padres que aquel que muriese por haber quebrantado los ídolos no fuese verdadero Mártir, sino que no se le declarara con las solemnidades que eran de costumbre, ni se escri-

biera su nombre en el catálogo Eclesiástico de los Mártires. Añadimos que tal vez quisieron los Padres desterrar el abuso con que algunos cometían estas violencias para conseguir por este medio ser alimentados como confesores de la fe, á espensas de la caridad de los fieles ó por otros intereses personales. Así lo indica el Obispo de Cartago Mensurio en una carta que cita San Agustín en el Brevicúlo, col. 3, cap. 18.

Por el LXI. se establece que si alguno, muerta su muger, se casa con la hermana y esta fuere fiel, se abstenga de la comunión por cinco años, con tal que antes no obligue el peligro de su vida á reconciliarle.

Si la segunda muger, hermana de la primera, fuera gentil, merecía mayor pena: por tanto dicen los Padres, *si fuere fiel*.

El LXII. ordena que si un cochero del circo, un pantomimo ó un cómico quiere convertirse, renuncie primero su oficio sin esperanza de volverlo á ejercer; despues de lo cual se le recibirá: pero si despues de admitido contraviene á esta prohibición, sea excluido de la Iglesia.

El LXIII. dice que si una muger adulterase; estando ausente su marido y quitare la vida á lo que concibió, no reciba la comunión, ni en la muerte, pues duplicó la maldad con el adulterio y el homicidio.

El LXIV. trata con el mismo rigor á las mugeres que han vivido en el adulterio hasta la muerte; pero si se corrigen antes de enfermar, les concede la comunión despues de diez años de penitencia.

Por el LXV. se priva de la comunión, aun en el artículo de la muerte, al Clérigo que sabiendo que su muger ha cometido adulterio no la saca luego de su casa, porque no parezca que la autoriza, tolerándola.

Por el LXVI. se ordena que aquel que se casare con una hija de su muger, ó por mejor decir, con su entenada, lo que es un incesto, no reciba jamás la comunión.

En el Cánón LXI. establecieron los Padres el impedimento de afinidad en primer grado de línea transversal. En este tratan de la afinidad en primer grado de línea recta, y prohíben que el padrastro pueda casarse con la hija de su muger, que en nuestro idioma llamamos *entenada*. Encuéntrense prohibidos estos matrimonios por las leyes Romanas, y se hallan también proscriptos posteriormente por muchos Concilios. Algunos quieren que este impedimento dirima por derecho natural, y otros que solo por ley eclesiástica. Lo que parece cierto es, que tales matrimonios son opuestos á la decencia é igualdad que debe haber entre los dos consortes, lo que no puede componerse con el respeto y reverencia filial con que debe mirar siempre la entenada á su padrastro.

El LXVII. prohíbe á las mugeres, sean fieles ó catecúmenas, casarse con cómicos ó sujetos de escena; ó como otros leen: tener asalariados cómicos ó representantes de teatro, bajo pena de ser separadas de la comunión.

El LXVIII. permite que la catecúmena que haya sofocado el feto de adulterio, reciba el bautismo en el fin de la vida.

No debe extrañarse que nuestros Concilios impongan penas á los catecúmenos, supuesto que participaban de ciertas oraciones que se decían en la Misa llamada de los catecúmenos; y que además se habian sometido voluntariamente á las leyes de la Iglesia.

El LXIX. ordena que los que solo hayan adulterado una vez, hagan cinco años penitencia, á no ser que obligue á reconciliarlos antes la violencia de alguna enfermedad.

El LXX. declara que si la muger comete adulterio con el consentimiento de su marido, deba este ser privado de la comunión, aun en la hora de la muerte: pero que si la repudia y hace digna penitencia, reciba la comunión á los diez años.

Parece que los Padres hablan en este Cánón únicamente del marido consentido, pues de la adúltera trataron en el LXIV. Condenan pues en el presente Cánón el infame y vergonzoso crimen del *Lenocinio* que despues se prohibió con las mas rigurosas penas en la ley del libro 3, tít. 6, del Fuero Juzgo. Véanse la 4, 5 y 10 del tít. 11 de la Recopilacion, las cuales fundadas en la justicia, fidelidad y honestidad, están llenas de severidad contra los *Lenones*.

Por el LXXI. se priva de la comunión, aun en el artículo de la muerte, á los que cometan el pecado nefando.

Los Griegos conocieron la indecencia y deformidad de este vicio, y los Romanos no le miraron con menos horror, pues unos y otros promulgaron contra los sodomíticos leyes muy severas, condenándolos por algunas de ellas á ser quemados vivos. Véase la ley 1, tít. 21, lib. 8 de la nueva Recopilacion.

El LXXII. ordena que si una viuda se casa con aquel con quien ha pecado, sea admitida á la comunión despues de cinco años de penitencia; pero si le deja para casarse con otro, no podrá reconciliarse ni en la misma hora de la muerte; y si aquel con quien se casó es fiel, reciba la comunión despues de diez años de penitencia legítima, si antes no ocurre peligro de muerte.

Por este Cánón se ve que nuestros Obispos tienen por lícitas las segundas bodas, contra el error de los Montanistas.

El LXXIII. ordena que si un fiel, por haber denunciado á otro, fue causa de que se le proscribiese ó sentenciasse á la muerte, no fuera jamás admitido á la comunión; pero que si la

causa era leve, fuera admitido despues de cinco años. Si fuese catecúmeno, será admitido al bautismo cumplido un quinquenio.

Parece que el presente Cánón habla de aquellos que dominados del odio y venganza delataban á sus hermanos á los Jueces seculares; ó de los que movidos de intereses particulares descubrian á los Cristianos para que los Magistrados Gentiles los desterrasen ó martirizasen.

El LXXIV. manda que se castigue al testigo falso á proporcion de la gravedad del crimen sobre que se ha levantado el falso testimonio; y que si el delito no es digno de muerte y prueba que lo levantó con repugnancia, y que pasó mucho tiempo sin querer decir cosa alguna, no se le impondrán mas que dos años de penitencia. Pero si no prueba en presencia del Clero que fue compelido á levantar el falso testimonio, hará por cinco años penitencia.

Por el LXXV. se priva de la comunión, aun en la hora de la muerte, al que haya acusado de falsos crímenes á un Obispo, Presbítero ó Diácono.

El LXXVI. ordena que si un Diácono despues de cometido un delito digno de muerte consintió que le ordenen, haga penitencia tres años, si fue descubierto el crimen por su propia confesion, y cinco si por testimonio de otro; despues de lo cual será admitido á la comunión con los legos.

El LXXVII. dispone que si un Diácono que gobierna una plebe, bautiza algunos catecúmenos sin Obispo ni Presbítero, debe el Obispo perfeccionarlos con su bendición; esto es, confirmarlos; y si mueren antes, cada uno se salve conforme á su fe y á sus disposiciones.

Se muestra por este Cánón que habia Diáconos que tenían parroquias á su cuidado. La carta del Concilio de Cartago al

Presbítero Felix y á la plebe de Leon y Astorga, al Diácono Lelio y á la plebe de Mérida; el Cánón I. del Concilio de Antioquia: el Cánón XXVII. del cuarto de Toledo, y el Cánón VII. del de Tarragona (en 522) sirven de manifesto apoyo al presente Cánón del Concilio de Elvira.

Y ciertamente que en los siglos primeros se establecieron en los pueblos cortos, por la escasez de Presbíteros, Diáconos que cuidasen de las Parroquias. De aquí tomaron algunos motivo para decir que los Diáconos en caso de necesidad no solo bautizaban, sino que tambien absolvian de los pecados. No podemos persuadirnos, ni es fácil persuadirlo por el presente Cánón, que se concediese á los Diáconos una facultad anexa al Sacerdocio. Véase el Concilio de Trento ses. 14 de Penit. cap. 4, en la que declara que solo á los Sacerdotes pertenece la potestad de las llaves.

El LXXVIII. impone la penitencia de tres años al hombre casado que cometa adulterio con una Judía ó Gentil, si él mismo confiesa su delito; y cinco si es convencido por medio de otro.

El LXXIX. dice que si un fiel juega dinero á los dados sea escomulgado, y que si se corrige pueda ser reconciliado despues de un año.

Fuera de los peligros que ocasionaban los juegos de suerte, creíase que en el de dados habia alguna especie de idolatría. Las imágenes de los dioses de los Gentiles les servian de números, y se invocaban estas falsas deidades para el buen éxito del golpe de dados.

El LXXX. prohíbe ordenar á los libertos cuyos amos ó patronos estén en el siglo, esto es, sean Paganos; porque quedando siempre estos libertos en una especie de esclavitud para con

aquellos que les habian dado la libertad, pasaban por irregulares, conservando sus amos el derecho de exigir de ellos algunos servicios indignos de la grandeza y de la santidad del Sacerdocio.

El LXXXI. prohibe á las mugeres fieles que escriban á seculares en su nombre, y que reciban de estas cartas dirigidas á ellas solas, sin licencia de sus maridos.

Los Padres de Eliberi intentan por este Cánón conservar la paz y buena armonía, y evitar discordias de las familias. Nuestro Mendoza entiende por estas cartas *papeles amatorios*. La esperiencia de todas las edades manifiesta bien los disturbios y desavenencias que causan en las familias las correspondencias sobrado familiares de las mugeres contra el dictámen de sus maridos. Otros y entre ellos M. de Aubespine, entienden que el Cánón habla de las *cartas pacíficas*; esto es, de recomendacion ó de comunión que algunos obtenian de las mugeres de los Clérigos para que sus amigos, y especialmente los Eclesiásticos, practicasen con ellos en sus viages buenos oficios de hospitalidad. El Concilio intenta proscribir este abuso, prohibiendo á las mugeres de los Clérigos escribir ó recibir tales cartas. Véase lo que se ha dicho al Cánón LVIII.

He aquí los famosos Cánones Eliberitanos que han merecido la estimacion y aprecio de todos los siglos posteriores. El grande Osio citó el XXI. en el Concilio de Sardica (en 347) y apoyó en él la obligacion de residir los Obispos en sus Diócesis, de manera que no puedan faltar de sus Iglesias tres domingos consecutivos, á no ser por una necesidad extraordinaria.

Hubo muchos sabios que se dedicaron á ilustrar los Cánones de nuestro Concilio, y entre ellos Binnio, Cabasucio, M. de Aubespine y M. Duguet en el tom. I. de sus conferencias eclesiásticas: de los nuestros el Cardenal Aguirre, García y D. Fer-

nando de Mendoza; pero este célebre escritor emprendió tambien la defensa del Concilio contra los que le imputaban errores; y dirigió su obra (en folio) al Papa Clemente VIII., impresa en Madrid el año 1594. Fue despues reimpresa en Leon el año 1665 con las notas de García, de Aubespine, de Coriolano y de Manuel Gonzalez, Catedrático de Salamanca, que tomó á su cargo esta edicion.

No tenemos noticia de otro Concilio que se celebrase durante la época que al presente ilustramos. Acaso á ella pertenecerán uno *Lusitano* que citan los Padres del Concilio I. de Toledo en el Cánón I.; y otro de que se hace mencion en el libelo Sinódico que incluyó en su coleccion el célebre Justelo. Pero careciendo de otras noticias sobre uno y otro, no podemos ni asegurar aquello ni ilustrar al lector sobre sus circunstancias.

DISERTACION TERCERA.

Sobre la autoridad de los breviarios mozárabe y romano.

Nadie duda que los breviarios, cuando su autoridad es legítima, son de grave fundamento para decidir en hechos, que por ser muy remotos de nuestros tiempos y mas próximos á la propagacion del Evangelio, van acompañados de cierta obscuridad que parece imposible de penetrar. Tuvo España sus breviarios peculiares de cada Iglesia, y llámanse breviarios antiguos de España los que usaron sus Iglesias hasta el año 1568, en el que San Pio V. mandó uniformar el rezo divino prohibiendo

aquellos que les habian dado la libertad, pasaban por irregulares, conservando sus amos el derecho de exigir de ellos algunos servicios indignos de la grandeza y de la santidad del Sacerdocio.

El LXXXI. prohibe á las mugeres fieles que escriban á seculares en su nombre, y que reciban de estas cartas dirigidas á ellas solas, sin licencia de sus maridos.

Los Padres de Eliberi intentan por este Cánón conservar la paz y buena armonía, y evitar discordias de las familias. Nuestro Mendoza entiende por estas cartas *papeles amatorios*. La esperiencia de todas las edades manifiesta bien los disturbios y desavenencias que causan en las familias las correspondencias sobrado familiares de las mugeres contra el dictámen de sus maridos. Otros y entre ellos M. de Aubespine, entienden que el Cánón habla de las *cartas pacíficas*; esto es, de recomendacion ó de comunión que algunos obtenian de las mugeres de los Clérigos para que sus amigos, y especialmente los Eclesiásticos, practicasen con ellos en sus viages buenos oficios de hospitalidad. El Concilio intenta proscribir este abuso, prohibiendo á las mugeres de los Clérigos escribir ó recibir tales cartas. Véase lo que se ha dicho al Cánón LVIII.

He aquí los famosos Cánones Eliberitanos que han merecido la estimacion y aprecio de todos los siglos posteriores. El grande Osio citó el XXI. en el Concilio de Sardica (en 347) y apoyó en él la obligacion de residir los Obispos en sus Diócesis, de manera que no puedan faltar de sus Iglesias tres domingos consecutivos, á no ser por una necesidad extraordinaria.

Hubo muchos sabios que se dedicaron á ilustrar los Cánones de nuestro Concilio, y entre ellos Binnio, Cabasucio, M. de Aubespine y M. Duguet en el tom. I. de sus conferencias eclesiásticas: de los nuestros el Cardenal Aguirre, García y D. Fer-

nando de Mendoza; pero este célebre escritor emprendió tambien la defensa del Concilio contra los que le imputaban errores; y dirigió su obra (en folio) al Papa Clemente VIII., impresa en Madrid el año 1594. Fue despues reimpresa en Leon el año 1665 con las notas de García, de Aubespine, de Coriolano y de Manuel Gonzalez, Catedrático de Salamanca, que tomó á su cargo esta edicion.

No tenemos noticia de otro Concilio que se celebrase durante la época que al presente ilustramos. Acaso á ella pertenecerán uno *Lusitano* que citan los Padres del Concilio I. de Toledo en el Cánón I.; y otro de que se hace mencion en el libelo Sinódico que incluyó en su coleccion el célebre Justelo. Pero careciendo de otras noticias sobre uno y otro, no podemos ni asegurar aquello ni ilustrar al lector sobre sus circunstancias.

DISERTACION TERCERA.

Sobre la autoridad de los breviarios mozárabe y romano.

Nadie duda que los breviarios, cuando su autoridad es legítima, son de grave fundamento para decidir en hechos, que por ser muy remotos de nuestros tiempos y mas próximos á la propagacion del Evangelio, van acompañados de cierta obscuridad que parece imposible de penetrar. Tuvo España sus breviarios peculiares de cada Iglesia, y llámanse breviarios antiguos de España los que usaron sus Iglesias hasta el año 1568, en el que San Pio V. mandó uniformar el rezo divino prohibiendo

unos y permitiendo otros, pero corrigiéndolos todos en cuanto le fue posible.

Ya insinuamos que el llamado muzárabe tuvo su principio en la liturgia entregada por San Pedro y San Pablo á sus primeros discípulos y fundadores de las Iglesias primitivas, de que hablaremos luego. Este breviario en su principio debe llamarse Romano-Español; despues de la conversion de Recaredo, Rey de los Godos, á la fe Católica, y de su pública abjuracion de la heregia Arriana en el tercer Concilio de Toledo, se llamó Gótico. Pero como desde el tiempo de Ataúlfo hasta Recaredo, estando en su vigor la heregia Arriana, perseguidos los Católicos y desterrados la mayor parte de los Obispos, se hubiese adulterado y corrompido en gran manera la liturgia y divino Oficio, San Isidoro, que á la santidad suma unió la suma erudición y sabiduría, á costa de trabajos corrigió, espurgó y puso en su orden la liturgia y Oficio, de modo que el principal objeto del Concilio cuarto de Toledo parece haber sido fijar el orden en el santo Sacrificio de la Misa y en los Oficios divinos, y estender por toda España y Francia el breviario, que por los trabajos y fatigas de San Isidoro se llamó Isidoriano.

Ocupada la España miserablemente por los Moros, los Cristianos conservaron sus ritos, misal y Oficio, que se llamaron muzárabes ó muzarábigos, por haber tomado los Católicos el modo de vivir, vestidos, y muchos de los usos de los Árabes.

Finalmente el rito que primero se llamó Romano-Español, Isidoriano despues, y muzárabe mientras los Cristianos gemian bajo el yugo de los Sarracenos, tomó el nombre de Toledano, cuando reconquistada Toledo por Alfonso sexto, purificada la mezquita y erigida en Catedral, hizo venir de Francia varones

doctos y santísimos, entre ellos á Bernardo, á quien nombró Arzobispo de aquella Iglesia.

Con el tiempo el Cardenal Jimenez de Cisneros, restituida Granada y con ella la paz á la España, el primer cuidado que tuvo en medio de los infinitos y grandes del gobierno fue, imprimir con todo cuidado la Biblia, misal y oficio de San Isidoro, espurgándolos de los yerros que pudo haber introducido la ignorancia durante las guerras que promediaron desde Alfonso VI. hasta su tiempo.

Tal fue el principio, progreso y fin del oficio muzárabe, cuya autoridad sirve de guia para introducirnos en la historia de los tiempos mas faltos de noticias, monumentos y certidumbre.

El Emmo. Sr. D. Francisco Antonio de Lorenzana, mandó hacer una edicion de dicho Breviario en el año 1775 en que manifestaron su erudicion y profundos conocimientos, no menos el Emmo. Arzobispo y Cardenal, que los Señores Don Aurelio Beneyto, Dean y Canónigo, D. Matías Roblet, Canónigo Doctoral y Dignidad de vicario de Coro, D. Roque Martin Merino, Canónigo y Dignidad de Capellan mayor, y Don Martin Francisco de Ursua, Canónigo Lectoral.

Si de lo dicho se infiere cuan aurorizado está y cuan antiguo es el breviario muzárabe; no será menos fácil inferir la autoridad del romano, si le examinamos detenidamente. La brevedad nos obliga á remitir al lector al célebre tratado, que de él nos dejó el sabio y erudito J. Grancolas, Doctor Teólogo de la Universidad de París; pero como en él se contienen varios testimonios de los hechos antiguos, que sirven poderosamente á establecer algunas verdades pertenecientes á la Historia Eclesiástica, nos vemos precisados á decir algo, aunque

no tanto cuanto exigirá tal vez la curiosidad de los lectores.

Así como la Iglesia Romana escede á las demás en orden, nobleza, dignidad y lugar, por ser la Silla de San Pedro, como dice un Doctor de la Iglesia, la fuente de donde se derivan muchos arroyos, el tronco de donde brotan todas las ramas, la cabeza de todas las demás Iglesias; así obtiene su breviario el primer lugar entre todos los que las demás Iglesias adoptaron para la celebracion de los divinos oficios y canto de las divinas alabanzas.

Con todo, en dicho breviario, así como en los demás, debemos distinguir lo que es dogma, doctrina de costumbres, santidad de siervos de Dios, piedad y verdad de preces, forma de culto y ritu, de los hechos históricos. Lo primero estamos obligados á creerlo y seguirlo: en lo segundo podemos oponer dificultades y aun dudar en fuerza de las razones que dicta la prudencia y la crítica, pues de este modo se han hecho las correcciones hasta ahora, y de otro modo era imposible haberle espurgado de los errores que se introdujeron. En el siglo diez y seis eran muchas y muy conocidas las falsedades ingeridas en todos los breviarios y tambien en el Romano: bien que estas se reducian á las lecciones ó leyendas de los que se llaman segundos nocturnos, en que se refieren las vidas, hechos y pasiones de los Mártires y Confesores &c.

Paulo IV. comenzó á corregirle á instancias de Carlos I. Rey de España. Pio IV. encargó á los Padres del Concilio de Trento esta empresa que necesitaba de riguroso exámen y final crítica. Por fin San Pio V. concluyó la obra y publicó el nuevo breviario con su Bula de 9 de Julio de 1568. Clemente VIII. encomendó la correccion de nuevo á los Cardenales Baronio

y Belarmino y otros varones doctísimos, y por último el sabio Pontífice Urbano VIII. le reformó segun el dictámen de Gavanto y otros Doctores, y reducidas al estado actual, no solo las lecciones y vidas de Santos, sino tambien las homilias, himnos, versículos y aun los salmos, intimó á toda la cristiandad la nueva reforma del breviario por su Bula de 25 de Enero de 1631.

Á pesar de esto, la mision de San Dionisio Areopagita á Paris por el Papa San Clemente; la traslacion de las reliquias de San Bartolomé desde Benevento á Roma; lo que se lee en las lecciones del dia de San Silvestre sobre la lepra del Emperador Constantino, y de su bautismo; la confesion pública y penitencia de San Marcelino, que hizo y pidió á los Padres del Concilio de Sinuesa, y otras varias equivocaciones tal vez yerros, demostrados por varones sapientísimos, indica lo que al principio aseguramos, que en lo histórico podremos dudar, y aun hacer diligencias para averiguar la verdad, pero en lo demás deben servirnos de regla: que en asunto de cuestiones dogmáticas no podremos contradecir á la autoridad del misal ó breviario; pero sí podremos en materia de hechos particulares.

TABLA CRONOLÓGICA.

*Desde el año 174, hasta el de la paz de
Constantino, 313.*

PAPAS.

XII. San Sotero, electo en el año 168, y muerto en.....	177.
XIII. San Eleuterio, electo en 177, y muerto en.....	193.
XIV. San Víctor, electo en 193, y muerto en.....	202.
XV. San Ceferino, electo en 202, y muerto en. 218 ó 219.	
XVI. San Calisto, electo en 219, y muerto en.....	222.
XVII. San Urbano, electo en 223, y muerto en.....	230.
XVIII. San Ponciano, electo en 230, y muerto en.....	235.
XIX. San Antero, electo en 235, y muerto en.....	236.
XX. San Fabian, electo en 236, y muerto en.....	250.
XXI. San Cornelio, electo en 251, y muerto en.....	252.
XXII. San Lucio, electo en 252, y muerto en.....	253.
XXIII. San Estévan, electo en 253, y muerto en.....	257.
XXIV. San Sixto II, electo en 257, y muerto en.....	258.
XXV. San Dionisio, electo en 259, y muerto en.....	169.
XXVI. San Felix, electo en 269, y muerto en.....	274.
XXVII. San Eutiquiano, electo en 275, y muerto en..	283.
XXVIII. San Cayo, electo en 283, y muerto en.....	296.
XXIX. San Marcelino, electo en 296, y muerto en....	304.
XXX. San Marcelo, electo en 308, y muerto en.....	310.
XXXI. San Eusebio, electo en 310, y muerto en.....	310.
XXXII. San Melquíades, electo en 311, y muerto en..	314.

ANTIPAPAS.

Novaciano, levantó el primer cisma contra San Cornelio,
y fue condenado en..... 251.

ALERE FLAMMAM
VERITATIS

EMPERADORES.

Marco Aurelio, muerto en el año.....	180.
Lucio Aurelio Cómodo.....	192.
Helvio Pertinaz.....	193.
Séptimo Severo, derrotados Niger y Albino sus competi- dores, quedó único Emperador, murió en.....	211.
Antonino Caracala.....	217.
Geta, fue muerto por su hermano Caracala en.....	212.
Macrino.....	218.
Heliogábalo.....	222.
Alejandro.....	235.
Maximino.....	237.
Gordiano I. } Gordiano II. }	237.
Pupiano y } Balbino. }	238.
Gordiano III.....	244.
Felipe.....	249.
Decio.....	251.
Galo.....	
Hostiliano y } Volusiano... }	251 ó 252.
Emiliano.....	253.

Valeriano, preso en.....	260.
Galieno, muerto en.....	267.
Treinta tiranos en tiempo de Valeriano y Galieno.....	
Claudio II.....	270.
Quintilo.....	270.
Aureliano.....	275.
Tácito.....	276.
Floriano.....	276.
Probo.....	282.
Caro.....	283.
Carino y } Numeriano. }	284.
Diocleciano y } Maximiano... }	305.
Galerio.....	311.
Constancio.....	306.
Severo.....	307.
Maximino.....	313.
Licinio.....	325.
Majencio.....	312.
Constantino, precipitado Majencio en el Tiber, es pro- clamado en todo el Imperio de Occidente junto con Licinio, y promulgan el edicto de paz á la Iglesia en.	313.

CONCILIOS MAS NOTABLES.

Concilios de Roma, de Cesaréa en Palestina, del Ponto, de Co-
rinto, de Osroena y de Leon, para que la Pascua se cele-
brase el domingo despues de la luna 14 de Marzo, en 196.

Concilio de Roma en el Pontificado de San Víctor contra los Asiáticos Cuartodecimanos, en 197.

Concilio de Leon, en que se confirmó el uso contrario al de los Cuartodecimanos; y sin embargo se exhortó al Papa San Víctor á que usase de moderacion con los Asiáticos, hácia el año 197.

Concilio de Cartago, que prohibe nombrar á un Eclesiástico por tutor ó curador, en 217.

Concilio de Alejandría, en el que fue condenado Orígenes por haberse castrado, en 231.

Concilio de Bostra ó Filadelfia contra Berilo, que afirmaba que Jesucristo era un mero hombre, en 242.

Concilio de Éfeso contra Noeto, que negaba la distincion de las Divinas Personas, en 245.

Concilio de Arabia contra los que sostenian, que las almas morian y resucitarian con los cuerpos, en 246.

Concilio de Acaya contra los Valesianos que se hacian eunucos, en 250.

Cuatro Concilios de Cartago en tiempo de San Cipriano contra los Cismáticos, y para arreglar las penitencias. Dos Concilios de Roma, siendo Papa San Cornelio, para confirmar los Cánones penitenciales de Cartago y la reunion de los Confesores.

Concilio de Roma contra los Rebaptizantes, en 256.

Dos Concilios de Antioquía para vindicar la Divinidad de Jesucristo contra Pablo de Samosata, en 364 y en 369.

Concilio de Elvira ó Iliberi, al cual se atribuyen ochenta y un Cánones penitenciales, entresacados verosímilmente de muchos Concilios, hácia el año 300.

Dos Concilios de Alejandría contra Melecio, en 301, y en 305 ó 306.

Concilio de Cirta ó Certa, en el cual muchos Obispos traidores se dieron recíprocamente la absolucion, en 305.

AUTORES ECLESIASTICOS.

Teófilo, Obispo de Alejandría en tiempo del Emperador Cómodo. Se conserva su elegante tratado á Autólico sobre el verdadero Dios y la verdad del cristianismo. Es el primero que ha usado la palabra *Trinidad* para esplicar la distincion de las divinas Personas.

Apolinar, Obispo de Jerápolis. De sus obras solo existen algunos fragmentos.

San Dionisio, Obispo de Corinto en el Pontificado de San Sotero, célebre por sus ocho epístolas.

Hermias, filósofo Cristiano, autor de una obra imperfecta sobre los absurdos de la filosofía gentílica.

Rodon, escribió una obra sobre la creacion, y un tratado contra Marcion, cuyos fragmentos conservó Eusebio.

San Ireneo, Obispo de Leon, 203, autor de una carta sobre el cisma, de otra sobre la monarquía ó unidad de principio, y de un tratado de la Ogdoada contra los Valentinianos. Estas obras se han conservado en parte; y existe íntegra la version latina de su tratado de las heregías, con algunos fragmentos del original griego.

Clemente, Presbítero de la Iglesia Alejandrina, muerto en los principios del siglo tercero. Se conserva su tratado sobre las cualidades del rico que se salvará, su exhortacion á los Gentiles, su pedagogo ó compendio de la moral cristiana, sus estromas ó tegido de los mas hermosos pasages de la fi-

lososía cristiana, y los fragmentos de sus Hipotiposeos.

Minucio Felix: Diálogo escelente en favor de la Religion Cristiana.

Julio Africano: su obra cronológica constituye en parte todo el fondo de la crónica de Eusebio.

Tertuliano, muerto á mediados del siglo tercero. Sus mejores obras son el apologético á favor del Cristianismo, y sus prescripciones contra las novedades heréticas. Escribió antes de su caída los tratados del bautismo, de la penitencia, de la oracion, de la paciencia, del adorno de las mugeres, y sobre los espectáculos. Aunque se hallase fuera de la Iglesia cuando escribió contra Marcion y Praxeas, y de la corona del soldado, sin embargo estas obras contienen muchas cosas escelentes. Las obras peores de este escritor son sus libros de la monogamia, de la impudicia ó deshonestidad, del alma, y del manto ó capa.

San Hipólito, Mártir, hácia el año 250. Además de su ciclo pascual, compuso varias obras, pero son pocas las que han llegado hasta nosotros.

Orígenes, muerto en 253. Es el mas fecundo de todos los escritores eclesiásticos, pues el número de sus obras asciende á mas de seis mil. Su adhesion al sentido alegórico lo indujo á muchos errores, á los cuales añadieron sus discípulos otros varios mucho mas groseros. Su tratado de los principios es el mas reprehensible.

San Cipriano, en 258. Nos quedan de este Santo ochenta y una cartas, algunas piezas en verso, y muchos tratados, de los cuales los que merecen mas estimacion son los de los lapsos ó caidos, de la unidad de la Iglesia, de las obras de misericordia, y de la limosna. Lactancio le respeta como al primero de los Padres verdaderamente elocuentes; y en efec-

tó acredita aquella feliz igualdad de imaginacion y de discernimiento que produce la verdadera elocuencia. Su estilo varonil y vehemente, brillante, sublime y magestuoso nada tiene no obstante de declamatorio, y hermana la amenidad con la naturalidad y la pureza.

Ammonio-Saccas. Nos queda de él en la biblioteca de los Padres una concordancia de los cuatro Evangelios, compuesta únicamente del testo sagrado, sin añadir ni omitir una sola palabra.

San Dionisio de Alejandría, en 264. De todos sus escritos no nos ha quedado completo otro que se sepa de un modo incontestable, sino su carta á Basilides sobre diferentes puntos de disciplina.

San Gregorio el Taumaturgo, en 270. Dejó una epístola canónica de grande autoridad, y un panegírico muy elocuente de Orígenes.

Arnobio. Su apología refuta mucho mejor los argumentos y las calumnias de los Paganos, que habla acerca de la Religion Cristiana.

San Anatolio de Laodicea. Tenemos de él un tratado sobre la Pascua.

San Metodio de Tiro; del cual nos queda el convite de las vírgenes, y algunos fragmentos de otras obras.

San Pamfilo, Mártir, en 309. Dejó una apología de Orígenes.

PERSECUCIONES.

Quinta persecucion escitada por Séptimo Severo, desde el año 202, hasta el fin del año 211. Comenzó en Roma el 197 sin órden del Príncipe.

Sesta persecucion en tiempo de Maximino, que duró tres años.
 Persecucion muy sangrienta de Decio, durante un año, continuada del mismo modo en el reinado de Galo.
 Rigurosa persecucion de Valeriano, desde el año 257 hasta el de 260.
 Persecucion de Aureliano, comenzada abiertamente en 273, y terminada en el mes de Abril de 275.
 Décima persecucion general, en extremo rigurosa, desde el año 303 hasta el de 313.
 Ya se habia egercido en diversas partes desde el año 285, y la prosiguió Licinio desde el año 319, hasta el de 324.

 SECTARIOS.

Seleuco y Hermias.....	190.
Artemas.....	191.
Julio Casiano, cabeza de los Docitas.....	201.
Noeto, famoso, en.....	223.
Valesianos.....	240.
Privato.....	240.
Berilo de Bostra.....	242.
Árabes.....	249.
Novacianos famosos por largo tiempo.	
Aquarios ó Aquarianos.....	252.
Sabelio.....	257.
Pablo de Samosata.....	269.
Maniqueós.....	277.

 NOTA.

En el tomo siguiente se comenzará á insertar la lista de los Señores Suscriptores, que no se principia en este por no retardar su publicacion.

UE
OTE

confirmaron á pesar de las reclamaciones del Senado y del pueblo. Pero no gozó el comprador por largo tiempo de una dignidad que tenia tantos envidiosos. Proclamaron Emperadores á la vez á los tres Generales de los egércitos de Siria, de Bretaña y de Iliria; y prevaleció sobre todos Severo que mandaba en Iliria, el cual se encaminó luego á Roma. Las tropas de Juliano abandonaron á este hombre despreciable, y el Senado le condenó á muerte; cuya sentencia se egecutó antes que llegase Severo, que entró en la capital el dia 2 de Junio del año 194, encontrando ya las cosas en perfecta tranquilidad.

14. Las guerras civiles continuaron en las provincias distantes por espacio de muchos años, sin que los Cristianos tomasen partido en ellas; y Severo les hizo justicia tratándolos favorablemente en los principios de su reinado. Recordaba todavía que á un amigo suyo llamado Evodio le habia curado un Cristiano con oleo bendito, y tenia en mucha estimacion á una infinidad de personas ilustres de uno y otro sexo, que habian abrazado el cristianismo, declarándose tambien muchas veces por esta causa el defensor de los fieles, cuando el pueblo se levantaba contra ellos.

15. Ocupaba tranquilamente la Cátedra de San Pedro el Papa Victor, que habia sucedido á Eleuterio XII. Pontífice Romano, segun el catálogo de San Ireneo; y su Pontificado que principió el 177 duró mas de diez y seis años. Entonces poseían los Cristianos muchos grandes hombres, entre ellos se

distinguió por sus escritos Serapion, Obispo de Antioquia (sucesor de San Teófilo), y con especialidad por un tratado contra el falso Evangelio de San Pedro, del cual consiguió una copia de los hereges Docitas, que segun la etimología de su nombre, propagaban que el misterio de la Encarnacion solo se habia cumplido en apariencia. Sin embargo apenas contenia este Evangelio cosa que no fuese conforme á la pura doctrina del Salvador; y el principal motivo que tuvo Serapion para refutarle fue el no haber sido transmitido por una tradicion legitima, y carecer de la aprobacion general y constante de las Iglesias.

16. Brilló al mismo tiempo San Panteno, filósofo de gran fama, natural de Sicilia, que habia estudiado con los Estoicos. La direccion de la célebre academia de doctrina cristiana establecida desde el tiempo de San Marcos en la ciudad de Alejandria fue confiada á este sabio: y como su celo era tan grande como su ciencia, partió á predicar la fe al Asia mayor, y aun penetró hasta las Indias orientales; por lo cual adquirió el nombre de Evangelista que se daba entonces á los operarios que á egemplo de los Apóstoles se consagraban á la propagacion del Evangelio en las naciones remotas. Aseguran que Panteno encontró en la India algunos fieles que seguian el Evangelio de San Mateo en lengua hebraica, el cual habia llevado el Apóstol San Bartolomé. Aumentó la fe de estos antiguos Cristianos, convirtió á otros muchos y legó á todos sólidas instrucciones y

cuanto podían necesitar para la perseverancia. Despues volvió á Alejandría, donde continuó enseñando á los que querían oírle; y durante su ausencia en las misiones dejó encargada la escuela catequística á Clemente, uno de sus mas ilustres discípulos.

17. Se señala Alejandría por patria de este ilustre escritor (*) como lo indica su nombre, aunque nació en Atenas. Había adquirido muchos conocimientos en las letras humanas y en la filosofía, especialmente en la de Platón; pero no pudiendo llenar su espíritu las verdades que aprendió en ella, quiso instruirse en el cristianismo, y le abrazó luego que llegó á conocerle. Despues empleó todos sus talentos en el estudio de las divinas Escrituras y tradiciones apostólicas, para hacerse tan profundo en las letras sagradas como lo era en las humanas. Hizo muchos viages para discutir con los hombres famosos por su ciencia y por su virtud; y aunque fuese necesario ir desde Grecia á Italia, y desde Italia al Oriente y aun á la Asiria para hablar con un antiguo de algun crédito, nada apagaba su celo ó disminuía la veneración que profesaba á aquellos ilustres depositarios de la enseñanza primitiva. Por cuya razón es-

(*) El sabio Berault da el título de Santo á Clemente Alejandrino; pero se debe observar, que Benedicto XIV. en su célebre constitución dirigida al Rey de Portugal, que es la cincuenta y cuatro, no solamente borró del martirologio Romano el nombre de Clemente, sino que tambien alega muchas y poderosas razones que le movieron á egecutarlo; por lo que ya no se debe señalar al Alejandrino con el nombre de Santo. Véase á Marchetti tomo 1. de la crítica de Fleuri, pág. 189. edic. de Madrid 1801.

plicando aquellas palabras de los proverbios: *el que ama la sabiduría será la alegría de su padre*, dice, que el sabio habla de un alma que busca y venera la tradición. Clemente se ordenó de Presbítero, y antes de la muerte de San Panteno logró la dirección de la escuela de Alejandría, directamente establecida para la instrucción de los catecúmenos aunque no se limitaba á este solo objeto. Fue uno de sus discípulos San Alejandro, que despues fue Obispo de Jerusalem y murió Mártir, como tambien el célebre Orígenes, maestro de tantos Doctores.

18. Clemente trabajó muchas obras, de las cuales existen la exhortación á los Gentiles, el Pedagogo, los Estrómas, y un corto tratado sobre las cualidades del rico que quiere salvarse. Demuestra perfectamente en la exhortación la debilidad de la idolatría, la estravagancia de sus principios, y el horror de las consecuencias prácticas que de ella necesariamente se derivan. Está escrita esta obra con una elegancia estudiada, pero acomodada al gusto de los lectores para hacer menos ingrato el asunto. Cita frecuentemente el autor con este objeto muchos pasages de poetas que de otro modo parecerían importunos, porque son muy largos y multiplicados. Compendia en su Pedagogo toda la moral cristiana para el uso de los principiantes; por lo que dice en los Estrómas, que aquel libro solo contiene los primeros elementos de la doctrina cristiana. Da bastante idea de esta última obra el título de Estrómas, que en su rigor significa tapicerías; la cual es un tejido de pensamien-

tos sobre la Religion, que el piadoso doctor habia recopilado para su uso propio y para consuelo de su vejez, cuando le faltasen los auxilios del estudio y de las conferencias con hombres sabios. Se nota por este motivo que sin guardar método pasa muchas veces de una materia á otra; pero aquel ingenio fecundo y naturalmente adornado siembra por todas partes una diversidad de luces y de imágenes que captan la atención, y recompensan con ventaja la falta de orden. Si hay algunos pasages oscuros en esta obra lo hizo el autor de propio intento, siguiendo la máxima de los primeros siglos, para no esponer nuestros misterios á la irrisión de los lectores profanos. Y así solo por comparacion con la profundidad y fondo sublime de los Estrómas, llama Clemente á su pedagogo una instruccion para los que comienzan. En la pintura que hace del verdadero Gnóstico, en el libro sexto, procura dar la mas alta idea de la perfeccion del cristianismo, despojando á los hereges de este nombre que se apropiaban, teniéndose por mas favorecidos con los dones del cielo que los Ortodoxos. Dice con una sublimidad que mas consiste en las cosas que en las palabras, que el Gnóstico no está sujeto á otras pasiones que á las necesarias para la conservacion de la vida. „Tiene sujetas las que pueden turbar su alma, como son la ira y el temor; y no es gobernado de las que parecen buenas, como el esfuerzo y la alegría. Disfruta de una igualdad casi inalterable, y jamás su espíritu se abandona á la tristeza, persuadido de que todo

cuanto es digno de interesarle sucede bien. No se deja arrebatado tampoco del odio ó de la venganza; porque ama á Dios y no aborrece á ninguna de sus criaturas. A nadie envidia, porque de nada carece; ni ansia cosa alguna de la tierra, porque está ya unido, en cuanto es posible, con el objeto de sus deseos: y así el verdadero Gnóstico, el Cristiano perfecto como lo fueron Pedro, Pablo y los demás Apóstoles, libre de las pasiones no necesita reprimirlas. Hácenle insensible á los deleites de la tierra los bienes celestiales que goza por medio de la contemplacion; y su espíritu habita con el Señor, aunque su cuerpo esté detenido en el mundo. No se suicida, porque no debe desamparar el sitio que su dueño Soberano le ha señalado; pero hace uso de las cosas necesarias solo para vivir, y sustenta su cuerpo con los frutos de la tierra, sin que su alma ni sus afectos contraigan la corrupcion de ella.”

Compuso tambien Clemente una obra titulada los Hipotiposeos, de la cual solo quedan algunos fragmentos. Era esta una esplicacion abreviada de toda la Escritura; y aunque el plan presentaba mucha utilidad, opina Focio que no correspondió la egeccion. Se cree que los hereges corrompieron este libro, ó á lo menos que el autor le escribió antes de estar bien instruido en las verdades de la fe. No olvidemos tambien que Clemente Alejandrino hace un uso algo excesivo de la filosofía de su tiempo, á la que se habia consagrado de todo punto en su juventud, y esta afición al platonismo la fomentó mas en la

escuela de Alejandría, donde se profesaba ya mucho tiempo; siendo causa aquel desseo de filosofar de que muchos sabios, por otra parte muy recomendables, se apartasen de la simplicidad de la fe.

19. Edificaban al mismo tiempo que Clemente la Iglesia otros grandes hombres. Fue atrocemente calumniado San Narciso, Obispo de Jerusalem, aunque todos le respetaban como á un hombre que obraba prodigios, y no habia duda en que habiendo faltado el aceite á las lámparas del templo la víspera de Pascua, convirtió en aceite con sus oraciones el agua de un pozo inmediato. Afirma Eusebio que cuando él escribia su historia, se conservaba todavía de aquel aceite del mismo modo milagroso con que habia sido producido. Conspiraron contra él algunos súbditos viciosos, á quienes el santo Pastor reprendia sus desórdenes, acusándole de un pecado vergonzoso. Confirmaron tres de estos impostores atrevidos la calumnia con juramentos y terribles imprecaciones contra sí mismos. *Las llamas me devoren*, dijo el primero, *si no es verdad lo que afirmo*; el segundo se sujetó á la mas triste enfermedad; y el tercero á perder la vista. No dió el pueblo, que conocia la virtud de su santo Prelado, el menor crédito á estas declaraciones; y cuanto mas juraban, concebía mayor desconfianza ó indignacion contra aquellos acusadores sacrílegos. Narciso, que hacia tiempo que llevaba sobre sí el peso del ministerio Episcopal, y suspiraba por la soledad, se aprovechó de esta ocasion para retirarse; y pasó muchos años en el desierto,

confiando á la Providencia el cuidado de volver por su honra. Vengóle efectivamente de un modo severo que estaba el Santo muy lejos de desear; porque experimentó cada uno de los perjuros la maldicion que habia fulminado contra sí mismo. Al primero se le incendió la casa, y pereció en ella con toda su familia. Fue el segundo cubierto de úlceras desde los pies á la cabeza, y todo su cuerpo se deshacia reducido á pedazos. El tercero aterrado con el castigo de los dos, se convirtió y lloró tan amargamente y con tanta constancia su pecado, que perdió la vista.

Sirvieron estos castigos egemplares menos para justificar á Narciso, que no tenia necesidad de ello, que para acrecentar el dolor de su pueblo por haberle perdido. No pudieron resolverse á elegir otro Obispo, hasta que los obligaron los Prelados inmediatos, y perdieron la esperanza despues de practicar las mas diligentes pesquisas de hallar á su santo Pastor; el que hasta los últimos dias de su vida no se dejó ver en Jerusalem. No se habia minorado el afecto público que le tenian, y le estrecharon á que volviese al gobierno de su Iglesia, á pesar de sus muchos años y sus pocas fuerzas. No pudiendo oponer resistencia condescendió con sus deseos, con tal que se le diese por coadjutor á un Obispo de Capadocia llamado Alejandro, que habia venido á visitar la tierra santa, y cuyas escelentes cualidades habia sabido de un modo sobrenatural. Este es el primer egemplo de Obispo coadjutor, y de la traslacion de un Pre-

lado de una á otra Diócesi. Presidió San Narciso de Jerusalem con Teófilo de Cesaréa el Concilio que se celebró en esta última ciudad acerca de la celebracion de la Pascua.

20. Habíase ya agitado esta famosa cuestión en el Pontificado de San Aniceto, y dió motivo al viage que hizo á Roma desde Éfeso el Apostólico Doctor San Policarpo. Conservaba el uso inmemorial la Iglesia Romana, con la mayor parte de las otras, de celebrar la Pascua el domingo despues del día catorce de la luna de Marzo. Las Iglesias del Asia menor por el contrario la celebraban el mismo día catorce de la luna aunque no cayese en domingo. No pudieron convencerse Aniceto y Policarpo el uno al otro sobre su celebracion en un mismo día; pero no por esto se desunieron, sino que cada uno conservó en paz y concordia la costumbre de su propia Iglesia. Agitóse hasta aquí esta disputa entre los Católicos solamente; pero en el Pontificado de San Víctor, la diversidad de dictámen sobre este punto parecia que era favorable á la heregía; pues los Montanistas enseñaban que no se podia, sin error, celebrar la Pascua en otro día que en el catorce de la luna fijamente, y que así lo ordenaba su Paráclito. Blasto, presbítero de la Iglesia Romana, habia levantado un cisma por esta causa, y precipitó en él á gran número de personas. El Papa persuadido de que no debia ya disimular por mas tiempo, acordó emplear su autoridad, á cuyo fin congregó un Concilio en Roma; y de su orden se reunió otro, segun el testimonio del venerable Beda, ó de

aquel mismo Concilio (1), del cual nos ha conservado un fragmento; y Teófilo, Obispo del lugar, que no puede ser otro que Cesaréa, presidió con el santo Obispo de Jerusalem, como ya hemos dicho. Arreglóse la misma disciplina en otros Concilios en la provincia del Ponto, en Acaya y en las Galias.

21. No se rindieron á tan respetables autoridades los Obispos de Asia teniendo á la frente á Policrates de Éfeso, como lo declaró este al Papa Víctor en una carta muy fuerte, en que manifiesta un espíritu resuelto á no ceder (2). Exalta sobremanera en el principio la tradicion de su Iglesia, derivándola de San Policarpo, y aun de San Juan Evangelista; y despues prosigue en estos términos: „yo que vivo para el Señor sesenta y cinco años hace, yo que he comunicado con los hermanos esparcidos por todo el mundo, yo que he estudiado profundamente toda la Escritura, no me atemorizo de ninguna suerte por las amenazas que se nos hacen; porque aquellos que eran mayores que nosotros, dijeron que era preciso obedecer á Dios antes que á los hombres. Podria referir aquí los nombres de los Obispos que he congregado á vuestra instancia, y ciertamente os admiraria su multitud, y las aprobaciones que han dado á esta carta que os dirijo. Porque aunque conocen mi pequenez, saben que no llevo en vano estas canas, y que siempre he conformado mi conducta á los preceptos de Jesucristo.” No pudo menos de ser mal re-

(1) *Concil. Palæst. circa annum 196.* (2) *Euseb. histor. lib. 5. cap. 23. y 24.*

cibida del Papa esta declaracion; y sospechando que en esta resistencia habia algo mas que la adhesion á una costumbre antigua, respondió á los Asiáticos en términos muy duros; y determinó privarlos de la comunión de la Iglesia en caso que permaneciesen obstinados. No agradó á muchos Obispos este rigor, aunque en el punto principal eran de la misma opinión que el Sumo Pontífice, y desaprobaron el que emplease la última severidad contra tantas Iglesias, á las cuales no se les atribuía otro crimen que su pertinacia en conservar una costumbre antigua.

22. Uno de los que le escribieron con mas eficacia fue el santo y sabio Obispo de Leon, Ireneo; pero ante todo aprobó el decreto de Víctor en una asamblea de Prelados de la Galia: dando este ejemplo de obediencia para interceder con mas fuerza, y para manifestar que en este negocio no tenía otro interés que el de conservar la paz y la union entre todos los príncipes de la casa del Señor. Despues de esto dice, que ni él ni sus colegas podian aprobar que se escomulgasen Iglesias enteras por una costumbre que habian recibido de sus padres: que los Papas Aniceto, Pio, Higinio, Telésforo y Sixto, de santa memoria, no desconcertaron por este asunto la union con los Obispos de Asia: que seria necesario agitar otras muchas disputas si se intentase reducir todos los usos y costumbres á una perfecta uniformidad: y que no solo en cuanto á la celebracion de la Pascua, sino tambien sobre la observancia de los ayunos, habia diversidad de prácticas aun en las mismas Iglesias de las

Galias, por mas que el Pontífice se manifestaba satisfecho de su conducta. Es muy verosímil que el Papa Víctor no llevó adelante su celo, pues murió poco despues el año 202. Sucedióle San Ceferino, y cada Iglesia se mantuvo en posesion de sus antiguas costumbres.

23. Dejó en paz á los Cristianos el Emperador Severo mientras tuvo competidores en el Imperio; mas luego que se vió pacífico poseedor del trono, puso en olvido sus servicios y los buenos efectos de su obediencia. Sin duda conmovieron las calumnias que se divulgaban entonces mas que nunca su ánimo naturalmente austero é inflexible. Acaso tambien aterró su política la multitud prodigiosa de los fieles, ó fingió tomar partido con los que por razones particulares se interesaban en la conservacion de la idolatría. Ya habia entonces abrazado el Cristianismo mas de la mitad del Imperio, y se juzgaba que tenían los Cristianos algunos encantos infalibles para atraer á su partido á todos los que querian. No podian entender los sacerdotes gentiles y los filósofos, que no tenían la menor idea de las operaciones sobrenaturales de la gracia, como unas personas colmadas de todos los dones de la naturaleza y de la fortuna, los inmolvaban todos los dias á una Religion, que en la apariencia solo ofrecia tormentos y desprecios, y cuyos Doctores eran unos hombres sencillos y modestos, muy inferiores en la ostentacion á los sabios del paganismo. Mas sean cuales fueren las causas, el año 202 de Jesucristo, y el décimo del reinado de Severo, pro-

mulgó este sus edictos contra los Cristianos, cuando ya la persecucion se habia ido encendiendo poco á poco anteriormente: y es difícil señalar la época exacta á que deben referirse los hechos particulares, como sucede en todas las demás persecuciones de la primera antigüedad.

Pasó el Emperador desde la Siria á Egipto despues de haber concluido la guerra con los Príncipes de Oriente aliados de su competidor Niger; y al tiempo de atravesar la Palestina castigó á los Judíos que se habian utilizado de las últimas disensiones para sublevarse, y les prohibió con las mas terribles penas que hiciesen ningun prosélito. Estendió esta prohibicion á los Cristianos, confundiéndolos afectadamente con los Judíos sediciosos. Así principió la que llamamos quinta persecucion, que fue tan general y violenta, que se juzgaba haber llegado al tiempo fatal del Anticristo. Hubo sin embargo algunas provincias donde no fue derramada la sangre de los fieles, porque su conducta era demasiado conocida para abandonarlos, como en otro tiempo, á los clamores ciegos é interesados del pueblo. Si los Gentiles mas virtuosos y prudentes carecian de valor para imitarlos, á lo menos se admiraban de ellos y se compadecian de su suerte, y los grandes del siglo les concedian algunas veces su proteccion á cara descubierta.

Principió en Egipto la persecucion pública, y de allí se propagó á las demás provincias. Como se prohibia con especialidad abrazar de nuevo el cristianismo, hubo gran número de Mártires en Alejandria,

á cuya célebre escuela acudian no solo del Egipto y de la Tebaida, sino de los países mas distantes. Clemente su antiguo maestro corria un peligro tanto mas cierto quanto se habia adquirido mayor fama; y hubiera sido dar de ojos sin remedio y sin fruto alguno el permanecer en Alejandria. Además de que esta constancia temeraria seria escandalosa en un tiempo, en que los hereges querian que los fieles se entregasen á sí mismos, contra las reglas ordinarias de la prudencia evangélica y contra el ejemplo de los Apóstoles, á quienes mandó Jesucristo que si los perseguiesen en un lugar huyesen á otro. Retiróse entonces Clemente á Capadocia, porque la celebridad de su nombre le obligaba á alejarse mucho; pero no estuvo ocioso en su retiro, pues tomó á su cargo el cuidado de una Iglesia, cuyo Obispo estaba aprisionado por la fe.

24. Prendieron á Leonidas, padre de Orígenes y ciudadano de Alejandria, donde coronó con el martirio una vida santificada por todos los deberes de su estado, y especialmente por el esmero extraordinario que puso en la educacion de su hijo. Enseñóle la ciencia de la salvacion y las santas Escrituras con mayor conato que las artes liberales, animado á este piadoso ejercicio por un espíritu de fe y casi de profecía, previendo los muchos Santos y Doctores que habian de ser instruidos por aquel prodigioso niño, mucho mas admirable por las bendiciones con que le prevenia la gracia, que por sus talentos naturales. Acercábase muchas veces á él quando dor-

mia, y desnudándole el pecho se lo besaba con un respeto religioso, como á un templo del Espíritu Santo.

Hubiérase presentado el jóven Orígenes á los perseguidores, antes que martirizasen á Leonidas, si sus padres no le hubiesen detenido; pero cuando su padre fue encadenado, se vió su madre en la precision de quitarle los vestidos para impedirle que saliese de casa, pues no bastaron las súplicas y las caricias. Y le escribió, ya que no podia acompañar á su padre en la prisión, una carta llena de los mas sólidos sentimientos de la Religion, exhortándole á que solo pensase en la corona que le esperaba en el Cielo. „No tengáis ningun cuidado de nosotros, le decia, hablando de siete hijos pequeños que iban á ser víctimas de la extrema indigencia, y de los cuales el mayor era el mismo Orígenes, y aun no tenia los diez y siete años: el Señor será nuestro patrimonio, y nos reputaremos muy dichosos con tener un padre Mártir (1). „Cortaron la cabeza á Leonidas, y habiendo sido confiscados sus bienes, quedó toda su familia reducida á la mas triste miseria, pero sin descaecer un punto su heroica constancia.

25. La casa de una señora muy rica sirvió de albergue á Orígenes: esta al mismo tiempo hospedaba á un herege, el cual se grangeó en tanto grado el cariño de aquella opulenta devota, que le prohibió. El desgraciado huérfano vivió lo menos que pudo en aquella casa, separado de todo trato y comunicacion con el

(1) *Euseb. lib. 4. histor. cap. 1. y 2.*

valido. Despues abrió una escuela de gramática, á fin de mantenerse sin auxilio ageno y substraerse á una peligrosa dependencia. Adquiriéronle en breve tan gran reputacion su talento y sabiduría, que en menos de un año le creyeron capáz de enseñar todo lo mas importante; y fue substituto de Clemente en la escuela de los catecúmenos, á los diez y ocho años de su edad.

El nuevo maestro vendió luego todos los libros, así para consagrarse enteramente á la sagrada Escritura, como para poder sustentarse, habiendo obrado siempre con mucho desinterés en la instruccion de sus discípulos; y obligó al comprador de sus libros á que del valor de ellos le diese cada dia como diez cuartos de nuestra moneda que le bastaban para sostenerse en la vida austera que llevaba. Intentaron sus amigos muchas veces hacerle algunos regalos, dando á sus liberalidades un pretesto para que no pudiese rehusarlas la mas escrupulosa delicadeza; pero siempre los devolvía con muchas muestras de afecto y gratitud. Era á pesar de esta elevacion de alma y de su amor á la penitencia, el hombre mas afable y mas humilde; y la suavidad de su trato, no menos que sus talentos, le atraía una prodigiosa multitud de oyentes y discípulos celosos, no solo jóvenes, sino sabios y filósofos, así Gentiles como Cristianos. Fueron despues santos ilustres muchos de ellos, y sufrieron el martirio en la misma persecucion que principió con el sacrificio de su padre.

26. Fue muy célebre entre los Mártires de Ale-

mandaría una joven esclava de singular hermosura, llamada Potamiana. Habíala denunciado su amo, en venganza de que ni por promesas ni por amenazas había consentido en sus deseos. El Magistrado no se avergonzó de mandar á la virtuosa Potamiana que obedeciese las deshonestas órdenes de su amo, bajo el supuesto de que si se resistía la haría arrojar en una caldera de pez hirviendo, que mandó poner en su presencia á fin de aterrarla. Viendo un objeto tan horroroso, *no*, dijo Potamiana, *no debo escuchar á un Juez tan inicuo que me obliga á cometer un delito infame.* Irritado este, mandó que la desnudasen para arrojarla en la caldera; pero la casta Potamiana temiendo solo verse desnuda, dijo al tirano: *mandad que me pongan en la caldera con mis vestidos, y vereis como el Dios que yo adoro me hace triunfar de todas vuestras crueles invenciones.* Metiéronla con efecto vestida en la pez hirviendo con tanta lentitud, que su suplicio duró tres horas enteras. Sufrió el mismo tormento su madre llamada Marcela.

Habíala tratado con mucho respeto el soldado Basíldes, uno de los que custodiaban á la esclava, y aun había estorbado los insultos del populacho. Ofrecióle rogar por él luego que estuviese en el cielo; y apenas espiró la Santa, confesó este feliz soldado el nombre de Jesucristo. Al principio juzgaron que se burlaba; pero al fin le condujeron al Presidente, quien le mandó poner en prision. Los fieles visitaron á Basíldes, y les dijo que Potamiana le había convertido, y que se le apareció para animarle á la per-

severancia. Convirtiéronse también otros muchos, á quienes igualmente se apareció esta Santa. Recibió Basíldes el bautismo en la cárcel, y á la mañana siguiente le cortaron la cabeza. Consiguieron la corona del martirio con el mismo suplicio muchos discípulos de Orígenes, y entre ellos Plutarco y Sereno.

27. No era menos violenta la persecucion en las demás provincias de África, donde dió principio dos años antes de la publicacion del edicto por la malicia del Procónsul Vitelio Saturnino, á quien castigó el cielo egemplarmente con la pérdida de la vista. Fueron doce Cristianos de ambos sexos de la ciudad de Escilita las primeras víctimas de su impiedad, que despues por su orden fueron conducidos á Cartago, como primicias de la sangre cristiana de África, ó á lo menos como los mas antiguos Mártires que han llegado á nuestro conocimiento. Son sus actas de las mas auténticas, y están revestidas de todos los caracteres de la santa y venerable antigüedad; y así para presentar un monumento interesante en este género á la piadosa curiosidad del lector, creemos no poder elegir otro mas á propósito.

Distingüéronse entre estos generosos atletas con especialidad Esperato, Narzal, Citenio, Donata, Segunda y Vestina. Habian sostenido ya un interrogatorio, cuando presentados de nuevo á Saturnino, les dijo á todos en general: „todavía es tiempo de conseguir el perdon, si quereis tributar vuestros homenajes á los dioses. Respondió por todos Esperato: no nos reconocemos culpables de crimen ninguno con-

tra las leyes, y lejos de hacer mal á nadie, hemos vuelto bien por mal. Los primeros objetos por quienes ofrecemos á Dios nuestros votos, son los mismos que nos persiguen de muerte, porque así lo prescribe la Religión que profesamos. El Procónsul le replicó: tambien nosotros tenemos una religion simple y racional; juramos por el genio de los Emperadores, y para su conservacion dirigimos nuestros votos á los dioses del Imperio: por tanto es necesario que vosotros hagais lo mismo. Si quereis oirme, le dijo Esperato, yo os enseñaré en pocas palabras la ley cristiana. ¿Piensas tú, le replicó entonces Saturnino, que tendré paciencia para dejarte vomitar un torrente de injurias contra nuestros dioses? Y dirigiendo la palabra á todos, jurad, les dijo, cuantos aquí estais por el genio de los Emperadores nuestros Soberanos, y asegurais la vida y todos sus placeres. Respondióle Esperato: no conozco el genio de los Emperadores de este mundo; pero yo adoro al Espíritu Criador y Omnipotente, que aunque invisible reina en el cielo y en todo el universo. Ninguna culpa he cometido que merezca el castigo de los Magistrados; nunca he injuriado á nadie, ni hay quien pueda formar quejas contra mí. Aunque reconozco por dueño Soberano y por primer Emperador de todas las naciones á mi Dios y mi adorable Señor, no dejo de guardar la fidelidad mas esacta á los Príncipes que ha establecido sobre nosotros; y les pago con puntualidad los tributos. Volviéndose el Procónsul á los compañeros de Esperato, les dijo: no si-

gais el ejemplo de este insensato, antes bien temed á nuestro Príncipe y obedeced sus órdenes. Pero Citino le replicó: ¿esperais vos sacar de nosotros mejor partido que de Esperato? Nosotros tememos como él al Señor nuestro Dios, y no tememos á otro alguno." Mandó el Procónsul encerrarlos en una prison, y que los tuviesen en el cepo hasta el dia siguiente.

Volvieron á la mañana inmediata á presentar los Mártires á Saturnino, y lisongeándose de poder persuadir á las mugeres, como mas débiles, las dijo desde lo alto de su tribunal: „honrad á nuestro Príncipe y sacrificad á los dioses. Respondióle Donata: nosotras damos al César la honra que le es debida, pero solo ofrecemos á Dios el tributo de nuestros religiosos obsequios y de nuestras oraciones. Vestina dijo: yo soy tambien Cristiana; y añadió Segunda: yo tengo la misma fe en mi Dios, y quiero permanecer con él para siempre: por lo que hace á vuestros dioses, nunca los reconoceremos ni los adoraremos." El Procónsul mandó separarlos unos de otros, y haciendo despues que se acercasen los hombres, dijo á Esperato: „¿Perseveras tú en ser Cristiano? Sí persevero, le respondió; y reiterando su confesion, escuchad todos, dijo en voz mas alta: yo soy Cristiano; y todos sus compañeros al oirle repitieron: nosotros somos Cristianos. Replicóles el Procónsul: ¿luego no quereis persuadiros, ni conseguir el perdon? Respondió Esperato: los combatientes valerosos no piden cuartel; haced lo que querais, que nosotros moriremos

con alegría por Jesucristo. Preguntóles el Procónsul ¿qué libros eran los que leían á quienes tanta veneracion profesaban? Respondióle Esperato: los cuatro Evangelios de nuestro Señor Jesucristo, las epístolas del Apóstol San Pablo, y toda la Escritura inspirada por Dios. El Procónsul dijo: os concedo tres dias para que determineis; y le replicó Esperato: yo soy Cristiano y todos los que aquí estamos, y jamás abandonaremos la fe de Jesucristo; haced pues lo que os plazca.

El Procónsul al ver su inflexible constancia, dictó al notario la sentencia concebida en estos términos: „á Esperato, Narzal, Citino, Veturio, Felix, Acilino, Letancio, Januario, Generosa, Vestina, Donata y Segunda, por haber confesado que son Cristianos, y rehusado tributar sus respetos al Emperador, ordeno que se les corte la cabeza.” Oida la sentencia Esperato y todos sus compañeros, dijeron: *damos gracias á Dios que hoy nos hace la honra de admitirnos al reino celestial en calidad de Mártires.* Al punto se les condujo al lugar del suplicio, donde puestos todos de rodillas, y dando de nuevo gracias á Jesucristo, sufrieron la pena capital para interceder por nosotros al Altísimo. Así concluyen los piadosos autores de estas actas, los cuales hallaron arbitrio de extraerlas de los registros públicos; y las hemos traducido fielmente como uno de los monumentos más respetados. Tales son los Mártires Escilitanos, tan famosos en África y aun en toda la Iglesia. Celebrólos Tertuliano con una especie de entusiasmo, y ellos

influyeron mucho en la resolución que tomó de componer su apología de la Religion cristiana, de la que habian dado tan glorioso testimonio.

28. Prendieron tambien en la capital de África á cuatro hombres, cuyos nombres son Revocato, Saturnino, Saturo, Secúndulo, y dos mugeres llamadas Perpetua y Felicitas. Pero estas dos heroínas infinitamente superiores á su sexo, dieron á este triunfo su principal esplendor; de suerte que las actas solo se titulaban con el nombre de las mugeres y no con el de los hombres. Así lo nota San Agustin hablando de ellas con admiracion, y comparándolas con San Estévan, con San Lorenzo y con todos los mas ilustres Mártires. No hay cosa mas patética que la historia de sus combates, escrita en parte por la misma Santa Perpetua, y lo restante por un autor contemporáneo de mucha autoridad, que se cree haber sido Tertuliano. Era Perpetua una muger noble, de edad de veinte y dos años, y ya viuda, segun puede colegirse, adornada de mucho espíritu y atractivos, y de un carácter franco é ingénuo que agrada mas que todos los talentos y hermosuras.

Tenia un niño de pecho, y no le permitia su ternura perderle de vista, ni confiar á otra muger extraña el cuidado de criarle. No tenia menos grandeza de alma Felicitas aunque de inferior nacimiento, y hallábase actualmente en cinta. Luego que prendieron á Perpetua, su padre, que era el único Gentil que habia en su familia, y que amaba en extremo á su hija, corrió á la cárcel con un ardor que solo el afec-

to paterno podía inspirar á un hombre de edad tan avanzada.

Mas escuchemos de boca de su elocuente y santa hija la relacion de una escena tan dolorosa. „Padre mio, le dijo, ¿podemos nosotros alterar los nombres que corresponden á la esencia de las cosas? No por cierto, le respondió; pues yo tampoco puedo dejar de ser y llamarme Cristiana. Al oír estas palabras que le traspasaron de dolor, continúan las Actas, se arrojó sobre mí en ademán de arrancarme los ojos: pero confundiéndose despues porque se habia dejado arrebatarse de su ira, se apartó á un lado abandonándose á la desesperacion, como lo mostraba con sus gemidos. Pasáronse despues algunos dias sin que viniese á verme, y yo di gracias al Señor porque me preservaba de una tentacion tan peligrosa. Fuimos bautizados en este intervalo; y al salir de la sagrada fuente me inspiró el Espíritu Santo que no pidiese otro favor que el de la constancia en los tormentos. Me condujeron poco despues á la prision, y confieso que me estremecí al entrar en ella, porque jamás habia visto morada ni tinieblas tan horrosas. ¡Ó qué dias tan tristes! ¡qué calor tan insoportable! Añadiase á esto el pestífero olor que causaba la multitud de infelices estrechados y casi hacinados unos sobre otros, y la inhumanidad de los carceleros y centinelas: pero lo que mas me afligia era el cuidado de mi hijo. Al fin los dignos Ministros que nos asistian en nombre de la Iglesia, Testino y Pomponio Diáconos, consiguieron á fuerza de dinero que se nos permitiese pa-

sar algunas horas del dia en un lugar menos incómodo. Salimos apresurados, y mi primera y mas urgente diligencia fue dar el pecho á mi niño que se moria de hambre. Recomendéle tiernamente á mi madre, que habia venido á verme, y exhorté á mi hermano á la constancia en la fe. Yo me consumia de dolor á vista de las aflicciones que causaba á mis deudos, y pasé muchos dias en crueles penas interiores. Pero de improviso me hallé fortificada con un auxilio tan abundante de la gracia, que me vi libre de todas mis molestias y de las inquietudes que hasta entonces habia tenido por mi hijo. No solo se me hizo llevadera la prision, sino que fue para mí una morada mas agradable que todos los palacios que me pudieran ofrecer.

Díjome entonces mi hermano: yo sé, hermana mia, que podeis mucho para con Dios; pedidle que os revele si os librareis de la muerte, ó si consumareis vuestro sacrificio. Como yo no podia acordarme, sin un amor lleno de confianza, de las gracias que habia recibido de Dios, prometí á mi hermano que á la mañana siguiente responderia á su duda. Hice oracion efectivamente, y ved aquí las luces que me fueron comunicadas: parecióme ver una escala de oro tan alta que llegaba al cielo, pero tan angosta que solo podia subir por ella una persona de frente. Por los lados estaba llena de cuchillos, espadas y otros instrumentos tan cortantes y de tal modo dispuestos, que al que subiese sin una extrema precaucion y sin mirar siempre á lo alto, quedaria despedazado todo

su cuerpo. Habia un formidable y espantoso dragon al pie de la escalera, en ademan de precipitarse sobre los que iban á subir y aterrándolos con sus rugidos. Ascendió sin embargo Saturo sin amedrentarse; y cuando hubo llegado á lo alto, me dijo: yo te aguardo, Perpetua, pero defiéndete del dragon. Ningun daño me hará, le respondí, porque confio en nuestro Señor Todopoderoso. Acerqueme en efecto á la escalera, y el dragon no hizo mas que levantar débilmente la cabeza, como si me tuviese miedo; de modo que le puse el pie encima, y me sirvió de primer escalon. Al punto que pisé lo alto de la escalera, descubrí un inmenso jardin, y en medio un hombre vestido de pastor, con los cabellos blancos como el ampo de la nieve, acompañado de muchos miles de personas vestidas de blanco. Hablóme con agrado y me dijo: seais bien venida hija mia; y mandándome acercar me puso en los labios un manjar delicioso, que yo recibí cruzando las dos manos. Respondieron cuantos presentes estaban, *amen*; con lo cual desperaté, y conocí que mascaba todavía una cosa de extraordinaria dulzura. Ansiaba en extremo referir esta vision á mi hermano, el que adivinó que estábamos destinados á ser martirizados, y desde entonces principiamos á no dejarnos engañar por las esperanzas del siglo." Lo que mas dió á entender á Santa Perpetua y á su hermano que morirían por Jesucristo, fue la Eucaristía que era costumbre dar á los Mártires, para prepararlos al combate; lo cual significaba el manjar celestial que se le presentó en la vision.

„Corrió la voz algunos dias despues, sigue la Santa, de que íbamos á ser interrogados; mi padre vino á la prision, no menos desasosegado que la primera vez, y me dijo: ten piedad, hija mia, de mis canas; ten piedad de tu padre, si me reputas digno de este nombre. Yo te he educado con mucho esmero y ternura, te he manifestado mayor afecto que á tus hermanos, y no debes ahora llenarme de oprobio á los ojos del público. Ten delante de tus ojos el amor de tus parientes y deudos, de tu madre y de tu tia; y considera que tu hijo no puede existir sin ti; suaviza tu aspereza y obstinacion que va á causar nuestra ruina; porque no esperes que ninguno de nosotros se atreva á presentarse en público, si eres sentenciada á una muerte infame. Me apretaba las manos al mismo tiempo que me hablaba así y no cesaba de besármelas, regándolas con sus lágrimas; y aun se postró á mis pies, llamándome no ya hija, sino señora. Atravesáronme el corazon estas palabras y acciones de mi padre, y me compadecia mucho mas al considerar que era el único de nuestra familia que permanecia en tan estraña ceguedad. Pero sin dejarme vencer por sus lágrimas, le manifesté las mas espresivas señales de ternura, y le dije: en el interrogatorio sucederá lo que sea del agrado del Señor, pues nunca impera nuestra voluntad, sino la suya. Retiróse este infeliz padre lleno de amargura y desconsuelo.

Al dia siguiente estando nosotros comiendo, vinieron de improviso á conducirnos á la presencia del

Juez. Se habia divulgado la nueva por toda la ciudad, y cuando llegamos habia ya en la plaza un innumerable concurso. Egercia la Magistratura suprema el Procurador Hilariano, en lugar del Procónsul Timiniano que habia fallecido. Hizonos subir á un tablado, y preguntó primero á mis compañeros, que hicieron con valor su confesion. Vino despues á mí, y en este punto apareció mi padre que traía consigo á mi hijo. Hizome retirar un poco, y arrojándoseme al cuello comenzó á persuadirme con mas viveza que nunca. Ayudábale el Juez, quien me dijo: tened algun respeto á las canas de vuestro padre, y apiadaos de la edad tierna y de la inocencia de vuestro hijo; ablanden por fin vuestro corazon los clamores de este niño desgraciado y las lágrimas de todos vuestros deudos. ¿Qué os cuesta sacrificar por la prosperidad de los Emperadores? Nunca haré tal cosa, le respondí, ni será capáz ningun objeto humano de separarme del Señor, ni de la compañía de estos Santos. ¿Luego sois Cristiana? dijo Hilariano: sí por cierto, le respondí, Cristiana soy: y como mi padre procurase sacarme del tablado, mandó Hilariano que le obligasen á retirarse, y aun llegaron á maltratarle para que obedeciese. Sentí los golpes con mas viveza que si yo los hubiese recibido, y mi corazon se despedazaba de dolor al ver tratado de aquella suerte al que me habia dado el ser. Entonces Hilariano pronunció la sentencia de muerte, condenándonos á todos á ser arrojados á las fieras."

Cuenta tambien Santa Perpetua otras dos visiones

que la alentaron mas y mas á consumir su sacrificio; y así concluye su relacion. Por su parte el mártir Saturo tuvo otra que escribió por sí mismo para utilidad de todos. Vió no solo la gloria celestial en que iba á entrar, sino que tambien, como sucedió á otros muchos Mártires, recibió del Espíritu Santo conocimientos proféticos en beneficio de las Iglesias, cuyas profecias serian largas de referir.

Tantos y tan prodigiosos favores dieron á esta tropa de Santos una constancia tan generosa, que conmovió á sus mismos perseguidores. Habia concebido una alta idea de la virtud de sus presos el carcelero llamado Pudente, y llegó por fin á imitarla, abrazando valerosamente la fe. Mas la alegría de los Mártires no era completa porque Felicitas estaba en el octavo mes de su preñez. Temia ella en extremo sobrevivir á los demás Confesores, como debia suceder naturalmente, porque las leyes prohibian egecutar la sentencia de muerte en las mugeres preñadas, hasta que pariesen. Todos se pusieron en fervorosa oracion tres dias antes del espectáculo en que debian ser arrojados á las fieras; y en el momento sintió Felicitas los dolores del parto, que fueron extraordinarios porque no habia llegado al término natural. Uno de los guardias que la oyó dar terribles gritos, la dijo: *pues si ahora haces esto, ¿qué será cuando te veas entre las garras de los leones?* Respondióle Felicitas: *yo soy ahora la que padezco, pero entonces padecerá y vencerá en mí Jesucristo.* Parió por fin una niña, la cual recogió una caritativa Cristiana, que la miró siempre

como hija propia. Sirvióse la víspera del combate á los Santos la comida que se acostumbraba á dar en público á los que debían perecer en el anfiteatro, y se llamaba cena libre, á fin de que tuviesen entera libertad de alegrarse por la última vez antes de su muerte. Convirtieron los Mártires este convite en un ejercicio de caridad y de celo apostólico; celebraron á presencia de los idólatras la felicidad de padecer por Jesucristo, y les reprendieron su incredulidad, amenazándolos con las penas eternas. *Miradnos bien, les dijo Saturo que era elocuente, para que podais conocernos en el dia del juicio final.* Retiráronse todos atónitos, y muchos de ellos reconocieron la excelencia de la fe.

Habiendo por fin llegado el dia del combate, todos nuestros santos Atletas, escepto Secúndulo á quien Dios se llevó para sí en la prision, comparecieron en el anfiteatro con semblantes serenos, en los que se veía pintado el gozo en vez del terror. Perpetua caminaba con paso tranquilo, y los ojos en tierra, encubriendo cuanto podia su hermosura; pero sin embargo se echaba de ver su alegría interior, con mucho consuelo de los espectadores Cristianos, y se la oía cantar en voz baja, cuando se escuchaba con atencion. ¡Y cuál era el contento que mostraba Felicitas al verse restablecida, para poder sufrir la muerte con todos los demás! Quisieron poner á los Mártires los adornos acostumbrados en estos espectáculos á la puerta del anfiteatro, que eran un manto encarnado á los hombres, como le usaban los

Sacerdotes de Saturno, y á las mugeres una banda que les ceñía la cabeza, como la traían las Sacerdotisas de Ceres. Rehusaron estas insignias, como otros tantos símbolos de idolatría, y Perpetua dijo: „nosotros sacrificamos la vida por substraernos de este criminal oprobio, y al tiempo de pronunciar vuestra sentencia, habeis ratificado este convenio: no parece justo imponer dos castigos por una misma causa.” El Tribuno cedió, y se les permitió á todos entrar con sus propios vestidos. Miraron al pueblo, y le amenazaron de nuevo con los juicios divinos; y al llegar á donde estaba Hilariano, le dijeron con un tono y ayre de autoridad: *tú nos condenas hoy á nosotros, pero el Eterno será en breve tu Juez.* El pueblo irritado pidió que fuesen azotados por los *Venatores*, que eran los que cuidaban de las bestias del anfiteatro. Poníanse estos egecutores en línea, y daban cada uno un golpe á los prisioneros sentenciados, á los cuales llamaban *Bestiarios*, haciéndolos pasar delante de ellos; y nuestros Santos mostraron la mayor alegría de verse azotados como el Salvador.

El Señor concedió á cada uno el género de muerte que habia deseado; pues conferenciando todos juntos sobre el fin glorioso á que aspiraban, pidió Saturnino que sirviese de juguete á todo género de bestias feroces, para sufrir mas prolijo martirio: y con efecto él y Revocato fueron acometidos por un furioso leopardo, y despues los arrastró un oso, sin quitarles la vida. Por el contrario nada temia tanto Saturo como el oso, y preferia el impetuoso furor

de algun leopardo que le matase de la primer dentellada. Al principio le arrojaron á un javalí: pero el animal convirtió su furia contra el venator que le habia soltado, el que murió de las heridas pocos dias despues. Espusieron de nuevo á Saturó á la vista de un oso; mas no quiso este salir de su jaula, y retiraron al Mártir segunda vez sin haber recibido ningun daño; lo que le dió ocasion para fortificar en la fe al carcelero Pudente, y despues predijo que un leopardo le quitaria de un golpe la vida, como lo deseaba. Con efecto, habiendo sido espuesto por la tercera vez á un leopardo monstruoso, se arrojó este sobre él con tal ímpetu, que de la primer mordadura lo bañó todo en sangre. Despidióse en este momento del carcelero fiel, y le dijo: *á Dios, querido Pudente, acordaos del triunfo de la fe, y que mi muerte os aliente en vez de desanimaros.* Pidió á Pudente el anillo que llevaba en el dedo, y mojándolo en su sangre, se le volvió como una prenda de su fe y de su santa amistad; y despues cayó muerto en el sitio que se llama *spoliarium*, donde eran degollados aquellos que dejaban con vida las fieras.

Fueron espuestas desnudas las Santas Perpetua y Felicitas en una red á una vaca furiosa; pero habiéndose compadecido el pueblo de la delicadeza de Perpetua y del triste estado de Felicitas, que habia parido dos dias antes, las retiraron para cubrirlas con alguna ropa, y de este modo volvieron á esponerlas. Felicitas, que no habia podido contener los gemidos al tiempo del parto, recibió con mucha ale-

gría al animal feroz que la echó á tierra, cubriéndola de heridas. Perpetua cayó de espaldas, y se incorporó luego; y viendo su vestido despedazado, procuró componerle y cubrirse del modo mas honesto. Atóse tambien el cabello, porque el llevarle suelto era señal de tristeza, y no queria manifestarla en el dia de su triunfo. Púsose despues en pie súbitamente, dió la mano á Felicitas, que estaba en extremo debilitada con sus heridas, y caminaron juntas hácia una puerta del anfiteatro, donde estaba un catecúmeno conocido de Perpetua. Habian pasado estos movimientos naturales en un éstasis que tenia absortos sus sentidos y todo su espíritu, de suerte que volviendo en sí como de un sueño profundo al acercarse á aquel Cristiano, le preguntó: *¿cuándo nos esponen á las fieras?* Sorprendida quedó al oír lo que habia sucedido, y no queria creerlo hasta que observó su cuerpo todo ensangrentado. Mandó llamar á su hermano por medio del catecúmeno, y les exhortó al uno y al otro á la constancia en la fe y en el fervor. Pidió entonces el pueblo que los Mártires fuesen conducidos al medio del anfiteatro para recibir el último golpe; y habiendo vuelto por sí solos fueron degollados sin hacer el menor movimiento. Mas como estas egecuciones servian de ensayo á los nuevos gladiadores, que en tales casos se llamaban *Confectores*, para acostumbrarse sin riesgo á ver correr la sangre; cayó Perpetua en manos de un confector inesperto que la hizo padecer mucho y dar algunos gritos: mas luego al punto recobró su tranquilidad, y ella misma

le señaló el lugar donde debía herirla, coronando de este modo todas sus acciones heroicas.

29. Fue muy violenta esta persecucion de Severo en las Galias; y consta de una inscripcion antigua que se conserva en Leon, que perdieron entonces la vida diez y nueve mil hombres, sin contar las mugeres y niños; de modo que corria la sangre por las calles y plazas de la ciudad: lo que seria increíble si no atestiguasen otros muchos monumentos las enormes venganzas que egercia Severo, cuando destruyó el partido de Albino su competidor, que habia mandado en las Galias. Corrió la sangre mas illustre á arroyos, y perdieron la vida hasta cuarenta Consulares. Comprehendieron en esta carnicería á todo género de personas de uno y otro sexo, sin perdonar á las que mas se distinguian por su virtud y mérito. No cabe duda en que los Cristianos de Leon y los de todas partes estaban inocentes en la rebelion. Todos lo creian así; pero su sangre se tenia por muy despreciable para que la política se detuviese en examinar con detencion y prolijidad las causas. No intervenian por otra parte los fieles en los regocijos del triunfo de Severo, porque estaban mezclados con idolatrías; y el Emperador se hallaba en las Galias, de donde debía pasar á la gran Bretaña para concluir algunos negocios que exigian su presencia. Diéronse la mano la adulacion y la impiedad para oprimir á la inocencia falta de apoyo. Prendieron entonces al santo Obispo Ireneo (1), y puesto en presencia del perseguidor

(1) Euseb. hist. lib. 5. cap. 20.

le condenó á muerte, gloriándose de haber sacrificado al Pastor con las ovejas. Dióle sepultura un santo Sacerdote llamado Zacarias, que pudo libertarse de la carnicería, y se cree que fue su sucesor.

30. La persecucion se dilató á las ciudades inmediatas, á donde San Ireneo habia enviado muchos operarios Evangélicos. El Presbítero Felix, ayudado de los Diáconos Fortunato y Aquileo, egercia su ministerio en Valencia con el mas copioso fruto. Habia abrazado el Cristianismo la tercera parte de la ciudad, y las alabanzas del verdadero Dios se celebraban en ella con solemnidad. Al punto que pisó el Presidente Cornelio á Valencia, y oyó aquellos cánticos religiosos, quedó admirado sabiendo la severidad con que se trataba á los fieles en Leon. Mandó desde luego encarcelar á los tres Misioneros, y despues de varios interrogatorios y torturas los condenó á perder la cabeza. Condujéronlos fuera de la ciudad para egecutar la sentencia; y como los seguia una gran multitud de gentes, no cesaron de predicar hasta el último instante al Dios por quien morian. (*)

Egércitaban su celo en Bensanzon los Santos Ferrucion y Ferréolo, á cuyo punto los envió San Ireneo. Sufrieron horriblos tormentos, y aun despues de cortada su lengua seguian predicando; pero este milagro solo despertó una furiosa desesperacion en los

(*) Aunque Escolano afirma, que los santos Mártires Felix Presbítero y los Diáconos Fortunato y Aquileo, predicaron en Játiva, hoy San Felipe, en el reino de Valencia; se tiene ya por fuera de toda duda, que pertenecen á Valencia del Delfinado.

ministros de la persecución; y después de haberles estirado los cuerpos por medio de máquinas, azotado cruelmente, y clavado punzones de hierro por entre las uñas de pies y manos y en el pecho, les cortaron la cabeza. Diéronles sepultura algunos fieles intrépidos en una caverna poco distante de la ciudad, donde los descubrió en el siglo cuarto San Agnato, Obispo de Besanzon. Las gentes de la comitiva de Severo prendieron á San Andréolo, Subdiácono, al tiempo que este Príncipe pasaba al país que baña el Ródano; y cuentan que le mandó abrir la cabeza en cuatro partes con una espada de madera, para que el suplicio fuese mas doloroso. Hizose muy célebre su culto, y en las riberas del Ródano existe un pueblo con su nombre.

31. Padecian los fieles en la capital del Imperio las mas inauditas violencias por la impiedad y avaricia de Plauciano. Tenia este hombre de bajo nacimiento, pero de grandes riquezas, una hija casada con el hijo del mismo Emperador Severo, quien le confió el gobierno de Roma, al tiempo que marchaba al Oriente contra los Partos. Plauciano elevado á tan alta dignidad, no habia olvidado los malos resabios de su origen, y parecia que solo se valia del poder para aumentar con las confiscaciones su inmensa fortuna. Ensayó sus crueldades con los fieles mas pacíficos y desinteresados de Roma; y con pretexto de que no tributaban al Emperador las mismas honras que sus súbditos idólatras, obligó á sufrir una muerte cruel á algunos de ellos. Volvieron á ponerse en escena las

antiguas calumnias tantas veces rebatidas; y el nombre solo de Cristiano era un crimen digno de los últimos suplicios. Unos eran crucificados, otros espuestos á la ferocidad de los leones y de los tigres, y por grande clemencia condenaban á otros á las minas y á la esclavitud. Roma estaba bañada de sangre Cristiana, y los verdugos ordinarios no eran suficientes para derramarla. No disculpaba á los viejos la flaqueza de su edad, ni se respetaba al pudor. Arrastraban á las vírgenes á las casas infames; y por la contradicción mas estraña, condenaban á la prostitución, como á la mayor de todas las desgracias, á unas personas acusadas falsamente de entregarse por gusto y por principios á todo género de desórdenes.

32. Necesitaba la Iglesia en esta opresion tan espantosa una protección particular, ó á lo menos una justificación extraordinaria y palpable, que pusiese de manifiesto su inocencia y la defendiese con eficacia. Valióse á este fin la Providencia de Tertuliano, hombre de ingenio vivo, ardiente y sutil, de vasta erudición, y de una elocuencia tan profunda como nerviosa. Mas aunque sus escritos adolecen de defectos propios de su carácter, de su nacion y de su siglo, se advierten mucho menos en su apologético que en otras obras suyas; y no puede negarse que tiene el don de instruir y persuadir, y que aun respecto de algunas razones mas especiosas que sólidas, tiene el arte de presentarlas con una fuerza y una vehemencia que arrebató á los lectores.

33. Tertuliano nació en Cartago, y su padre fue

Centurion ó Capitan de las tropas Proconsulares. Educóse en el paganismo, y como él mismo nos refiere, se entregó á los desórdenes de la juventud. Demuestran sus escritos los grandes progresos que hizo en las ciencias, singularmente en la jurisprudencia y en la literatura griega; y se nota tambien que habia leído mucho á San Justino y á San Ireneo. Eleváronle, aunque era casado, á la dignidad del Sacerdocio, en atención á sus grandes talentos, y por su virtud y pureza de costumbres; la que era un garante seguro de su fidelidad en observar la castidad perfecta. Escribió su apologético á principios del siglo tercero, y le dirigió, sin darse á conocer, á los Gobernadores de las provincias. Es esta obra de un estilo superior á todas las que hasta entonces se habian publicado de esta especie, y ninguna otra ha manifestado hasta ahora con mas viveza los inicuos procedimientos de los infieles con los Cristianos, la admirable inocencia de estos, y las absurdas preocupaciones de aquellos, con todas las infamias y contradicciones monstruosas de su mitología. Es cuanto podemos decir aquí de este prolijo y admirable discurso, por ser imposible dar de él una justa idea en un extracto que no haria mas que desfigurarle y debilitar la fuerza y vehemencia que le caracterizan.

Escribió á mas Tertuliano por este tiempo sus dos libros á los Gentiles, y el del testimonio del alma, cuyo asunto es el mismo que el del apologético. Ejercitó finalmente su pluma no solo contra los infieles, sino tambien contra los hereges, y en varias obras

de piedad. Se advierten en todas mucha elevacion é infinitas bellezas; pero tambien se encuentran expresiones y doctrinas poco exactas, aun en los escritos que publicó siendo Católico.

34. Porque al fin, este hombre singular y digno de la alta reputacion que su ciencia y virtud le habian grangeado, vino á precipitarse, como á los cuarenta años de edad, en la heregia de los Montanistas, una de las mas absurdas que se conocian hasta entonces. Gloriábanse estos innovadores de una regularidad extraordinaria y de una grande austeridad; y publicaban muchos prodigios en favor de su secta. Tenia Tertuliano una imaginacion ardiente, y como á tal era crédulo, y por otra parte duro y severo; por lo que cayó con mas facilidad en el engaño. Pretestaba algunos motivos de queja contra los Ministros de la Iglesia Romana, á quienes no pudo dominar su orgullo, y los confundió con la causa comun de la Iglesia. Egemplo deplorable á la verdad, pero que no debe admirarnos en gran manera, á vista del carácter de espíritu de este rigorista altanero; y que nos enseña á no juzgar de la doctrina por las personas que la profesan, pero sí de las personas por la doctrina que siempre se ha profesado en la Iglesia.

35. Si las obras de Tertuliano en favor de la Religion verdadera no disminuyeron las violencias de los tiranos, sirvieron á lo menos para justificarla, y poner en claro la iniquidad de la tiranía. Así la mano de Dios parece que fulminó mas golpes contra el Emperador Severo, en el tiempo en que podia con mas

razon prometerse una vida dulce y tranquila. Dedicóse en los fines de su reinado con extraordinario conato á hacer que floreciese la justicia en toda la estension de su imperio, y ganó el afecto de sus súbditos mas de lo que podia esperar con respeto á sus primeros años: pero sin embargo murió de tristeza mas que de otra enfermedad el dia 4 de Febrero del año 211. Habia pasado á las Islas Británicas para sujetar á sus rebeldes habitantes, y tardó poco el enemigo en pedir la paz. Avanzó el Emperador á caballo entre los dos egércitos, despues de haber prescrito las condiciones, y estando todo dispuesto para firmar el tratado, detuvo un poco su caballo Antonino, su hijo mayor, que le acompañaba, y sin decir palabra sacó la espada para herir al Emperador por las espaldas. Dieron todos repetidos gritos, y el parricida no teniendo tiempo ni valor para acabar su crimen, envainó precipitadamente la espada, mostrando en su triste silencio y en su confusion las señales evidentes de su atentado. Severo fingió hasta la noche mucha tranquilidad; y habiéndose acostado, teniendo á la cabecera una espada, mandó llamar á su hijo con el Prefecto del Pretorio, y presentándosela le dijo al jóven Príncipe: *hijo mio, si estás cansado de verme vivir, dame la muerte ahora que puedes hacerlo en secreto y sin peligro; ó encarga la egecucion al Prefecto, porque siendo tú su Emperador, te libertará de hacerlo por tu propia mano.* Disculpóse Antonino lo mejor que pudo, pero sin disipar las sospechas de su padre que se abandonó á toda la amargura de sus

tristes reflexiones. Amaneció enfermo al otro dia, y murió poco despues en York, á la edad de sesenta y cinco años, de los cuales reinó cerca de diez y ocho años. Antonino, conocido con el nombre de Caracala, por una especie de vestido que llevó á Roma de las Galias para que lo usase el pueblo, y su hermano Geta fueron asociados ambos al Imperio en vida de su padre, y le sucedieron luego despues de su muerte. (*) No podian sufrirse el uno al otro; y en su viage de vuelta para Italia, intentaron muchas veces quitarse la vida. Luego que pisaron á Roma, venció el mas perverso y artificioso. Caracala propuso á la Emperatriz Julia, su madre comun, que llamase á

(*) Antonino, llamado antes Basiano, reunió en sí mismo las cualidades mas opuestas, y un carácter quasi indefinible. En su juventud apareció dulce, afable, cortés, aplicado á las letras, benéfico, liberal, y tan pronto á la clemencia, que llevado algunas veces al anfiteatro para que viese los reos espuestos á las bestias, ó volvía la vista á otra parte, ó lloraba lleno de ternura y compasion. Pero con los años se desvanecieron estas bellas disposiciones de su ánimo. Se corrompió estremadamente su espíritu, y se entregó á todos los horrores de una bárbara crueldad; por manera que es colocado con razon á la par de Domiciano, Nerón y Calígula. Roma y Alejandría le vieron lleno de ferocidad dar la muerte á millares de víctimas sin otra causa que su capricho; y en las Galias se presentó al fin de sus dias como un violento torbellino, dejando por do quiera señales de su genio devastador. Sin embargo siempre dejó vivir en paz á los Cristianos, y aun les manifestó cierta inclinacion y afecto, nacido sin duda de las nobles impresiones que recibió en su educacion. Así con un mismo instrumento castigó Dios la impiedad y ciego furor de los idólatras, y enjugó las lágrimas de la Iglesia tan atrozmente perseguida en el reinado de Severo.

los dos para reconciliarse en su presencia. Vino Geta de buena fe; y al momento se sintió traspasado de mil heridas en los brazos de Julia que se vió bañada en la sangre de su hijo, y aun herida; y temiendo Caracala que pudiese todavía huir su hermano le dió los últimos golpes, é hizo que espirase á sus manos. Tal era el mónstruo á cuyo poder estuvieron sujetos el Imperio y las ovejas pacíficas de Cristo, que llamaban ya todas las provincias; pero nunca mostró el Señor de un modo mas prodigioso que tiene en su mano el corazon de los mismos tiranos, y que cierra cuando quiere las fauces de los mas carnívoros leones.

RESUMEN

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS

EN EL LIBRO CUARTO.

N. 1.º *Conversion de Cecilio.* 2. *Cayo confunde á los Montanistas.* 3. *Julio de Africa.* 4. *Macrino Emperador.* 5. *Heliogábalo.* 6. *Alejandro César y despues Emperador.* 7. *Religion de la Princesa Maméa.* 8. *Talentos y virtudes de Origenes, y su diferencia con Demetrio.* 9. *Conversion de Berilo de Bostra.* 10. *Hereges árabes y valesianos.* 11. *Escritos de Origenes y de Celso.* 12. *Errores de Origenes.* 13. *Principios de San Gregorio el Taumaturgo.* 14. *Primeras Iglesias. Cementerio de Calisto.* 15. *Juriseconsultos enemigos del cristianismo. Ulpiano.* 16. *Asesinato de Alejandro.* 17. *Maximino perseguidor.* 18. *Obra de Tertuliano sobre la corona del soldado.* 19. *Martirios de Santa Bárbara y de San Ponciano Papa.* 20. *Eleccion de San Fabian.* 21. *Imperio de los Gordianos, de Pupiano y de Balbino.* 22. *Nombramiento de Gregorio en Obispo de Neocesarea y sus obras apostólicas y milagrosas.* 23. *San Alejandro el Carbonero.* 24. *San Babiles de Antioquia.* 25. *Cristianismo del Emperador Felipe.* 26. *Cólera de los idólatras contra los fieles de Alejandria.* 27. *Santa Apolonia Virgen y Mártir.* 28. *Muerte de Tertuliano, su carácter y sus obras.* 29. *Fin de Origenes.* 30. *Principios de San Cipriano, y su promocion al Obispado de Car-*

tago. 31. Proclamacion de Decio Emperador. 32. El Papa San Fabian envia misioneros á las Galias. 33. San Paulo y San Austremonio. 34. San Marcial y San Gaciano. 35. San Dionisio de Paris y sus compañeros. 36. San Saturnino y San Ursino. 37. La fe progresa en las Galias. Iglesias de la Germania y de la Bélgica. 38. Martirio del Papa San Fabian; queda la Santa Sede vacante. 39. Relajacion introducida entre los fieles. 40. Rigor de la persecucion de Decio. 41. San Polieucto y otros Mártires. 42. Martirio de San Pionio. 43. Muchedumbre de Mártires en Asia. 44. Santa Dionisia, San Cristóval y los siete hermanos durmientes. 45. Santa Agueda y Santa Victoria. 46. Mártires de Alejandria y de Cartago. 47. Célebre confesion de Acacio y de Numidico. 48. San Dionisio de Alejandria preso y puesto en libertad. 49. Retiro de San Cipriano. 50. Su celo y sus cartas desde su retiro. 51. Persecucion contra San Gregorio el Taumaturgo. 52. San Pablo primer ermitaño. 53. Apóstatas y Libeláticos. 54. Desórdenes de algunos Confesores. 55. Penitencias canónicas. 56. Indiscretas indulgencias de algunos Confesores. 57. El Clero de Roma aprueba la conducta observada por San Cipriano en este punto. 58. Cartas de San Cipriano á los Confesores. 59. Su carta á Antoniano. 60. Cisma de Felicisimo y de Novato.

HISTORIA DE LA IGLESIA.

LIBRO CUARTO.

Desde el fin de la quinta persecucion, hasta el cisma de los Novacianos, en el año 257.

1. Interesaban á la gloria de la verdadera Religion las persecuciones, y las sangrientas guerras eran necesarias para su mayor esplendor: pero al mismo tiempo debia tambien gozar ciertos intervalos de paz y de tranquilidad para cultivar las plantas y recoger los frutos de esta tierra regada con la sangre que la hacia tan fecunda. Concedió el Señor á su Iglesia estas alternativas, de un modo tanto mas maravilloso, quanto lo es el que no pocas veces recobrase su tranquilidad por medio de unos Príncipes que parecian nacidos solo para hacer infelices á sus demás vasallos. Jamás persiguió á los Cristianos el Emperador Caracala, á pesar de su perversidad: antes bien los trató con mucha suavidad bajo su dominacion, por manera que estos hicieron prosélitos distinguidos en el imperio, y llevaron la fe á las naciones remotas. Gozaba entonces de mucha fama un Jurisconsulto Ro-

tago. 31. Proclamacion de Decio Emperador. 32. El Papa San Fabian envia misioneros á las Galias. 33. San Paulo y San Austremonio. 34. San Marcial y San Gaciano. 35. San Dionisio de Paris y sus compañeros. 36. San Saturnino y San Ursino. 37. La fe progresa en las Galias. Iglesias de la Germania y de la Bélgica. 38. Martirio del Papa San Fabian; queda la Santa Sede vacante. 39. Relajacion introducida entre los fieles. 40. Rigor de la persecucion de Decio. 41. San Polieucto y otros Mártires. 42. Martirio de San Pionio. 43. Muchedumbre de Mártires en Asia. 44. Santa Dionisia, San Cristóval y los siete hermanos durmientes. 45. Santa Agueda y Santa Victoria. 46. Mártires de Alejandria y de Cartago. 47. Célebre confesion de Acacio y de Numidico. 48. San Dionisio de Alejandria preso y puesto en libertad. 49. Retiro de San Cipriano. 50. Su celo y sus cartas desde su retiro. 51. Persecucion contra San Gregorio el Taumaturgo. 52. San Pablo primer ermitaño. 53. Apóstatas y Libeláticos. 54. Desórdenes de algunos Confesores. 55. Penitencias canónicas. 56. Indiscretas indulgencias de algunos Confesores. 57. El Clero de Roma aprueba la conducta observada por San Cipriano en este punto. 58. Cartas de San Cipriano á los Confesores. 59. Su carta á Antoniano. 60. Cisma de Felicisimo y de Novato.

HISTORIA DE LA IGLESIA.

LIBRO CUARTO.

Desde el fin de la quinta persecucion, hasta el cisma de los Novacianos, en el año 257.

1. Interesaban á la gloria de la verdadera Religion las persecuciones, y las sangrientas guerras eran necesarias para su mayor esplendor: pero al mismo tiempo debia tambien gozar ciertos intervalos de paz y de tranquilidad para cultivar las plantas y recoger los frutos de esta tierra regada con la sangre que la hacia tan fecunda. Concedió el Señor á su Iglesia estas alternativas, de un modo tanto mas maravilloso, quanto lo es el que no pocas veces recobrase su tranquilidad por medio de unos Príncipes que parecian nacidos solo para hacer infelices á sus demás vasallos. Jamás persiguió á los Cristianos el Emperador Caracala, á pesar de su perversidad: antes bien los trató con mucha suavidad bajo su dominacion, por manera que estos hicieron prosélitos distinguidos en el imperio, y llevaron la fe á las naciones remotas. Gozaba entonces de mucha fama un Jurisconsulto Ro-

mano, llamado Minucio Felix, y profesaba amistad á un cierto Octavio, Cristiano como él, y aun antes que él; porque habian sido Paganos uno y otro y compañeros y mútuos confidentes en los pasatiempos y extravíos de la juventud. Octavio regresó á Roma despues de algun tiempo de ausencia, y sorprendió agradablemente á Felix que no le aguardaba. Brillaba entonces la estacion en que los empleados de los tribunales acostumbraban á salir al campo para solazarse de sus fatigas ordinarias, y Minucio Felix llevó en su compañía á Ostia á su amigo Octavio, junto con otro llamado Cecilio que seguia aun en el paganismo. Como los tres se paseasen por la playa, Cecilio vió un ídolo de Serapis y llegó inmediatamente su mano á la boca en señal de respeto y de adoracion. „Es posible, exclamó entonces Octavio, dirigiendo la palabra á Felix, que un hombre instruido y tan amigo vuestro como lo es Cecilio, viva en tal ceguedad?“ Eludieron la conversacion, y siguieron su paseo hablando de cosas indiferentes, y riéndose al mirar á unos niños que divertian el tiempo arrojando piedras á la superficie del agua. Desde aquel instante se puso Cecilio á reflexionar, y mostró una estrema seriedad. Preguntóle Felix la causa, y le obligó á confesar que en verdad le habian incomodado las razones de Octavio. Acordaron entonces agitar en debida forma la controversia sobre la Religion; se sentaron en la arena y colocaron á Felix en el medio, como árbitro para que juzgase las razones de ambas partes. Habló primero Cecilio, impugnó la Religion

con las acostumbradas preocupaciones, y señaló á los Cristianos con la insultante denominacion de secta nueva y grosera, obra de la ignorancia, é invencion despreciable de las gentes mas bajas. Dejóle hablar Octavio sin interrumpirle, como á hombre que confiaba enteramente en la justicia de su causa, y que al mismo tiempo no queria presentar el menor obstáculo á la persuasion. Tomó despues la palabra, refutó las calumnias é imputaciones, y con tanta dulzura como vigor esplicó claramente las máximas evangélicas; apoyó todos sus asertos con las mas sólidas pruebas, con egemplos y autoridades, y usó contra los Paganos de las propias armas de que se valian sus mismos filósofos.

Aplaudia interiormente Minucio, que habia de sentenciar entre los dos, el discurso de Octavio, y reflexionaba el medio de que produjese toda la utilidad posible en Cecilio; pero la impresion de la gracia se anticipó á todos sus esfuerzos. „Basta, exclamó súbitamente Cecilio, ya no necesitamos de árbitro: ambos somos vencedores: Octavio triunfa de mí, y yo del espíritu de la mentira; yo soy Cristiano, sí, ya soy sinceramente Cristiano.“ La perseverancia coronó un tan generoso proceder, y Cecilio fue en adelante un constante y celoso Cristiano, que hizo á la fe los mas importantes servicios y á él debió la Iglesia la conversion de San Cipriano.

2. Tuvo por aquel mismo tiempo Cayo, sacerdote de la Iglesia Romana, una conferencia pública con Proclo, célebre Montanista, cuya fama habia contri-

buido mucho á seducir á Tertuliano: Cayo propuso varias pruebas invencibles contra los Montanistas; y si no llegó á convertirlos por ciertas disputas que muchas veces indisponen en lugar de convencer, logró arrancar la máscara con que se cubrian, y puso de manifiesto el crimen de su tenacidad; de modo que despues de esta humillacion, se decidió el Papa Ceferino á escómulgarlos, y en todas partes se les trató como hereges declarados. Murió poco despues este Pontífice, en el año 118 de Jesucristo: ocupó la Santa Sede diez y siete años, y tuvo por sucesor á Calisto, que la gobernó cinco.

3. Floreció durante este Pontificado Julio Africano, Cristiano de los mas doctos de su siglo, oriundo de Libia, segun Suidas, y natural de Nicópolis en Palestina, esto es, de la antigua Emaús, de la que edificaron los Romanos, despues de la ruina de Jerusalem, una ciudad, aunque antes era una simple aldea, y le dieron un nuevo nombre en memoria de las victorias que consiguieron sobre los Judíos. Escribió una obra cronológica en cinco libros, para probar contra los Paganos la antigüedad de la verdadera Religion; y este es el primer autor de cronología que se cuenta entre los Cristianos: mas esta obra célebre no ha llegado hasta nosotros á lo menos con el nombre de su autor. Publicó Escaligero una cronología de Eusebio, mas estensa que la comun, y la dió á luz como primera parte de la obra de Eusebio sobre los tiempos, de la cual es la segunda la que nosotros llamamos la crónica: y añade que todo cuan-

to hay de bueno tanto en la crónica, como en la cronología de Eusebio, es de este autor antiguo. Envió Julio además una carta al Cristiano Aristides, para conciliar las aparentes variaciones de las dos genealogías de Jesucristo, segun San Mateo y segun San Lucas, y dispó de todo punto en ella, segun opinion de Eusebio, todas las dificultades que pudieran ofrecerse. No dejaba con todo de encontrar otras en algunas partes de los libros santos, segun da á entender el caso siguiente. Habiendo en una conferencia citado Orígenes, á quien Julio respetaba en extremo, la historia de Susana, con la que acaba el libro de Daniel, Julio Africano disimuló prudentemente durante toda la sesion; pero escribió despues á Orígenes, manifestándole su opinion con todas sus pruebas, de las cuales era la principal que este rasgo de edificacion no se hallaba en los egemplares judíos. Respondió á esto Orígenes, que tales omisiones no se observaban solamente en el hecho de Susana, sino tambien en otros muchos, bien sea en el libro de Daniel, ó bien en lo restante del antiguo testamento; más que se leían en los egemplares griegos de todas las Iglesias de Jesucristo, y que los Judíos los habian suprimido para sepultar en el olvido los hechos que les causaban mas rubor; tales como la infamia de los viejos, jueces de Israel y calumniadores de una casta muger á quien no habian podido seducir; y la muerte de muchos profetas que indignamente habian proscrito. Dice despues que la diferencia de nuestros egemplares con los de los Judíos nace de que nosotros

los tomamos de originales mas completos y anteriores á varias copias adulteradas despues. Merecieron grandes elogios á los doctores antiguos los escritos de Julio Africano; y en particular San Gerónimo dice que están llenos de la erudicion del siglo, de las riquezas de la filosofia y de la ciencia divina de las Escrituras.

4. El Emperador Caracala finó sus dias y su imperio con una muerte violenta en 8 de Abril del año 217 cuando los fieles habian tomado ya aliento libres de las persecuciones. Macrino, uno de los prefectos del Pretorio, columbró que el Emperador, hombre cruel y estravagante, meditaba algun plan contra su persona, y acordó anticiparse á sus designios haciendo que le asesinasen un Centurion en un bosque donde se apeó para satisfacer una necesidad de la naturaleza. Consiguio que le proclamasen Emperador despues de dos dias de sedicion y hablillas el autor de este atentado, mas no tardó en abandonarse á los deleytes, á la embriaguez y á la ociosidad que es consiguiente. Permaneció en Antioquia en vez de ir á Roma encenagado en las delicias asiáticas, que le ocasionaron el desprecio de las tropas; y en general le odiaron por una seyeridad intempestiva, que no sabia moderar. Juzgó haber hallado oportunidad para vengar la muerte de su sobrino Caracala y mas aun para tomar venganza y encumbrarse ella misma, una muger intrigante y de un talento mas que regular llamada Mesa, hermana de la última Emperatriz. Habíala Macrino desterrado á Émeso, porque la temia, lugar de su nacimiento, adonde ella habia lle-

vado á uno de sus nietos, Príncipe de solos catorce años, pero de una estatura superior á su edad y de una figura que nadie podia mirarla sin quedar prendado, é interesarse en su favor. Nombráronle desde luego los habitantes de Émeso Pontífice de un templo que habian dedicado al sol bajo el nombre de Elagábalo, esto es, dios de las montañas; de donde vino á este jóven Príncipe, llamado hasta entonces Bacio, el nombre de Heliogábalo. Dierónle, no sin misterio un vestido de púrpura bordado de oro, con una corona sembrada de pedrería. Todo lo disimulaba su calidad de Pontífice; y él egercia sus funciones con tanta gracia, principalmente danzando al son de los instrumentos en los sacrificios, que corrian en tropas las gentes de los pueblos vecinos á admirar su destreza; acudiendo tambien los soldados en gran número desde el campo que estaba cerca de la ciudad.

5. Esparció su abuela con industria la voz de que era hijo de Caracala, y nada le quedó que hacer para inspirar al ejército, ya disgustado de Macrino, el deseo de verle reemplazado por un señor tan amable como el jóven Pontífice. Poniéndose por último de acuerdo con los principales oficiales salió de la ciudad al anochecer, y se dirigió al campamento acompañado de toda su familia. Habia puesto la astuta Princesa á Heliogábalo un vestido que llevaba de costumbre Caracala y que todos conocian. Todas las tropas recibieron con aclamaciones á Heliogábalo y le proclamaron Emperador al punto. Hizo Mesa inmensas dádivas con los tesoros que habia reunido en

los reynados anteriores; y las guarniciones de todas las ciudades circunvecinas se presentaron para merecer alguna de ellas. Así el ejército de Émeso se halló con una fuerza extraordinaria, y en estado de combatir con el mejor éxito en favor de su nuevo señor, si la necesidad lo exigía. Mas los otros ejércitos en vez de oponerse abandonaron el partido de Macrino, á quien prendieron y asesinaron después de haber reinado catorce meses. El nuevo Emperador manifestó á corto tiempo que hubiera sido mas á propósito para sacerdote de una religion voluptuosa, que para Señor de Roma. Hizose en pocos años todavía mas despreciable que su antecesor, ya por infamias mas vergonzosas, ya por estravagancias mas repetidas. Por su orden trasladaron á la capital del Imperio el dios del templo de Émeso, que no era otra cosa que una gran piedra negra, caída del cielo segun él; é intentó subordinar todos los demás cultos á esta informe y ridícula divinidad. Mandó con este objeto traer la gran diosa de Cartago, llamada Celeste, y la colocó en un lugar subalterno en el templo que dedicó sobre el monte Palatino, al negro guijarro de Siria. Pretendia del mismo modo colocar á Cibales, reputada por madre de los dioses, al fuego de Vesta y al Paladion; reunir por medio de una monstruosa alianza el culto de los Cristianos con el de los Judíos, y ya se abstenia de la carne de puerco, después de haber sufrido la circuncision. Sin embargo á pesar de estas pequeñeces de espíritu y de el atractivo de su persona, levantó

muý pronto su cabeza la crueldad que la era natural.

6. Llegó á temerle hasta la misma Mesa, y para tener un auxilio en caso necesario, formó el proyecto de hacer que adoptase á Alexiano, hijo de su hija Maméa, y primo hermano del vicioso Heliogábalo. Aprovechó un momento favorable y salió con su empresa. Trocó el nombre de Alexiano en el de Alejandro, y le creó César del Imperio. Mas siguióse muy pronto el arrepentimiento; Alejandro estaba dotado de rectas inclinaciones que le atraían las voluntades de todos, y que encendieron luego á luego los celos de un rival falto de mérito. Hizo mil tentativas Heliogábalo para deshacerse de él, y todas le salieron mal: por último mandó abiertamente á algunos soldados que quitasen la vida á Alejandro al año siguiente en que le habia creado César, pero los soldados volvieron las armas contra el mismo Heliogábalo, matáronle y arrojaron su cuerpo en el Tíber, habiendo sido su reinado de tres años y nueve meses. Recibió en el mismo dia el César amado de todos en calidad de Emperador los homenajes del Senado, de las tropas y del pueblo. Entouces tenia solós catorce años de edad, y vivió trece sobre el trono, sin que decayese jamás de la buena opinion que se habia adquirido desde su primera juventud.

Principiaban ya las costumbres de los Cristianos á modificar las de los Gentiles que comerciaban con ellos. Protegíalos abiertamente Maméa, madre del Emperador, que habia inspirado iguales sentimientos á su hijo, con tanta mayor facilidad, cuanto al for-

mar su excelente índole habia utilizado el método y las máximas del cristianismo. Estaba el Príncipe especialmente imbuido en aquella regla evangélica, que prohíbe hagamos á otro lo que no quisiéramos se hiciese con nosotros. Ordenó que se grabase en todos los lugares de las asambleas, y en su mismo palacio, y cuando se veía obligado á castigar, mandaba antes que un pregonero anunciase al público el dolor de que estaba penetrado al egecutarlo. Tenia un particular cuidado en la eleccion de los Gobernadores de las Provincias, como en la de todas las demás personas á quienes debia confiar los principales empleos; teniendo por objeto el imitar la eleccion que hacia la Iglesia de sus Pastores. Era finalmente un Príncipe bien nacido y naturalmente inclinado á manifestar por medio de religiosos homenages que reconocia el poder de la Divinidad; mas no tuvo la dicha de poseer el verdadero conocimiento de la Religion, y distinguirla de las vanas observancias de la astrología y de los agüeros. Edificó un templo doméstico en el que se veían colocadas las estatuas de los buenos Emperadores y de los personajes mas celebrados por sus virtudes: pero interpoló á Abraham y á Jesucristo con Orfeo y Apolonio de Tiana; y todos los días poco despues de levantarse, les tributaba á todos sin distincion honores divinos.

7. Mas ilustrada fue la Religion de la Princesa Maméa: afirman que se habia hecho Cristiana despues de haber tenido noticia por boca de Orígenes de las maravillosas obras del Salvador y de las máxi-

mas de su Evangelio (1). Es cierto por lo ménos que desde Antioquia, en donde residia la corte, envió algunas guardias á Alejandría para que le trajesen á Orígenes; y que nunca dispensó tanto favor á la verdadera Religion el gobierno Romano como en tiempo de esta Princesa.

8. Gozaba á la sazón Orígenes del más alto grado de reputacion, no habia ciencia ni virtud en que no se distinguiese, y parecia que la providencia habia querido reunir en un solo doctor los ausilios multiplicados que ordinariamente concede á la Iglesia por medio de muchos Ministros distintos. Podian apenas contarse los Prelados formados por este hombre eminente, y colocados sobre las Sillas principales, ó en los empleos mas importantes. Habian sido martirizados muchos de sus discípulos en la persecucion de Severo; y otros varios lo fueron en lo sucesivo. Orígenes jamás se creía mas obligado á egercer las funciones de un maestro Cristiano, ni nunca las desempeñaba con mayor anhelo que cuando yacían presos sus discípulos en las cárceles. Visitábalos entonces, los acompañaba al interrogatorio, y hasta el mismo sitio del suplicio los animaba con señales y demostraciones, y cuando era necesario con los mas enérgicos discursos. Estuvo á punto no pocas veces de ser apedreado y muerto á golpes, y no se libró de tan grandes peligros sino de un modo milagroso. Algunos soldados fueron destinados para que le quitasen la vida en su propia casa, y estuvo largo tiempo re-

(1) Euseb. lib. 4. hist. cap. 21.

ducido á no tener fijo domicilio. La ciudad de Alejandría vino á ser pequeña para ofrecerle lugares donde esconderse; se vió en la necesidad de andar errante por las provincias: y en todas partes convirtió su fuga en mision, sin suspender jamás su ministerio sino por obediencia, y esto por el tiempo necesario. Del mismo modo le prendieron diferentes veces y algunas le aplicaron á los tormentos.

Los paganos le condujeron cierto dia á la fuerza al templo de Serapis, y lo pusieron á la puerta, dándole una porcion de ramos para que los distribuyese entre los que venian á adorar al ídolo. Repartiólos Orígenes en efecto, pero decia á todos con una voz muy clara é inteligible: *recibid estas palmas, no como las de nuestro ídolo, sino como las de Jesucristo.* Cargáronle de cadenas en Cesaréa de Palestina, y le sepultaron en los calabozos por defender la fe: tuvo que arrostrar los rigores de la hambre, de la sed y de la desnudéz, sin que la violencia ni la duracion de todos estos tormentos aminorasen ni un átomo su valerosa constancia. Habíale endurecido y como familiarizado con los trabajos, el uso continuo de una vida austérra y penitente; ayunaba casi siempre, y los dias que no lo hacia solo gastaba para su alimento como unos doce cuartos, ó poco mas de un real. Velaba casi toda la noche orando y meditando la Sagrada Escritura; y en el corto espacio de descanso, que por necesidad concedia á su cuerpo, no tenia otra cama que el duro suelo.

Rayó tan alto su amor á la castidad que no satis-

fecho con evitar las caidas contrarias á esta virtud, pugnó por librarse hasta de las mismas tentaciones. Brillaba todavía su juventud, y por su estado se veía muchas veces en la necesidad de tratar con personas de otro sexo: arrebatóle su fervor; y con la poca esperiencia, propia de su edad, tomó á la letra lo que el Evangelio dice de los Eunucos que se hicieron tales para alcanzar el reino de los cielos; y con sus propias manos realizó aquel mal entendido consejo. No obstante el cuidado con que procuró guardar el secreto, la accion llegó á noticia de su Obispo Demetrio, que se la afeó, aunque por entonces juzgó aquella sencilléz digna de indulgencia, y no divulgó el hecho hasta mucho tiempo despues, cuando Teoctisto de Cesaréa y Alejandro de Jerusalem ordenaron de Sacerdote en Palestina á Orígenes, de edad de cuarenta y cinco años. Se habia ya resentido el Obispo de Alejandría de que los de Palestina le hubiesen hecho predicar en su provincia siendo lego; poco á poco se fue indisponiendo con él, delató en un Concilio varios pasages erróneos de sus obras, le depuso por sentencia, le escomulgó, y obligóle á que abandonase su morada de Alejandría.

Orígenes hasta entonces habia mantenido su escuela con una celebridad á que jamás habia llegado antes de él. Su ingenio y sus conocimientos eran universales, enseñaba las bellas letras y la filosofía tan bien como las divinas Escrituras; y atraía á sí un gran número de infieles con el cebo de las bellas artes, para disponerlos ó hacerlos menos contrarios al

cristianismo. Fue tanta al fin la concurrencia que no bastando él solo para atender á todos, encargó una parte del trabajo á Heraclas, su íntimo amigo, y aun llegó á fiarle el cuidado entero de su escuela cuando se retiró de Alejandría, de donde con el tiempo llegó á ser Obispo este mismo Heraclas.

9. Nadie dudaría que era necesaria la presencia de este Doctor incomparable para cualquiera obra buena que se hubiese de practicar en la Iglesia, á lo menos en el Oriente. Descarrióse en sus ideas, y cayó en la heregía un célebre Obispo de Arabia, llamado Berilo de Bostra, que habia gobernado durante algun tiempo su Iglesia con edificacion, y se habia granjeado mucho renombre con varias obras muy sabias. Hablaba del misterio de la Encarnacion de un modo tan peligroso como nuevo, aunque en términos oscuros (1): mas el fondo de su doctrina era que Jesucristo no habia existido con una personal diferencia antes de la Encarnacion; que no empezó á ser Dios hasta nacer de la Virgen; y que no era Dios sino porque el Padre moraba en él como en los Profetas. Destruía de este modo á un mismo tiempo la Trinidad de las divinas Personas y la divinidad de Jesucristo. Congregáronse varios Obispos celosos en Concilio para precaver las consecuencias de un escándalo semejante, y aunque disputaron con Berilo no pudieron reducirle. Llamaron á Orígenes que intentó desde luego hablarle en particular y tentar la profundidad de su llaga antes de proceder á la curacion: mas

(1) *Euseb. lib. 6. histor. cap. 33.*

pasó poco tiempo sin conocer que no se trataba de espresiones aventuradas sin malicia, sino que su autor, mas que indiscreto, adheria verdaderamente á la pestilente doctrina que demostraban sus escritos. Orígenes empleando todos los miramientos imaginables, no solo refutó los errores del Obispo Árabe, sino que sazónó sus razonamientos tan dulce, tan caritativa y tan admirablemente que le hizo conocer la verdad y profesar con nuevo esplendor la pura fe que habia abandonado.

10. Contra los hereges llamados simplemente Árabes, que creían que nuestra alma muere y resucita con el cuerpo, hubo pocos años despues otro Concilio en Arabia. Viéronse tambien los hereges Valesianos, discípulos del filósofo árabe Valesio, por el mismo tiempo y en las mismas regiones; los que creían que la libertad del hombre es incompatible con la sensualidad; y por consecuencia de este absurdo sostenian aquellos extravagantes sectarios, que era indispensable y de absoluta necesidad cortar el origen de aquellas tentaciones invencibles siendo Eunucos. Por lo que todos ellos sin esceptuarse nadie lo eran, haciéndose tales cuando no lo eran de nacimiento, y hay quien asegura que tambien castraban á los extranjeros que iban á su region.

Siempre se mostró Orígenes, á pesar de la imprudencia que cometió en su juventud, contrario á estos errores, y refutó la mayor parte con el mejor éxito. Mas no eran solo sus luces las que le alcanzaban tantos triunfos: porque en las cuestiones públicas y en

las conversaciones particulares nadie podia contrastar los atractivos de su dulzura, afabilidad, modestia y desinterés. Llegaba en este último punto hasta afligir á sus amigos, muchos de los cuales muy ricos y opulentos querian por lo menos proporcionarle algunas conveniencias; pero siempre fue intratable sobre este artículo, y sus protectores lo conocian tanto que á pesar del uso de las donaciones testamentarias, tan comunes en aquel tiempo, nadie de ellos le legó al morir la menor cosa, persuadidos de que no hubiera recibido mejor los legados que los otros dones. Cualquiera se admiraria sin esta observacion de que Ambrosio, su amigo tan generoso y sincero, que le debia su grande adhesion á la fe, y tuvo la dicha de morir mártir, no le dejase nada de sus muchos bienes para pasar la vejez, aunque las circunstancias le permitiesen verificarlo.

11. No obstante sus muchos trabajos, y á pesar de haber sido perseguido diferentes veces, y proscrito formalmente por edicto del Emperador Decio, que condenaba á muerte á todos los que enseñaban en la Iglesia, llegó Orígenes á una edad muy avanzada; y aun quieren algunos que él era el objeto principal de aquel edicto como el doctor mas famoso de los Cristianos. Entre otras obras compuso un número infinito de cartas muy bien escritas y mas de mil sermones, no por vanagloria sino á petición de sus dignos amigos, y en especial de Ambrosio, que sin cesar le estaba manifestando cuán responsable era á Dios y á los hombres de su grande talento. No permitió de

ningun modo hasta la edad de mas de sesenta años, que se copiasen sus homilias ó sus discursos instructivos. Hizo, movido de la necesidad de la Iglesia y de la de los fieles deseosos de instruccion, y á los cuales seducian todos los dias los Hereges con sus maliciosas intepretaciones de la Sagrada Escritura, una edicion de esta en seis columnas, á la cual dió por esto el nombre de Exaplas. El testo hebreo en caracteres hebraicos llenaba la primera columna: el mismo testo en letras griegas para los lectores que entendian el hebreo, pero no lo leían fácilmente, la segunda; porque los griegos preocupados en favor de su lengua, se aplicaban poco á las estrangeras, y elogiaban mucho á Orígenes por haber estudiado el hebreo en una edad adelantada con el fin de comprender y enseñar mejor las Sagradas Escrituras, aunque se dice á pesar de esto que fue poco profundo en este idioma. La version de Aquila, el cual de Pagano se hizo Cristiano primeramente, luego Judío por desquite, vertiendo entonces la Biblia en griego, con el designio de desacreditar la traduccion de los setenta, y debilitar los pasages que pertenecen á Jesucristo, era lo que contenia la tercera columna. La traduccion de Simaco, el cual la compuso por los años de 60 del siglo anterior, comprendia la cuarta. Simaco era Samaritano de nacimiento, se convirtió al cristianismo y luego abrazó la secta de Ebion.

La version de los setenta, esto es, de los setenta y dos Intérpretes aunque solo se cuentan setenta por ser número redondo y completo, llenaba la quinta

columna; cuya version se hizo como todos saben, en tiempo de Ptolomeo Filadelfo, Rey de Egipto, mas de 1200 años antes de Jesucristo. La version de Teodocion, quien de discipulo del herege Taciano, se hizo Marcionita y luego Judío; ocupaba la sesta columna. Esta tenia su mérito, aunque hecha por un apóstata, y concordaba mucho mas con la de los setenta que las otras dos, la de Aquila y la de Simaco; y la Iglesia la seguía ya por lo que toca al libro de Daniel. Orígenes juzgaba la version de los setenta la mejor de todas, y solo añadió las otras tres para hacer mas inteligibles ciertos pasages oscuros é intrincados.

Compuso además aquel infatigable doctor las octaplas, las que además de lo dicho contenian otras dos traducciones griegas encontradas poco antes, la una en Jericó casualmente entre otros libros; la otra oculta asimismo en Nicópolis cerca de Accio en el Epiro, sin que se supiese quiénes eran sus autores: mas las dos traducciones solo contenian ciertos libros particulares de la Escritura y no toda la Biblia.

Emprendió y dió fin Orígenes á un trabajo de mayor consideracion, esto es, la confrontacion de los setenta con el testo hebreo. Mezcló en esta obra, con interlíneas, los setenta con el hebreo, señalando con estrellitas todo lo que el hebreo tenia mas que los setenta; y con rayitas pequeñas lo que los setenta añadian al hebreo, cuya adición tuvo por esencial, como á obra de unos traductores inspirados y aun profetas en la opinion de algunos Padres de la Igle-

sia. Y como los diversos eemplares de los setenta variaban entre sí, aunque en poquísimos pasages y en cosas de poco momento, se valió Orígenes de las otras traducciones, en particular de las de Teodocion, á fin de hallar la leccion de los setenta mas conforme al hebreo y por consiguiente la mas auténtica. Estas han sido las empresas del talento mas sublime que quizás ha tenido la Iglesia, y estas las solitudes de la misma Iglesia para dejarnos con toda su pureza el sagrado depósito de las Escrituras. No queremos hablar de las Tetraplas, que solo contenian una parte de las Exaplas, á saber, las versiones de Aquila, de Simaco, de Teodocion, y de los setenta, que sin duda fueron las que mas apreció el autor.

Tambien escribió contra la mayor parte de los Hereges, en especial contra los Marcionistas y los Valentinianos. Contestó á la obra de Celso, filósofo gentil, contra la Religion Cristiana; y esta contestacion se ha tenido siempre como una apología del cristianismo, la mejor de toda la antigüedad, ya por su erudicion sagrada y profana, ya por la elegancia y pureza de su estilo, ya por el nervio y fuego de sus espresiones, como tambien por el órden de las materias y la fuerza del razonamiento; de modo que Eusebio que escribió en el siglo cuarto, dirige á estudiar esta apología á todos aquellos que desean tener un pleno convencimiento de la verdad de nuestra Religion, y penetrar cuán frívolo es lo que puede decirse tanto para denigrarla como para deprimirla. Empero se necesitaba nada menos que de una obra

de tanto mérito como la de Orígenes, para contestar á los escritos de Celso, que contenian á un mismo tiempo lo mas malicioso de los sofismas, lo que el tono magistral y decisivo tiene de mas imperioso, y lo que las tretas del ingenio y la sal de la ironía producen de mas fino para deslumbrar y persuadir. Habia muerto Celso mucho tiempo hacia, probablemente en el imperio de Cómodo; y su libro, con el pomposo título de *Discursos de Verdad*, habia pasado siempre sin haber tenido refutación alguna. Juzgaba Orígenes por mas conveniente despreciarlo, que renovar su memoria; y no se determinó á responder, hasta que ya en una edad madura le obligaron á hacerlo las repetidas escitaciones de su amado Ambrosio; lo que practicó en ocho libros, los únicos que tenemos de él contra los Paganos, que hayan llegado hasta nuestros tiempos en su idioma original. No es comparable el trabajo de esta obra y de todas las demás de las que hemos hecho mención, al de sus Comentarios sobre la Escritura. El Evangelio solo de San Mateo llena veinte y cinco tomos, y compuso mayor número sobre los Profetas menores. En fin comentó toda la Biblia, y este es el primer escritor que haya comenzado esta espinosa senda. Por lo demás, lo que se ha conservado hasta nosotros de los Comentarios y Sermones de Orígenes, apenas se encuentra sino en versiones latinas, y estas muy libres hechas por Rufino, por San Gerónimo y otros antiguos. En estas obras no deja de observarse un gran fondo de piedad y de doctrina; mas se hallan tam-

bien muchos errores, sobre todo en el infeliz tratado de los principios.

12. Orígenes se habia propuesto establecer en esta obra los principios bajo los cuales se debia caminar en materia de Religion, y al mismo tiempo destriazar fundamentalmente los sistemas heréticos de Valentino, de Marcion y de todos los sectarios: mas dió en el escollo, tan comun en aquel tiempo, de las ideas de Platón. Poco adicto á la tradicion Apostólica, y demasiado satisfecho del humano razonamiento, cuanto mas eminente se hallaba en él esta facultad nobilísima del entendimiento, tanta mayor osadía le inspiró en sus estravíos. Estableció como á fundamento el albedrío en las criaturas, y lo sostuvo con pruebas sólidas, para refutar la doctrina de los dos principios, ó de dos autores, uno del bien y otro del mal. Mas luego adelantó sobrado las consecuencias; porque quiere que la desigualdad de las criaturas no es mas que el efecto de su mérito. Empezó el Criador segun esta doctrina por producir los espíritus todos iguales: el mayor número de ellos pecó, y á proporcion del peso de sus pecados fueron encerrados en varios cuerpos mas ó menos groseros, creados espresamente para servirles de prision. Los diversos destinos del alma de los hombres, de la de los ángeles, y de la de los astros, dimanaban de aquí: Orígenes creía que los astros estaban animados, y los ángeles revestidos de cuerpos muy sutiles. Por fin dice, que el alma de Jesucristo es entre todos los espíritus el que se enlazó con Dios por medio de la

mas perfecta caridad; y por esto mereció unirse con él enteramente para no desunirse jamás. Todos los demás espíritus están sujetos á pasar desde el bien al mal, y desde el mal al bien. Fascinado Orígenes con aquel principio de Platón, que no pueden dejar de ser medicinales las penas decretadas por un Dios bueno, se escede en decir, que los condenados y los demonios dejarán algun dia de ser los enemigos del supremo Vengador y el objeto de sus rigores.

He aquí los errores principales de este hombre extraordinario, que á la verdad no los espone sino á manera de opinion, sin sostenerlos con pertinacia; por el contrario los distingue de la fe recibida universalmente en la Iglesia, á la que mostró siempre una veneracion profunda; lo que tal vez le disculpa respecto de los sentimientos que autorizó. Porque además de sus errores propios habian mezclado en sus obras inmensas otros mas groseros y verdaderamente impíos, de lo cual se queja amargamente en una de sus cartas, y acusa de estas falsificaciones á los sectarios de su tiempo. Era necesaria en efecto toda la reputacion de Orígenes para esponerse á ver alterados sus escritos por mano de semejantes impostores; y hasta sus mismos discípulos que fueron innumerables, le achacaron sus propias opiniones: así la copiosa mies de gloria que habia cogido por medio de sus innumerables escritos, fue para Orígenes un manantial de pesadumbres en los últimos años de su vida, y causó las mas serias turbulencias en lo sucesivo.

13. San Gregorio, llamado el taumaturgo ó el

obrador de milagros, fue uno de los mas célebres discípulos de Orígenes, pero muy diferente de aquellos falsarios. Era nacido en Neocesárea del Ponto, de una familia noble y rica: su padre era pagano; pero Gregorio ó Teodoro, porque tenia ambos nombres, le perdió á la edad de catorce años, y principió desde entonces á adquirir algun conocimiento del cristianismo. Su madre viéndose viuda se aplicó con mas ahinco á la educacion de su hijo, y cuidó de hacerle aprender la lengua romana, necesaria para aspirar á los empleos públicos, y de que aprovechase en literatura y elocuencia; y como él tenia una prodigiosa facilidad, hizo en todas estas ramas los mas rápidos adelantamientos, que dieron á sus parientes las esperanzas mas halagüeñas.

En Berito, ciudad de la Fenicia, habia una famosa escuela para instruirse en el derecho Romano, á la que fue enviado Gregorio, por lo que le fue preciso pasar á Cesaréa, en donde tuvo ocasion de oír á Orígenes. Supo desde luego su espíritu penetrante y justo apreciar el mérito de un maestro tan cabal; quedóse como escitado de algun encanto en Cesaréa, y trabó la mas estrecha amistad con su nuevo maestro, que muy luego le hizo olvidar á Berito y á su misma patria. Conoció Orígenes por su parte toda la escelencia de las prendas del discípulo, y no omitió diligencia alguna para cultivar su ingenio. Mas puso toda la atencion en ganar insensiblemente su confianza, y no hablarle al pronto de la fe cristiana, á fin de no intimidarle, para doblar aquel espíritu todavía

erguido, y someterlo poco á poco al yugo de Jesu-
 cristo. Contentóse al principio este discreto maestro
 con afeár en general la ceguera de los mortales que
 vivían como brutos sin detenerse en reflexionar sobre
 el origen de su existencia. Cuidó en gran manera de no
 entrar en disputa con su discípulo, ni quiso vencerle
 á fuerza de argumentos; mas le mostró un deseo afectuoso
 de hacerle sólida y verdaderamente feliz. Quiso también
 purificar su espíritu con los preceptos de la sana filosofía,
 después que lo tuvo así preparado: aplicóle primeramente
 á la Dialéctica, ó á la rectitud del juicio, acostumbrándole
 á examinar con madurez las pruebas, sin pararse en la
 apariencia ó artificio de las voces. Luego le dedicó á la Física,
 esto es, á la consideración de la sabiduría infinita y omnipotencia
 del Criador en las obras de la naturaleza. Enseñóle también
 la Geometría y la Astronomía, ciencias tan útiles para la
 exactitud y elevación del espíritu; después la moral, no por
 medio de áridos silogismos ó una vaga y estéril redundancia,
 sino reduciéndole á reflexionar sobre sí mismo y sobre la
 fuerza de las pasiones; pero siempre dándole el ejemplo
 de las virtudes que recomendaba. Por fin le enseñó la Teología,
 y le hizo leer cuanto los antiguos poetas y filósofos así
 griegos como estrangeros habían escrito sobre las cosas
 divinas, esceptuando las que enseñaban espresamente el
 Ateismo, negando la Divinidad y la Providencia. No
 abandonaba á su discípulo este experimentado preceptor
 para que no se diese á todas las lecturas, llevábale como
 por la mano, se-

ñalándole lo que cada autor tenía de bueno; preca-
 viéndole contra los pasages peligrosos, y recomendán-
 dolo sin cesar que no suscribiese en un todo á las
 opiniones de ningun filósofo por grande que fuese su
 reputación, sino enteramente á las divinas Escrituras
 y á sus santos intérpretes, como á la sola fuente en
 donde se bebe la verdad sin mezcla de errores.

El mismo Gregorio refiere así la manera con que
 lo instruyó Orígenes, y así nos retrata el escelente
 método de este maestro respecto de todos sus discípu-
 los en general (1): dándonos no solo la idea de la
 bondad de su propio corazón, mas también de la pu-
 reza de su estilo, y de la escelencia de su ingenio en
 el discurso que escribió inmediatamente después de su
 bautismo en loor de su maestro; porque no aguardó
 mas tiempo para abandonar el paganismo que el que
 tardó en conocer la verdad. Eran admirables su rec-
 titud y su candor; en medio de su juventud la pu-
 reza de sus costumbres no escitaba menos la admira-
 ción de los que le conocían, y estaba totalmente sen-
 tada su reputación en este punto aun antes que fuese
 Cristiano; bien que no dejó de sufrir ataques en Ale-
 jandría, durante la mansión que hizo en esta ciudad
 en el intermedio de su conversión y la ceremonia de
 su bautismo. Presentóse con la mayor impudencia
 una prostituta un dia que iba conversando con algu-
 nos filósofos por un paseo público, pidiéndole el es-
 tipendio que afirmaba haber merecido de él: sus ami-
 gos que sabían su conducta en este punto, se indig-

(1) *Gregor. Nescerar. in Origen.*

naron vivamente á vista de tal descaro; mas Gregorio dijo á uno de ellos con admirable serenidad: *dadla alguna cosa en mi nombre para que nos deje en paz.*

Despues de haber acabado sus estudios, volvió á Neocesárea en donde poseia gran cantidad de bienes, y donde sus parientes ocupaban los primeros puestos. Mas hizo el amor á la oracion y á la ciencia de los Santos que buscarse el retiro; repartió sus riquezas entre los suyos y los pobres, no guardando para sí otra cosa que la fe en la providencia, pues estaba resuelto á pasar el resto de su existencia en un santo retiro. Empero estas sus virtudes tan sobresalientes no podian dejar de llamar la atencion; pensóse muy pronto en nombrarle Obispo, y él mudó de morada y anduvo errante por parages retirados logrando así por algun tiempo verse libre de aquella dignidad.

14. Progresaba la fe rápidamente bajo el favorable Imperio de Alejandro, y el culto cristiano iba adquiriendo de dia en dia mayor lustre: alzábanse lugares fijos para las asambleas de los fieles, que fueron los primeros templos que existieron despues de la publicacion del Evangelio. No dejaban á pesar de esto de tomarse precauciones contra los tiempos calamitosos, que al fin habian de volver: el Papa Calisto mandó fabricar cerca de la Via Apia, el cementerio que tomó su nombre, á saber, uno de los subterráneos llamados Catacumbas, en donde se sepultaban los muertos, y en donde se verá no pocas veces ocultarse los Cristianos en las persecuciones siguientes. No tenian los fieles entonces mismo, no obstante la be-

nevolencia de la corte, plena seguridad, porque muchos Magistrados les hacian todo el daño que podian sin saberlo el Emperador. Hasta el mismo soberano Pontífice fue víctima de este odio furibundo: aprisionáronle, le hicieron padecer la hambre, le dieron de palos muchos dias continuos, y últimamente le arrojaron en un pozo donde murió el año 222, despues de un Pontificado de menos de cuatro años.

15. Al mismo tiempo hubo otros muchos mártires por las intrigas de los Jurisconsultos, gentes mas adictas á las formalidades y á la costumbre que á la humanidad y á la buena fe, siendo por esto mismo los enemigos mas terribles del cristianismo. Bajo el imperio de Alejandro gozaban de un gran crédito; porque este Príncipe inesperto, pero con buenas miras, habia propuesto valerse de sus luces para reparar los desórdenes de los reinados anteriores. Mas aquellos falsos y duros celadores obstinóronse en mirar la Religion Cristiana como una novedad contraria á las leyes Romanas. Publicó un tratado Ulpiano, uno de los mas célebres, que compuso sobre las obligaciones de los Procónsules, en el cual hizo una coleccion de todas las ordenanzas de los Príncipes, con una enumeracion circunstanciada de los castigos fulminados contra los Cristianos: y este declarado enemigo se vió elevado á la dignidad de Prefecto ó Gobernador de Roma, encargado por oficio de la pesquisa y castigo de todos los que podian pasar por malhechores en su imaginacion.

16. Pero no tardó la Iglesia en quedar privada

del recurso que hallaba aun en la moderacion y buen natural del Emperador. Hiciéronle odioso á las tropas á pesar de la estimacion que no podian rehusarle su celo por el buen orden y su exactitud en mantener la disciplina. Hacia poco que habia alcanzado una muy gloriosa victoria sobre Artajerjes el valeroso, que acababa de subyugar á los Partos, y restablecer la Monarquía de los Persas. Le fue indispensable marchar inmediatamente á la otra estremidad del Imperio contra los Germanos, que habiendo pasado el Rhin y el Danubio inundaban y talaban sus provincias. Habia ya llegado Alejandro cerca de Maguncia, é intimidados los bárbaros volvian á pasar el Rhin precipitadamente cuando fue asesinado por algunos soldados Gualas, el año 235 de Jesucristo y catorce de su reinado. Fue muerta tambien con algunos oficiales del palacio que quisieron defenderla su madre Maméa, que le acompañaba en todos sus viages. Al principio el atentado no tuvo otros visos que los de una precipitacion ciega de furor; mas todos se persuadieron á que era el fruto de una conjuracion secreta, cuando vieron que Maximino, la cabeza de los conjurados, mas bárbaro que Romano, hacia pretensiones al Imperio, y que efectivamente fue con toda solemnidad saludado Emperador.

17. Este habia nacido en Grecia, de un padre go- do y de una madre de la nacion de los Alanos, y no desmentia su origen ni con sus costumbres ni con sus cualidades personales: era de estatura muy alta, pues afirman que tenia mas de ocho pies, y de fuerza pro-

porcionada á su talla. Quebraba la pierna á un caballo con una patada, y él solo hacia mover un carro cargado. Fue primero zagal de pastor, luego simple soldado, y por su destreza en el egercicio militar ascendió hasta los primeros grados. Le habia dado el último Emperador la inspeccion de las tropas visonas con el cargo de adiestrarlas.

Pensó solamente en hacerse temible cuando se vió Señor del Imperio; por una loca sospecha que formó de algunos oficiales mandó matar á cuatrocientos hombres sin distincion ni exámen, siendo el crimen de la mayor parte de ellos haber llorado á Alejandro. Tenian los Cristianos motivos particulares de echar menos á aquel buen Príncipe, y por lo tanto se hicieron muy odiosos á su parricida: tal fue la causa de la sesta persecucion. (*) Imputóles todas las desgra-

(*) Fue elevado al Imperio Maximino y movió la sexta persecucion de que habla el autor. Nuestra España, cuyas dotes características acreditadas como tales desde que se habla de ella en las historias, son la constancia y la generosidad, las desplegó con no menos ardor en defensa del cristianismo, que de su libertad y patria en las invasiones de todos los enemigos de ella, y dió en esta persecucion los mas relevantes testimonios de la verdadera creencia que profesaba. El Maestro Florez en el tomo 25 de su España Sagrada tratado 63. cap. 10. refiere á este tiempo el martirio de San Máximo ó San Magin, de quien es muy comun la memoria entre nuestros escritores. De él tomaremos el resúmen del martirio de este Santo con quien se honra Cataluña y principalmente la Iglesia de Tarragona. „En tiempo del Emperador Maximino, perseguidor de los Cristianos, sirviendo á Jesucristo San Magin, saliendo de Tarragona, se fue en las montañas de Bufagrañas, que están á seis leguas de la dicha ciudad, y en una cuesta que está en la montaña servia á Dios. Entendiendo

cias del estado el ignorante y estúpido Maximino; la pérdida de las batallas, la epidemia, la escasez, los terremotos, los mas extraordinarios accidentes, todos los males sucedian enteramente segun él por causa de los Cristianos. No decretó con todo eso la pena de muerte sino solo contra los Obispos, como autores directos de los rápidos y continuos progresos del cristianismo. Habíanse multiplicado los fieles tanto, que hasta los mas medianos políticos era forzoso presintiesen los inconvenientes que acarrearía su ruina. „Están llenos de nuestros hermanos, decia Tertuliano, aun antes de esta época, los campos, los fuertes, los retiros mas ocultos, los egércitos, los tribunales, el palacio de los Césares, y todos los lugares á escepcion de los templos de los ídolos; y el Imperio ó por su muerte ó por su retiro cambiaria en un desierto espantoso, y vendria á ser una presa dispuesta á la

esto el Presidente, que estaba en Tarragona lo mandó traer preso y muy bien atado, pues no guardaba el mandamiento de los Emperadores y menospreciaba los dioses que tenian y así fue el glorioso Santo puesto en la cárcel bien atado con grillos y cadenas donde le amenazaban, que le darian la muerte, sino dejaba su Religion Cristiana... dentro de la cárcel fue bien afligido y maltratado de hambre, de sed y de golpes...” y habiendo hecho un milagro en la hija del Presidente librándola de la opresion del demonio, ni esto, ni su constancia, ni su paciencia fueron bastantes á ablandar el corazon del Presidente; y así faltando al reconocimiento, ciego á la verdad, ingrato á Dios, cruel con su bienhechor, le mandó degollar, despues de haberle abofeteado y llagado inhumanamente en la misma gruta á donde fue trasladado prodigiosamente, y despues se convirtió en preciosísimo templo, monumento glorioso de sus virtudes y admirable constancia.

audacia del primer raptor.” Sometieron la mayor parte de los Gobernadores en las provincias y los Magistrados en las ciudades á la pena de muerte á muchos legos celosos, además de los eclesiásticos que pudieron haber á las manos.

18. Mas el celo del famoso guerrero que dió motivo al escrito no menos célebre de Tertuliano sobre la corona del soldado, fue interpretado siniestramente, y parece que dió el primer movimiento á esta tiranía tan bárbara y general. Hizo este Emperador, segun costumbre, el dia de su proclamacion varios dones á las tropas; cada uno de los soldados debia presentarse con una corona de laurel en la cabeza, pero pasó uno que la llevaba descubierta y en la mano su corona: no puso cuidado el Tribuno, hasta que el susurro ó la befa de sus compañeros le hicieron reparar en aquel hombre. El Oficial preguntóle la causa que le movia á singularizarse; y él respondió con intrepidez: *porque soy Cristiano y mi Religion no permite llevar vuestras coronas.* Despojáronle al punto de su uniforme, quitáronle las armas y le encarcelaron. Desaprobó esta accion la mayor parte de los fieles, como que se habia espuesto temerariamente y con él á toda la Iglesia, contra la cual encendia la persecucion solo por un vano escrúpulo. Pretendió Tertuliano por el contrario, que la corona era una verdadera señal de idolatría, y que el soldado no habia hecho hablando en rigor mas que su deber. Preguntóse qué pasage de la Escritura proscribia semejante práctica; pero el doctor Africano sos-

tuvo que estaba condenada por la tradicion. Prueba además con solidéz, y en particular con egemplos y con citas de diversas observancias la autoridad de aquella tradicion; y este es uno de los monumentos mas preciosos de la antigüedad en esta materia, aunque el autor fuese ya Montanista; pero adelanta demasiado por lo que toca á la cuestion directa. Compuso en el mismo tiempo su libro de la persecucion, en el que pretende contra el sentir de todos, que no es permitido huir de ella, ni rescatar la vida por dinero.

19. Fue martirizada en Nicomedia en el curso de estas mismas tiranías Santa Bárbara, á quien la Iglesia griega venera en gran manera, y se cree que tomó lecciones de Orígenes. San Ponciano Papa, sucesor de San Urbino, que lo habia sido de San Calisto, murió desterrado en Cerdeña, despues de un Pontificado de cinco años; y mandáronse entregar á las llamas los templos edificados en el último reinado. Ignóranse mas circunstancias sobre la persecucion de Maximino, que sin la menor duda duró tres años, esto es, mientras duró todo el tiempo del reinado de este tirano, que fue una serie no interrumpida de crueldades. Eligieron los fieles de Roma para sucesor de San Ponciano á Antero, que verosimilmente murió Mártir en los primeros dias del año 236, un mes despues de su exaltacion.

20. Fue elegido Fabiano ó Fabian, pasados ocho dias, de un modo quasi milagroso. Hacia poco que habia venido á Roma desde el campo, acompañán-

dole otras personas; y como se hubiesen juntado los Cristianos para la eleccion del primer Pastor, propusieronse diferentes sugetos conocidos y recomendables por sus prendas. Ni aun se pensaba en Fabiano que estaba confundido entre la multitud; pero en una época en que Dios manifestaba frecuentemente sus designios á su pueblo, por medio de señales y prodigios, una paloma se dejó ver súbitamente en los ayres, y sentándose sobre la cabeza de Fabiano excitó la atencion general. Esclamó la plebe con voz unánime, diciendo: *es digno del Episcopado*: hiciéronle salir en efecto, y le sentaron en la Sede Pontificia, que ocupó por el espacio de catorce años, de una manera que confirmó la idea que se habia formado de su exaltacion milagrosa.

21. El Imperio se hallaba tambien á punto de tener un nuevo Señor. Se hacia Maximino todos los dias mas odioso por sus brutalidades é injusticias; por manera que á todos les era insufrible su yugo. En Africa se dió la primera voz de revolucion, proclamando á su Procónsul Gordiano á pesar de él mismo; y la proclamacion fue ratificada en Roma por la plebe y por el Senado. Tomó por compañero en el mando á su hijo llamado tambien Gordiano; mas fueron destruidos tres meses despues por el partido de Maximino: pereció el hijo en el combate y el padre se suicidó desesperado. Eligió el Senado otros dos Emperadores, Pupiano y Balbino, temiendo el resentimiento del furioso Maximino. Empero no hallándose satisfecho el pueblo con esta eleccion que no habia

sido dictada por él, fue indispensable para apaciguarle dar el título de César al jóven Gordiano, nieto del primero y de edad de doce años. Hiciéronse preparativos de guerra por ambas partes; Maximino se presentó delante de Aquiléya, que le cerró sus puertas; é intentó varios asaltos que fueron inútiles. A los soldados les achacaba el mal éxito de sus empresas, y los acuchillaba con su espada sin la menor razon, abandonándose á sus furores y brutalidades muy satisfecho de su estatura y de sus fuerzas extraordinarias. Empero arrojándose sobre él una muchedumbre de soldados todos juntos, le asesinaron en medio del dia dentro de su tienda. Al instante mandaron su cabeza á Roma, que la recibió con las mayores aclamaciones; con cuya muerte quedó restablecida la paz aunque duró poco.

A unos Emperadores que no habian elegido no pudieron tomar aficion las tropas; y así apenas regian el reino un año cabal Pupiano y Balbino, quando se amotinaron osadamente, se echaron sobre ellos y los degollaron despues de haberles hecho sufrir las mayores indignidades. Conservaron sin embargo al jóven Gordiano que solo tenia unos trece años, y gozaba del general afecto por su buena índole. Reconociéronle todos por Emperador, y reinó con indelible dulzura, dejando tranquilos á los Cristianos.

22. Hacia la Iglesia cada dia nuevas y gloriosas conquistas; y muchos Obispos beneméritos se aprovechaban de la tranquilidad para proveerla de Ministros que la sirviesen como ellos. Logró por fin Fedi-

mo, Obispo de Amarca que tenia el don de profecía, que cayese la carga tan pesada del Episcopado sobre los hombros de Gregorio el Taumaturgo, que en vano huía de ella vagando de retiro en retiro. Instituyóle Fedimo por inspiracion del Espíritu Santo en Obispo de Neocesarea á pesar de hallarse ausente, en cuya ciudad no habia entonces sino diez y siete Cristianos. Gregorio se sometió á la determinacion del cielo, y fue ordenado con las acostumbradas ceremonias; mas pidió algun tiempo para adquirir un conocimiento mas profundo y esacto de nuestros santos Misterios. Inspiráble cierta circunspeccion acompañada de un temor santo los frecuentes egemplos de los que caían en error, por amalgamar la filosofía profana con la doctrina cristiana.

Vió á un anciano venerable con una señora de aspecto no menos augusto, despues de haber pasado una noche entera meditando. No podia soportar Gregorio, á pesar de la obscuridad de la noche, el resplandor maravilloso de aquella vision: oyó que la Virgen María decia al discípulo amado, con quien se le aparecia, que hiciese inteligibles al Obispo todos los arcanos de la Religion. Esplicóle el discípulo al momento el Misterio de la adorable Trinidad; y Gregorio trasladó inmediatamente al papel aquella leccion celestial que pasó despues á sus sucesores, y se leía aun en tiempo de San Gregorio de Nisa, y dice Baronio que se citó en el quinto Concilio general. Nada tiene de increíble esta maravilla en la vida de un Santo que toda ella es una continuada serie de milagros.

Salió el santo Obispo de su retiro despues de la vision dirigiéndose á la ciudad que habia de regir. Una tempestad que hacia muy obscura la noche, le obligó á refugiarse con todos los que le acompañaban en un templo de ídolos, el mas famoso de todo el pais por sus oráculos. Hizo la señal de la cruz al entrar en él, y se puso á cantar las alabanzas de Dios, en lo que se ocupó gran parte de la noche segun acostumbraba. El demonio que daba los oráculos, al venir por la mañana el sacrificador á egercer su ministerio, le dijo que ya no podian habitar en aquel templo los inmortales, á causa del mortal impío que habia pasado en él la noche.

El sacerdote ofreció sacrificios extraordinarios y purificaciones de todas maneras para aplacar la ira de sus dioses; mas todo fue en vano. La supersticion y el interés hacen subir de punto su cólera, infórmase del camino que ha tomado Gregorio, y procura alcanzarle: cargóle de injurias y denuestos así que lo distinguió, y le amenazó que le denunciaria á los Magistrados como profanador de la Religion del Imperio. Escuchóle el santo Obispo con la mayor paciencia; y habiendo concluido el sacerdote, le echó en rostro el ningun poder de sus dioses, que quedaron mudos con sola la vista de un pobre siervo de Jesucristo. Añadió que tenia facultad para arrojarlos de cualquier lugar que quisiese, y hacer asimismo que volvieran á donde á él le pareciera. Muy templado el idólatra con este discurso, le pidió le diese pruebas de aquel poder, haciendo que tornasen á en-

trar en su templo, restituyéndoles el uso de la palabra. Le dió el Taumaturgo una esquila en que habia escrito estas palabras: „Gregorio á Satanás: torna á entrar.” El sacrificador la dejó sobre el altar, hizo las ceremonias ordinarias, y logró ver á aquellos ídolos sus dioses como acostumbraba. Fue despues á buscar otra vez al Obispo, y le rogó le manifestase el Dios poderoso que tanto dominio tenia sobre los demonios: espúsole claramente Gregorio los principales Misterios de la fe; mas al sacrificador no le gustó el Misterio de la Encarnacion, diciendo que era indigno de la grandeza y magestad del Eterno.

„La prueba de esta verdad, replicó el Taumaturgo con un tono inspirado, no se ha de adquirir ni en las palabras, ni en los humanos razonamientos, y sí en las mismas maravillas de la divina Omnipotencia.” Al lado del camino en que á la sazón estaban habia una alta y escarpada roca; *manda á esta peña*, dijo el sacrificador, *que mude de puesto y vaya á tal parage*, que señaló, *y luego te creeré*. Mandólo Gregorio, y obedeció la peña. El pagano no resistió mas, y abandonando su oficio con todo lo que poseía fue un perpétuo admirador del Santo.

Habiendo llegado la fama de este milagro á Neocesárea antes que el Obispo, la plebe salió apresuradamente de la ciudad á recibirlo. No se habia reservado siquiera una simple habitacion, por muchos bienes que en otro tiempo hubiese poseido en aquel lugar de su nacimiento; de manera que los fieles que le seguian se mostraron inquietos sobre esto. *Acaso*

no estamos á cubierto, les dijo entonces, *bajo de las alas de la Providencia, que nos manda no tengamos otro cuidado que el de edificarnos una mansion eterna?* Apenas habia dicho esto cuando una multitud de gentes se acercó á él, pidiéndole cada uno, como por favor, que fuese á hospedarse á su casa; y el Santo prefirió la de Musonio, no porque era uno de los mas ricos de la ciudad, sino porque su conducta estaba enteramente conforme con la fe Cristiana que profesaba.

Muchos creían ya en Jesucristo antes de llegada la noche: al dia siguiente por la mañana acudieron á la puerta de la casa donde se alojó el santo Obispo una infinidad de personas de todas edades y sexos, y tambien gran número de enfermos, que quedaron sanos. Dieron á las predicaciones del Taumaturgo tal eficacia estos milagros repetidos todos los dias, y el ejemplo aun mas admirable de sus virtudes, que en muy poco tiempo formó un rebaño tan ferviente como numeroso. Mandó entonces edificar una Iglesia de buena planta, y todos contribuyeron á tan piadosa obra ya con sus bienes ya con su trabajo: estaba situada en el lugar mas elevado de la ciudad, y se juzgó un milagro continuo su resistencia á la violencia de infinitos terremotos que en lo sucesivo arruinaron casi toda Neocesaréa; siendo su duracion mientras la persecucion tan violenta y general de Diocleciano y Maximiano, una escepcion no menos milagrosa.

Mas el Taumaturgo nunca intercedia con el Omnipotente mas gustoso que cuando se trataba de evitar

la transgresion de la Divina ley. Estaban dos hermanos á punto de quitarse la vida el uno al otro por la posesion de un estanque en donde entonces se estaba pescando. Avisaron al piadoso Obispo ciertas gentes caritativas; y despues de haberse valido de todos los medios posibles para conciliar á los dos hermanos, se transportó á la márgen del estanque, que al dia siguiente verosimilmente se habia de regar con la sangre de los hombres armados que se juntaban por ambos partidos, y pasó toda la noche en oracion, pidiendo al Señor transformase el estanque en una tierra seca y dispuesta para la labor. Con efecto desapareció el agua; y al otro dia no hallando los contrincentes el objeto de su disputa, se resolvieron á seguir la voz de la naturaleza, apagada antes por el interés.

Egerció el Santo su dominio en otra ocasion de una manera no menos eficaz sobre las aguas del rio Lico, que cercado de las montañas se hincha en las tempestades con las aguas de varios torrentes que se le reunen, y tala á las veces los campos saliéndose de madre. Acudieron muchas personas despavoridas al santo Obispo, en una de aquellas avenidas mas grandes, y le suplicaron que evitase su total destruccion. Fuese con ellos diciéndoles que no aguardasen el remedio mas que de Dios; y cuando notó el ímpetu de las aguas pidió á Jesucristo que ya que en otro tiempo habia mandado cesar el viento y la violencia de las olas del mar, diese una prueba de este mismo poder á un pueblo todavía débil en la fe. Hincó en el suelo su báculo, concluida su oracion, en el

paragé en donde el río salía de madre: detúvose la avenida, y jamás en adelante pasó el río de aquel nuevo dique, que prendió, echó raíces y llegó á ser un árbol que vivía aun mas de un siglo despues. Establecieron sólidamente la fe no solo en Neocesárea, mas tambien en todas las inmediaciones, el celo y reputacion de este hombre milagroso.

23. San Alejandro, llamado el Carbonero, es uno de los que mas acreditaron las elecciones de los Obispos para varias ciudades. Habia enviado diputados la ciudad de Comana, dependiente de Neocesárea, para que la concedieran un Prelado (1): trasladóse Gregorio á dicha ciudad para examinar los sugetos que destinaban á esta dignidad, é hizo presente que no se debía atender para la eleccion á la nobleza del nacimiento ni á las brillantes cualidades personales; y sí que debían preferir á la virtud aunque se ocultase bajo el mas despreciable exterior. Uno de la asamblea dijo: *si ha de ser así, no hay mas que elegir á Alejandro el Carbonero.* ¿ *Y quién es ese Alejandro?* preguntó Gregorio, convencido de que cuasi siempre los designios de la Providencia están muy distantes de los que forman los hombres. Alejandro se hallaba entre la turba y le mandaron acercar: todos dispararon la risa al ver á un pobre hombre lleno de andrajos, y con el rostro y lo demás del cuerpo negro del humo del carbon; mas el Carbonero se presentó con una compostura firme y modesta, sin sobresalto ni la menor señal de alteracion. Sospechó Gregorio desde lue-

(1) *Bolland. in vit. Thaum.*

go que habia en esto algo de extraordinario; llamó á Alejandro aparte, le preguntó con ahinco quién era, y le rogó en nombre de la Iglesia, que nada le ocultase movido de una humildad intempestiva. Declaróse Alejandro con su Obispo, le manifestó su patria, su educacion, su nobleza, y le confesó que únicamente el deseo de poner en salvo su virtud le habia reducido al estado en que le veía. Daba nuevas pruebas de un entendimiento despejado y del mas recto juicio, satisfaciendo despues á cada pregunta que se le hacia: *miro, decia, lo negro del carbon como un velo que me tiene en la obscuridad y en el olvido; todavía soy jóven como veis, y de bastante buena presencia, segun me decian en otro tiempo; cada circunstancia de estas seria una tentacion, mas me encuentro libre de ellas á la sombra de este humilde oficio que me sirve para ganar mi manutencion con inocencia.*

No quedó duda á Gregorio de la eleccion del cielo, hallando tal discernimiento y virtud en el sugeto propuesto tan singularmente. Condujeron á Alejandro, hicieronle lavar y le pusieron los vestidos que le correspondian. Pareció un nuevo hombre de vuelta á la asamblea, y movió la admiracion de todos los presentes; Gregorio dijo entonces: *no os espanteis si las apariencias os tenían en el error; el demonio queria valerse de ellas para ocultar esta luz bajo el celemín.* Confirióle en seguida los órdenes sagrados, y le consagró Obispo segun las reglas que tenían de costumbre en la Iglesia. Correspondió San Alejandro á tan felices principios todo el tiempo de